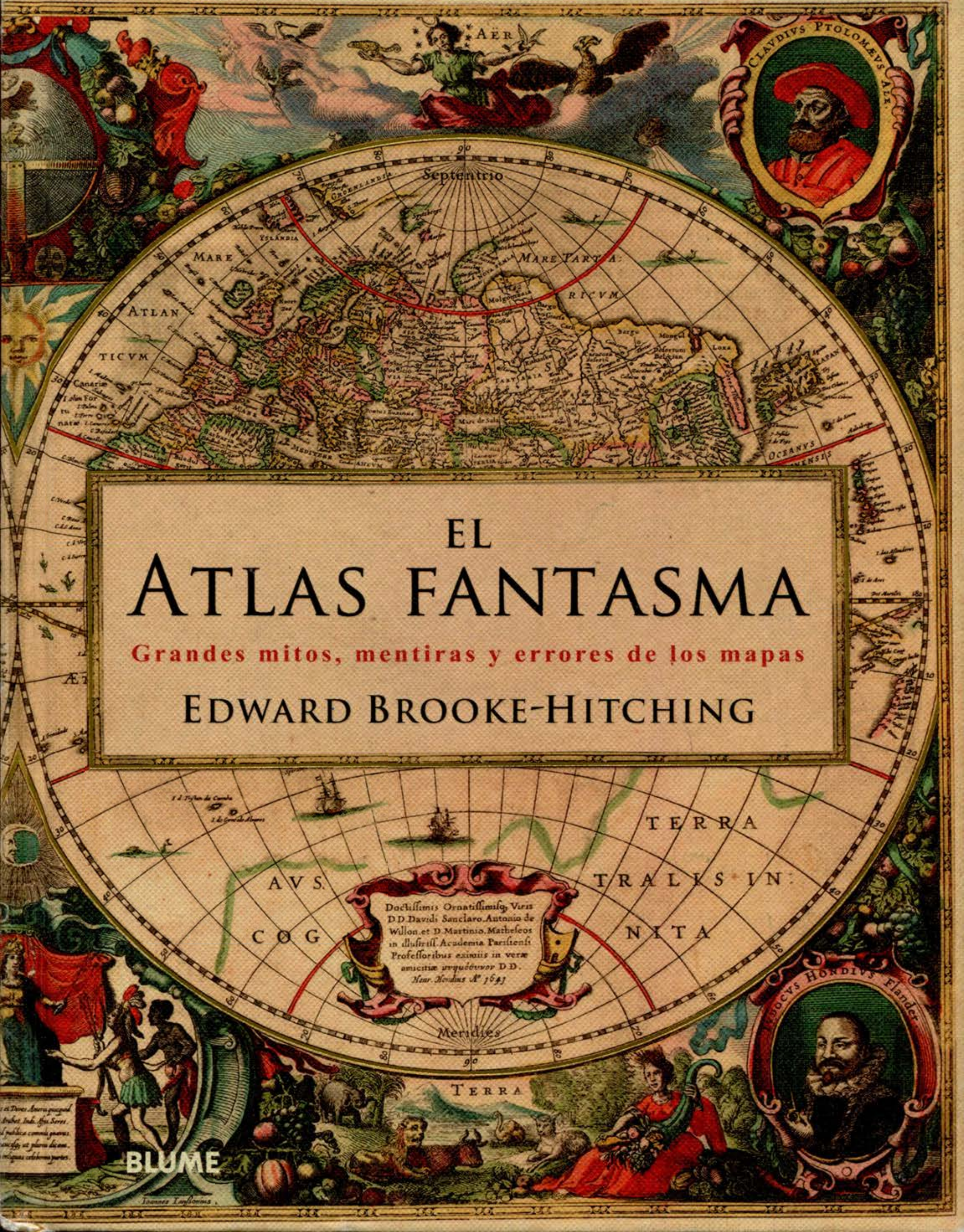

EL
ATLAS FANTASMA
Grandes mitos, mentiras y errores de los mapas
EDWARD BROOKE-HITCHING
BLUME


Is: S.
M. Canaria.
Insulæ Fortunatæ:


Is: S. Brandano ..
Cabo de No:

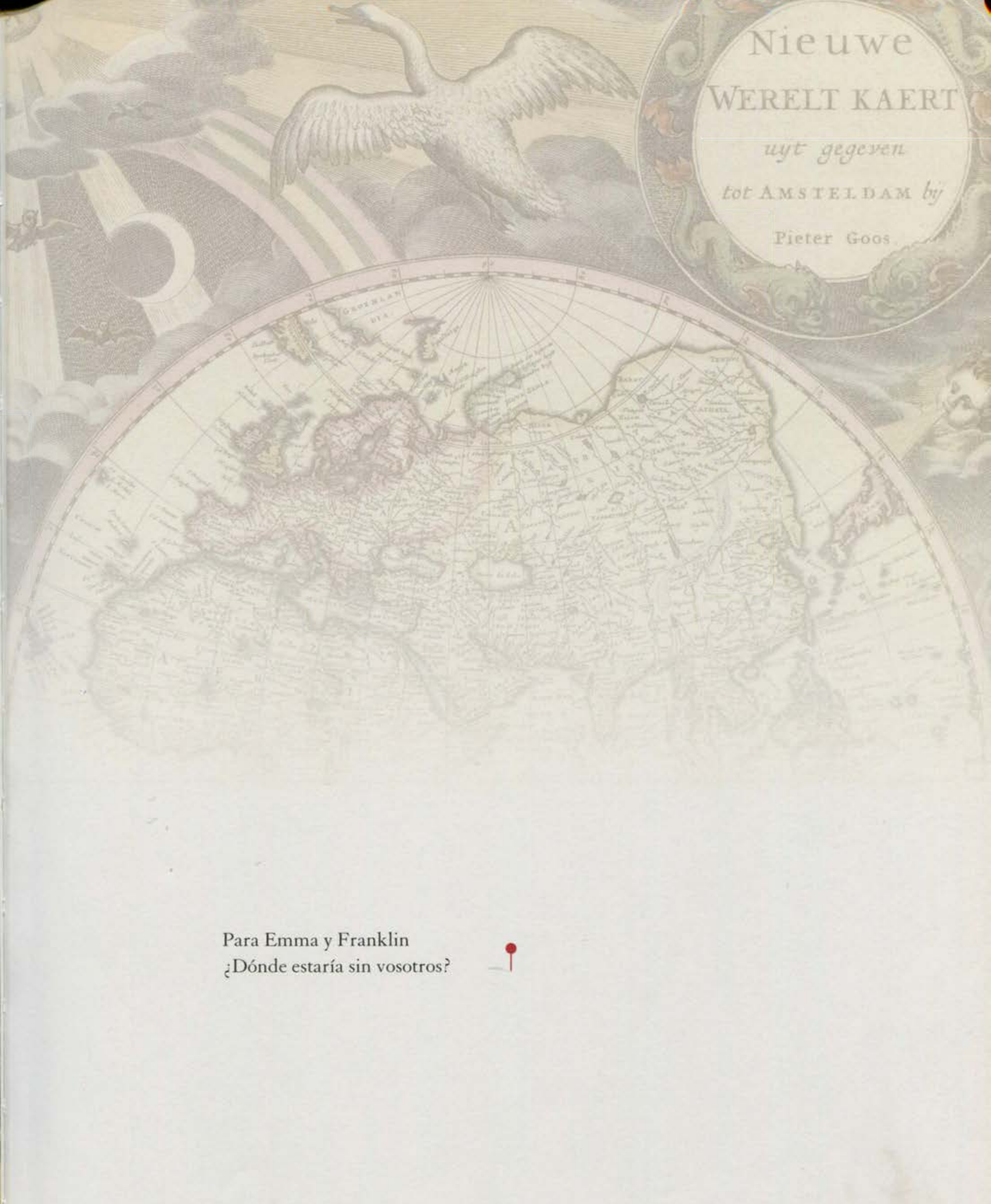
EL ATLAS FANTASMA



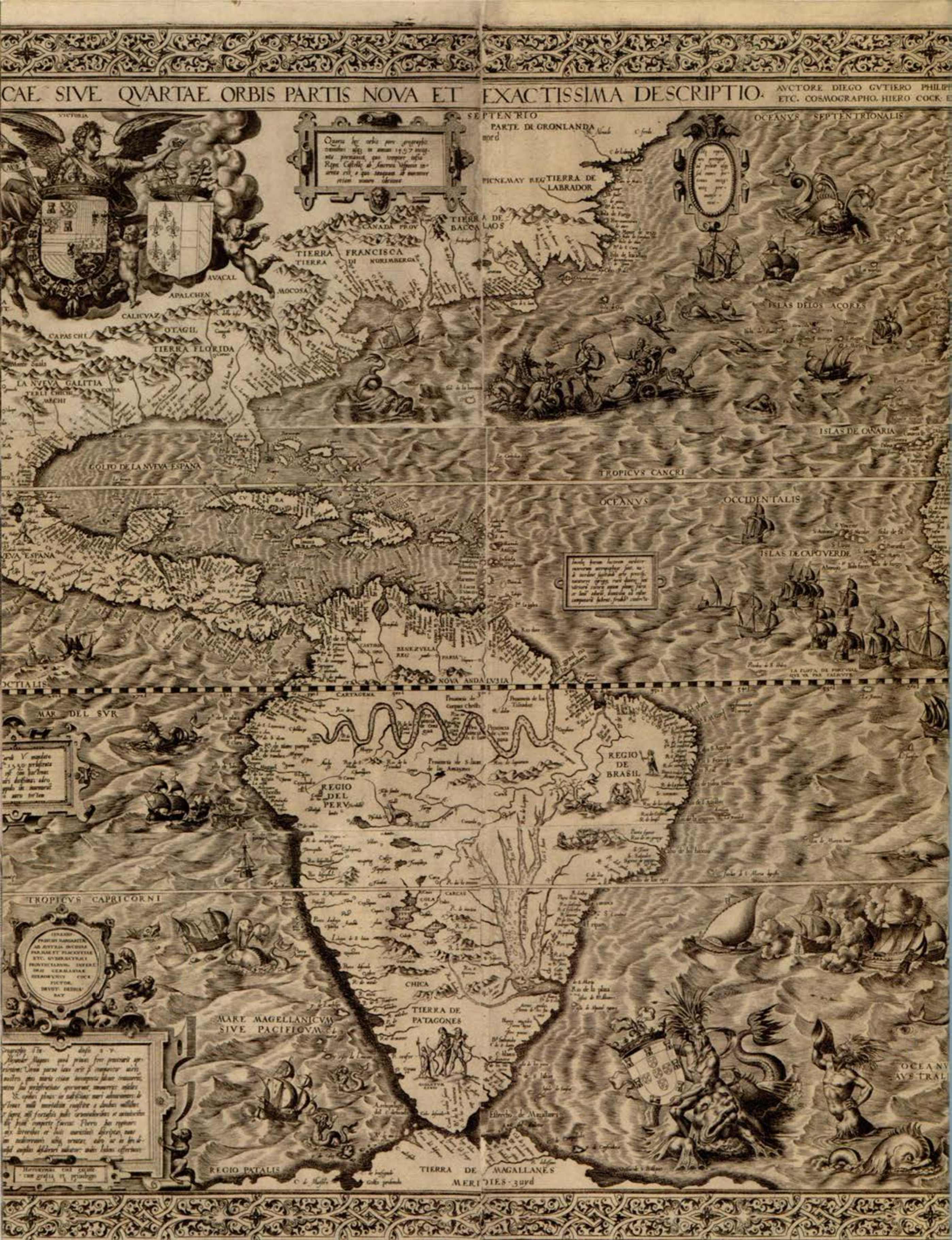

EL
ATLAS
FANTASMA
Grandes mitos, mentiras
y errores de los mapas
EDWARD
BROOKE-HITCHING
MMXVIII
BLUME



ORBIS TERRARVM NOVA ET ACCVRATISSIMA TABVLA.
auctore
PETRO GOOS.
AMERICA SEPTENTRIONALIS
Circulus Arcticus.
Tropicus Cancri
MAR DEL ZVR.
Circulus Æquinoctialis.
Tropicus Capricorni.
MARE PACIFICVM.
AMERICA MERIDIONALIS
Circulus Antarcticus.
MAR DEL NORT
MEXICANVS SINVS
NOVA FRANCIA
GVIANA
Labrador
LA FLORIDA
Ilhas de Ladrones



Para Emma y Franklin
¿Dónde estaría sin vosotros?



CAE SIVE QVARTAE ORBIS PARTIS NOVA ET EXACTISSIMA DESCRIPTIO.
AVCTORE DIEGO GVTIERO PHILIP
ETC. COSMOGRAPHO. HIERO COCK
VICTORIA
SEPTENTRIO
PARTE DI GRONLANDA
OCEANVS SEPTENTRIONALIS
PICNEMAY REG
TIERRA DE LABRADOR
TIERRA DE BACCALAOS
CANADA PROV
TIERRA FRANCISCA
TIERRA DI NORIMBERGA
AVACAL
MOCOSA
APALCHEN
CALICVAZ
OTAGIL
CAPAS CHE
TIERRA FLORIDA
LA NVEVA GALITIA
ISLAS DELOS ACORES
ISLAS DE CANARIA
GOLFO DE LA NVEVA ESPAÑA
TROPICVS CANCRI
OCEANVS
OCCIDENTALIS
ISLAS DE CAPOVERDE
NOVA ANDALVSIA
MAR DEL SVR
REGIO DEL PERV
REGIO DE BRASIL
TROPICVS CAPRICORNI
MARE MAGELLANICVM SIVE PACIFICVM
CHICA
TIERRA DE PATAGONES
Estrecho de Magallanes
REGIO PATALIS
TIERRA DE MAGALLANES
MERIDIES

CONTENIDO

Introducción 8
Estrecho de Anián 12
Antillia 18
La Atlántida 24
Islas Aurora 30
Mar interior de Australia 34
Bermeja 38
Tierra de Bradley 42
Isla Buss 46
Ciudad de los césares 50
Monstruos marinos de la *Carta Marina* 54
Isla de California 64
Casitérides 68
Tierra de Crocker 70
Montes de Croker 76
Tierra de Davis 80
Isla de los Demonios 84
Isla Dougherty 88
Paraíso Terrenal 92
El Dorado 98
La Tierra plana 102
Fonseca 106
Formosa (de George Psalmanazar) 110
Fusang 114
Tierra de Da Gama y Tierra de la Compañía 118
Gran Irlanda 122
Gran río del Oeste 124
Groclant 128
Isla Brasil 130
Java la Grande 134
Juan de Lisboa 140
Ciudad perdida del Kalahari 142
Montañas de Kong 146
Corea como isla 150
Continentes perdidos de Lemuria y Mu 152
Arrecife María Teresa 156
Mayda 158
Montes de la Luna 162
Tierras de Benjamin Morrell 166
Norumbega 170
Criaturas del *Mapa de las Crónicas de Núremberg* 174
Gigantes patagónicos 182
Isla Pepys 186
Territorio de Poyais 190
Reino del Preste Juan 194
Montañas Rifeas 198
Rupes Nigra 200
Isla de San Brandán 202
Isla Sandy, Nueva Caledonia 206
Tierra de Sánnikov 208
Satanazes 210
Isla Saxemberg 212
Mar del Oeste 216
Taprobana 220
Terra Australis 224
Tule 230
Ciudad hundida de Vineta 234
Wak-Wak 238
Tierras fantasma del *Mapa de Zeno* 240
Bibliografía seleccionada 246
Índice 248
Agradecimientos y créditos 255

Páginas 4-5: Nieuwe Werelt kaert, *de Pieter Goos (1672).*
Página 6: Americae Sive Qvartae Orbis Partis Nova Et Exactissima Descriptio, *de Diego Gutiérrez (1562).*

INTRODUCCIÓN

Así pues, los geógrafos, en los mapas de África,
llenan sus lagunas con fotos salvajes;
y a falta de pueblos ponen elefantes
en las colinas inhabitables.

Jonathan Swift

El navío *Justo Sierra* zarpó en los albores del mes de junio. Su misión: explorar el golfo de México en busca de la esquiva isla de 80 km^2 conocida como «Bermeja». Su tripulación seguía, entre otras, las indicaciones del cartógrafo Alonso de Santa Cruz, que había incluido esta isla en su mapa *El Yucatán e islas adyacentes*, de 1539, y la posición aún mejor definida proporcionada por Alonso de Chaves en 1540, donde el escritor la describía como una masa de tierra «rubia o rojiza».

Cuando, por fin, alcanzaron las coordenadas precisas, no encontraron nada. Solo aguas ininterrumpidas en todo lo que alcanzaba la vista. No había ninguna huella de una isla que había sido certificada en incontables cartas de navegación. Los marineros fueron muy meticulosos y barrieron la zona, haciendo numerosas mediciones y sondeos que resultaron inútiles. Bermeja era una isla fantasma. De este modo, un hecho preestablecido se convertía en ficción. Pero lo más sorprendente de este territorio fantasma del siglo XVI es el tiempo que pervivió, ya que el *Justo Sierra* no era un navío de la antigüedad; su tripulación estaba formada por un grupo multidisciplinar de científicos reunido por la Universidad Autónoma de México y corría el año 2009.

Este que aquí presentamos es un atlas del mundo, pero no de como siempre ha existido, sino de cómo se creía que era. Los países, islas, ciudades, montañas, ríos, continentes y razas recopilados en el presente libro son totalmente ficticios, pero hubo períodos de tiempo, a veces siglos, en los que se tomaron como reales. ¿Por qué razón? Porque existían en los mapas.

Históricamente, los errores cartográficos se han visto ignorados. Esto quizá se deba a que, al considerarse como meros fallos, existe la tendencia a descartarlos como insustanciales. Sin embargo, basta con echar una ojeada, por ejemplo, a las cartas que afirmaban que California era una isla, a las misteriosas montañas negras de Rupes Nigra en el polo

Norte o a las representaciones de la Patagonia como una región con gigantes de 2,7 m de altura, para que nos demos cuenta de que estas tierras inventadas están pidiendo a gritos que vuelvan a ser examinadas. ¿Cómo surgieron esas ideas? ¿Por qué se creyó tan firmemente en ellas? ¿Y cuántos ejemplos igualmente extraños podemos encontrar?

Uno podría pensar que estos fantasmas tienen poco interés en la actualidad, pero, como demuestra la historia de la isla Bermeja, una de las fascinantes características de estas falsas creencias es su notable pervivencia. De hecho, la creencia en algunas de ellas se mantuvo hasta el siglo XIX, e incluso más tarde: por ejemplo, la isla Sandy, en el este del mar del Coral, fue registrada por primera vez por un barco ballenero en 1876 y estuvo presente a partir de entonces en las cartas oficiales durante más de un siglo. Finalmente, se constató su inexistencia en el año 2012, 136 años después de que fuera «avistada» por primera vez (y siete años después de que se lanzara Google Maps). Estos territorios fantasma eran considerados una plaga en las cartas de navegación, que llevaban a menudo a los barcos a desviarse de su ruta en infructuosas misiones de confirmación. Solo cuando las grandes rutas oceánicas se vieron más transitadas y el posicionamiento global fue más preciso, fue posible mejorar la eficiencia de la purga metódica de estas anomalías. Por ejemplo, en 1875, no menos de 123 islas inexistentes (marcadas como «de existencia dudosa») fueron eliminadas de la carta del Pacífico Norte de la Marina Real Británica.

Pero, ¿cuál fue la causa del primer registro de esos hipotéticos lugares? Es natural que al echar la vista atrás en el tiempo nos encontremos de lleno con el trascendental papel desempeñado por las supersticiones, la mitología clásica y la absoluta fidelidad a los dogmas. Por ejemplo, los complejos *mappae mundi* de la Europa medieval, de los que el *Mapamundi de Hereford* (h. 1290) es el más grande de los existentes, constituyen gigantescas vitrinas de exposición de curiosidades de la historia y las creencias populares. Aquellos inmensos e intrincados *collages* estaban concebidos para los peregrinos visitantes que no sabían leer. Por lo general, ubicaban Jerusalén en el centro, y, dado que el objetivo de los mapas era, fundamentalmente, mostrar la magnitud de la escala de las obras de Dios, abundaban los errores de transcripción, y los de la representación de los fenómenos más extravagantes reportados por Plinio, tales como los esciápodos, una especie de hombre que se decía que existía en la tierra de Taprobana, que utilizaban su único pie gigantesco para protegerse del ardiente sol del mediodía.

Se ha probado que los espejismos y otros fenómenos visuales han tenido una importancia fundamental en la representación de lo inmaterial en los mapas. En el mar, las formaciones de nubes bajas se confundían tan a menudo con tierra firme que los marineros las empezaron a denominar «Dutch Capes» («cabos holandeses»). En particular, la fata morgana es

una forma compleja de espejismo superior que hace que desde la proa de un barco se divise en el horizonte una inexistente franja de tierra. El nombre es una muestra del modo despectivo y temeroso con que la veían los marineros: el término tiene su origen en el nombre italiano del hada Morgana, la poderosa hechicera de la leyenda artúrica. El hecho de que este efecto óptico fuera más frecuente en las regiones polares explica la ingente cantidad de falsos avistamientos de tierra en la zona, y es la causante, por ejemplo, de haber ocasionado el desastre de la expedición en 1902 del barón von Toll para encontrar la tierra de Sánnikov en el océano Ártico.

Existen, además, los errores honestos, que suelen tener sus raíces en hipótesis basadas en «cartografía deseada» o en la limitada capacidad de los antiguos sistemas de medida. Así, las coordenadas fueron aproximadas e imprecisas hasta el siglo XVIII: la invención de John Harrison de un cronómetro marino preciso proporcionó la tan largamente buscada solución al problema de la medición de longitudes. Antes de este, los errores se reproducían, y con frecuencia se «rehacían» los descubrimientos. Por ejemplo, el teniente Charles Wilkes, durante una expedición al archipiélago Tuamotu en 1838, descubrió una isla a 15° 44' S, 144° 36' O. La bautizó isla King, en honor al vigía que la había divisado. Más tarde se supo que esa misma isla había sido avistada varios años antes, en 1835, por el capitán Robert Fitzroy, del Beagle, y que la había denominado Tairaro.

A veces, los fantasmas aparecen por puro capricho. Peter Heylyn, en su *Cosmography* (1659), relata la historia de la captura de Pedro Sarmiento por *sir* Walter Raleigh, que lo interrogó sobre algunas curiosas entradas en sus mapas del estrecho de Magallanes. Raleigh se interesó especialmente por una isla en particular que parecía ofrecer potenciales ventajas tácticas. Sarmiento respondió alegremente:

que debería ser llamada isla de la Mujer del Pintor, argumentando que, mientras el pintor dibujaba el mapa, con su esposa a su lado, ella le pidió que añadiera un país para ella; que, en su imaginación, podía tener una isla propia. Esto significa que no existía la isla representada en el mapa. Y me temo que la mujer del pintor tendría muchas otras islas, y también algunas tierras en el continente, en nuestro mapa común, que no se podrían encontrar ni con la búsqueda más estricta.

También hay que responsabilizar a los infames y sucios mentirosos: aquellos que toman la decisión calculada y comprometida de inventar una isla o un país con propósitos deshonestos en beneficio propio. George Psalmanazar, por ejemplo, fue un impostor francés que consiguió embaucar al siglo XVIII. Pretendía ser residente de Formosa (Taiwán) con tal profundidad y detalle en su engaño que logró embaucar a muchos. Su libro, *An Historical and Geographical Description of Formosa*

(Descripción geográfica e histórica de Formosa), estaba repleto de detalles totalmente fantásticos extraídos de su fértil imaginación.

Los relatos salvajes venden libros y cosechan popularidad. Los aventureros se presentan a sí mismos bajo una luz heroica, y obtienen de este modo fondos de sus patrocinadores para expediciones futuras. Benjamin Morrell, conocido comúnmente como «el mayor mentiroso del Pacífico», regresó de viajes apasionantes con noticias del descubrimiento de nuevas tierras (enaltecidas en lo posible con su propio nombre) que ningún otro podía encontrar, y con relatos de viajes que son, clara y ostensiblemente, plagios. Pero el rey de los estafadores fue, sin lugar a dudas, el escocés Gregor MacGregor, un exagerado fantaseador de una audacia impresionante. El timador se presentó en Londres como el «cacique del territorio de Poyais», y cometió el mayor fraude del siglo XIX, o quizá de todos los tiempos.

Incluso los mismos cartógrafos han incurrido en pequeños engaños para protegerse, al introducir sus propios accidentes geográficos ficticios a fin de utilizarlos como «trampa» protectora de sus derechos de autor, del mismo modo que los lexicógrafos se han servido de entradas ficticias para demostrar que sus rivales les han robado su material. Cabe hacer notar que esta práctica no se limita a tiempos pasados. En 2005, un representante del *Geographers' A-Z Street Atlas* reveló a la BBC que la edición de Londres de su libro de mapas contenía más de cien calles inventadas.

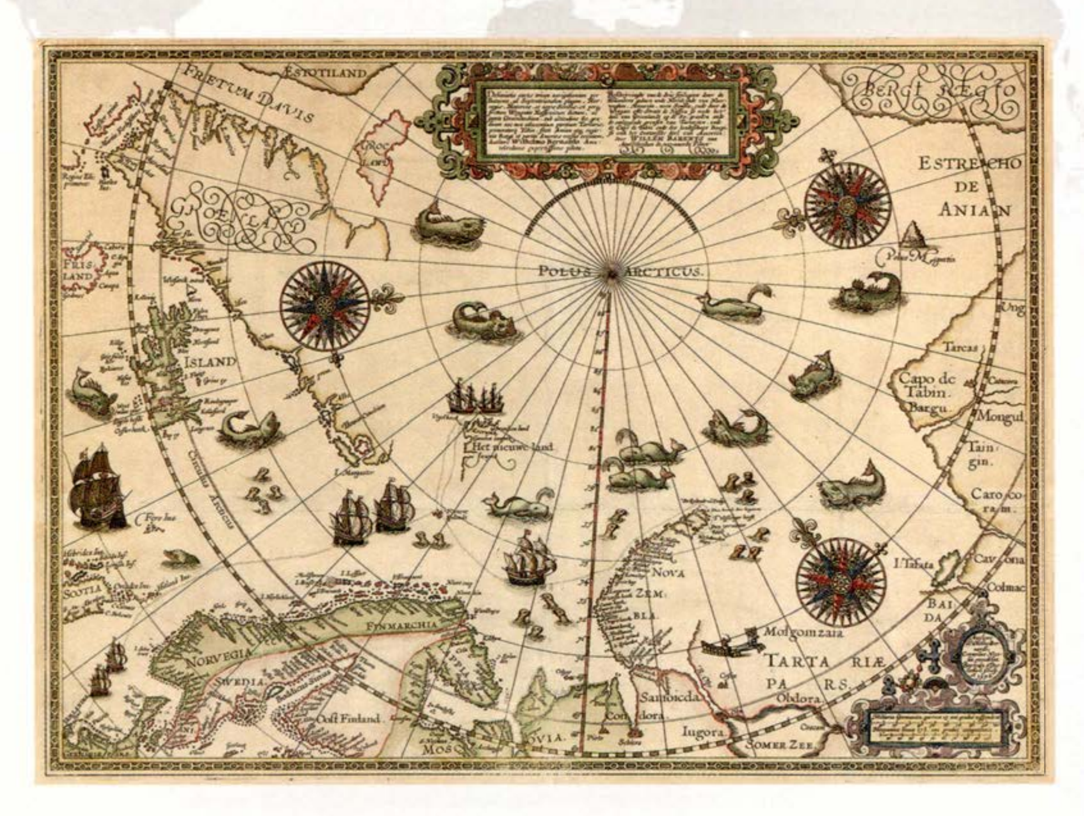
La investigación de los fantasmas geográficos puede llevar también a descubrir que no conviene aplicarle esta denominación con demasiada rapidez: en las regiones con actividad volcánica, tiene lugar con frecuencia la creación y destrucción repentina de islas. Entre las culturas de esas zonas, hay historias transmitidas oralmente que constituyen registros de la existencia de dichas islas: en Fiyi, por ejemplo, existe la historia de la isla habitada de Vuniivilevu, que un día desapareció en las profundidades del océano Pacífico. En la actualidad, cuando los pesqueros pasan sobre su supuesta antigua localización, se acostumbra a guardar un respetuoso silencio. En ocasiones, los mapas sirven como registro de desastres de este tipo; así, por ejemplo, en la aguas de Islandia se encontraban los escollos de Gunnbjörn, un grupo de islas donde había 18 granjas que, según una anotación en un mapa de Johannes Ruysch de 1507, fueron «destruidas completamente por el fuego» originado por una actividad volcánica en 1456.

Independientemente de cuán seguros estemos sobre cómo es el mundo en el que vivimos, parece que todavía hay algo que añadir a esta historia. Me pregunto cuántos fantasmas permanecen escondidos, pero a la vista, en los mapas murales de todo el mundo; qué isla, qué monte, qué obra de una nación imaginaria permanece escondida bajo el aspecto de real, disfrutando de una tranquila inexistencia, esperando a ser desenmascarada.

ESTRECHO DE ANIÁN

48° 29' N, 124° 50' O

Conocido también como Strete of Anian



Una de las grandes obsesiones en la historia de las exploraciones europeas fue la búsqueda del paso del Noroeste. El descubrimiento de una ruta comercial a través de la durísima capa de hielo del Ártico para llegar a Asia y a sus infinitas riquezas, como alternativa a la extenuante y peligrosa ruta bordeando Sudamérica, proporcionaría un incalculable bienestar a la nación que lo lograra. Durante siglos, esa ruta fue totalmente teórica, y debía su mítica existencia al puro deseo mercenario. Fue necesario esperar hasta 1850 para que Robert McClure descubriera un verdadero paso del Noroeste, y hasta 1906 para que fuera surcado por el explorador noruego Roald Amundsen. Sin embargo, en los siglos precedentes, corrieron rumores sobre varios brazos de mar y rutas marinas que eran potenciales pasos y que fueron dibujados y buscados con gran costo. El más importante de los mismos fue el estrecho de Anián.

El mapa terrestre de referencias de la región Ártica de 1598 de Willem Barentsz, trazado a partir de sus observaciones durante el viaje de 1596. Está decorado con monstruos marinos, buques, ballenas y el mítico «estrecho de Anián» en el extremo superior derecho.

Los rumores sobre este estrecho ubicado entre el noroeste de Norteamérica y el nordeste de Asia (parecido al estrecho de Bering), que posiblemente fuera el extremo occidental de un pasaje ártico, propiciaron que apareciera en los mapas entre mediados y finales del siglo XIV, y sirvió de inspiración en sus viajes a exploradores como Giovanni Caboto, *sir* Francis Drake, Gaspar Corte-Real, Jacques Cartier y *sir* Humphrey Gilbert. Se cree que el nombre «Anián» procede de los relatos del siglo XIII de Marco Polo; en el capítulo 5, Libro 3 de sus *Viajes*, el explorador menciona un golfo que se extiende a una distancia de «dos meses de navegación» a lo largo de su costa norte, fronteriza con el sur de la provincia de Manji, y de allí hacia donde se accede a los países de Ania, Tolman y muchos otros ya mencionados. Describe minuciosamente su geografía antes de concluir: «Este golfo es tan extenso, y sus habitantes tan numerosos, que parece ser otro mundo».

En este punto, Marco Polo hace referencia al golfo de Tonkín, frente a la costa de Vietnam del Norte, y, aunque sugiere que se encuentra mucho más al sur, es fácil de entender que los cartógrafos que buscaban información sobre esa zona utilizaran el nombre de «Ania» para identificarlo con los informes existentes sobre un estrecho en las inmediaciones. Esta denominación

El mapa impreso más antiguo dedicado exclusivamente a Norteamérica, y el primero en mostrar el estrecho de Anián (Streto de Anian), que separa América y Asia. Fue trazado por Paolo Forlani y Bolognino Zaltieri, Venecia (1566).





apareció por primera vez en la obra del cosmógrafo italiano Giacomo Gastaldi in 1562, y después fue adoptado por los cartógrafos Bolognini Zaltieri y Gerardus Mercator en 1567. El sueño del estrecho de Anián fue mantenido por los exploradores y cartógrafos en los siglos subsiguientes, debido a su importancia teórica para encontrar el esquivo paso del Noroeste. Aunque el comercio de Europa con Asia era cada vez más floreciente, resultaba muy dificultoso, ya que las mercancías debían ser transportadas por tierra o enviadas por barco rodeando el cabo de Buena Esperanza. Este, en cuyo entorno la navegación era sumamente peligrosa, fue bautizado originalmente, en 1488, como «cabo das Tormentas» por el explorador portugués Bartolomeu Dias.

El marino griego Juan de Fuca (1536-1602) fue uno de los varios que afirmaron haber navegado a través del estrecho de Anián. A las órdenes del virrey de Nueva España, De Fuca realizó dos expediciones para encontrar el fabuloso paso. La primera, formada por tres buques que llevaban 200 hombres, fracasó



El Americae tam Septentrionalis quam Meridionalis *en* Mappa Geographica Delineatio *(h. 1707), de Adam Zuerner, con el «Fretum Anian» dibujado justo bajo las cartelas de los cazadores nativos americanos.*

en sus primeras etapas cuando la tripulación llevó las naves a California tras un motín debido a las «actividades ilícitas» del capitán. En 1592 tuvo lugar un segundo intento, cuando el virrey ordenó a De Fuca que volviera a la región con dos barcos; parece ser que tuvo más éxito. Según el mercader Michael Lok, De Fuca:

llegó a una latitud de cuarenta y siete grados, y allí la tierra se dirigía hacia el norte y el nordeste, con un gran brazo de mar, entre los 47 y los 48 grados de latitud; De Fuca penetró y navegó por él durante más de veinte días, y encontró… un mar mucho más ancho que el de la citada entrada, y pasó por diversas tierras durante su travesía…

De Fuca informó que la entrada al estrecho estaba protegida por una gran isla con una elevada aguja rocosa; de allí regresó a Acapulco con la esperanza de ver recompensados sus descubrimientos, pero no obtuvo nada.

Decorativa muestra del mapa de Ortelius del reino de los tártaros en 1598, con el «Stretto di Anian» dibujado justo en el centro.





Representación de la costa oeste de Norteamérica de Cornelis de Jode en 1593.

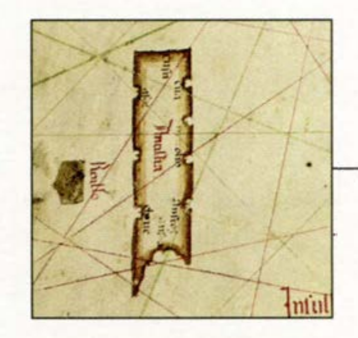
Dado que la única fuente escrita sobre los viajes de De Fuca es la de Lok, un inglés que afirmaba que había conocido al marino en Venecia (y que era un promotor entusiasta de la búsqueda del paso), hay dudas sobre si De Fuca existió realmente (algunos eruditos lo han considerado tan legendario como sus descubrimientos). Sin embargo, para no haber existido, se dan algunos elementos extrañamente precisos en su geografía. En 1787, un traficante de pieles, Charles William Barkley, descubrió un estrecho en la costa oeste de Norteamérica, en el cabo Flattery, y, aunque con un grado de diferencia (unos 111 km) más al norte de lo indicado por De Fuca, lo reconoció como la vía navegable reportada por este último por el pináculo que había descrito el marino (y que hoy se conoce como Pilar de Fuca). El pretendido descubrimiento del estrecho de Anián por Juan de Fuca fue confirmado por el navegante español Lorenzo Ferrer Maldonado, quien afirmó haber recorrido la vía navegable en dirección opuesta en 1588, cuatro años antes que De Fuca. (Aunque el relato de Maldonado es a todas luces ficción, y obtuvo poco reconocimiento en su día, su redescubrimiento a finales del siglo XVIII dio al estrecho una nueva fama). Esta vía descubierta por Barkley fue bautizada como estrecho de Juan de Fuca, pero es solo un largo paso de 153 km de longitud que sirve tanto de acceso al Pacífico del mar de Salish como de punto de partida de la frontera internacional entre Estados Unidos y Canadá.

El intento desesperado de hallar un paso transcontinental significó que el estrecho de Anián permaneciera en los mapas durante cientos de años. En 1719, un mapa de Herman Moll sugiere que se trata de una bahía 50° al norte de la isla de California (*véase* pág. 64). La edición de 1728 del mapa de Johannes van Keulen la localiza también en ese lugar, acompañado de la nota: «Se dice que es posible atravesar este estrecho hasta la bahía de Hudson, aunque no está probado». En 1772, Samuel Hearne hizo el viaje ida y vuelta por tierra entre la bahía de Hudson y el río Copermine, un viaje extraordinario de más de 5 800 km en busca del canal, pero no encontró ningún estrecho de Anián. Salvo para los más optimistas, esto fue suficiente para poner fin al mito.

ANTILLIA

33° 44' N, 54° 55' O *Conocida también como Antilia, isla de las Siete Ciudades, Ilha das Sete Cidades, Sept Citez*

En el año 711, los moros del norte de África cruzaron el estrecho de Gibraltar e invadieron la península Ibérica. Una gran fuerza invasora capitaneada por el general Tarik Benzema ibn Ziyad emprendió una campaña de ocho años, aplastando a los ejércitos cristianos visigodos y sometiendo a la mayor parte de los actuales estados de España y Portugal al dominio islámico. Los moros continuaron su ofensiva a través de los Pirineos, hasta que finalmente fueron derrotados por los francos, capitaneados por Carlos Martel, en la batalla de Poitiers en el año 732; pero antes de que esto ocurriera, surgió una extraña leyenda entre las ruinas de su invasión de España. Esta relataba que un grupo de siete obispos cristianos habían logrado escapar de las fuerzas musulmanas en un barco que se adentró en el Atlántico, para encontrar refugio en una isla lejana conocida como «Antillia». Allí, los siete obispos decidieron fijar su residencia y cada uno construyó una magnífica ciudad dorada. Este hecho dio a la isla su otro nombre: «isla de las Siete Ciudades».



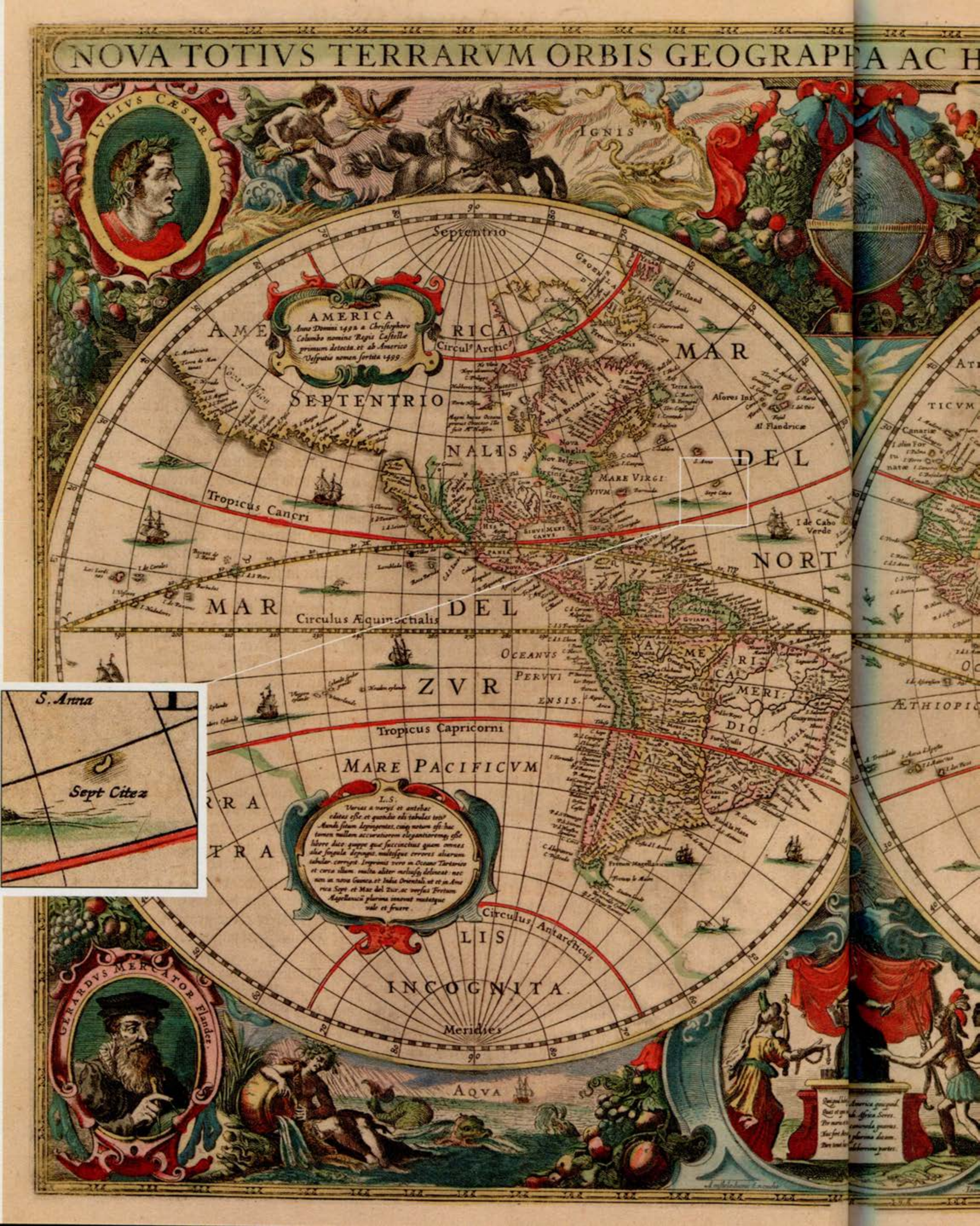
Se desconoce cómo se desarrolló la vida de los obispos en la isla, ya que no se vuelve a encontrar ninguna mención de Antillia durante siete siglos, hasta que volvió a aparecer en las cartas portulanas (instrucciones para la navegación) del cartógrafo veneciano Pizzigano, que muestran algunas de estas legendarias islas atlánticas. En ellas, Antillia se reproduce como un gran bloque rectangular, con siete ciudades repartidas por sus costas: Asay, Ary, Vra, Jaysos, Marnlio, Ansuly y Cyodne. Se supone que esta gran isla estaba situada en el Atlántico Norte, a 750 millas náuticas (1 400 km) al oeste de Portugal y a la latitud de Gibraltar. El origen de su nombre es igualmente misterioso, aunque se cree que deriva de *anteilha*, aproximadamente, «contraisla», posiblemente porque se creía que se hallaba frente a la costa portuguesa. (El nombre se aplicó después a las islas Antillas).

El tamaño considerable de la isla atrajo la atención de los exploradores: el príncipe Enrique de Portugal (1394-1460), más conocido como Enrique el Navegante, envió al capitán Diogo de Teive y al noble español Pedro de Velasco en 1452 para que,



partiendo de la isla de Fayal, en las Azores, hicieran exploraciones hacia el suroeste y el noroeste en busca de Antillia. Llegaron hasta la latitud del sur de Irlanda, sin avistar las costas de Antillia. A pesar de esto, la expedición no fue un rotundo fracaso, pues en la misma descubrieron Corvo y Flores, dos islas exteriores del archipiélago de las Azores. En una carta a Ferman Martins de 1474, el astrónomo italiano Paulo Toscanelli manifestaba su certeza de que la isla de Antillia se encontraba a 50 grados al este de Cipango (Japón), y la recomendaba como escala cuando se navegaba hacia China. Más tarde, en 1486, el rey Juan II dio permiso a Fernão Dulmo, capitán del territorio septentrional de Terceira (una de las islas más grandes de las Azores), para localizar

La carta portulana de Albino de Canepa (1489), en la que se ve Antillia, en el extremo izquierdo, como una isla rectangular.


NOVA TOTIVS TERRARVM ORBIS GEOGRAPH A AC H
IVLIVS CÆSAR
IGNIS
Septentrio
AMERICA
Anno Domini 1492 a Christophoro Columbo nomine Regis Castellæ primum detecta, et ab Americo Vespuctio nomen sortita 1499
AME RICA
SEPTENTRIO
NALIS
Circul. Arctic.
MAR
DEL
NORT
Asores Ins.
Al Flandricæ
Frisland
Nova Britannia
Nova Anglia
Nov Belgium
MARE VIRGI
I de Cabo Verde
Tropicus Cancri
MAR
DEL
ZVR
Circulus Æquinoctialis
OCEANVS
PERVVI
ENSIS.
Tropicus Capricorni
MARE PACIFICVM
RRA
TRA
LIS
INCOGNITA
Circulus Antarcticus
Meridies
AQVA
GERARDVS MERCATOR Flander.
TICVM
Canariæ
ÆTHIOPIC
S. Anna
Sept Citez


GRAPHICA AC HYDROGRAPHICA TABVLA . Auct: Henr: Hondio.
AËR
CLAVDIVS PTOLOMÆVS ALE.
Septentrio
MARE
ATLAN
TICVM
MARE TARTA
RICVM
OCEANVS
CHINENSIS
A FRI CA
OCEANVS
ÆTHIOPICVS
MAR DI
INDIA
MARE LANT
CHIDOL
TERRA
AVS
TRALIS IN
COG
NITA
Doctissimis Ornatissimisq; Viris
D.D. Davidi Sanclaro, Antonio de
Willon et D. Martinio Matheseos
in illustriss. Academia Parisiensi
Professoribus eximiis in veræ
Henr Hondius
Meridies
TERRA
IVDOCVS HONDIVS Flander
DEL
NORT
I de Cabo Verde

y tomar posesión en su nombre de la isla de las Siete Ciudades. Dulmo realizó una expedición en marzo, pero lo único que encontró fueron terribles tormentas.

Colón también creía en la existencia de Antillia, y contaba con ella como punto de parada en su ruta hacia las Indias. En su diario de viaje de 1492, indica que esperaba encontrarla a 28° N. Esto se basaría en la posición dada por Martin Behaim, que ese mismo año había hecho su primera mención cartográfica de la isla en su globo «Erdapfel» (literalmente, «tierra-manzana»), con la anotación:

Durante el año 734 después del nacimiento de Cristo, cuando toda España había sido conquistada por los paganos africanos, fue poblada la isla de Antillia, también llamada Septe Cidade, por el arzobispo de Oporto acompañado de seis obispos y otros cristianos, hombres y mujeres, que llegaron de España embarcados con su ganado, pertenencias y bienes. En 1414, un barco español llegó sin peligro muy cerca de dicha isla.

En 1508, Johannes Ruysch proporcionó más detalles de Antillia en su mapa, con esta inscripción:

Esta isla Antilia fue descubierta por los portugueses, pero ahora, cuando se la busca, es imposible de encontrar. Sus gentes hablan el idioma español, y se cree que llegaron allí huyendo de la invasión bárbara de Hispania en tiempos del rey Rodrigo, el último que rigió Hispania en la época gótica. Hay allí un arzobispo y seis obispos, cada uno de ellos al frente de su propia ciudad, razón por la que la isla se llama de las Siete Ciudades. Su población vive muy piadosamente y disfruta de todas las riquezas de este siglo.

Hernando Colón, hijo de Cristóbal Colón, estaba también fascinado por Antillia. Propone convincentemente en su *Historia del almirante* (1571) que el éxodo de los obispos tuvo lugar en el año 714, no en el 734, lo que estaría más próximo al reinado de dos años del rey Rodrigo en el 711. Escribe también que los obispos quemaron sus naves al llegar a Antillia por temor a que, en algún momento, pensaran en volver a Hispania. De ser así, ¿cómo llegó al continente esta historia de los obispos exilados? Colón relata que, en tiempos del príncipe Enrique, un buque sacado de su ruta por una tormenta desembarcó en Antillia. La tripulación exploró la isla, entró en contacto con sus habitantes y asistió a un servicio religioso antes de volver apresuradamente a Portugal para comunicar la noticia. Sin embargo, cuando recibieron la orden de volver a la isla para confirmarla, toda

Páginas anteriores: Antillia marcada como «Sept Citez» en el mapa del mundo de Hondius, de 1631.

la tripulación desapareció. Por otra parte, el marino francés Eustache de la Fosse aumentó el carácter misterioso de esta al advertir que Antillia estaba protegida por un conjuro lanzado por uno de los obispos «que conocía el arte de la necromancia», y que predijo que la isla no se volvería a encontrar hasta que «no se hubiera restaurado nuestra buena fe católica». De la Fosse afirmaba también que los marinos que pasaban cerca de la isla invisible habían reportado la presencia de aves de ribera volando sobre sus barcos, aunque estos fueran también invisibles «debido a dicho encantamiento».

Antillia vuelve a salir de la nada en el *Tratado dos Descobrimentos (Tratado sobre los descubrimientos)* de 1563, de Antonio Galvão, en el que el cronista recoge el relato de un buque portugués procedente del estrecho de Gibraltar que había encontrado una isla con siete ciudades. Sus habitantes, cuya lengua nativa era el portugués, preguntaron si España, de donde habían huido tras la muerte del rey Rodrigo estaba todavía regida por los moros. Al llegar a Lisboa, el capitán del barco dio una muestra del suelo de la isla a un orfebre para que la analizara, y este determinó que estaba compuesta de dos terceras partes de tierra y una de oro. (Sin embargo, este último detalle era una adición a las historias de las expediciones para despertar el interés, y del tono en el que lo menciona Galvão resulta evidente que desconfiaba de esta afirmación). Para Galvão estaba claro que los marinos habían confundido Antillia con las Antillas caribeñas ubicadas más al oeste. Esta conclusión fue respaldada por otros geógrafos de la época, y se empezó a eliminar la isla de los mapas, aunque aún se encuentra puntualmente en obras más tardías, como en el asombroso mapa del mundo de Hondius de 1631.

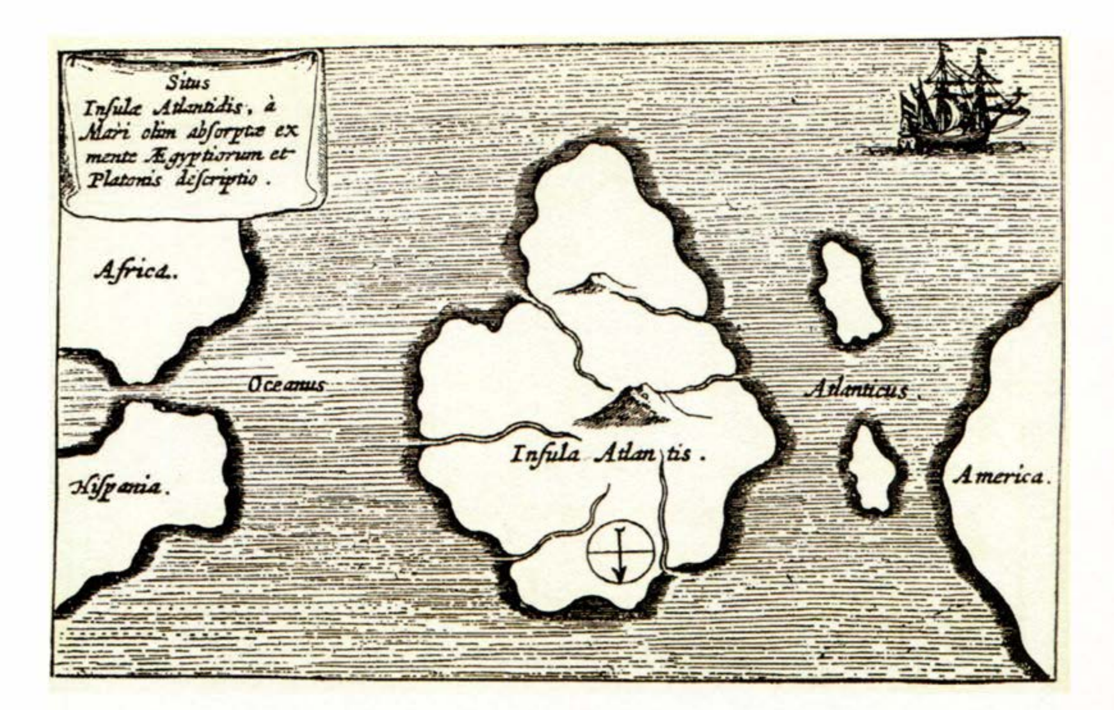
LA ATLÁNTIDA

35° 09' N, 39° 48' O



Todas las islas desaparecidas del pasado palidecen en comparación con la más grande y famosa de todas: la isla de Atlántida, «más grande que Libia y Asia juntas», en palabras de Platón, cuyos diálogos *Timeo* y *Critias* describen esa tierra en detalle. Escritos por el filósofo hacia el año 360 a. C., ambas obras constituyen el registro más antiguo del relato («no una ficción, sino una verdadera historia») en el que se trata una gran guerra entre los antiguos atenienses y los atlantes que tuvo lugar 9000 años antes de los tiempos de Platón. Este

Un mapa de la Atlántida de Bory de Saint-Vincent, tomado de Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries *(1803).*

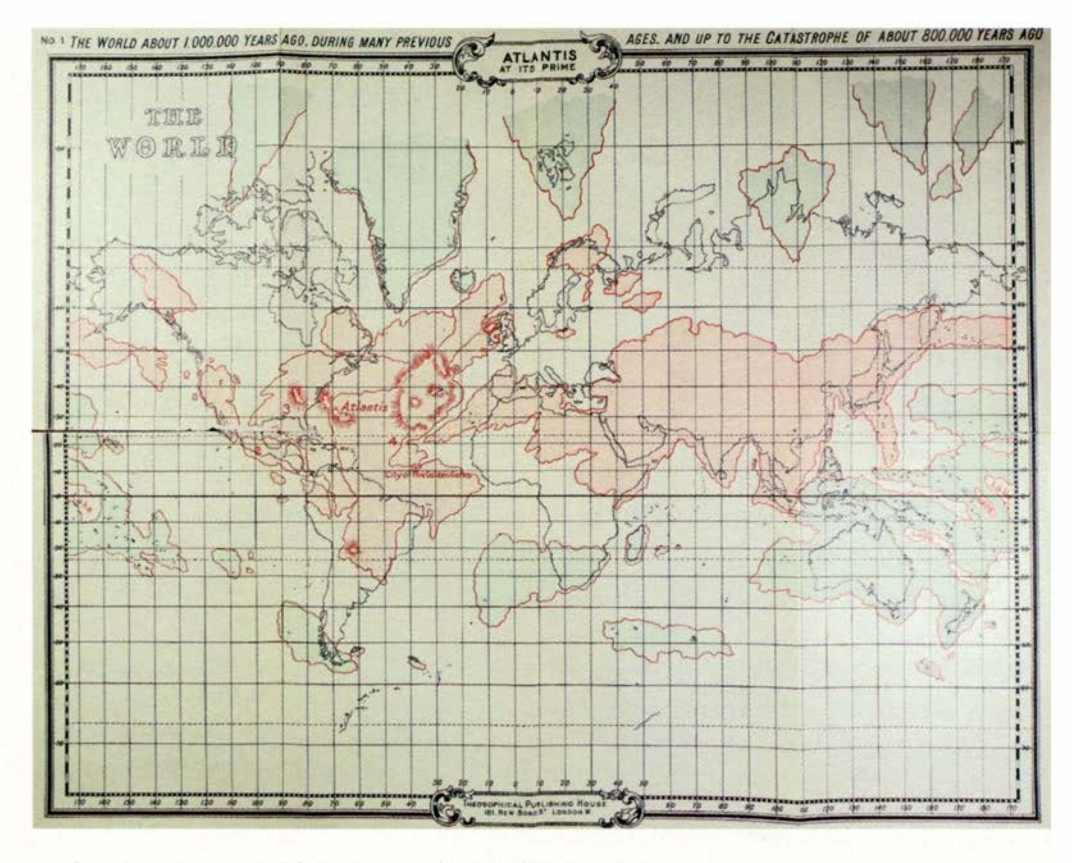


Un mapa del erudito del siglo XVII Athanasius Kircher que sitúa la Atlántida en un punto equidistante entre África y América.

utiliza la historia de la Atlántida como una parábola sobre la arrogancia de las naciones poderosas, inspirándose, según se cree, en la destrucción volcánica de la isla de Thera (Santorini), que tuvo lugar a mediados del segundo milenio antes de Cristo. Aristóteles descartó el relato, al considerarlo ficticio, pero el académico griego Crantor defendió ardorosamente su veracidad histórica. El debate sobre la veracidad de los hechos estuvo a la orden del día (y aún hoy lo está en algunos medios).

En *Timeo*, Platón habla de un gran poder insular «situado frente a los estrechos que llamáis Columnas de Hércules» (la entrada al estrecho de Gibraltar) que lanzó un ataque no provocado contra toda Europa y Asia. Como respuesta, el estado de los antiguos atenienses:

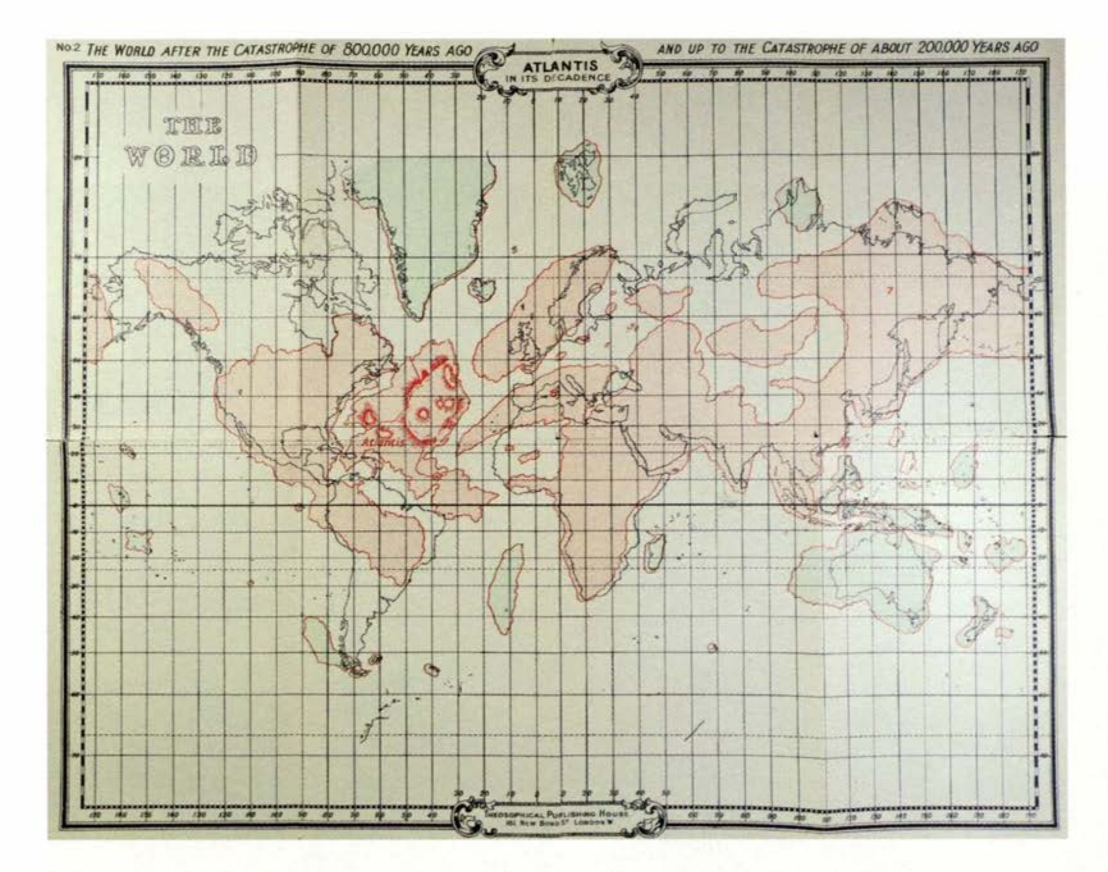
hizo brillar ante la faz del mundo entero su virtud y su poder. Superaba a los pueblos vecinos en valor y en las artes de la guerra… derrotó a los invasores y triunfó sobre estos, preservó de la esclavitud a los pueblos que aún no estaban sometidos y generosamente devolvió la libertad a todos los situados más acá de las columnas de Hércules. Pero en los tiempos que siguieron a estos, tuvieron lugar violentos temblores de tierra e inundaciones; y en un solo día, en una fatal noche, la tierra se tragó a todos sus guerreros y la isla de la Atlántida desapareció entre las aguas hasta el fondo del mar, por lo que hoy no se puede aún recorrer ni explorar ese mar, porque se opone a su navegación una insuperable cantidad de fango que la isla depositó al hundirse en el abismo.



Atlantis en su apogeo, *en* Historia de los Atlantes y el continente perdido de Lemuria *(1925), de W. Scott-Elliot.*

La alegoría de la superioridad del estado ideal de Platón se perdió entre las afirmaciones de veracidad sostenidas por el autor y la apasionante fascinación que suscitaba. Poco a poco, la Atlántida vino a representar a todos los mundos y utopías perdidos amalgamados con mitos comunes a varias culturas. El doctor Jowett, el famoso traductor de Platón del siglo XIX, escribió que «era una leyenda tan aceptable por la mente humana que consiguió ocupar un lugar propio en todos los países». «Era una isla en las nubes, que podía ser vista por todos con los ojos de la fe… Nadie sabía más que Platón sobre el arte de inventar una mentira noble». Como tal, se ha presentado una plétora de teorías académicas (y no tan académicas) sobre la localización real de la raza desaparecida, entre las que se encuentran Perú, las Indias Occidentales, la Antártida, las islas Canarias, Cuba, Indonesia, Nigeria, Marruecos, Chipre, Sri Lanka, Cerdeña, Norteamérica y el canal de la Mancha.

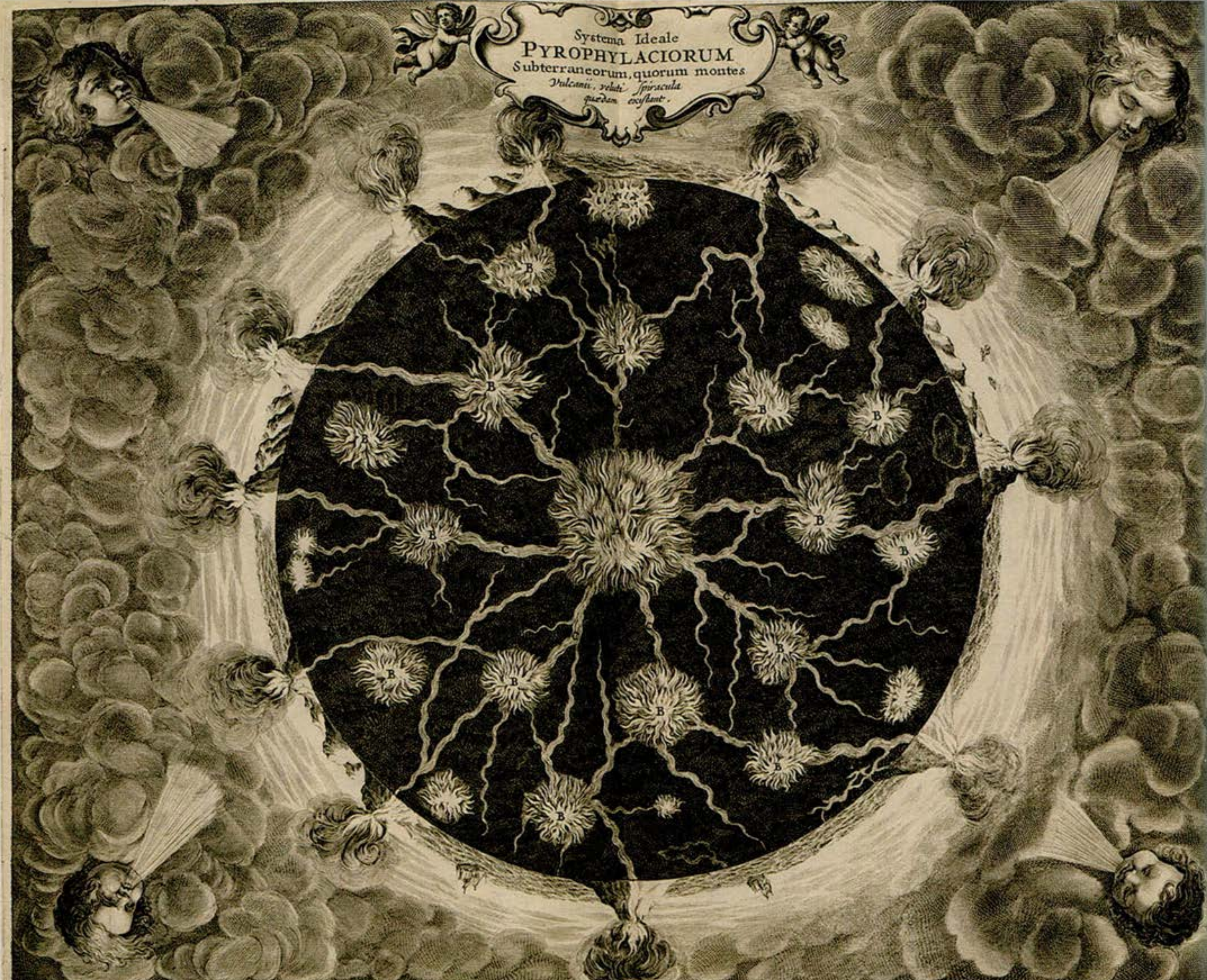
Los mapas aquí mostrados son raros ejemplos de la leyenda aplicada a la cartografía (Athanasius Kircher sigue la descripción de Platón para situarla en el centro del océano Atlántico). El erudito alemán la incluyó en su extraordinario libro *Mundus*



Y aquí los mapas de Scott-Elliot de la Atlántida en su «decadencia».

Subterraneus (1665), que incluye también otros lugares míticos, como los «montes de la Luna» y como las fuentes del Nilo (*véase* Montes de la Luna, pág. 162); discusiones sobre los restos enterrados de gigantes; y un comentario sobre las criaturas del submundo, dragones incluidos. Es una obra que quizá sea más conocida por su ilustración *Systema Ideale Pyrophylaciorum*, un estudio del sistema volcánico de la Tierra, un planeta que «no es sólido, sino con innumerables huecos, con espacios vacíos y madrigueras escondidas», con terribles volcanes que son «únicamente los canales de ventilación, o respiraderos, de la naturaleza».

No obstante, el mito de la Atlántida sobrevivió, pero pasó de ser objeto de estudio de los eruditos a ser el centro de obsesiones y excentricidades. Lawrence Durrell, en *Reflexiones sobre una Venus marina: viaje a Rodas* (1953), ofrece una lista de enfermedades que todavía no están clasificadas por la ciencia médica, «y entre ellas aparece la palabra *insulomanía*, que se describe como un sufrimiento espiritual raro y mal conocido. Hay personas para las que las islas son, en cierto modo, irresistibles. Los conocimientos reunidos sobre una de ellas, sobre ese pequeño mundo cerrado



Representación de Athanasius Kircher en 1665 de los «canales de fuego», o sistema volcánico del mundo subterráneo.

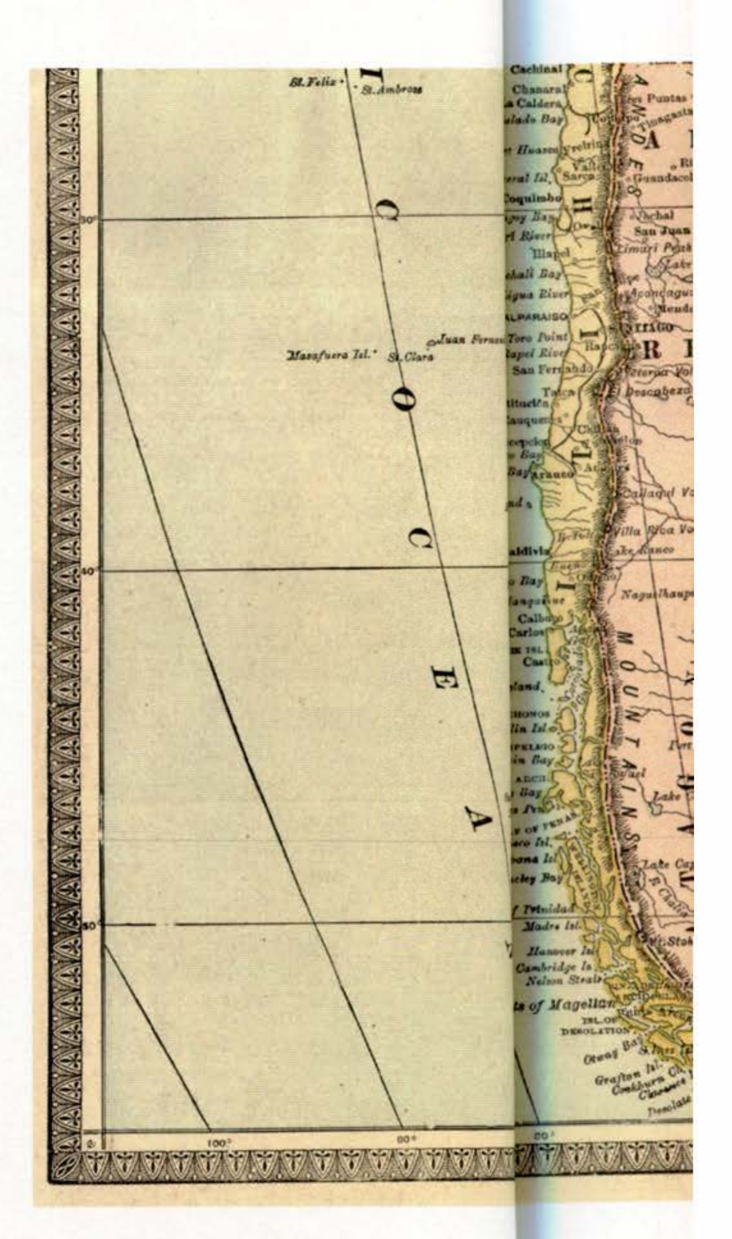
con agua alrededor, los llena de una ebriedad inexpresable. Estos insulómanos natos serían descendientes directos de los atlantes».

Es innegable que ha existido una insulomanía específica entre los buscadores de la Atlántida que tomó una forma especialmente rara con la creación del «Principado de Atlantis» por un grupo de atlantómanos daneses dirigidos por John L. Mott en 1917. Para huir de una Europa torturada por la guerra, este grupo afirmó que se había establecido en un conjunto de islas a 200 millas náuticas (370 km) al sudoeste de Florida, 8 grados sobre el ecuador y a 3 millas naúticas (5,6 km) frente a las costas de Panamá y Costa Rica, que declararon como «dinastía privada… o Principado de Atlantis Kaj Lemuria». Estos datos nos llegaron procedentes de un archivo del gobierno estadounidense que contenía dos décadas de correspondencia entre el Departamento de Estado de Estados Unidos y varias personas, relacionado con el tema del Principado de Atlantis entre las décadas de 1930 y 1950. El archivo incluye un documento con membrete del «Gobierno de Atlantis y Lemuria», en el que la gobernadora general del principado, una tal Gertrude Norris Meeker, advierte al Departamento de Estado de Estados Unidos de que «cualquier violación de la propiedad en esas islas o imperio insular se castiga con prisión»; en otra carta del mencionado archivo, datada en 1957, se advierte al gobierno que respete la soberanía del principado; Leslie Gordon Bell, consejero legal de los nuevos atlantes escribe: «Créanme, esto no es producto de la imaginación de alguien».

ISLAS AURORA

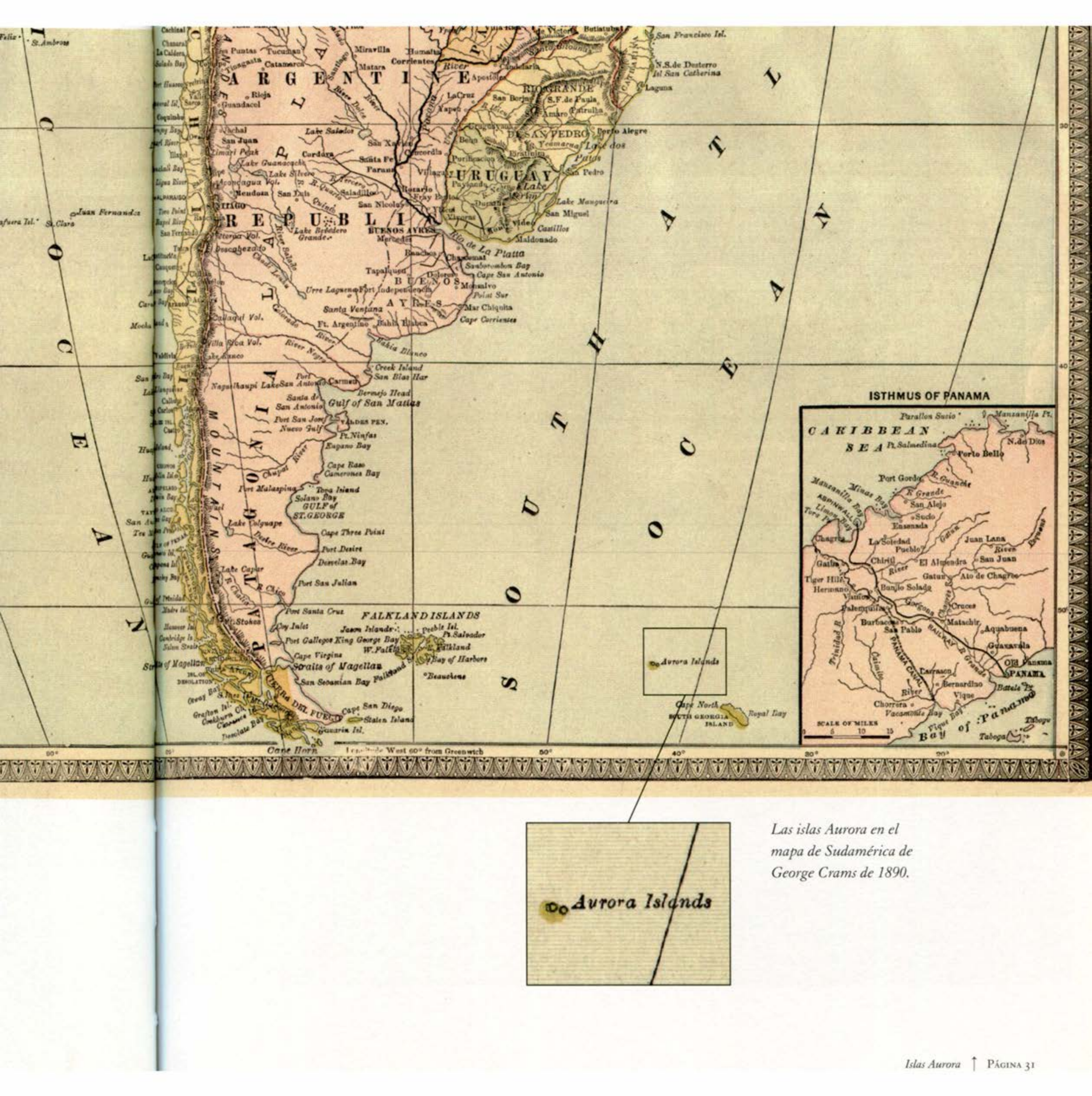
52° 37' s, 47° 49' o

En 1762, el barco mercante español *Aurora*, capitaneado por José de la Llana, se dirigía a Cádiz de regreso de una misión a Lima, cuando la tripulación avistó un par de islas a medio camino entre las islas Malvinas y la Georgia del Sur. El tráfico marítimo en aquella región era creciente, debido a su proximidad a la ruta seguida por los buques mercantes para rodear el cabo de Hornos y, sorprendentemente, las Aurora fueron confirmadas por diferentes tripulaciones en misiones comerciales: la fragata *San Miguel* las detectó en 1769; la *Aurora* lo hizo de nuevo en 1774, seguida de la *Perla*, en 1779, y la *Dolores* en 1790, marcando las coordenadas utilizando la navegación por estima, que es la determinación de la ubicación por medios analíticos, teniendo en cuenta la situación inicial del barco, su rumbo y su velocidad.

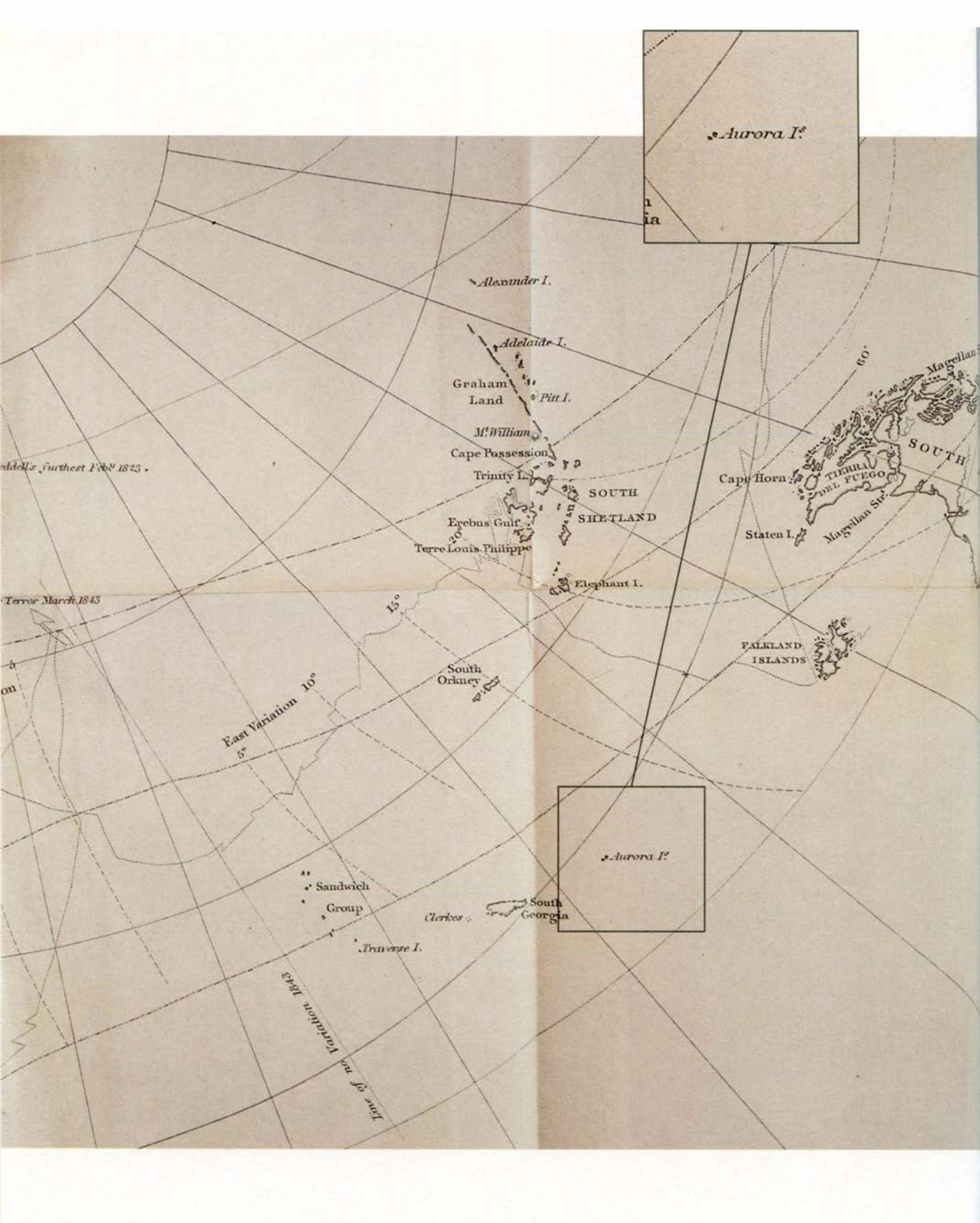


En 1790, el *Princesa*, de la Real Compañía de Filipinas, que transportaba mercancías desde España, registró su paso cerca de las islas en su viaje a Lima y el capitán Manuel de Oyarvido proporcionó las coordenadas precisas e informó de la existencia de una tercera isla, que él bautizó como «isla Nueva». El explorador español José Bustamante Guerra recibió el encargo de cartografiar las «islas Aurora», y en 1794 encontró una isla a 52° 37' S, con la parte oriental cubierta de nieve y la occidental, oscura con restos de nieve en sus barrancas. Su embarcación, la *Atrevida*, navegó a lo largo de la isla haciendo observaciones desde solo 1 milla náutica (1,85 km) de distancia antes de seguir su camino. Cuatro días más tarde se encontró con una segunda isla, y desde una «distancia moderada» observó su parte sudoriental cubierta de nieve. Satisfecho por haber podido localizar las islas con precisión geográfica, Bustamante se dirigió a Montevideo. Sus cartas fueron enviadas al Real Instituto Geográfico Nacional de Madrid, y durante un tiempo no se supo nada más de ellas.

Más de veinte años más tarde, en 1820, el marino y cazador de focas británico James Weddell se sintió atraído hacia la zona por los hallazgos de Bustamante. Llegó hasta las coordenadas por él indicadas y solo encontró mar abierto. Incapaz de creer que tantos marinos antes que él pudieran haber cometido un error de tal magnitud, patrulló el área durante cuatro días hasta que decidió



Las islas Aurora en el mapa de Sudamérica de George Crams de 1890.



Aurora Iˢ
Alexander I.
Adelaide I.
Graham Land
Pitt I.
Mᵗ William
Cape Possession
Trinity L.
SOUTH SHETLAND
Erebus Gulf
Terre Louis Philippe
Elephant I.
Cape Horn
TIERRA DEL FUEGO
SOUTH
Magellan St.
Staten I.
FALKLAND ISLANDS
South Orkney
East Variation 10°
15°
5°
Terror March 1843
Sandwich Group
Clerkes
South Georgia
Traverse I.
Line of no Variation 1843
Aurora Iˢ

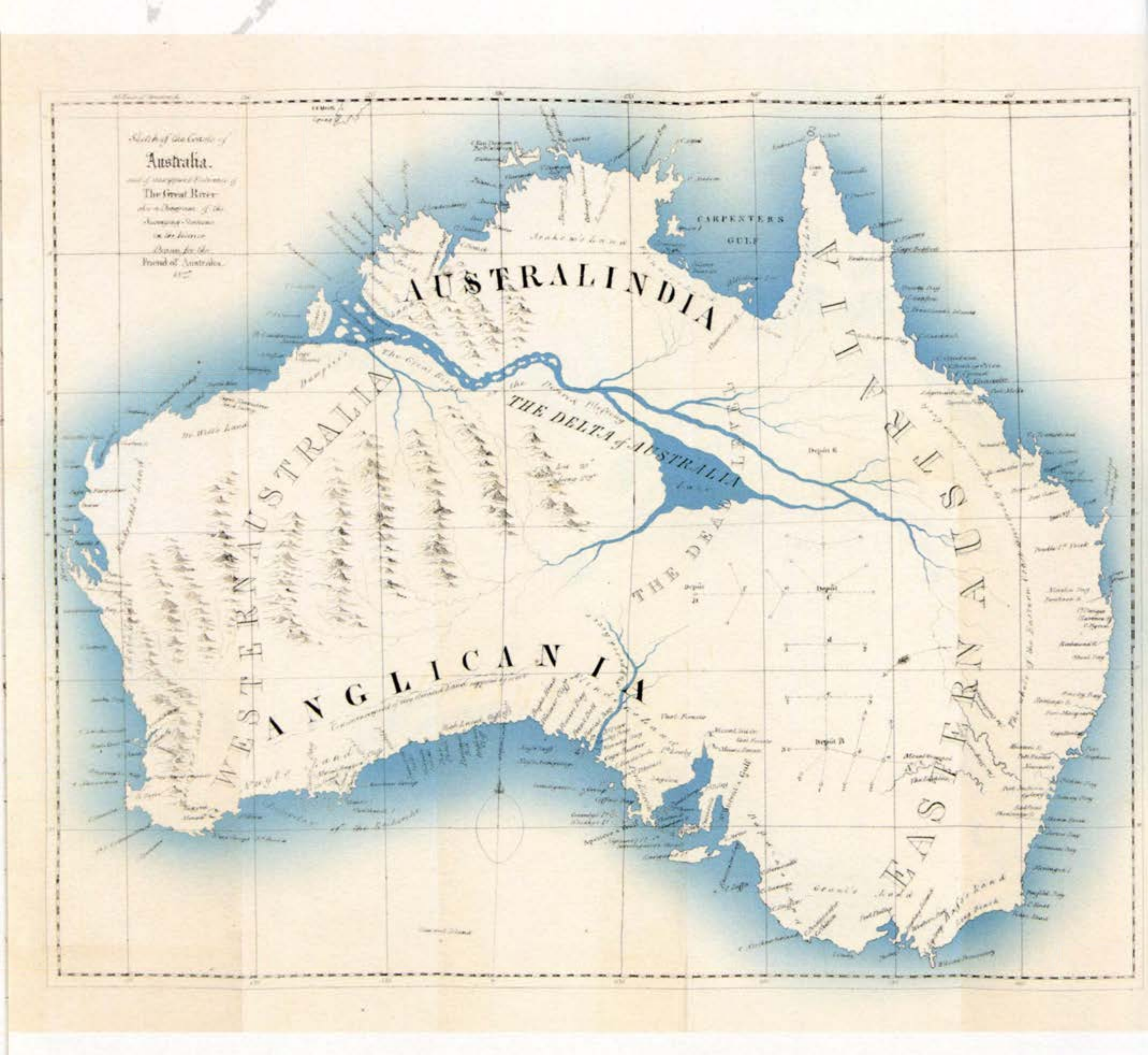
que «los descubridores debían haberse dejado llevar por las apariencias», y continuó el viaje alrededor de las islas Malvinas.

Weddell tenía razón: no hay ninguna isla en aquella región ni se ha obtenido una explicación satisfactoria de cómo pudo ser que las Aurora llegaran a tener una existencia confirmada. Hay muchos factores que se pueden tener en cuenta: la escasa visibilidad en las difíciles condiciones climáticas antárticas; la desesperación por encontrar tierra en el horizonte tras largos períodos de tiempo en el mar; quizá incluso la destrucción del territorio por la actividad volcánica. ¿Eran en realidad las islas icebergs de gran tamaño, o «islas de hielo con algo de tierra», que fue lo que finalmente pensó Weddell? ¿O se confundieron con el otro descubrimiento a 620 millas náuticas (1 148 km) de las Malvinas a 53° 33' S, 42° 02' O, el de las islas Cormorán (a las que también se les dio el nombre de islas Aurora)? Se ha sugerido además que las Aurora podrían haber sido confundidas con las Malvinas, pero no parece plausible que tantos avezados marinos pudieran haber cometido el mismo grave error. Las islas aparecen en los mapas hasta entrado el siglo XIX, ocasionando inútiles exploraciones por parte de Benjamin Morrell en 1823 y de John Biscoe en 1830. También se pueden ver en la carta que acompaña la obra de John Ross de 1847, *A Voyage of Discovery and Research to Southern and Antarctic Regions* (*Un viaje de descubrimiento e investigación a las regiones meridionales y antárticas*). En 1856 habían sido eliminadas de los registros cartográficos. El misterio de qué fue lo que vieron tantos hombres en aquellas aguas continúa sin resolverse.

Página anterior: carta del libro A Voyage of Discovery and Research to Southern and Antarctic Regions *(1847), de John Ross.*

MAR INTERIOR DE AUSTRALIA

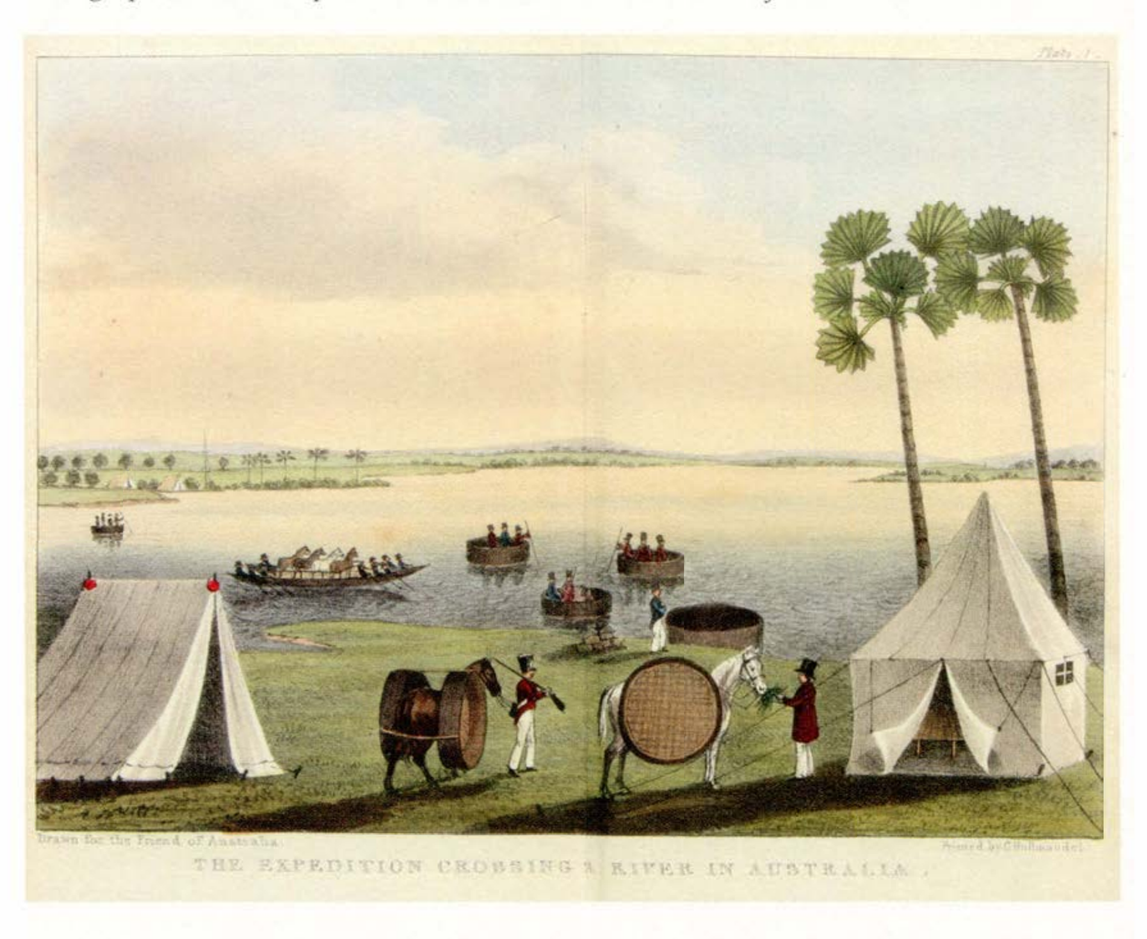
24° 54' S, 137° 13' E



El soñado mapa de Maslen con el posible mar interior y el sistema fluvial de Australia, de The Friend of Australia *(1830).*

Habían pasado 42 años desde que la primera flota británica comandada por el capitán Arthur Philip desembarcara en la bahía de Botany y estableciera la primera colonia europea en Port Jackson. Al principio, la nueva tierra se utilizó como penal, pero los británicos tenían interés en avanzar más profundamente en el desconocido interior y valorar su potencial para futuros asentamientos. Sabían, por experiencia, que siguiendo el curso de los ríos hacia el interior se llegaba a montañas, sistemas fluviales y tierras fértiles que a menudo superaban todas las expectativas, por lo que asumieron que esa misma lógica topográfica se podría aplicar a Australia; se preguntaban qué tipo de vergel paradisíaco les esperaría en el interior.

Escena de Maslen de colonizadores atravesando el posiblemente abundante sistema fluvial, con caballos que transportan recipientes en forma de tubo.



El escritor inglés Thomas J. Maslen en *The Friend of Australia* (*El amigo de Australia*), de1830, anunciaba que «el plan que se presenta aquí es un esquema funcional y no una mera teoría que no pueda ponerse en práctica; servirá igualmente bien como guía y como libro de referencia para grupos de exploradores, sean grandes o pequeños». Maslen, un oficial retirado de la Compañía Británica de las Indias Orientales, escribió este libro para incentivar las empresas de expansión colonial. En él proporcionaba instrucciones detalladas para realizar avanzadas y exploraciones en el interior (para estas últimas aconsejaba el empleo de camellos). Para los europeos parecía casi imposible que un país del tamaño de Australia pudiera existir sin los abundantes sistemas fluviales presentes en los demás continentes. Por tanto, Maslen utilizó su libro para exponer sus fundamentadas estimaciones de un interior de Australia rico en agua. En la actualidad se considera *The Friend of Australia* como el máximo exponente de la geografía especulativa.

El mapa que se puede ver en la página 34 es el que acompañaba al libro, lo que contribuye a la sorprendente fama moderna de la obra como curiosidad (solo se imprimieron 250 ejemplares, y entonces no se llegaron a vender todos). Durante años, existió la teoría de un inmenso sistema de ríos y lagos australiano por descubrir, pero fue el propio Maslen quien se dejó llevar por su imaginación de una manera



Diseño de bandera realizado por Maslen «sometido con respeto a la consideración del gobierno para ser adoptada por la colonia de Nueva Gales del Sur».

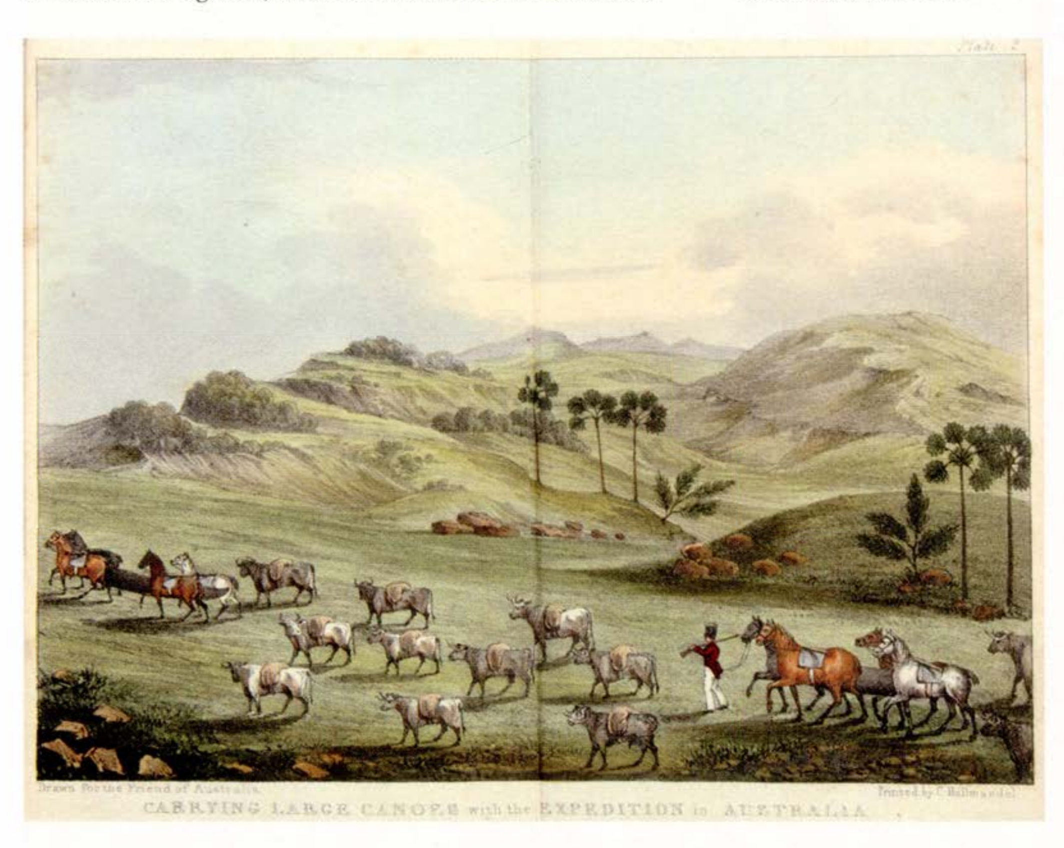
Cómo podría ser una expedición con camellos a través de los desiertos de Australia.

THE EXPEDITION in a DESERT in AUSTRALIA.

espectacular. En el apéndice, describe el pensamiento subyacente en la creación de su «atlas de Australasia como desiderátum», al suponer que debía de haber una serie de montañas que se extendían desde la costa oeste hacia el interior. Estas encerrarían una gran planicie, «desde donde otras corrientes podrían seguir su curso hacia la llanura y formar, quizá, uno o más espejos de agua, ya que la formación de lagos es una de las características fundamentales de Australasia». El conjunto de ríos así retratado, fruto de una elaborada y generosa fantasía, es coronado por un gran lago del tamaño de un mar pequeño situado en el desolado centro de lo que hoy es el desierto de Simpson.

Aunque esta ambiciosa concepción hidrográfica parecía ignorar todo lo que se sabía sobre la aridez de Australia, propició que muchos exploradores se aventuraran a investigar. Charles Sturt fue uno de aquellos buscadores de agua que condujo expediciones en 1829-1830, convencido de que los ríos navegables del oeste lo llevarían a un gigantesco mar interior, no muy distinto del gran «delta de Australia» dibujado por Maslen, pero regresó decepcionado. Finalmente, Sturt resolvió el misterio con el descubrimiento de que las corrientes occidentales eran, de hecho, afluentes del Murray, el río más largo de Australia. A mediados del siglo XIX, el mito del mar interior se había secado.

Canoas transportadas por la campiña para ser utilizadas en el teórico mar interior.



BERMEJA

22° 33' N, 91° 22' W

Conocida también como Vermeja

En el Derecho del Mar existe un fenómeno curioso conocido coloquialmente como «hoyo de dona». Estos «hoyos de dona» constituyen lagunas legales creadas por la aprobación en una Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar de 1982, que básicamente establece una zona económica exclusiva (mar patrimonial) de 200 millas náuticas (370 km) desde la costa de cada país, de soberanía marina del mismo. Los polígonos llamados «hoyos de dona» aparecen cuando los perímetros de los mares patrimoniales de dos países no coinciden exactamente, por lo que existen tierras de nadie en las aguas internacionales.

En el golfo de México existen varios de esos polígonos y se han convertido en puntos de disputa entre Estados Unidos y México por un solo motivo: el petróleo. Los campos petroleros del golfo de México son especialmente ricos y de gran importancia para ambos países (los registros de la Administración de Información Energética de Estados Unidos indican que esta área proporciona el 17 % de la producción total de crudo de Estados Unidos). En la carrera por delimitar los derechos sobre los territorios, se sacaron a la luz antiguos mapas de la región, que desempeñaron un papel crucial en el debate internacional que generaría una importante riqueza al vencedor. Se reveló que, desde el siglo XVI había cartas que mostraban la existencia de una pequeña isla denominada «Bermeja» situada en el centro del golfo de México, aunque nunca se había probado su existencia. México se dio cuenta de que si se encontraba dicha isla, se incrementaría sustancialmente su mar patrimonial, lo que justificaría sus reivindicaciones sobre los derechos al crudo de la región.

Página siguiente: A Map of the United States of Mexico *(1826), de Henry S. Tanner, que muestra la isla Bermeja en el centro del golfo de México.*

Bermeja apareció por primera vez en el mapa de 1539 *El Yucatán e islas adyacentes*, de Alonso de Santa Cruz, y en todos los mapas del golfo de México, hasta bien entrado el siglo XIX, se señala que la isla se puede encontrar frente a la costa norte de la península de Yucatán. Alonso de Chaves fue el primero en registrar una localización precisa en su *Espejo de navegantes* (Sevilla, h. 1540), describiendo la isla, vista en la distancia, como «rubia o rojiza». Después de este, no se registró ningún otro avistamiento, pero permaneció en las cartas hasta el siglo XIX,



cuando varios mapas británicos registraron que la isla se había hundido misteriosamente. Su última aparición se puede encontrar en la edición de 1921 del *Atlas geográfico de la República Mexicana*.

En 1997, cuando Estados Unidos y México se preparaban para negociar un tratado que dividiera la región de los «hoyos de dona» se envió un buque mexicano en una misión de descubrimiento, pero fue incapaz de encontrar ninguna señal de la misma tras explorar las aguas de Yucatán. En el año 2000 México firmó finalmente el tratado, pero el gobierno mexicano no perdió la esperanza de que un día se encontrara la isla Bermeja, y en 2009, un equipo de expertos de la Universidad Nacional Autónoma de

México (UNAM) partió de la costa mexicana a bordo del buque de investigación *Justo Sierra* para explorar el golfo de México en busca de la isla de 80 km². El equipo de la UNAM llegó hasta las coordenadas y estudió el área en barridos concéntricos; incluso desplegaron personal para escanear el área por vía aérea. Lo único que encontraron fue el fondo del mar cubierto de sedimentos.



Se han elaborado numerosas teorías para explicar la «desaparición» de Bermeja. Algunos la atribuyen al cambio climático y al aumento del nivel del mar; otros, a un maremoto, aunque en 2010, un grupo de senadores mexicanos emitieron un comunicado

en el que se señalaba que «una tal fuerza de la naturaleza no ocurre sin que nadie se dé cuenta, y menos aún si tiene lugar en un área con más de 22 000 millones de barriles de reservas de petróleo».

Una teoría bastante extendida es que la totalidad de la isla fue destruida por la CIA (Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos) para asegurar la hegemonía de Estados Unidos sobre los campos petroleros. En noviembre del año 2000, seis senadores del Partido de Acción Nacional (PAN) con mayoría en el Congreso de México, expresaron en el Senado sus «fundadas sospechas» de que la isla se había hecho desaparecer a propósito. Las teorías de la conspiración adquirieron más fuerza que nunca cuando el coche en que viajaba uno de los políticos, el presidente del PAN, José Ángel Conchello, fue embestido intencionadamente por un tráiler, y murió en el accidente, sin que se llegara a encontrar al responsable del asesinato, poco tiempo después de que hubiera exigido nuevas investigaciones sobre la existencia de Bermeja. Conchello había advertido sobre un plan secreto del gobierno de Zedillo para conceder los derechos de exploración a empresas estadounidenses.

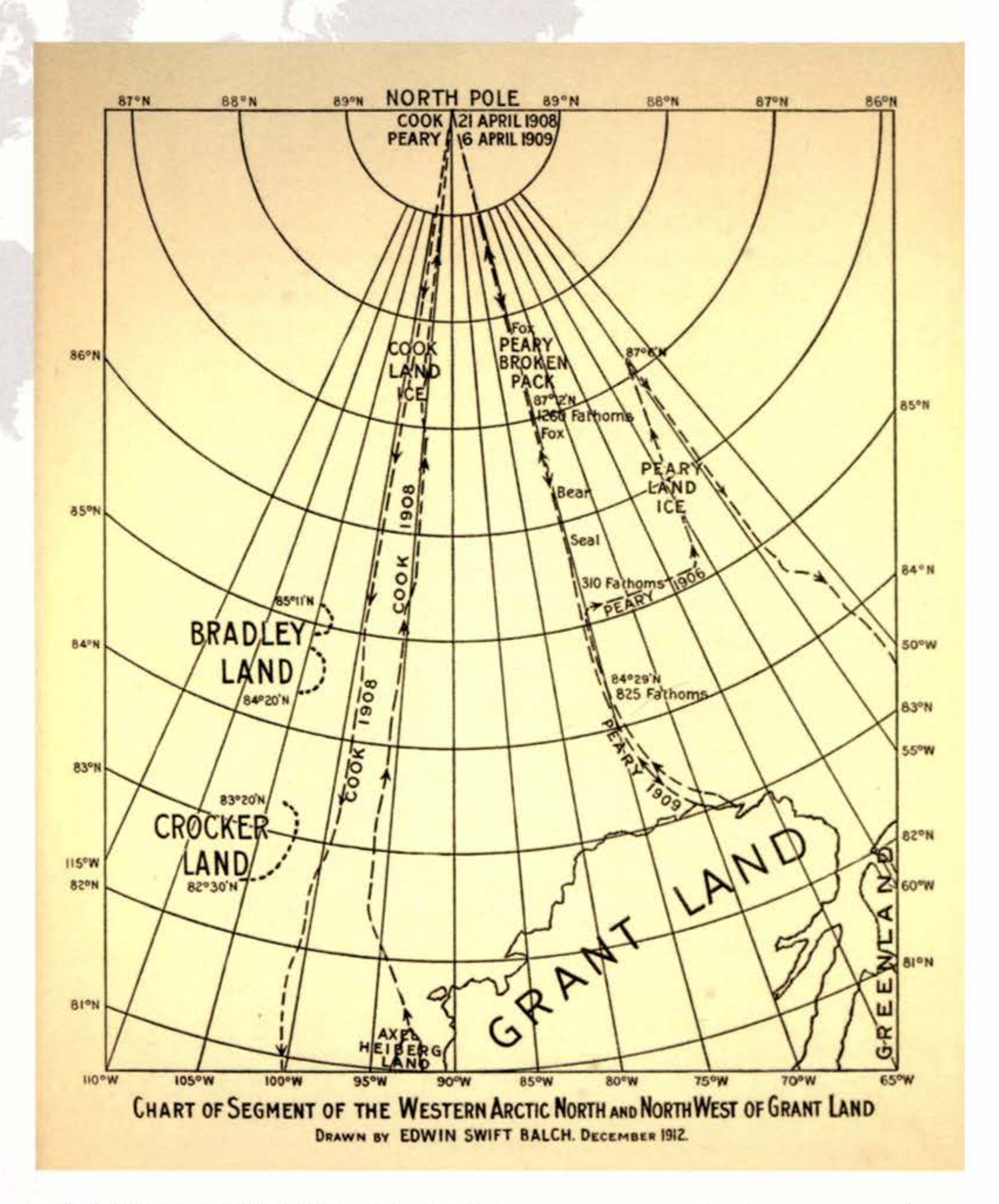
¿A qué conclusiones se ha llegado? Jaime Urrutia, de la UNAM, y Saúl Millán, del Instituto Politécnico Nacional, llegaron a la conclusión de que para arrasar una isla del tamaño de Bermeja habría sido necesaria una bomba de hidrógeno. Millán sugirió que, en lugar de destruir la isla, podría haber sido ocultada bajo el agua, apuntando así hacia la teoría de que el gobierno de Estados Unidos habría conseguido de algún modo reducir su tamaño hasta dejar la isla bajo el nivel del mar.

Irasema Alcántara, geógrafa de la UNAM, defendió apasionadamente la existencia de Bermeja y dijo a los periodistas: «Hemos encontrado documentos que contienen descripciones muy precisas de la existencia de Bermeja... Sobre esta base creemos firmemente que la isla existió, pero en otra localización». Julio Zamora, presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, no se mostró de acuerdo: «Los países que hacían mapas en los siglos XVI y XVII los solían publicar con imprecisiones para evitar que sus enemigos los pudieran utilizar». Esto coincide con la opinión del oceanógrafo alemán Hans-Werner Schenke, del Instituto Alfred Wegener, de Bremerhaven. Después del regreso con las manos vacías del equipo de la UNAM en 2009, Schenke fue consultado por un periodista de *Der Spiegel* y echó por tierra las últimas esperanzas de los mexicanos al afirmar: «Si se consultan las últimas cartas marítimas y datos de la tierra, no existe ninguna indicación de que haya existido esa isla».

Página anterior: Vermeja en el mapa de Tardieu Amérique Septentrionale *(1809).*

TIERRA DE BRADLEY

En algún lugar entre 84° 20' n, 102° 0' o y 85° 11' n, 102° 0' o



Carta de un segmento del Ártico Norte Occidental y el Noroeste de la Gran Tierra *de* The North Pole and Bradley Land *(1913), de Edwin Balch.*

En la primavera de 1908, el cirujano y explorador estadounidense Frederick Albert Cook dejó la cabaña de Groenlandia que había construido tras su llegada al país el verano anterior, y se embarcó con la intención

de ser el primero en alcanzar el polo Norte. Atravesó el estrecho de Smith hasta las islas Ellesmere, un archipiélago al norte de Canadá, acompañado por diez ayudantes inuit, con once trineos y 105 perros. El convoy se dirigió hacia la península Bache, y después siguió el fiordo hacia el oeste. Tras atravesar la bahía helada del fiordo, llegó finalmente al cabo de Thomas Hubbard, situado en la punta más septentrional de la isla Axel Heiberg, otra del archipiélago ártico canadiense. (Aquí, en el cabo Thomas Hubbard, dos años antes, Robert Erwin Peary, su antiguo amigo y gran rival, había avistado la imaginaria Tierra de Crocker; *véase* Tierra de Crocker, pág. 70). Cook condujo a su grupo a través de los terribles vientos y atravesó el helado mar polar. Al cabo de tres días, solo permanecieron a su lado dos de sus acompañantes inuit, Ahwelaw y Etukishook. Después, tomaron rumbo hacia el polo Norte... y los tres hombres desaparecieron.



Frederick Cook posa frente a un telón de fondo ártico para una fotografía publicitaria, hacia 1911.

Durante un año no se supo nada de ellos, y se dio por hecho que el viaje había sido un fracaso hasta que, de repente, en abril de 1909, Cook reapareció. A su regreso a Anoritok, Groenlandia, contó su historia. Afirmó que había llegado a la isla Devon en el archipiélago (la isla deshabitada más grande del mundo) viajando en trineos entre las islas Ellef Ringnes y Amund Ringnes. Siguió adelante, pasando por las coordenadas de la Tierra de Crocker de Peary, cuya existencia refutó, y con gran alegría avistó una nueva masa de tierra que bautizó como «Tierra de Bradley». Le dio este nombre en honor a John R. Bradley, el acaudalado cazador que había financiado su expedición. Según Cook, la Tierra de Bradley era una gran formación de dos grandes masas con una quebradura, un estrecho o hendidura, entre ellas. En el relato de la aventura, que publicaría más tarde, *My Attainment of the Pole: Being the Record of the Expedition that First Reached the Boreal Center, 1907-1909* (*Mi conquista del Polo: Registros de la expedición que alcanzó en primer lugar el centro boreal*), Cook incluyó dos fotografías, con la descripción: «La costa

baja se parece a la isla Heiberg, con montes y grandes valles. La costa superior, que estimo que está a una cota de 305 m, es plana y está cubierta por una fina capa de hielo».

Cook envió telegramas afirmando que había conseguido su propósito original: había llegado al polo Norte el 21 de abril de 1908, pero no había podido regresar a Groenlandia, por lo que se había visto obligado a buscar refugio en la isla Devon. La noticia se difundió por todo el mundo y llegó a Copenhague, donde fue recibido como un héroe, con una compacta audiencia en su primera conferencia, entre la que se encontraban miembros de la familia real danesa.

Después se produjo un giro imprevisto. Justo cinco días más tarde, un furioso Robert Peary envió un telegrama desde Labrador en el que afirmaba que *él* había sido la primera persona en llegar al polo Norte el 6 de abril de 1909. Peary tachó a Cook de mentiroso, y citó los testimonios de los dos inuit, Ahwelaw y Etukishook, de que Cook nunca había abandonado la tierra firme. La controversia entre Cook y Peary se mantuvo en un debate público sobre quien había sido el primero en llegar al polo Norte, que duró años y que no ha sido resuelto hasta el día de hoy. Ciertamente, a la candidatura de Cook no le sirvió de ayuda que no hubiera nada parecido a la Tierra de Bradley en la ubicación dada por él.



Retrato de Robert Peary, 1909.

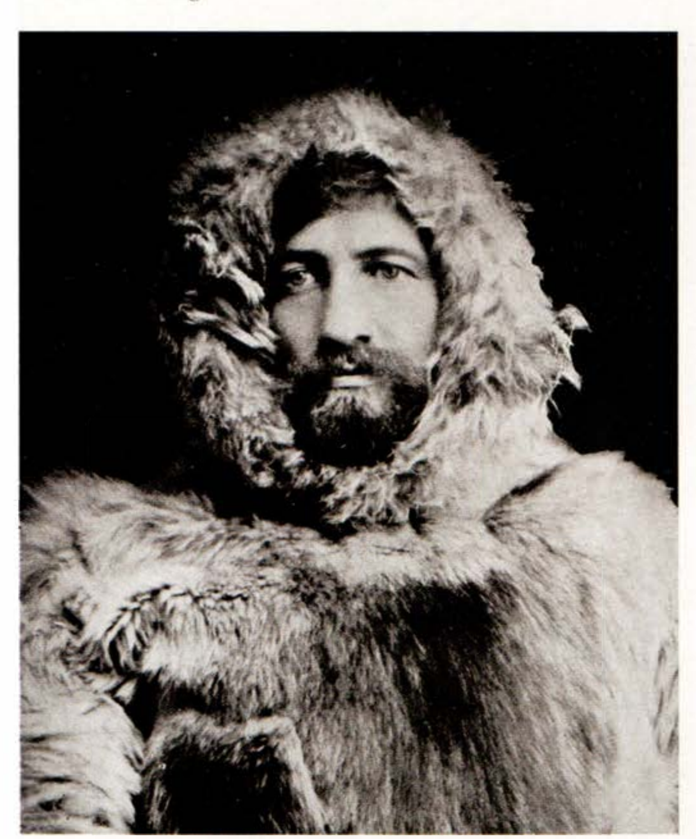
Más tarde surgieron nuevas dudas sobre la credibilidad de Cook: se descubrió que las fotografías que había aportado como prueba de su visita al polo Norte eran recortes de fotografías de Alaska que había tomado años antes. (Se demostró después que las fotografías de su ascenso al monte McKinley, un año antes, eran de una cima totalmente distinta y mucho más baja). Nunca pudo mostrar sus registros originales de navegación por el polo, y estaba claro que el diario que les entregó a los expertos daneses para que lo examinaran había sido escrito mucho más tarde. El público estadounidense que lo había aclamado como héroe, y lo había apoyado en su pugna con Peary, se volvió en su contra, y Cook recorrió el mundo buscando en vano un lugar donde reconocieran su éxito, a menudo disfrazado, como lo hizo para asistir a una conferencia de Peary en Londres en 1910. Más tarde se convirtió en buscador de oro negro y fundó la Asociación de Productores de Petróleo, hasta que fue acusado



de fraude postal y sentenciado a cumplir cinco años en la prisión federal de Leavensworth.

Aunque con cierta reticencia, debemos concluir que su marca característica fue el engaño; incluso los dos ayudantes inuit revelaron más tarde que las fotografías que él había afirmado que habían sido tomadas en la Tierra de Bradley eran, en realidad, de la costa de la isla Axel Heiberg.

Dos miembros de la expedición de Cook, de pie ante un iglú con una bandera de Estados Unidos; una fotografía que se suponía había sido tomada en el polo Norte, 1908.

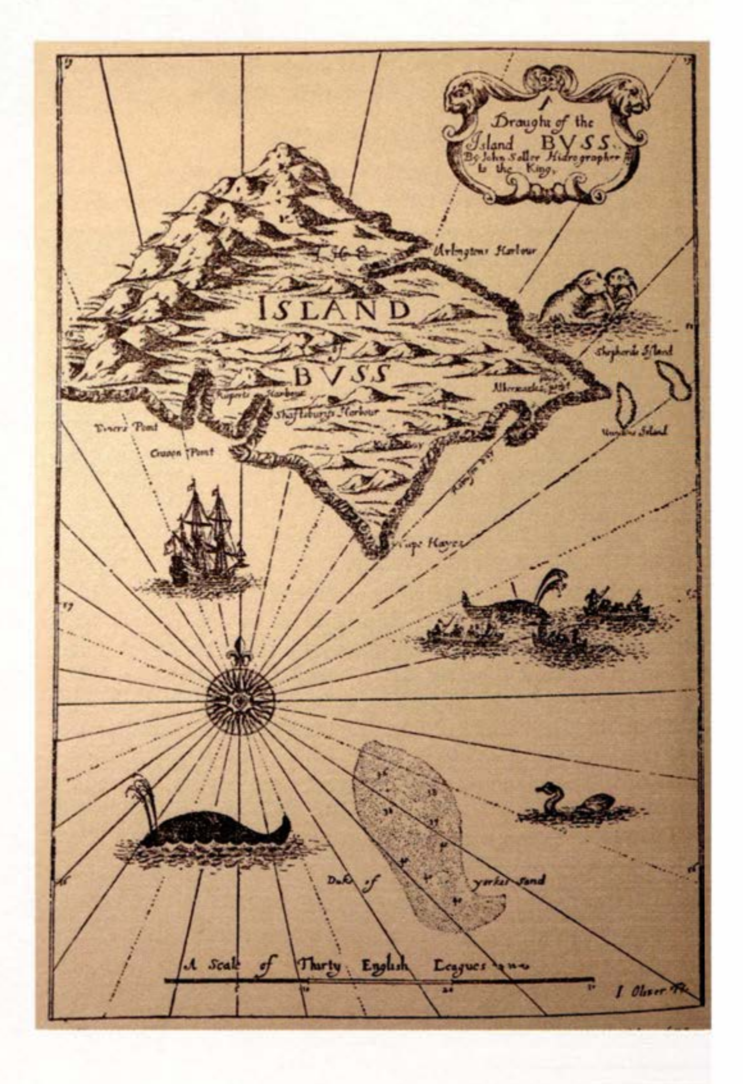


Retrato de Frederick Cook ataviado con pieles árticas, 1909.

ISLA BUSS

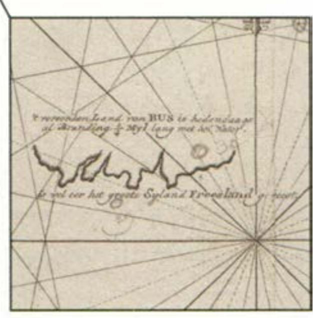
58° 00' N, 28° 00' O

Para el marino inglés *sir* Martin Frobisher, el paso del Noroeste fue una obsesión particular, e hizo tres viajes a finales del siglo XVI en busca de un paso a través del Ártico. Durante la primera de las tres expediciones, Frobisher llegó a una amplia ensenada en el mar de Labrador, hoy conocida como «bahía de Frobisher», al norte de Terranova, y creyó que se trataba de un estrecho. En esa zona descubrió una misteriosa «tierra negra» que creyó rica en mena. Con una muestra del tamaño de una hogaza de pan, regresó a Inglaterra, donde fue examinada por cuatro expertos, y tres de ellos la consideraron sin valor, en tanto que el cuarto afirmó que era rica en oro. Esto fue suficiente para conseguir apoyos para los dos siguientes viajes, y en cada uno de ellos cargó su barco con inmensas cantidades de aquella tierra, que, finalmente, demostró no tener ningún valor. Aunque la falta de oro fue decepcionante, durante el regreso del tercer viaje el barco de Frobisher, el *Emmanuel*, hizo un descubrimiento totalmente diferente. (La isla fue denominada por el nombre que los ingleses daban a un tipo de chalupa, *buss*, *busse* o *bridgewater*, y al *Emmanuel* se le dio el sobrenombre de «The Busse of Bridgewater»).



Mapa de la isla Buss, *de la obra de John Seller* English Pilot *(1675)*.

El informe del descubrimiento de Frobisher fue publicado en la obra de George Best *A True Discourse of the Late Voyages of Discoverie, for the Finding of a Passage to Cathaya* (*Verdadero discurso de los últimos viajes para encontrar un paso a Catay*), de 1578, en el que se lee: «El Busse of Bridgewater, cuando iba de regreso, hacia el sudeste de la isla de Frislandia [*véase* Tierras fantasma del *Mapa de Zeno*, pág. 240], descubrió una gran isla a la latitud de [dato borrado] grados, que no había sido avistada hasta entonces, y navegó durante tres días a lo largo de la costa, pareciendo la tierra fértil, con muchos bosques, y grandes campos abiertos».



La isla Buss marcada en una carta marítima holandesa de 1786.

Este lugar de «campos abiertos» se bautizó como isla Buss. De ella no se volvió a hablar durante catorce años, hasta que se publicó *Principal Navigations* (*Principales navegaciones...*), de Richard Hakluyt, en 1598, que recoge una descripción de la isla ofrecida por un pasajero llamado Thomas Wiars. Los detalles proporcionados por Wiars difieren en cierto modo de los que llegaron en el *Emmanuel*, pues describe la isla como un lugar rodeado de hielo, y no menciona ninguna de sus supuestas tierras fértiles y bosques, aunque añade que tenía dos puertos a distancias de 7 leguas (39 km) y 4 leguas (22 km) de su punta más meridional.

El navegante inglés James Hall intentó encontrar la isla Buss en su viaje a Groenlandia en 1605, pero no lo logró. En su segundo intento, reportó «un gran banco de hielo» mucho

más al oeste de lo que se suponía que se encontraba la isla Buss, pero cuando trató de localizar la isla en su cuarto viaje, en 1612, volvió a fracasar, aunque registró un cambio del color del agua que indicaba profundidades muy bajas. A pesar de todo, Hudson continuó estando convencido de la existencia de Buss, y su costa sudoccidental aparece reflejada en su carta del Atlántico Norte, publicada en 1612.

La isla Buss que aparecía en los mapas era de considerable magnitud. De norte a sur cubría todo un grado de latitud (111,3 km), y de este a oeste tenía la misma medida, con una forma inalterable. Su omisión en algunos mapas decisivos de la época (como el *New Map* de 1600, el *Map of the World*, perteneciente al *Prospect* de Speed, y el *Atlas* de Mercator de 1636) es una evidencia de las dudas sobre su existencia. Los exploradores de aquella zona eran también escépticos, pero, en 1668, se extendió la voz de que la isla había sido avistada por un capitán de navío de Nueva Inglaterra, Zachariah Gillam, durante un viaje a la bahía de Hudson en el queche *Nonsuch*, quien reportó haber visto tierra entre Islandia y Groenlandia. Posteriormente, el 22 de agosto de 1671, el capitán del *Golden Lion*, Thomas Shepard (antiguo oficial del *Nonsuch*), también afirmó haber visto Buss en el viaje a la bahía de Hudson; afirmó que la isla ofrecía ballenas, fáciles de capturar, caballitos de mar, focas y bacalao en abundancia, y describió la topografía de la isla como «baja y plana hacia el sur... con colinas y montes en el extremo norte». Esto despertó de nuevo el interés por Buss, y se hicieron planes para hacer una nueva expedición, pero el capitán fue despedido por «conducta inadecuada» antes de empezar el viaje y se canceló la misión.

El hidrógrafo real John Seller estaba también convencido de la existencia de Buss, y dedicó toda una página en *The English Pilot* (1671) a la cartografía de la isla, bautizando sus accidentes como Viner, puerto de Rupert, puerto de Shaftbury, punta Craven, cabo Hayes, bahía de Robinson y Albermarle. Ocurre que no menos de doce de ellos derivan de los nombres de los directores en el Acta de constitución concedida a la Compañía de la Bahía de Hudson (HBC), una nueva empresa a la que, en mayo de 1675, el rey Carlos II concedió los derechos de comercio en todos sus aspectos, y la propiedad de las islas a perpetuidad. Todos estos preparativos se hicieron a pesar del hecho de que nadie había desembarcado en la isla. Esta floreció en la imaginación; no había tiempo que perder, pues ¿quién sabe qué tipo de riquezas naturales podía albergar Buss para los primeros que pusieran su bandera en sus costas?

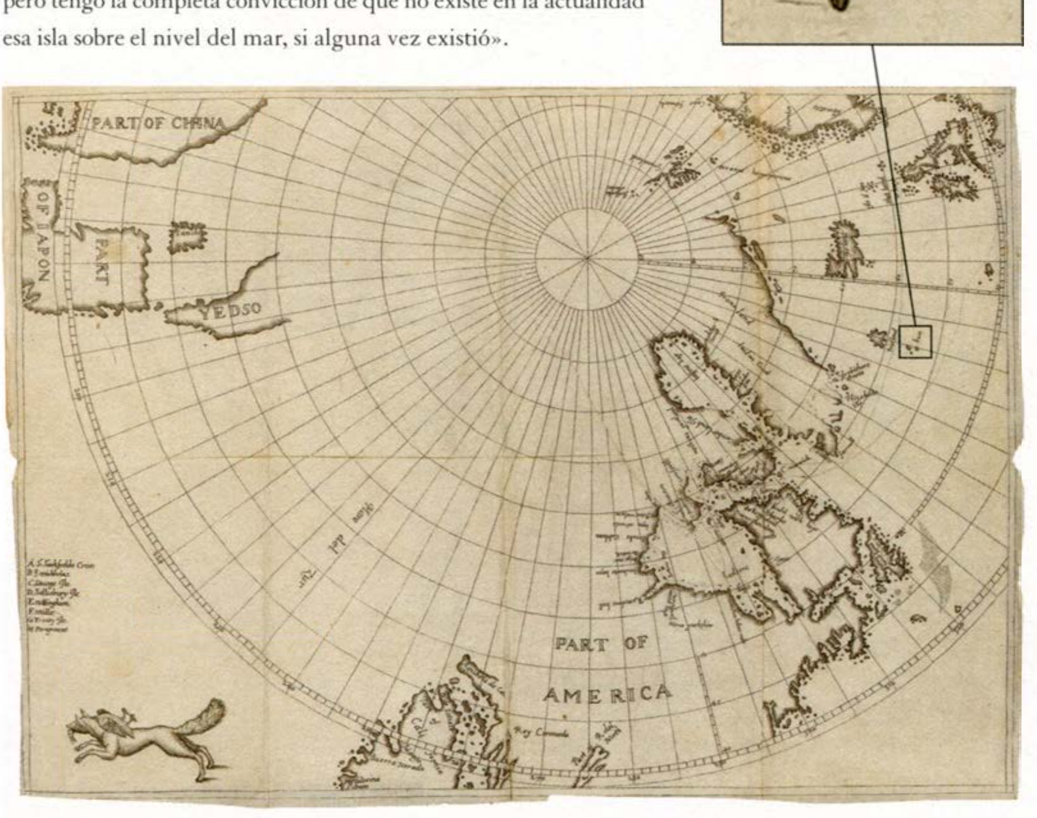


Sir Martin Frobisher, h. 1535-1594.

Por la suma de 65 £ la compañía recibió «los derechos exclusivos de comercio para todos los mares, bahías, islotes, ríos, arroyos y estrechos que ubicados en las proximidades de la citada isla… Y todas las minas descubiertas, o por descubrir, de oro, plata, demás y piedras preciosas de la ya citada isla». La HBC envió a Shepard a Buss con una fuerza expedicionaria de dos barcos para tomar posesión, pero, al no ser capaces de encontrar la isla, se vieron forzados a regresar con las manos vacías.

En el siglo XVIII, se trataba sobre Buss con profundo escepticismo. Aparecía en varios mapas del Atlántico Norte, pero, a pesar del incremento del tráfico marítimo en la región, no se produjo ningún avistamiento de la isla, y en 1745, el cartógrafo holandés Van Keulen sugirió que la isla había desaparecido bajo las aguas, con la nota: «La isla sumergida de Buss no es nada más que olas, de un cuarto de milla de longitud, en un mar hostil». La «tierra sumergida de Buss» se marcó desde entonces en las cartas como un peligro para la navegación. Esto se confirmó en 1791, cuando el capitán Charles Duncan fue contratado por la HBC para localizar la tierra de Buss, pero después de una exploración exhaustiva dio el golpe definitivo al informar: «Me esforcé todo lo que me permitieron los vientos para mantenerme en la latitud indicada para la supuesta isla Buss, pero tengo la completa convicción de que no existe en la actualidad esa isla sobre el nivel del mar, si alguna vez existió».

El muy singular mapa grabado sobre madera de Luke Foxe North-West Foxe, *o* Fox from the North-west Passage… *(1635), que muestra la isla Buss en el extremo derecho.*



CIUDAD DE LOS CÉSARES

46° 27' S, 71° 31' 55 O

Conocida también como Ciudad encantada de la Patagonia, Ciudad Errante, Elelín, Lin Lin, Trapalanda y Trapananda

En 1764, apareció un libro, publicado anónimamente, titulado *An Account of the First Settlement, Laws, Form of Government, and Police, of the Cessares, a People of South America* (*Relato del primer asentamiento, leyes, forma de gobierno y policía de los césares, un pueblo de Sudamérica*). Esta notable obra consta de nueve cartas escritas por un tal J. Vander Neck, de Salem, Patagonia, a Mr. Vander See, de Ámsterdam, entre septiembre de 1618 y junio de 1620, en la que se describe una raza legendaria: el pueblo de la «Ciudad perdida de los césares». En el prefacio, el autor intenta disipar cualquier duda sobre la exactitud de su contenido:

Página siguiente: Carte réduite de la partie la plus Méridionale de l'Amérique *(1750), de Bellin, en la que se muestra la tierra de los césares, al norte del «Pays de Patagons».*

El modo en que estas cartas de Mr. VANDER NECK llegaron a mis manos es de poco interés para el público. Es posible que algunos de mis lectores vean el siguiente relato a la misma luz que la UTOPÍA de Mr. THOMAS MORE, más bien como lo que un buen hombre quisiera que fuera una nación, que como la narración fiel de la situación de una ya existente. Dejaré como ejercicio para el ingenio del lector si se trata de uno u otro caso, solo tras mencionar que si desea consultar Histórica relación del reino de Chile*, de Alonso de Ovalle, incluida, traducida al inglés, en el tercer volumen de* A Collection of Voyages and Travels *(*Colección de viajes y singladuras*) de Awnsham Churchill,* Observations sur l'Amérique du Sud *(*Observaciones sobre América del Sur*) de Louis Feuillée y el* Dictionnaire Géographique *(*Diccionario geográfico*) de Antoine-Augustin Bruzen de la Martinière, encontrará que existe realmente un pueblo llamado los césares, en un país cerca de los altos montes de la cordillera de los Andes, entre Chile y Patagonia, en los grados cuarenta y tres o cuarenta y cuatro de latitud sur.*

Siete años después de su muerte, el libro fue atribuido finalmente a James Burgh, un educador y escritor escocés. Las cartas fueron totalmente inventadas por Burgh y engañaron a muchos en aquella época, en parte debido a que su ficción estaba inspirada en una leyenda conservada en el imaginario popular durante siglos: la Ciudad de los césares era una legendaria ciudad perdida en medio de un lago andino, en una zona al sur de Valdivia,


CARTE RÉDUITE DE LA PARTIE LA PLUS MERIDIONALE DE L'AMERIQUE.
Pour servir a l'Histoire Generale des Voyages.
Par le S.r Bellin Ingenieur de la Marine, De la Societé Royale de Londres, &c.a
I. de Chiloé
Argueles et Cezarés Peuples Sauvages
PAYS DES PATAGONS
MER DU SUD
TERRE DE FEU
Isles Malouines
Détroit de Magellan
Echelle de Lieues Marines de France et d'Angleterre
80 d. Longitude 75 Occidentale 70 du Meridien 65 de Paris
Tome XI. N.o 1.

en Chile, así como en otras partes de la Patagonia. Su fama como un lugar de inmensas riquezas la hacía un santo grial para los buscadores de tesoros, e inspiró las mismas obsesivas búsquedas que El Dorado. Se puede seguir el rastro del mito hasta el viaje del explorador italiano Sebastiano Caboto, que pasó el estrecho de Magallanes, el paso entre los océanos Atlántico y Pacífico frente a la punta sur de Sudamérica, para llegar a las islas Molucas, el archipiélago indonesio rico en especias (de hecho, se conocían también como Islas de las Especias). Sin embargo, en 1528, inspirado en los rumores sobre las extraordinarias riquezas de una civilización oculta, Caboto envió a uno de sus capitanes, Francisco César, para encabezar una expedición a las ignotas tierras del interior de Sudamérica que todavía no se habían cartografiado. Para cubrir más terreno, la expedición se dividió en tres columnas que penetraron en la espesa jungla; de dos de ellas nada se volvió a saber, posiblemente por haber entrado en el territorio de tribus

nativas hostiles. César dirigió la suya hacia el noroeste en un viaje de tres meses que cubrió más de 1 500 km. Se ha perdido el reporte oficial del viaje; lo que se sabe procede de un español que pasó los detalles a un cronista del Río de la Plata, al que le dijo haber conocido a César en Perú. En la que probablemente sea una historia fraguada por la imaginación del español, se dice que César había regresado a su base cargado de oro, plata y tejidos exóticos con increíbles historias sobre la fabulosa riqueza de la ciudad oculta. Si esto hubiera sido cierto, la explicación más plausible es que sus hombres habrían tropezado con una avanzada del Imperio inca, aunque parece extraño que, en lugar de emprender una segunda expedición a la ciudad, Caboto decidiera regresar a España. De todas formas, había nacido la leyenda de la Ciudad de los césares y generó una gran expectación cuando durante el juicio a Caboto en Sevilla (por haberse desviado de su misión) se hizo pública la historia de que sus hombres habían visto «grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas», aunque no podía definir su localización precisa.

La intriga de los césares se intensificó por las frecuentes desapariciones de expedicionarios en la peligrosa región en el trascurso del siglo XVI: en el viaje de Simón de Alcazaba, en 1534, una gran parte de la expedición portuguesa quedó abandonada en el sur de Patagonia, y en 1540, los 150 hombres que viajaban a bordo de la nave capitana del obispo de Plasencia fueron abandonados en el estrecho, y no se volvió a saber nada de ellos. Un informe de un particular de la misión de Plasencia, contado al virrey de Perú por Cristóbal Hernández, y que hoy se considera apócrifo, describía ciudades en torno a un lago a 70 leguas (390 km) de Córdoba, y narraba la historia de dos españoles supervivientes que habían sido acogidos por una tribu india, con la que vivieron hasta trasladarse, en 1567, a una tierra fértil para construir una ciudad. Se afirmaba que esos dos hombres habían sido los fundadores de la Ciudad de los césares. El virrey creyó este relato y escribió al rey de España para pedirle que enviara sacerdotes a aquella zona. La búsqueda de la ciudad y los españoles perdidos fue objeto de varias expediciones infructuosas durante los siglos XVII y XVIII, la última de las cuales fue enviada por el gobernador de Chile en 1791. A mediados del siglo XIX, ya no quedaba casi nadie que creyera todavía en la existencia de la ciudad, aunque, como todas las grandes leyendas, su dorado atractivo fue suficiente para no desestimarla definitivamente tan rápido.

MONSTRUOS MARINOS DE LA *CARTA MARINA*

Solo se conocen dos copias del imaginativo e influyente mapa sobre los países nórdicos de Olaus Magnus, impresas en 1539 sobre nueve paneles, con unas medidas totales de 125 × 170 cm. La *Carta Marina* es digna de admirar: sus aguas están pobladas de monstruos, algunos dando forma a islas, otros destrozando barcos e incluso los hay secuestrando a marineros. Para crear su monstruoso acuario, Olaus obtuvo información de relatos de marineros, de bestiarios medievales (como el *Hortus sanitatis*, de 1485) y del folclore popular, y acompañó cada una de las viñetas con útiles etiquetas y una elaborada leyenda. Aún más útil fue su *Historia de gentibus septentrionalibus* (*«Historia de las gentes septentrionales»*), impresa en Roma en 1555, cuyos libros 21 y 22 proporcionan comentarios sobre los monstruos. A pesar de la naturaleza fantasiosa de algunas de sus descripciones, Olaus tenía un objetivo científico al presentar una minuciosa exposición de biología marina; de hecho, algunas de sus criaturas son distorsiones reconocibles de animales reales, en tanto que otras son totalmente míticas, pero todas ellas aportan una visión de las creencias y los temores que existían en la imaginación de los marineros del siglo XVI.



ROCKAS

«La benevolencia de los peces denominados *rockas* en gótico y *raya* en italiano protege a los nadadores y evita que sean devorados por los monstruos marinos». En su *Historia*, Olaus compara a la bondadosa rockas, o raya, con el relato del científico alemán Alberto Magno (h. 1200), quien habla de delfines que han llevado a nadadores hasta la orilla, aunque también menciona que lo devoran si sospechan que el hombre ha comido carne de delfín. Sebastian Münster, en su obra, hace pocos cambios sobre la raya, en tanto que Ortelius le da el nombre danés de *skautuhvalur*, y contradice su naturaleza amable, pues describe al animal cubierto de cerdas o huesos. Es una especie de tiburón o raya, pero infinitamente más grande. Cuando aparece, es como una isla, y con sus aletas vuelca las embarcaciones.

Un grabado posterior de la gran serpiente marina de The Natural History of Norway *(Historia natural de Noruega), de Erich Pontoppidam, 1755.*

EL GUSANO MARINO

«Una serpiente de mar, de 30 a 40 pies de longitud».



Este monstruo habitaba las costas de Noruega y era un gusano azul y gris de más de 40 codos (unos 18 m, 6 m más largo que en la descripción en la leyenda de su mapa), pero tan delgado como el brazo de un niño. «Avanza en el mar como una línea, de modo que es difícil percibir cómo lo hace; no ataca al hombre, a no ser que este lo apriete con la mano; el contacto con su piel, que es muy fina, hace que se hinchen los dedos de quien lo toca». El enemigo natural de este animal, que más bien parece una anguila larguísima, es el cangrejo, de cuyas poderosas pinzas no puede escapar. Olaus escribió: «He visto muchas veces este gusano, pero no lo toqué, ya que los marineros me habían advertido del riesgo».


CARTA MARINA ET DESCRIPTIO SEPTEMTRIONALIVM ERRARVM·AC·MIRABILIVM·RERVM·IN·E ENTARVM·DILIG
GRVTLADIE PARS
GRVTLANDIE PARS
ISLANDIA
MARE GLACIAL
FINMARCHIA
LAPPIA
BOTNIA
FARE
ZIPHIVS
TILE
ORCAD
SCANDI
NORVEGIA
NORMORIA
DALECARLIA
MARE SVETICVM
MARE DEVCALIDONICVM
SCOCIE PARS
ANGLIE PARS
OCEANVS BRITANICVS
MARE GERMANICVM
DANIA
MARE GOTICVM
FRISIA
POMERANIA
SCALA MILLIARIVM
GRADVS LONGITVDIS
MERIDIES
OCCIDENS



Carta marina et description septemtrionalium terrarum ac mirabilium *(Carta náutica y descripción de las tierras septentrionales y sus maravillas), de 1527-1539, de Olaus Magnus.*

EL ÁRBOL DE LOS PATOS

«Patos eclosionando de los frutos de árboles».



Esta planta mítica, de la que se decía que brotaban polluelos de aves, parecía explicar la reproducción de los patos, un tema misterioso, ya que tenía lugar cuando las aves volaban hacia el sur. Sobre los patos barnacla cariblanca vistos a menudo cerca de Glegorn, Escocia, Olaus escribe: «Además, [un] historiador escocés, que pone diligentemente por escrito los secretos de las cosas, afirmaba que en las Órcadas, los patos nacen de ciertos frutos que caen al mar; de los que pronto nacen alas y vuelan a donde están los patos domésticos o salvajes». Esta es una variante del mito del «árbol de los percebes de cuello de cisne», sobre los que el archidiácono e historiador Giraldus Cambrensis escribió en el siglo XII:

Encerrados en sus cascarones de una forma libre, colgados de los picos como el musgo lo hace de la madera, con el proceso del tiempo desarrollan un seguro recubrimiento de plumas, y después se sumergen en el agua o vuelan al aire libre... He visto muchas veces con mis propios ojos más de mil diminutos corpúsculos de este tipo de ave colgados de un tronco a la orilla del mar, dentro de su concha y ya formados... Esta es la razón por la que en ciertas partes de Irlanda, los obispos y religiosos suelen comer estas aves en tiempo de abstinencia, ya que no son carne ni han nacido de carne.



Gansos «percebe» en un árbol, dibujados en un manuscrito medieval.

EL POLYPUS

«Un polypus, o criatura con muchas patas, que tiene un tubo en su espalda».

Esta langosta gigante cazaba brutalmente a los marineros y los nadadores «con sus miembros, se escondía en agujeros dispersos y con sus pinzas dentadas capturaba a cualquier criatura que se le acercase, ya que quería sangre. Todo lo que comía lo llevaba a los agujeros donde habitaba: después de comer la carne expulsaba las pieles y cazaba a los peces que nadaban hacia ellas». El polypus puede cambiar de color para confundirse con su entorno, algo que le resulta muy útil para escapar de su más encarnizado enemigo, el congrio.

BALLENA Y ORCA

«Una ballena, un gran pez, y la orca, que es más pequeña, su enemigo mortal».



Una ballena es un gran pez de cien a trescientos pies de longitud, con un cuerpo de gran magnitud; la orca, que es más pequeña pero más veloz en el ataque, y de gran crueldad, es su mortal enemigo. Una orca es como un casco dado la vuelta hacia fuera, con el que, como con la popa de un barco, rasga las entrañas de la ballena, y su útero, y corre y la impulsa hacia arriba y hacia abajo con su dorso espinoso, con lo que la obliga a retirarse a los vados y la costa.

Se pueden ver las ballenas aquí en la isla de Tile, que se cree que es Tule (*véase* Tule, pág. 230).

EL CERDO MARINO

«Un monstruo marino parecido a un cerdo».



Reviviré ahora el recuerdo de este monstruoso cerdo que fue encontrado más tarde, en 1537, en el mismo océano Germánico, y que era monstruoso en todas sus partes. Tenía la cabeza de cerdo, y como un cuarto de círculo, como la Luna, detrás de ella, cuatro patas como un dragón, dos ojos en cada lado de su lomo, y un tercero en el vientre, hacia el ombligo; en la parte posterior tenía una cola bifurcada, semejante a la que tienen muchos peces.

Como muchas de las representaciones de Olaus, el cerdo marino deriva de las observaciones de Plinio, quien describió un «pez-cerdo» que gruñía cuando se le capturaba. Lo más probable es que el animal aquí descrito, de esta manera fantástica, sea la morsa.

EL UNICORNIO MARINO



Desde luego, la base aquí es el narval, cuyos largos colmillos se encontraban a menudo arrastrados a las playas. «El unicornio es una bestia marina que tiene en su frente un gran cuerno con el que puede penetrar y destruir los barcos que encuentra en su camino, y hacer que se ahoguen multitudes de hombres. Pero la bondad divina se ha ocupado de la seguridad de los marineros, pues, aunque sea una criatura muy feroz, es muy lenta, por lo que no hay que temerla».

EL PRÍSTER



«El príster es un tipo de cetáceo que mueve el agua con tanta fuerza que logra hundir hasta los más grandes barcos».

Aunque la familia de cetáceo no se ha identificado, la descripción de los chorros parece semejante a la que podría hacerse de los de la ballena:



El príster es de la familia de las ballenas, de doscientos codos de longitud, y es muy cruel. Para peligro de los hombres del mar, se alza muy por encima de las antenas de las naves y, extrayendo el oleaje de agua que almacena en unas fístulas que tiene en la cabeza, lo arroja de tal manera que, como una inundación de lluvia, hunde muchas veces las naves más resistentes, o pone a los marineros en graves peligros. Esta bestia posee también una gran boca redonda y amplia similar a la de una lamprea, con la que absorbe carne o agua, todo el cuerpo cubierto de una piel espesa y negra, aletas largas en forma de pies anchos y una cola de dos puntas de quince o veinte pies de anchura, con cuyo peso puede hundir un barco.



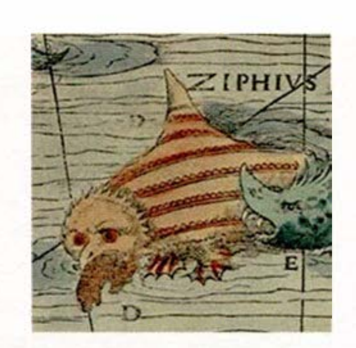
Olaus aconseja espantarlo con una «trompeta de guerra», ya que no soporta los ruidos agudos. Dice que, si esto falla, se pueden utilizar cañones para lograrlo.

EL ZIPHIUS

«El terrible monstruo marino ziphius devorando una foca».

Aunque su nombre procede del griego *xiphias,* que significa «espada», esta criatura no tiene nada que ver con el animal que conocemos como pez espada. Parece que la cuchilla de este monstruo con cara de lechuza es su afilada aleta dorsal:

Dado que esta bestia es conocida en las aguas septentrionales, merece ser incluida entre las demás criaturas monstruosas. El «pez espada» no se parece a ningún otro, pero tiene algo de ballena. Tiene una cara muy fea, como de lechuza: su boca es asombrosamente profunda, como un gran hoyo, por lo que aterra y aleja a los que la miran. Sus ojos son horribles, su parte posterior tiene forma de cuña levantada, como una espada; su hocico es en punta. Llegan a menudo a las costas del norte, como ladrones, huéspedes dañinos que siempre están causando daños a los barcos con los que se encuentran, perforando agujeros en sus cascos y hundiéndolos…



LA VACA MARINA

Además de las descripciones del ratón marino, la liebre marina y el caballo de mar, se dan también detalles de la vaca marina, a la que dibuja igual que el animal terrestre: «La vaca marina es un gran monstruo, fuerte, rabioso y perjudicial; tiene una cría como ella, casi nunca dos, a la que quiere mucho, y la lleva siempre consigo con gran cuidado, tanto si nada en el mar como si camina en la tierra… Por último, se sabe que esta criatura llega a vivir 130 años, si se le corta la cola».



EL RINOCERONTE MARINO

Olaus solo hace referencia a esta criatura moteada en la leyenda de su mapa, donde afirma: «Un monstruo que se parece a un rinoceronte devora una langosta, que tiene 12 pies de longitud». Con una información tan escueta, se ha sugerido que en este caso el cartógrafo sucumbió al *horror vacui*, y rellenó el espacio con algo de su propia creación.



LA BALLENA ISLA



«Los marineros que desembarcan en el lomo de estos monstruos, creyendo que se trata de islas, se exponen a peligros mortales».

La ballena de Olaus tiene una sustancia en la piel semejante a la gravilla de las playas, por lo que, cuando su lomo sobresale del agua, engaña a los marineros que piensan que es una isla. Cuando llegan a ella, desembarcan, hacen montones en su superficie a los que amarrar sus naves y encienden fuegos para cocinar. La ballena, al sentir el calor de las llamas, se sumerge inmediatamente hacia el fondo, y arrastra con ella todo lo que estaba en su superficie, y todas las personas se ahogan, excepto aquellas que logran agarrarse a los cabos arrojados desde el barco.

Las ballenas de un tamaño tal que se pueden confundir con islas o montañas son bastante frecuentes en la literatura antigua, desde el primer viaje de Simbad de *Las mil y una noches*, hasta el *Physiologus* (que se cree fue la fuente de inspiración de Olaus), cuando los marinos anclan sus barcos en un gigantesco «Aspidoceleon». Sin embargo, en este relato, el monstruo es una herramienta de simbolismo religioso (la bestia es Satán), y se advierte a los lectores: «Si os fijáis y aferráis a la esperanza del diablo, os sumergirá consigo mismo en el fuego del infierno». (*Véase también* Isla de San Brandán, pág. 202).

Las criaturas marinas de Olaus tuvieron una importante influencia en las obras posteriores de otros cartógrafos, entre las que se incluye este famoso mapa de Islandia de Ortelius de 1590.

LA SERPIENTE DE MAR

«Un gusano de 60 m de longitud enroscándose alrededor de un barco y destruyéndolo».

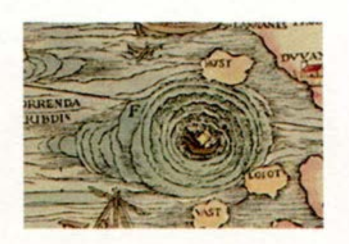


Hay una serpiente de enormes proporciones, en concreto, de 200 pies de longitud y 20 de grosor; habita en rocas y cavernas merodeando junto a las orillas del mar de Bergen… Habitualmente tiene pelo en el cuello de un codo de longitud, y afiladas escamas, es negra y posee ojos flameantes. Esta serpiente devasta los navíos, irguiendo su cabeza como una columna, y atrapa a los hombres y los devora; y si esto no sucede, significa que se producirá un portentoso cambio en el reino cercano, por ejemplo, que el príncipe vaya a morir, o a desaparecer; o que vayan a estallar tumultuosas guerras.

Este es el primer escrito sobre el gusano de mar, o serpiente de Noruega. Quizá esté influida por la historia de Jörmungandr («Gran bestia»), una «serpiente de Midgard» de la mitología noruega, que alcanzó un tamaño tal en las profundidades del océano que, si se mordía la cola, podría abrazar toda la Tierra.

CARIBDIS

«Varios terribles remolinos en el mar».



«Aquí está el horror de Caribdis», reza la leyenda del mapa que acompaña a este monstruo, un antiguo mito que se presenta en *La Odisea*, *Jasón y los argonautas* y en la *Meteorologica* de Aristóteles. Aquí, Olaus dibuja una nave atrapada en el terrible remolino, y escribe:

Todos aquellos que quieran navegar hacia las costas de Germania deberán contratar a los marinos y pilotos más expertos, que hayan adquirido una gran experiencia en cómo, con un rumbo oblicuo y guiando siguiendo su curso,… evitar caer en el golfo… También allí, en la caverna hueca, el mar la inunda cuando sube la marea y la vacía con la marea baja, con una gran fuerza de grandes corrientes. Se dice que viajar por este mar es muy peligroso, ya que, cuando se hace con mal tiempo, los barcos son absorbidos por los remolinos que se forman.

ISLA DE CALIFORNIA

30° 00' N, 115° 10' O

Los exploradores europeos soñaban con la utopía de California incluso antes de que nadie hubiera puesto pie en ella ni siquiera se hubiera confirmado su geografía. Se puede hallar el rastro de esta fantasía en una popular novela española publicada en 1510 por Garci Rodríguez de Montalvo, titulada *Las Sergas de Esplandián*, en la que el autor escribe:

Sabe que a la derecha de las Indias existe una isla denominada California, muy próxima al Paraíso Terrenal; sus habitantes son mujeres negras, sin ningún hombre, ya que viven de la misma manera que las amazonas. Son bellas, y sus cuerpos, robustos, de gran fiereza y resistencia. Su isla es la más formidable del mundo, con sus escarpados acantilados y costas rocosas. Todas sus armas están hechas de oro, así como los arneses que utilizan para domar sus bestias salvajes, ya que no existe otro metal en la isla que el oro.

La Californie ou Nouvelle Caroline... *de Nicholas de Fer (1720) muestra una de las mayores y bellas representaciones de la isla que jamás se haya realizado.*





El mito indujo a Hernán Cortés, el conquistador español que causó la caída del Imperio azteca, a enviar expediciones en busca de la isla de las Amazonas: en 1533, una partida dirigida por su primo Diego de Becerra y Fortún Jiménez desembarcó en la punta sur de la península de California, creyendo que estaba rodeada de agua por todas partes. Su informe llegó a Cortés, que envió nuevas expediciones: Francisco de Ulloa siguió la costa en dirección norte hasta que, al llegar a la desembocadura del río Colorado, descubrió que la isla era en realidad una península: este hecho fue confirmado más tarde por el navegante Hernando de Alarcón.

Muy pronto, California empezó a aparecer en los mapas, la primera vez en un dibujo de Domingo del Castillo de 1541, en el que se muestra correctamente como parte de la tierra firme. Después, en 1562, apareció por primera vez en un mapa impreso como parte de la reseña del Nuevo Mundo de Diego Gutiérrez. Mercator y Ortelius la reproducen en sus obras, y durante sesenta años la península de California gozó de una representación exacta.

Robert de Vaugondy hizo este grabado en 1770, para L'Encyclopédie de Denis Diderot, *en el que aparecen representados los confusos estados de la isla de California.*



Mapa de California como isla, *h. 1650, de Johannes Vingboon.*

Pero después sucedió algo sumamente extraño: se volvió a dibujar California como isla. El primero en introducir esta novedad fue Mijiel Colijn, de Ámsterdam, en la portada de *Descriptio Indiae Occidentalis* en 1622. Este error conceptual se reprodujo de forma rutinaria durante décadas: por Abraham Goos en 1624; por Henry Briggs en 1625; por John Speed en 1627 y por Richard Seale en 1650. De hecho, los historiadores Glen McLughlin y Nancy H. Mayo identificaron 249 mapas que mostraban California como isla (sin contar los mapas del mundo). Durante todo el siglo XVII y gran parte del XVIII, los cartógrafos separaron California del continente americano y la dejaron a la deriva en el océano Pacífico.

Se cree que esta reinvención mítica tiene su origen en un viaje de Sebastián Vizcaíno por la costa de California, del que el carmelita fray Antonio de la Ascensión, que había estado a bordo del barco de Vizcaíno, escribió un relato veinte años más tarde. Ascensión describe California como un territorio separado de la tierra firme por el «mar Mediterráneo de California». De sus descripciones se hicieron mapas y se enviaron a España, pero el barco que los llevaba fue secuestrado por los holandeses, quienes aceptaron la falsa información y así fue asumida por sus editores.



Grandes cartógrafos como Willem Blaeu y Herman Moll cayeron en la trampa y le dieron credibilidad con sus reproducciones, y solo en 1706 empezaron a surgir las dudas. El fraile jesuita Eusebio Kino, que inicialmente creía en la existencia de la isla, hizo una serie de viajes desde Sonora al delta del río Colorado. Su confirmación de que California estaba unida a la tierra firme se refleja en el mapa que acompaña a sus relatos. Se produjeron nuevas confirmaciones y, finalmente, el rey Fernando VI de España decidió, en 1747, emitir un decreto oficial en el que se declaraba: «California no es una isla». Los informes de Juan Bautista de Anza relativos a sus viajes entre Sonora y la costa oeste de California volvieron a unir definitivamente la isla a la tierra firme, aunque de un modo extraño volviera a aparecer como isla mucho más tarde, en un mapa japonés de Shuzo Sato en 1865.

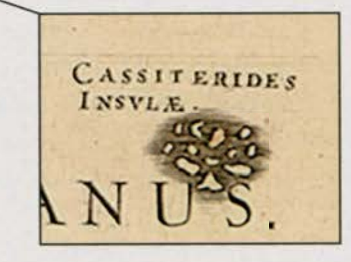
La isla de California que se ve en el mapa de Nicolas Sanson.

CASITÉRIDES

50° 19' N, 8° 13' O

Conocidas también como islas del Estaño

Para los antiguos griegos, las *Cassiterides*, o «islas del Estaño», que constituían la misteriosa fuente de su estaño y de su plomo, eran un grupo de islas situadas en algún lugar en la nebulosa Europa occidental, cuya posición exacta era mantenida celosamente en secreto por los fenicios, quienes dominaban el comercio de los metales en aquella época.



Herodoto las menciona, pero admite desconocer su posición, en tanto que Diodoro las describe como islas del estaño «situadas en el océano frente a las costas de Iberia». Estrabón (64/63 a. C - h. 24 d. C.) aporta algunos detalles más, y en su *Geographica* (3.5.11) dice que «son diez, vecinas entre sí, situadas en alta mar al septentrión del puerto de los ártabros. Una de ellas está desierta; las demás, habitadas por hombres vestidos de negro, con unas túnicas que llegan hasta los pies y ceñidas a la altura del pecho, que caminan con báculos y llevan barbas como de cabrito, de modo que parecen las furias en las representaciones trágicas. Viven con el ganado, vagando sin asiento fijo… tienen metales de estaño y plomo: a cambio de estos y de pieles, reciben o toman de los mercaderes hechuras de barro, sales y piezas de cobre».

Estrabón también describe la intromisión de Roma en el comercio fenicio, y menciona un incidente en el que los romanos intentaron insidiosamente seguir a cierto piloto para descubrir la fuente de sus mercancías. Al notar la presencia del barco perseguidor, el capitán condujo el suyo deliberadamente hacia los escollos, con lo que los romanos lo siguieron con resultados desastrosos. El capitán logró escapar con vida agarrado a un fragmento de su nave, y recibió del estado el valor de las mercancías que había perdido.

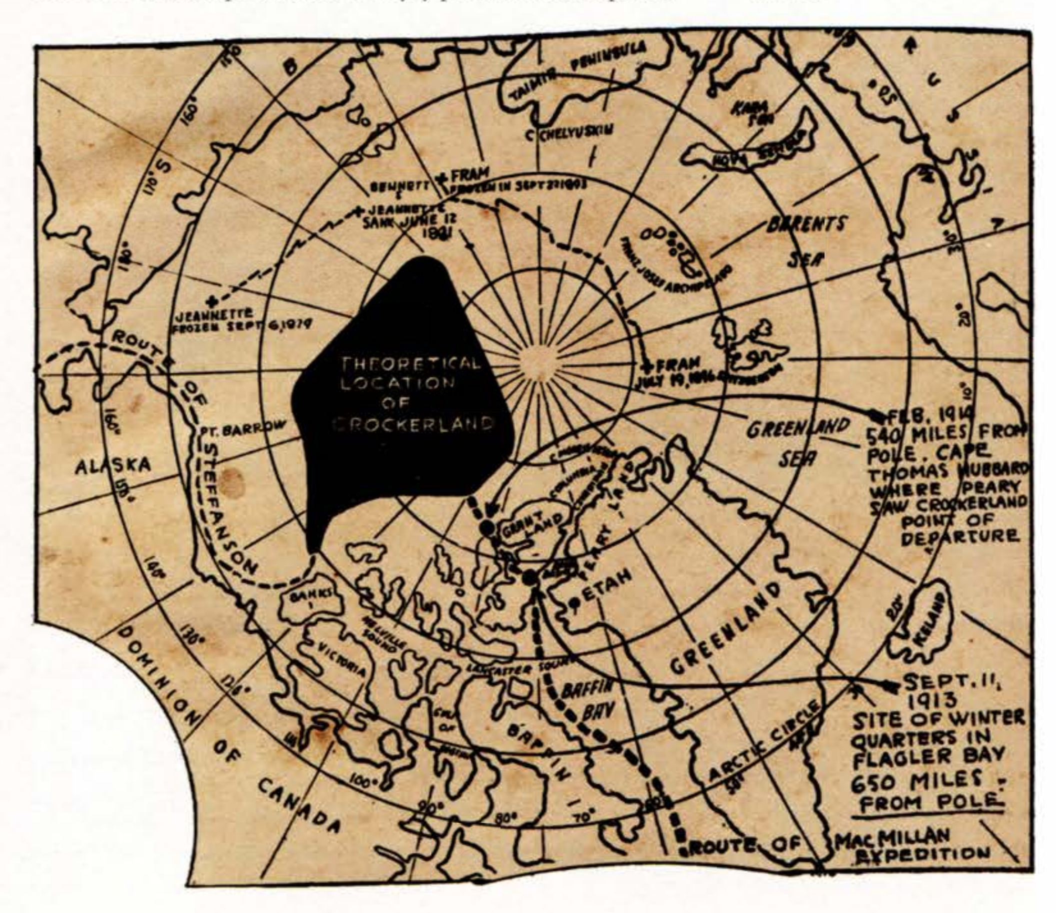
Son muchas las teorías que se han formulado sobre la verdadera identidad de las Casitérides, entre las que se encuentran la región de Cornualles de Gran Bretaña, las islas Sorlingas frente a la costa sudoeste de Bretaña y las islas británicas en su conjunto, así como España y las islas que la rodean. Es más probable que fuera Gran Bretaña, rica en estaño, que España, una conclusión que comparte el cartógrafo francés Nicolas Sanson, quien, en el mapa de la página anterior, representa las islas británicas en tiempos del Imperio romano y hace la rara inclusión de las Casitérides, que parecen ser las Sorlingas ligeramente relocalizadas. Esta interpretación de las fuentes clásicas concebida por Sanson fue realmente popular, pero fue la propuesta de Roger Dion en *Le problème des Cassitérides* (*El problema de las Casitérides*) de 1952 la que se ha considerado como más probable. Describe la antigua existencia de islas frente a la costa occidental francesa en un amplio golfo después del de Vizcaya, antes de que se encenagaran, donde ahora se encuentran las marismas de Brière, entre Paimboeuf y St. Nazaire. Esto podría coincidir también con la descripción de Estrabón de las Casitérides como diez islas en el mar, al norte de la tierra de los ártabros en el noroeste de España.

Página anterior: mapa de Gran Bretaña de Nicolas Sanson de 1694, en el que se ven las islas Casitérides frente a la costa sudoriental.

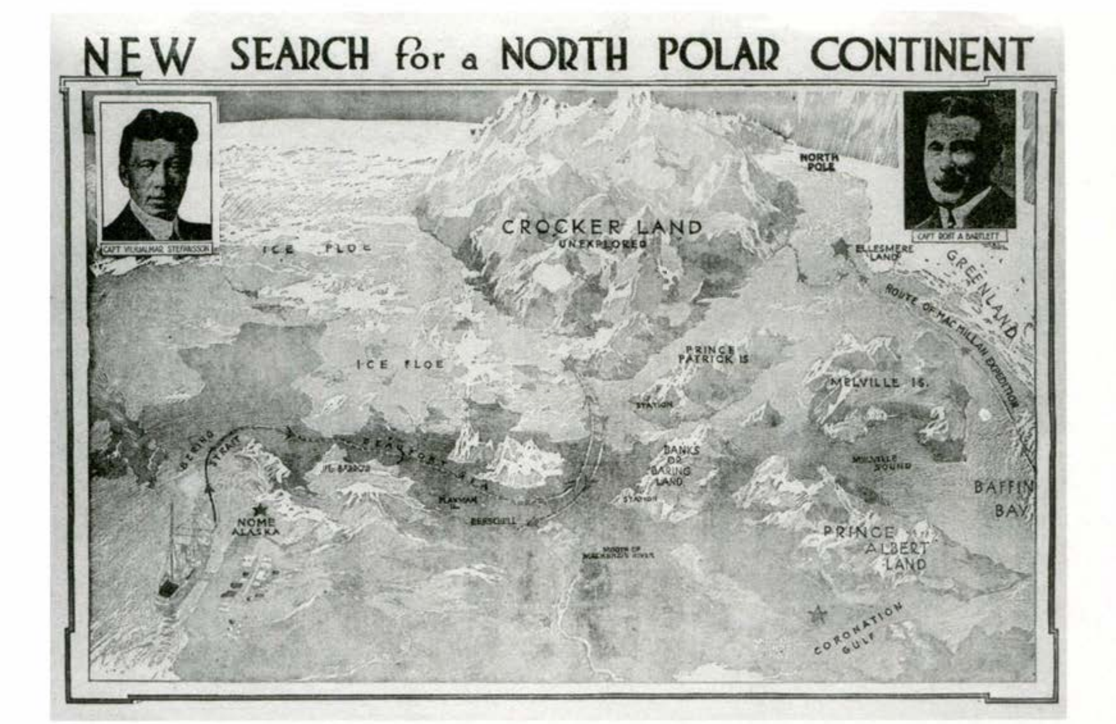
TIERRA DE CROCKER

83° 00' N, 100° 00' O

En 1906, el explorador estadounidense comandante Robert Edwin Peary estaba intentando ser el primero en alcanzar el polo Norte, conduciendo inexorablemente su trineo tirado por perros por el áspero suelo del océano Ártico congelado. Al hacer una parada para quitarse el hielo de los ojos en la cima noroccidental del cabo Thomas Hubbard, avistó una enorme masa de tierra que brillaba en la distancia. «Mi corazón saltó las millas de hielo que me separaban de ella mientras miraba con ansia aquella tierra», escribió más tarde en *Nearest the Pole* (*Más cercano al polo*) de 1907, «y en mi imaginación, pisé sus costas y ascendí a sus cimas». La bautizó como Tierra de Crocker, en honor al banquero de San Francisco George Crocker, que había contribuido con 50 000 $ a la expedición de Peary, y puso un hito de piedra



Mapa de la expedición a la Tierra de Crocker del New York Tribune, *11 de mayo de 1913.*



en el lugar, dejando en su interior un relato escrito de su visita. Según la estimación de Peary, la tierra se encontraba aproximadamente a 130 millas náuticas (241 km) del cabo en las coordenadas aproximadas que se han dado en el título. Es posible que Peary fuera objeto de un espejismo inferior, pero, desgraciadamente, en su diario original no se menciona el avistamiento de la Tierra de Crocker; de hecho, su apunte del 24 de junio de 1906 reza: «No se ha avistado tierra». A partir de aquí, parece ser que insertó el descubrimiento más tarde en su diario fuera de contexto para adular a Crocker y asegurarse la financiación para su siguiente intento de alcanzar el polo Norte.

El San Francisco Call *pintó esta escena para sus lectores el 27 de julio de 1913.*

Esta expedición se realizó en 1908 y, como se ha mencionado en la historia de la Tierra de Bradley (*véase* pág. 42), involucró a Peary en un furioso debate con Frederick Cook sobre quién de los dos había sido el verdadero descubridor del polo. Como era de esperar, la existencia de la Tierra de Crocker se convirtió en un tema clave en el debate Peary-Cook, ya que en su relato Cook afirmaba haber pasado por las coordenadas dadas por Peary para la Tierra de Crocker y no detectó que existiera tal lugar. Por ello, los partidarios de Peary decidieron encontrar la masa de tierra y demostrar de una vez por todas que Cook era un farsante.



Robert Peary, ataviado con traje de pieles, 1907.

El explorador estadounidense, y antiguo teniente de Peary, Donald MacMillan organizó la expedición. MacMillan había empezado su carrera como maestro de secundaria, y dirigió un campamento de verano de náutica y navegación. En una ocasión salvó a nueve personas de botes accidentados, noticia que llamó la atención de Peary, quien lo invitó a acompañarlo en su intento de 1905 de alcanzar el polo Norte, durante el cual se estrechó la amistad entre ambos. Para la misión de defender el honor de Peary, MacMillan obtuvo la financiación del American Museum of Natural History (que, para apoyar la misión, reunió el equivalente a un millón de dólares actuales), de la American Geographical Society y de la Universidad de Illinois. Un gran número de donantes eran miembros del Peary Arctic Club de Nueva York. También reclutó a un pequeño grupo de expertos académicos para que lo acompañaran. Como guía e intérprete contrató a Minik Wallace, uno de los seis inuits que había llevado Peary



Donald MacMillan, h. 1910.

consigo de su viaje ártico en 1897.* MacMillan anunció la misión al mundo en una conferencia de prensa en 1913, describiendo el tema de la Tierra de Crocker como «el último problema geográfico del mundo»:

En junio de 1906, el comandante Peary, desde la cima del cabo Thomas Hubbard, a unos 83° de latitud norte y unos 83° de longitud oeste, informó haber avistado tierra en el noroeste, a aproximadamente unas 130 millas naúticas (241 km) en el mar polar. No llegó allí, pero le dio nombre en honor del difunto George Crocker, del Peary Arctic Club. Es la Tierra de Crocker. Sus fronteras y extensión solo se pueden estimar, pero estoy seguro de que allí se encontrarán extraños animales, y espero descubrir una nueva raza de hombres.

---

* *Además de regresar con varios inuit, Peary les robó también dos gigantescos meteoritos de hierro («la Mujer» y «el Perro»), que utilizaban para fabricar sus herramientas. Estas rocas se encuentran actualmente en el American Museum of Natural History.*

El 2 de julio de 1913, el equipo partió del arsenal naval de Brooklyn en un vapor con destino Groenlandia. La mala suerte acompañó a la expedición, ya que a las dos semanas de viaje, el capitán del barco se emborrachó y estrelló el vapor contra un iceberg, destrozándolo. Los exploradores consiguieron finalmente trasbordar a otro barco, el *Erik*, y continuaron el viaje, para desembarcar en el norte de Groenlandia en agosto.



Minik Wallace en Nueva York en 1897. Fue llevado a Estados Unidos junto con su padre y otro inuit por Robert Peary para que fueran estudiados por el equipo del American Museum of Natural History, que estaba a cargo de su custodia. Tras la muerte de su padre, le engañaron diciéndole que este había recibido una correcta sepultura, cuando en realidad habían expuesto su esqueleto al público.

Tras hacer todos los preparativos pertinentes, el 14 de marzo de 1914 el equipo de MacMillan, constituido por Fitzhugh Green, un joven alférez de 25 años, el biólogo Walter Ekblaw, siete inuits (a quienes se les pagó con rifles y galletas) y sus 125 perros de trineo iniciaron el recorrido de 1930 km a través del hielo polar para encontrar la Tierra de Crocker, afrontando terribles tormentas y temperaturas que llegaron a los -30 °C. Finalmente, el equipo alcanzó el glaciar Beitstadt, y necesitó tres días para escalar sus 1433 m de altura. La temperatura siguió bajando. Ekblaw sufrió congelaciones de consideración y fue trasladado de regreso al campamento base por algunos de los ayudantes inuit. Cuando, a pesar de las circunstancias, MacMillan decidió continuar la misión, otros miembros del equipo la abandonaron, por lo que, el 11 de abril, solo quedaban él, Green y los inuits Piugaattoq e Ittukusuk. Atravesaron el océano Ártico helado en trineo hasta que el 21 de abril MacMillan gritó que podía ver la Tierra de Crocker. Más tarde escribió en sus memorias: «No había ninguna duda. ¡Cielos! ¡Qué tierra! Colinas, valles, cimas nevadas que se extendían por no menos de ciento veinte grados en el horizonte».

El experimentado guía Piugaattoq le explicó con calma que lo que veía era, de hecho, un espejismo muy común denominado *poo-jok*, que significa «niebla». MacMillan lo ignoró; ¡había

encontrado la prueba de las reivindicaciones de su amigo! Y dio la orden de continuar avanzando por el traicionero hielo. Durante cinco días más los hombres siguieron avanzando hacia el espejismo alargado (que hoy se cree que era una fata morgana) hasta que MacMillan se vio forzado a admitir que estaban persiguiendo una ilusión. Escribió:

El día era particularmente claro, sin nubes ni trazas de niebla; si se podía ver tierra, ese era el momento. Sí, ¡allí estaba! Podía ser vista sin prismáticos, y se extendía del noroeste al nordeste. Sin embargo, nuestros poderosos prismáticos... revelaron con mayor claridad el fondo oscuro en contraste con lo blanco; el conjunto parecía estar formado por colinas, valles y picos cubiertos de nieve hasta el punto de que si no hubiera estado en el mar abierto a 150 millas, hubiéramos apostado nuestras vidas a que eran reales. Sin embargo, nos dimos cuenta de que lo que asomaba en el horizonte era un espejismo.

Los hombres se dieron la vuelta y se dirigieron a tierra. Preocupados por si un posible cambio de tiempo los pudiera aislar del campamento base, MacMillan le dio órdenes a Green para que, con Piugaattoq, buscara una ruta alternativa hacia el oeste. Cuando estos partieron, las temperaturas descendieron y los obligó a refugiarse en una cueva de nieve. La situación era aterradora para el joven e inexperto Green. Cuando la tormenta les arrebató uno de sus equipos de perros, la tensión en la cabaña alcanzó límites insoportables. Estalló una fuerte discusión, la situación en la cueva se hizo muy tensa y, en un arranque de ira, Green tomó un rifle del trineo y mató a Piugaattoq de un tiro en la espalda, ya que, según dijo, se había negado a cumplir sus órdenes.

Cuando Green se reunió con MacMillan y los demás el 4 de mayo, le confesó lo que había ocurrido, pero le pidió que le dijeran al inuit que Piugaattoq había muerto en la tormenta. Green nunca fue acusado de asesinato, a pesar de que se sospechó que había otro motivo para ser el autor del crimen, pues corrió el rumor de que había iniciado una relación sexual con la mujer de Piugaattoq (que ya había tenido dos hijos con Peary).

Debido a las adversas condiciones, la expedición quedó estancada en el norte de Groenlandia durante tres años hasta que sus miembros lograron finalmente regresar a Estados Unidos, con una amplia investigación antropológica, pieles, fotografías, muestras y las manos manchadas de sangre de Green, pero sin nada que pudiera demostrar la existencia de la Tierra de Crocker de Peary. Ekblaw describió el episodio como «una de las tragedias más oscuras y deplorables de los anales de la exploración ártica».

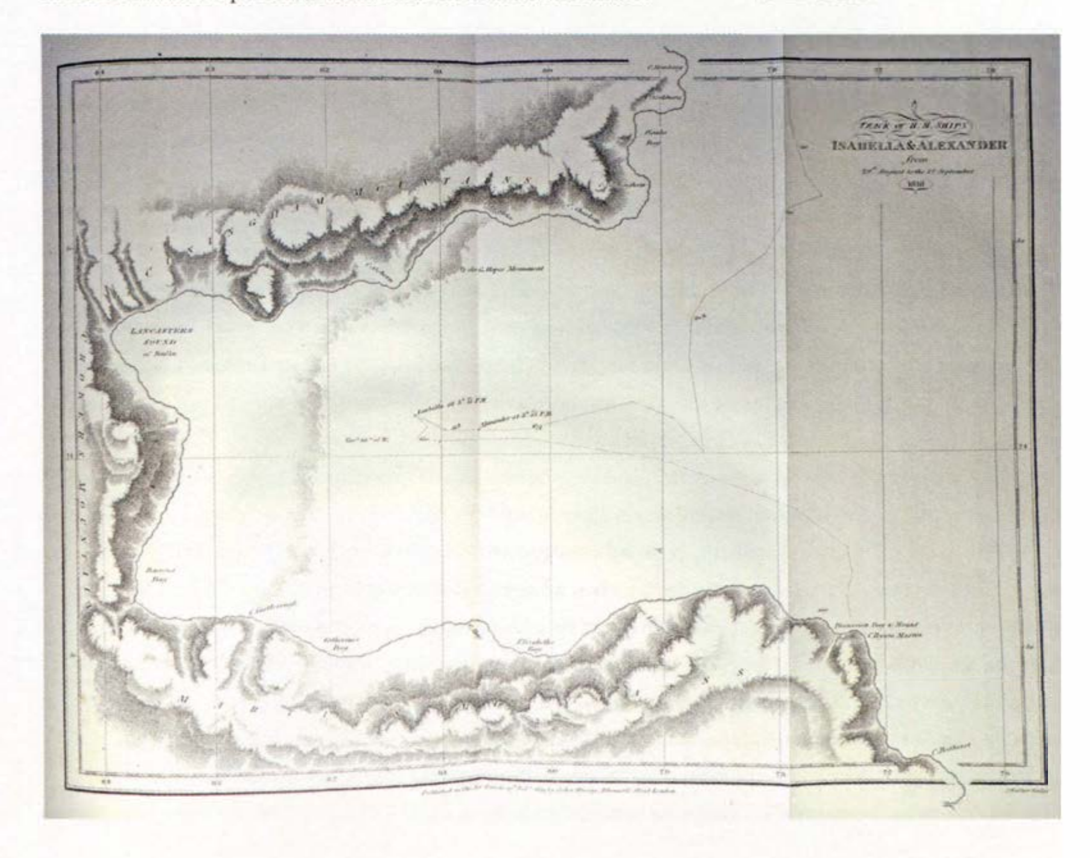
MONTES DE CROKER

74° 22' N, 94° 02' O

En los albores del siglo XIX, la confusión creada por una ilusoria cordillera divisada frente a las costas orientales de Groenlandia abrió un árido debate, expuso al escarnio público a un respetado oficial naval británico y generó un serio retraso en el descubrimiento del paso del Noroeste.

En 1818 habían transcurrido ya tres años desde las guerras napoleónicas y la flota británica estaba ociosa en las dársenas. Esto constituía una oportunidad para ocuparla en actividades no marciales. Los informes de los balleneros señalaban que las masas de hielo del este de Groenlandia se estaban destruyendo a un ritmo sin precedentes, por lo que, a cargo del segundo secretario del Almirantazgo, *sir* John Barrow, se renovaron los esfuerzos para encontrar la tanto tiempo buscada ruta ártica hacia Asia. Se puso al mando de la primera expedición a John Ross, de 41 años, un escocés cualificado que se había enrolado en la armada británica

Carta de la ruta seguida por la expedición de Ross, tomada de su A Voyage of Discovery made under the order of the Admiralty... (Un viaje de descubrimiento realizado por orden del Almirantazgo...) *de 1818. Los montes de Croker aparecen en el extremo más occidental, flanqueando aparentemente el estrecho de Lancaster.*





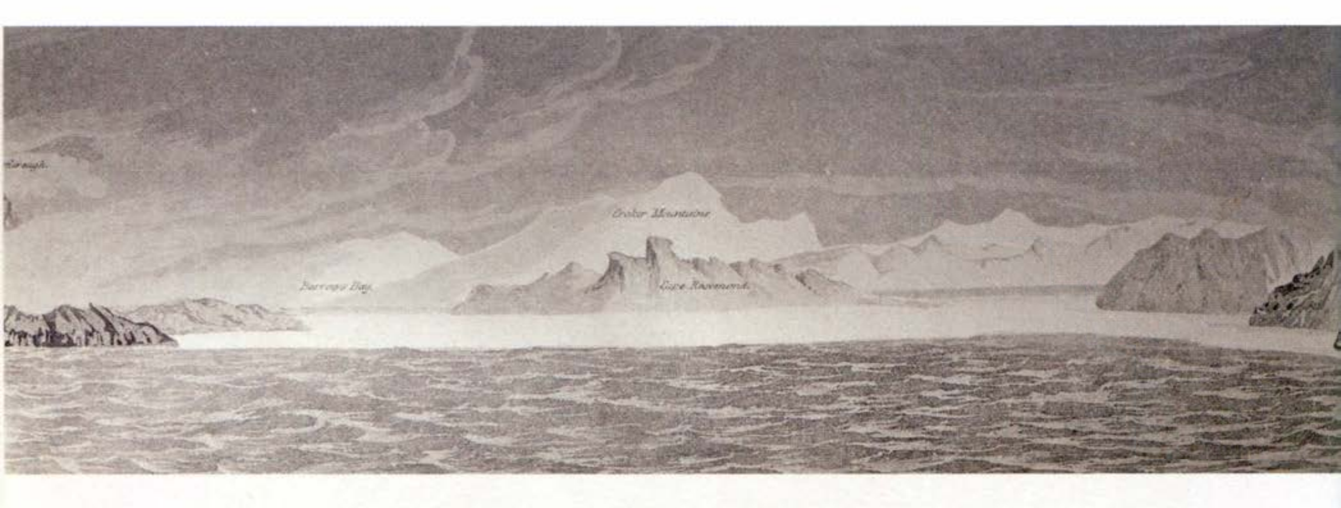
Bosquejo de John Ross del paso de su expedición entre los hielos en junio de 1818.

como aprendiz a los nueve años, y había pasado los treinta y dos años siguientes desarrollando una brillante carrera náutica, incluyendo una capitanía en la armada sueca.

En abril de 1818, Ross zarpó con su buque insignia *Isabella*, descendiendo por el Támesis entre las aclamaciones de la multitud, e inició el viaje para encontrar el anhelado paso. Inmediatamente detrás le seguía su otro barco, el *Alexander*, con su segundo en el mando, el teniente William Edward Parry, trece años más joven que él, pero experto en los climas árticos debido a sus experiencias en los años precedentes como escolta de los balleneros de Spitsbergen (que es hoy la isla más grande del archipiélago noruego de Svalbard).

Tras una corta escala en las islas Shetland, partieron hacia Groenlandia. La primera etapa del viaje fue relativamente tranquila: se reconfirmaron algunos descubrimientos anteriores, y se hicieron varias mediciones científicas de las mareas, el hielo y el magnetismo. Irónicamente, sopesando lo que habría de ocurrir, Ross y su tripulación refutaron la existencia de la tierra hundida de Buss, al pasar directamente por su supuesta localización (*véase* Isla Buss, pág. 46).

El *Isabella* y el *Alexander* llegaron después a la bahía de Baffin frente a la costa sudoccidental de Groenlandia. La recorrieron en sentido contrario a las agujas del reloj, corroborando así las observaciones hechas en la zona por William Baffin doscientos años antes, y entraron en contacto con las tribus de inuits a lo largo de la costa noroeste (a los que Ross se refiere como los «montañeses árticos»). El 30 de agosto alcanzaron y se adentraron en el brazo de mar que Baffin había bautizado como «estrecho de Lancaster». Al pasar



Bosquejo de Ross de los montes de Croker.

entre la isla de Devon y la de Baffin, aumentó su entusiasmo, ya que parecía que habían descubierto una puerta al paso del Noroeste (lo que realmente habían hecho). Sin embargo, su entusiasmo se vio frustrado rápidamente cuando, tras navegar varias millas al este, Ross observó que había una cordillera al frente que, aparentemente, cerraba el estrecho de Lancaster, convirtiéndolo en una bahía. Esta cordillera, que bautizó con el nombre de montes de Croker, en honor a John Wilson Croker, el primer secretario del Almirantazgo, obstruía cualquier avance posterior. Sus oficiales se mostraron perplejos: insistieron en que no existía aquella cadena montañosa, que lo que estaba viendo era un espejismo, ¡debían de continuar! Para su total frustración, Ross ignoró tercamente tanto las protestas de sus hombres como el peso de la responsabilidad para seguir adelante y encontrar el paso, y tomó la extraordinaria decisión de dar la vuelta y abandonar la misión: el indignado sobrecargo a bordo del *Alexander* escribió: «Sería imposible describir nuestra humillación y disgusto al ver aniquiladas nuestras crecientes esperanzas en un momento, sin una sombra de razón».

En realidad, no existe esa cordillera en la posición de los montes de Croker. En el relato publicado por John Ross, *A Voyage of Discovery made under the order of the Admiralty…* (*Un viaje de descubrimiento realizado por orden del Almirantazgo…*) de 1818, escrito apresuradamente a su regreso para defenderse de las feroces críticas, describe así el avistamiento:

Vi claramente la tierra, bordeando el fondo de la bahía, que formaba una cadena de montañas que se conectaba con ella y que se extendían hacia el norte y hacia el sur. La tierra parecía estar a una distancia de ocho leguas; y siguiendo las órdenes, Mr. Lewis, el capitán de mar, y James Haig, suboficial, tomaron la posición que fue registrada en el cuaderno de bitácora; la temperatura de la superficie del agua era de

34 (°F). En ese momento vi también una zona continua de hielo, a una distancia de siete millas que se extendía de un extremo al otro de la bahía, entre el cabo más próximo, el del norte, al que di nombre en honor de sir *George Warrender, y el del sur, que nombré en honor del vizconde Castlereagh. Los montes, que ocupaban el centro en dirección norte y sur, fueron bautizados como montes de Croker, en honor del secretario del Almirantazgo. El extremo sudoeste formaba una espaciosa bahía, completamente helada, que fue bautizada bahía de Barrows...*

Además, Ross incluyó un bosquejo exculpatorio de los montes que vio.

A su regreso a Inglaterra, los oficiales de Ross siguieron impugnando su avistamiento de los montes. El más vehemente fue William Parry (a quien más tarde se dio el mando de la nave *Hecla* para llevar a cabo su propia expedición, mucho más exitosa), quien estaba convencido de que el llamado estrecho de Lancaster era realmente un estrecho. *Sir* John Barrow fue especialmente crítico con Ross, quien más tarde comentó su primer viaje en un mordaz pasaje de su libro *Voyages of Discovery and Research within the Arctic Regions, from the Year 1818 to the Present Time* (*Viajes de descubrimiento e investigación dentro de las regiones árticas desde el año 1818 hasta la actualidad*) de1846:

Entre las pequeñas irregularidades del comandante Ross, no puede obviarse que todas sus cartas y órdenes emitidas durante el viaje las remarca innecesariamente en su libro como procedentes de John Ross, capitán del Isabella. *Consiguió su ascenso a ese rango a su regreso con suma facilidad, gracias a un viaje de placer de unos meses de duración por las costas del estrecho de Davis y la bahía de Baffin, travesía que había sido realizada siglos atrás y algo mejor, en pequeñas naves de entre treinta y cincuenta toneladas. Es un viaje que cualquier pareja del Club de Yates lograría fácilmente en cinco meses.*

Ross fue escarnecido por su aparente estupidez, o, peor aún, por su cobardía. En un intento de recuperar su reputación, emprendió una nueva expedición ártica en 1829. Por necesidad, fue financiado por el magnate de la ginebra de Londres Felix Booth, quien contribuyó con 17 000 £ a las 3 000 £ aportadas por el propio Ross. (En consecuencia, cuando Ross y sus hombres descubrieron una nueva península en el norte antártico canadiense a 70° 26' N, 94° 24' O, la bautizaron «Boothia Felix»). A diferencia de la facilidad con la que realizó su primer viaje, esta segunda expedición estuvo cargada de problemas. Ross y sus hombres se vieron obligados a arrojar por la borda su motor a vapor experimental y seguir adelante solo a vela, para acabar atrapados durante cuatro inviernos helados en una región en la que su capitán buscó incansablemente, pero en vano, lo que representaría encontrar un paso a través del paisaje totalmente helado.

TIERRA DE DAVIS

27° 12' s, 91° 22' o

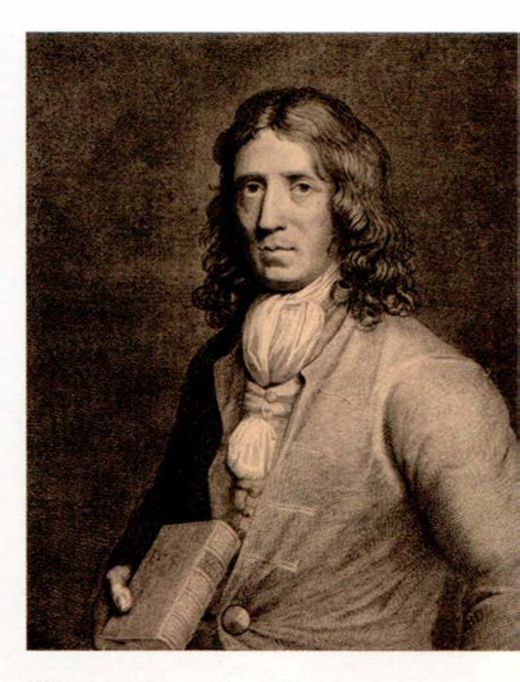
En la actualidad, se suelen confundir los términos bucanero y pirata, pero en el siglo XVII los bucaneros eran piratas que atacaban los barcos y saqueaban las posesiones españolas en el Caribe y las costas del Pacífico sudamericano.* Algunos de estos piratas actuaban con bastante impunidad, ya que fueron considerados por las autoridades inglesas como una ampliación no oficial de sus operaciones contra España, y se les daba una carta de marca o patente de corso (de ahí el nombre de corsarios) que los autorizaba a capturar barcos enemigos y llevarlos a su país para venderlos.



Los bucaneros cambiaron de táctica y, de asaltar navíos, pasaron a actuar en tierra firme, lo que se manifestó en 1654 con el ataque a Nueva Segovia en Honduras, el primero de una campaña brutal de pillajes de varios corsarios, entre los que destaca Henry Morgan, un galés con una despiadada reputación. En 1655, el barco de Morgan fue contratado por el gobernador de Jamaica, *sir* Thomas Modyford, para reforzar la seguridad de la isla. Sin embargo, los corsarios consideraron el encargo como una suerte de carta blanca que les autorizaba a cualquier cosa. Atacaron una serie de pueblos costeros, se apoderaron de las islas de Providencia y Santa Catalina, y lanzaron un asalto a muerte a Panamá. Estaban tan embriagados por sus éxitos que Morgan tuvo dificultades para evitar que sus hombres invadieran Perú.

La posibilidad de violencia desenfrenada atrajo a otros a la zona en busca de riquezas. Tras un breve período de paz, Panamá fue asaltada de nuevo por una banda de bucaneros dirigida por Peter Harris. Sin embargo, fueron rechazados, por lo que reunieron una flota y al mando del capitán pirata Bartholomew Sharpe se embarcaron en un viaje de dieciocho meses durante el que realizaron ataques por todo el Pacífico. Cuando Sharpe decidió finalmente regresar a Inglaterra, resultó ser, inadvertidamente, el primer inglés en rodear el cabo de Hornos en dirección este, después de que una tormenta lo desviara de su rumbo.

Entre la banda de asesinos y ladrones que constituían la tripulación de Sharpe, había dos hombres notables: Lionel Wafer y William Dampier. Lo más destacado de ambos es que se trataba de personas bien educadas. Se habían conocido en Cartagena, antes de unirse a la tripulación de Sharpe en 1680, aunque sus experiencias eran totalmente diferentes. Tras una disputa, Wafer fue abandonado con cuatro más en el «istmo del Darién» de Panamá donde, durante un año, vivió con los indios cunas, estudiando su cultura y aprendiendo su lenguaje. Dampier, por su parte, continuó embarcado. Cuando finalmente Wafer se reunió con los bucaneros, que al principio no reconocieron a su amigo al ir vestido como los nativos, Dampier y él quedaron embarcados en el *Bachelor's Delight*, capitaneado por Edward Davis. Más tarde, tanto Dampier como Wafer publicaron los relatos de sus andanzas.



El bucanero y explorador William Dampier con su éxito de ventas en la mano, A New Voyage Round the World (Un nuevo viaje alrededor del mundo).

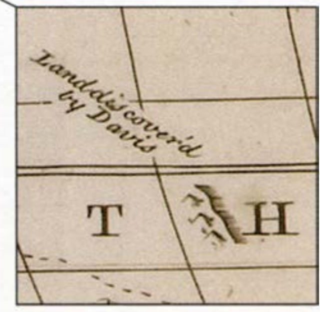
Página anterior: J. B. Nolin ilustró el «largo tramo de bellas tierras altas» de Dampier en su mapa de L'Amérique *(edición 1760), con una anotación en francés que traducida reza: «Tierra descubierta por David Anglois en 1685, que la tomó por una parte de las tierras australes».*

* *La palabra bucanero tiene su origen en la técnica para asar la carne de los indios caribes que después utilizaron los europeos. El verbo francés* boucanier *(«cocinar o curar») deriva de la palabra* buccan, *de origen caribe o arawak («una parrilla de madera verde en la que, al mismo tiempo, se asa y ahúma la carne, generalmente de manatí»).*

Aunque muy idealizados y salpicados de detalles ficticios (como suele ser frecuente en este tipo de diarios), tanto *A New Voyage Round the World* (*Un nuevo viaje alrededor del mundo*) de 1697, de Dampier, como *A New Voyage and Description of the Isthmus of America* (*Un nuevo viaje y descripción de los istmos de América*), de Wafer (1699), hacen referencia a un misterio muy especial: el descubrimiento de la Tierra de Davis, a 1 500 millas náuticas (2 780 km) frente a la costa de Chile.

Navegando en dirección sur, a muchas leguas de la costa de Sudamérica a 12° de latitud (en el mismo paralelo que Lima) y tras soportar un maremoto, la tripulación del *Bachelor's Delight* avistó la que se llamaría Tierra de Davis. Wafer escribe:

Recuperados del susto, seguimos hacia el sur. Tomamos rumbo sur y este, hacia la mitad, hasta que llegamos a la latitud de 27 grados 20 minutos S, cuando unas dos horas antes del amanecer nos encontramos con una isla pequeña, baja, arenosa y oímos un gran ruido rugiente, como el del mar cuando bate en la orilla, directamente frente a la proa. Con lo cual los marineros, temiendo un mal encuentro con la tierra antes del día, pidieron permiso al capitán para ponerse al pairo hasta que se hiciera de día, a lo que el capitán dio su consentimiento. Arriamos velas hasta que amaneció y nos dirigimos después hacia la



Mapa de la obra de Henry Ellis Considerations on the Great Advantages which would arise from the Discovery of the North West Passage (Consideraciones sobre las grandes ventajas que resultarían del descubrimiento del paso del Noroeste) *de 1750.*

tierra, que resultó ser una pequeña isla plana, sin ninguna protección de rocas. Estábamos a un cuarto de milla de la orilla y la podíamos ver claramente, pues era una mañana clara, sin niebla ni bruma. Hacia el oeste, a unas 12 leguas estimadas, vimos una variedad de tierras altas, que tomamos por islas, ya que se apreciaban varias separaciones en la perspectiva. Daba la impresión de tener unas 14 o 16 leguas, y había allí grandes bandadas de aves. Yo y muchos más de nuestros hombres habríamos ido a tierra, pero el capitán no nos lo permitió. La pequeña isla dista casi 500 leguas al este de Copayapo; y de Galápago, bajo el ecuador, 600.

Aunque no estaba a bordo con Wafer durante ese período, Dampier también menciona el descubrimiento de la isla en el Pacífico, a modo de anécdota que Davis le contó después:

El capitán Davis me contó más tarde que, tras dejarnos en el puerto de Realejo (como mencioné en el Capítulo 8.°) fue, tras diversas travesías, a las Galápagos, y que estando allí a la espera de viento que lo llevara hacia el sur a la Tierra del Fuego, en la latitud 27 sur, a unas 500 leguas de Copayapo en la costa de Chile, vio una pequeña isla de arena justo frente a él; y que vieron en el oeste de ella una larga extensión de tierra bastante alta que se extendía hacia el noroeste hasta donde alcanzaba la vista. Esta puede ser probablemente la costa de la Terra Australis Incognita.

Herman Moll representó la Tierra de Davis en la portada de un mapa del mundo en el *New Voyage* de Dampier, y en el año en el que se publicó el relato de este último la Tierra de Davis apareció también en numerosos mapas franceses. J. B. Nolin ilustró el «largo tramo de bellas tierras altas» de Dampier en su mapa de *L'Amérique* en la edición de 1740, con la anotación: «Terre découverte par David Anglois» (el francés insistió en dar a Davis el nombre de David).

Varias expediciones en busca de la Tierra de Davis se inspiraron en los relatos de Wafer y Dampier (*véase* Isla Pepys, pág. 186). La Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales envió tres naves a la zona en 1721 al mando de Jacob Roggeween. Aunque no fue capaz de encontrar la isla, Roggeween y su tripulación se toparon con una masa de tierra desconocida hasta entonces que sí existía: la isla de Pascua. Se cree que esta fue la masa de tierra divisada por Davis y su tripulación, pero que algunos cálculos erróneos les llevó a situarla en una posición incorrecta. A pesar de todo, hacia finales del siglo XVIII había aún barcos británicos y franceses que buscaban en vano la Tierra de Davis.

ISLA DE LOS DEMONIOS

55° 11' N, 49° 19' O *Conocida también como Île des Demons, I. dos Demônios*

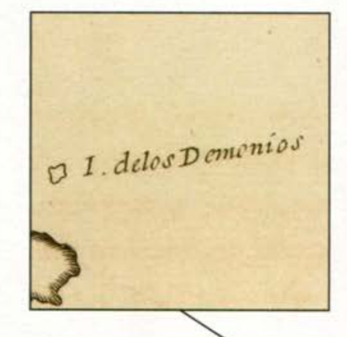
Se decía que de la isla de los Demonios, una oscura tierra de leyenda que un tiempo se creyó que era la isla Quirpon en Terranova, Canadá, salían extraños ruidos. André Thevet, el monje y explorador francés que publicó un relato de sus experiencias en la «Isola des Demonias», los describe como «un gran clamor de voces de hombres, confusas y desarticuladas». Se rumoreaba que el lugar estaba poblado por espíritus diabólicos y terribles criaturas que atacaban brutalmente a aquellos que eran tan estúpidos como para aventurarse en sus aguas o pisar sus tierras. Thevet afirmó que sobrevivió defendiéndose con el Evangelio de San Juan.

Una antigua aparición de la isla de los Demonios se puede encontrar en un mapa de 1508 de Johannes Ruysch, que muestra dos «Insulae Demonium» cerca del centro del paso de Ginnungagap, entre Labrador y Groenlandia. Este paso era muy temido por los marineros noruegos, probablemente debido a la presencia de maelstroms. Aunque las islas satánicas del Atlántico Norte son muy comunes en el folclore medieval (debido en parte a las fuertes tormentas ocasionadas por la corriente ártica), se cree que la isla de los Demonios podría ser una relocalización de la más antigua isla «Satanazes», trasladada por los cartógrafos al norte de otra tierra fantástica, Antillia, cuando un mejor cartografiado del área original demostró que no había allí ninguna isla. (Algunas leyendas son demasiado intrigantes como para eliminarlas completamente; *véanse* Satanazes, pág. 210, y Antillia, pág. 18). Sebastiano Caboto las marcó en el mapa como una sola isla, «Y. de Demones», en 1544, desplazándola más cerca del frente oriental de Labrador, Terranova. Gerardus Mercator las ubica en la punta superior de Terranova, en tanto que Ortelius mantiene la posición de Caboto para una sola isla en su mapa de 1570.

La isla es el escenario de un singular relato popular que trata de una aristócrata embarazada de nombre Marguerite de la Roque. Cuando se descubrió su aventura con un marinero, Marguerite, su amante y su sirvienta Damienne fueron abandonados en la isla de los Demonios por su tío, Jean-François de la Roque de Roberval, dejados a merced de las bestias de la isla. Marguerite dio a luz, pero el niño, el marinero y la sirvienta murieron, y Marguerite

se quedó sola, cazando animales salvajes con armas de fuego y haciendo uso de su ingenio, hasta que fue rescatada casualmente por un pescador vasco. Regresó a Francia, donde se hizo famosa con su historia, para después retirarse como maestra en Nontron. André Thevet, el geógrafo francés del siglo XVI, escribió esta historia en *La Cosmographie universelle* (*Cosmografía universal*) de 1575, afirmando que se la había contado la misma heroína, a la que había entrevistado en Nontron, en el Perigord; sin embargo, solo estaba repitiendo el relato del *Heptamerón* (1558) de Margarita de Angulema, reina de Navarra (quien decía habérsela oído al «capitán Roberval»), y de *Histoires tragiques* (*Historias trágicas*) de Belleforest (1570) . La historia fue también objeto de un poema del poeta canadiense del siglo XIX George Martin, titulado *Marguerite, or the Isle of Demons* (*Margarita, o la isla de los Demonios*).

La isla de los Demonios se encuentra en los mapas de finales del siglo XVI de Mercator, Ruysch y Ortelius, pero a mediados del siglo XVII había sido eliminada de los registros cartográficos oficiales.



Mapa de Thomas Jefferys tomado de The Great Probability of a North West Passage (La gran probabilidad del paso del Noroeste) *de Theodore Swaine Drage (1768).*



HAVANA
Portus
S.T DOMINGO
CARTAGENA
MEXICO
CUSCO
POTOSI
Groenlandi
Virginiani
Rex et Regina Florida
Novæ Albionis Rex
Mexicani
Septentrionalißimas Americæ partes, Groenlandiam puta, Islandiã et adjacentes, quod Americæ tabulæ commodè comprehendi non potuerint, peculiari hac tabella Spectatoribus exhibendas duximus.
AMERICA SEPTENTRIONALIS
Tonton teac
NOVA
GRANA
LA FLORI
SINUS MEXICANUS
Tropicus Cancri
MAR DEL ZUR
CIRCULUS ÆQUINOCTIALIS
OCEANUS
PERUVIANUS
Tropicus Capricorni
MARE PACIFICUM
AMERICÆ nova Tabula.
Auct: Guiljelmo Blaeuw.
Cum privilegio decem annorum.
TERRA AUSTRALIS INCOGNITA.



La America Nova Tabula *de Willem Blaeu, que muestra la «I. dos Demônios», al oeste de las fantásticas «As Maydas» y «Brazil», y en la parte superior de Sudamérica, el mítico lago Parima, supuesto lugar de la legendaria El Dorado; y como gran mito, en el extremo sur, un par de gigantes patagónicos.*

ISLA DOUGHERTY

59° 20' s, 120° 20' o

En mayo de 1931, el capitán Mackenzie, capitán de mar del barco explorador *Discovery*, anunció triunfalmente ante un grupo de periodistas que él y su tripulación habían eliminado una isla:

Hoy, el Discovery *pasó sobre las coordenadas establecidas para la isla Dougherty, la misteriosa avanzada en el Gran Sur Blanco que ha sido descrita como uno de los lugares más desolados y aislados en el océano, y que durante mucho tiempo ha eludido a los barcos de exploración, a los balleneros y a otras embarcaciones. Se consiguieron muy buenas observaciones a lo largo de toda la mañana, y al mediodía alteramos el curso para que pudiéramos pasar exactamente sobre la posición asignada a la isla, donde, a las 2 p. m., la sonda determinó una profundidad de 2 470 brazas inglesas (4 517 m). No había tierra a la vista, ni indicación alguna de su existencia en ese lugar. Por una vez estaba totalmente despejado, y, si hubiera habido una isla en un radio de 12 millas de aquel punto, no hubiéramos podido dejar de verla.*

La isla Dougherty hizo su primera aparición oficial en un reporte de 1841, cuando el capitán Dougherty, al mando del ballenero inglés *James Stewart*, documentó un encuentro con una isla en el extremo sur del océano Pacífico de entre unos 8 y 9,5 km de longitud con un gran risco en el extremo nororiental y tierra llana detrás, cubierta de nieve. Se le dio crédito, ya que coincidía con un informe del año 1800 sobre una «isla de Swain» localizada en un lugar cercano. Por lo demás, el relato de Dougherty difiere poco de los de muchas otras islas fantasmas; quizá el resultado de un espejismo, o un capitán confundido por un iceberg especialmente grande. Sin embargo, lo que hace intrigante la isla de Dougherty es el hecho de que fue encontrada repetidamente por varios navegantes, que dieron unas coordenadas y una descripción casi idénticas. Por ejemplo, el capitán Keates, del *Louise*, encontró la isla en 1860, haciendo incluso mención de un iceberg varado en su costa, y fijó sus coordenadas a 59° 21' S, 119° 07' O. A su regreso, se comprobó la precisión de su cronómetro y se constató que era de ¼ de milla náutica (0,463 km).

Página siguiente: mapa de la Antártida de un atlas alemán de 1906 publicado por Justus Perthes. (Muestra también el arrecife María Teresa y la tierra de Sánnikov; véanse *págs. 156 y 208).*

En 1891, la isla Dougherty fue avistada por Stannard, capitán de mar de la barca inglesa *Thurzo*, perteneciente a Lyttelton, Nueva Zelanda, que anunció que se había topado con la isla en su

SÜD-POLAR-MEER

See-Atlas No. 24.

GOTHA : JUSTUS PERTHES

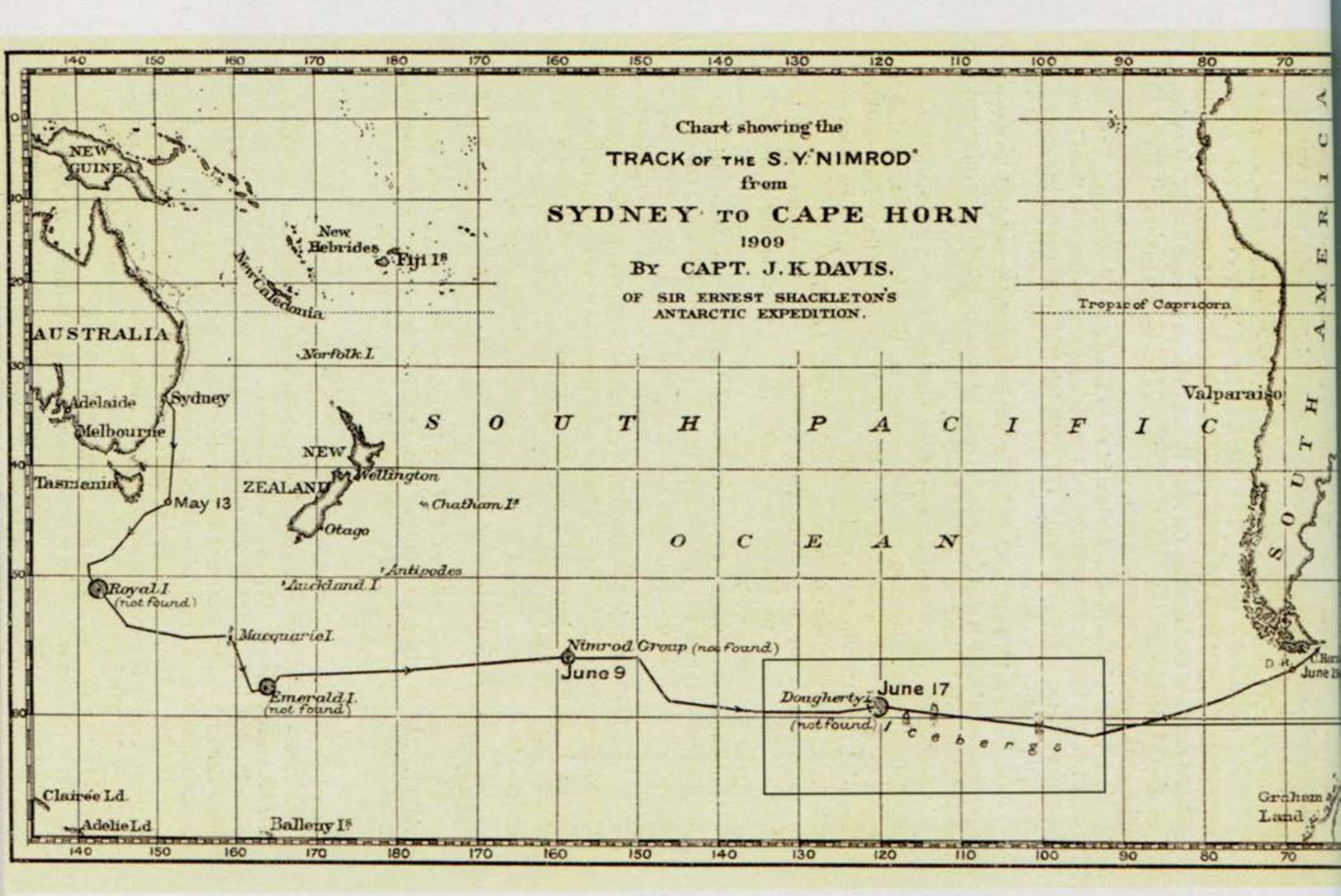
viaje de Nueva Zelanda a Inglaterra, en las coordenadas 59° 21' S, 119° 07' O. Cuando se acercaba a la región comprobó sus cartas y constató que en ellas la zona estaba vacía; sin embargo, viendo que las condiciones atmosféricas eran tales que debía mantenerse en aquel lugar durante la noche, hizo observaciones cuidadosas y, con toda seguridad, avistó una isla y se mantuvo cerca de ella durante tres días. Su informe sobre la isla es notablemente semejante al ofrecido por el capitán Dougherty; de unos 10 km de longitud,



con un gran risco en el extremo nororiental de unos 90 m de altura, bastante libre de nieve. El capitán mencionó haber encontrado varios icebergs antes de avistar la isla como prueba de su capacidad de diferenciar la tierra y el hielo.

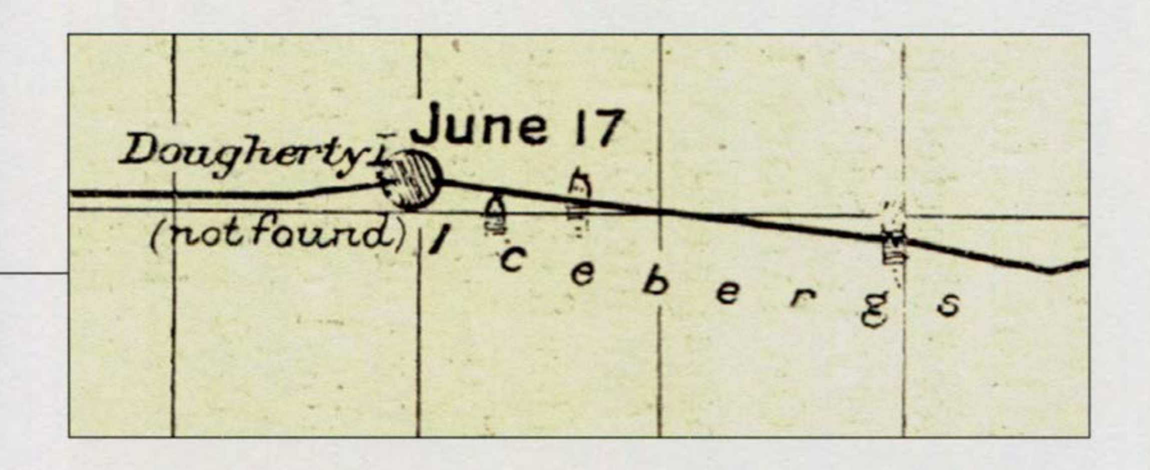
A este punto, se incluyó la isla Dougherty en las cartas de la región y partieron varias expediciones para hacer lo que nadie había logrado: desembarcar en sus costas. Entre 1894 y 1910, el capitán Greenstreet, del vapor británico *Ruapehu*, intentó encontrar la isla en cinco ocasiones diferentes, mientras que el explorador antártico Robert Falcon Scott la buscó en vano en 1904. En 1909, John King Davis, capitán del navío *Nimrod* de Ernest Shackleton, realizó una búsqueda de varias islas perdidas, la Dougherty incluida. Una parte de sus diarios se publicó como artículo en la revista *The National Geographic*, «The Heart of the Antarctic», y se incluyeron en un apéndice del segundo volumen del relato de la segunda expedición de Shackleton (1911):

El viaje de 1909 del Nimrod, *capitaneado por John King Davis, en la búsqueda de islas perdidas del océano Atlántico Sur. Tomado del artículo publicado por la Royal Geographic Society, 1910.*



Al mediodía estábamos intentando estimar la posición de la isla Dougherty dada por el capitán Dougherty, pero, como el cielo estaba totalmente cubierto, no podíamos estar seguros de nuestra posición. El capitán Keates coloca la isla en la misma latitud, treinta y cuatro millas más al este. Por ello continué rumbo al este sobre el paralelo de dicha posición (navegando por estima). Como estaba oscuro y el tiempo era moderado, me dirigí de nuevo hacia el oeste, esperando hacer algún avistamiento con la luz del día. A mediodía confirmamos las buenas observaciones astronómicas realizadas, cuando la isla, según la posición dada por Dougherty debería aparecer cuatro millas al este. Estaba despejado, pero no había ninguna tierra a la vista desde la cofa. Me dirigí de nuevo hacia el este, y a las 4:00 p. m., cuando estaba oscureciendo, debería haber aparecido la isla a unas cuatro millas en la posición dada por Keates; nada a la vista. A las 4:30 pasamos sobre dicha posición y continuamos hacia el este a lo largo del paralelo de 59° 21' S, pero sin ningún rastro de tierra. Justo en ese punto nos encontramos con hielo, y me siento inclinado a pensar que la isla de Dougherty se ha fundido.

Se podría pensar que se había llegado a una refutación definitiva, pero hay tantas refutaciones como testimonios de su existencia. Uno de estos fue mencionado por el oceanógrafo Henry Stommel, quien, en 1984, escribió sobre una indignada carta en el archivo del departamento hidrográfico del Almirantazgo. Su autor es un tal Mr. St. Clair Whyte, de Auckland, Nueva Zelanda, quien afirma haber pasado varias horas contemplando focas de litoral cerca de la posición indicada en las cartas y apuesta todo el té de China de que la isla existe allí.



PARAÍSO TERRENAL

En galés existe una palabra muy bella: «Hiraeth». No existe una traducción directa, pero el sentido general del término es una irresistible sensación de tristeza y nostalgia por las gentes y la tierra del pasado, una especie de añoranza espiritual intensa hacia un lugar en el que nunca se ha estado. Esta palabra me vino a la mente mientras reunía mapas trazados a lo largo de los siglos por europeos en un intento de dar una localización específica en la tierra a un concepto de otro mundo: el Jardín del Edén. Se trata del más antiguo y seductor de los mitos: el primero y perfecto hogar del hombre, perdido, y que se encuentra en algún lugar entre los mares esperando a ser redescubierto; un microcosmos terrestre de riqueza celestial en algún oasis del desierto o en una isla remota en el Lejano Oriente.

El Mapamundi del Salterio*, creado hacia 1265, muestra a Adán y Eva inmediatamente bajo Jesús en la parte superior del mapa.*





Esta noción se puede encontrar en formas diversas en religiones de todo el mundo. Los griegos tenían su «edad de oro», una mítica era primordial de maravillosa armonía, controlada por el titán Cronos. La tierra proporcionaba todo lo necesario y la gente alcanzaba edades muy avanzadas, convirtiéndose en espíritus a su muerte. También los chinos, los babilonios, los egipcios y los sumerios tenían un equivalente. Para los cristianos, el Jardín del Edén (originalmente, una tradición hebrea), era el lugar del que Dios «echó, pues, fuera al hombre y puso al oriente del huerto del Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía en

derredor para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis 3: 24). Se señala que en el Edén se encuentra la fuente de cuatro ríos gigantes: Pisón, Gihón (Nilo), Hidekel (Tigris) y Éufrates. Esto tiene semejanzas con la leyenda del monte Meru (en el jainismo, el hinduismo y el budismo), que se cree que es el antiguo hogar del hombre, morada de los dioses y el sitio de donde brotan cuatro ríos hacia el océano cósmico.

El simbolismo fundamental de un jardín con cuatro ríos en algún lugar del Lejano Oriente se encuentra presente en las formas históricas más antiguas de los mapas. En los mapamundis medievales, que normalmente están orientados con el este en la posición norte, Jesús se encuentra en la parte superior, desde donde preside una paradójica combinación de leyenda y geografía. El ejemplo que se presenta aquí es el *Mapamundi del Salterio*, que debe su nombre a que fue encontrado en un libro de salmos. Aunque es relativamente pequeño, es uno de los grandes mapas medievales del mundo (aunque probablemente no sea el original, sino una copia del mapa, perdido hace mucho tiempo, que el rey Enrique III de Inglaterra tenía en su alcoba en el palacio de Westminster, a mediados de la década de 1230). Como el *Mapamundi de Hereford*, sus detalles proporcionan una visión de cómo se entendían en aquel momento la historia antigua, la escritura y la geografía. Una de esas ilustraciones representa el relato del Edén: los retratos de Adán y Eva están inmediatamente debajo de Jesús, sobre sus cuatro ríos.

En 1406, un manuscrito bizantino de la *Geografía* de Ptolomeo, que en Europa se daba por perdido, fue enviado de Constantinopla a Venecia y, tras la publicación de la traducción de la obra del siglo II al latín por Jacobus Angelus, empezó a tener profundos efectos sobre la cartografía europea. El desarrollo de las cartas marinas había ya introducido la necesidad práctica, y con ella el enfoque científico, de hacer mapas, dejando de lado la representación histórica

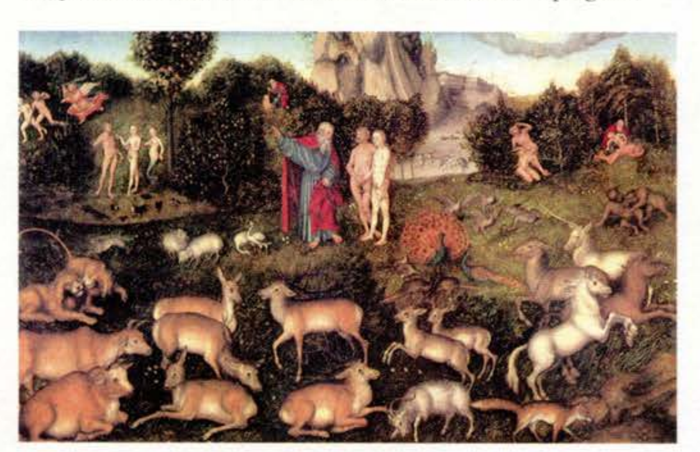


El jardín de las delicias. *Panel izquierdo del tríptico de Hyeronimus Bosch (el Bosco, en España), h. 1500.*

El sistema ptolemaico; mapa del mundo de la edición de 1482 de la Cosmographia de Nicolaus Germanus.

de los mapamundis. Sin embargo, en el siglo XV, la disposición orientada hacia el este de los mapamundis dio paso a la preferencia por el modelo ptolemaico, con la introducción de métodos matemáticos que utilizaban coordenadas globales, y la colocación del norte en la parte superior.

Esto representó un problema para los cartógrafos del Renacimiento; lugares místicos como el Paraíso Terrenal, no tenían cabida en mapas en los que primaba la precisión sobre la ornamentación religiosa, por lo que el jardín empezó a desaparecer de ellos, siendo su abandono un símbolo del progreso



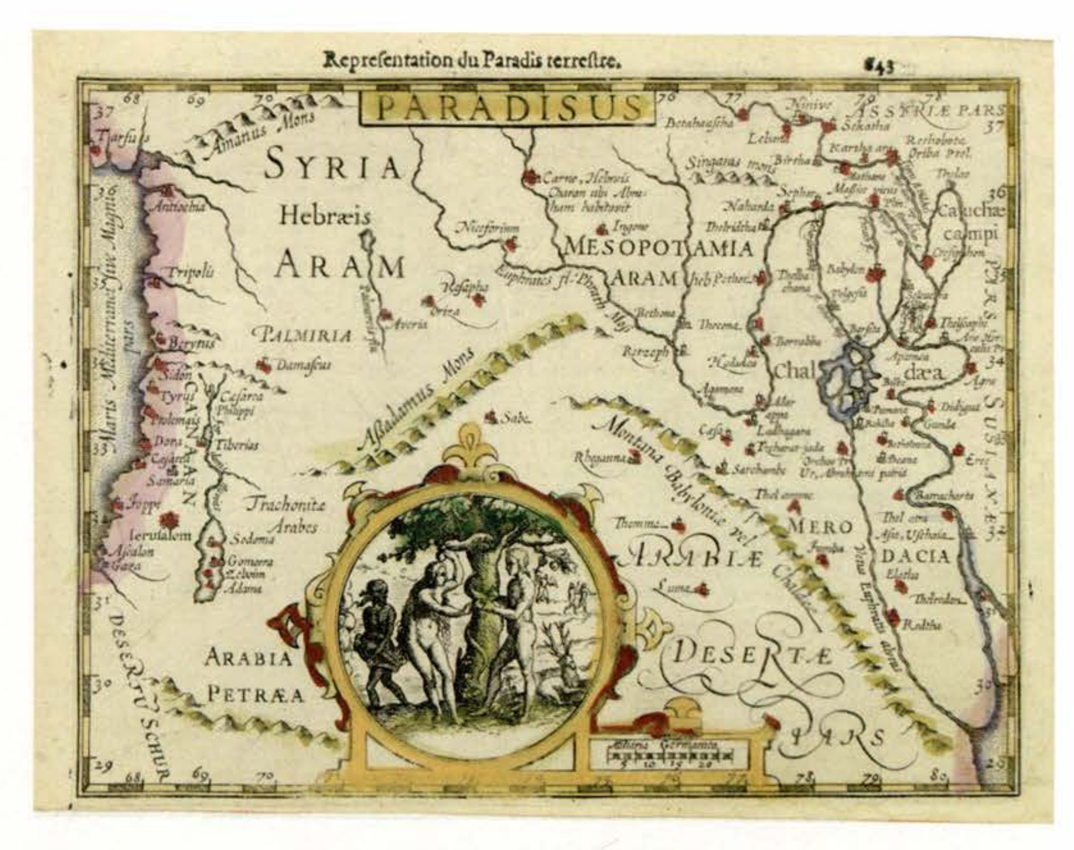
Dios muestra el Jardín del Edén a Adán y Eva en un cuadro de Lucas Cranach, 1536.

del pensamiento contemporáneo en el amanecer del siglo XVI. En consecuencia, se hicieron intentos para racionalizar el mito: eruditos como Vadianus y Goropius Becanus argumentaron que el jardín no podía ser interpretado como un territorio específico como la existencia pura y dichosa de Adán y Eva antes de la llegada del pecado. Martín Lutero consideraba inútil discutir sobre la localización exacta del jardín, ya que lo más probable es que hubiera sido destruido con todo lo demás durante el Diluvio Universal, víctima del pecado del hombre.

El teólogo francés Juan Calvino estaba de acuerdo con la idea de que el jardín había sido inundado y destruido, pero presentaba la confortante teoría de que Dios continuaba amando al hombre y había dejado restos del Paraíso en la Tierra. Calvino acompañó sus *Comentario sobre Génesis* (1553) con un mapa de Mesopotamia con sus ríos, y afirmó que el jardín había estado en aquella región. Él interpretó que los «cuatro ríos» significaban «extremos» de ríos, es decir, dos canales que llevaban el agua al jardín y dos por los que salía, y demostró que este concepto coincidía con el sistema fluvial mesopotámico.

Mapa de Paraíso en Mesopotamia, *de la* Biblia Sacra *(1578), de Thomas Guarinus.*





La idea de Calvino fue adoptada y desarrollada por varios editores de la Biblia del siglo XVI, alguno de los cuales aclaraban la idea para sus lectores y fueron quizá un poco más lejos, marcando en el mapa el lugar de la caída. En la página 95 se muestra un ejemplo de la *Biblia Sacra* de Thomas Guarinus, de 1578.

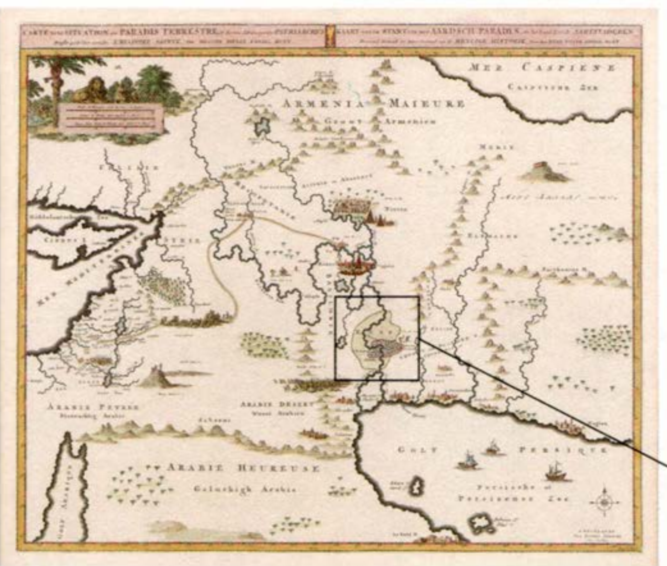
En 1607, Mercator y Hondius desarrollaron este diseño con mayor detalle geográfico para el mapa *Paradisus*, que está dominado por una viñeta de Adán y Eva bajo el manzano.

Poco después se eliminó de los mapas el dibujo de los cuatro ríos. Uno de los últimos en representar este emblema fue *sir* Walter Raleigh, quien, pocos años después que Hondius, incluyó el Paraíso Terrenal en su mapa de *Arabia Felix*, junto con una serie de imágenes bíblicas. La idea de que el jardín había sido destruido por el Diluvio continuó siendo aceptada, pero en este punto se produjo un cambio en la teoría de su localización original: la atención se volvió de Mesopotamia a Armenia, que en esa época abarcaba la región entre el Éufrates superior y el lago Urmia, el mar Negro y el desierto de Siria. Se pensó que quizá el río bíblico Pisón era, de hecho, el río Fasis,

Mapa de 1607 de Mercator y Hondius, que muestra el Paraíso cerca de Babilonia.

Página siguiente, superior: un mapa de Romain de Hooge, h. 1700, con el Jardín del Edén en el centro.

Página siguiente, inferior: un mapa tardío del Jardín del Edén *de Pierre Mortier (1700) que se basaba en las teorías de Pierre Daniel Huet, obispo de Avranches. La inscripción reza: «Mapa de la localización del Paraíso Terrenal, y del país habitado por los patriarcas, basado en una buena comprensión de la historia sagrada, por M. Pierre Daniel Huet».*







y el Gihón, el río Aras. Después de esta, se ofreció como alternativa Tierra Santa, pero tuvo más que ver con una conveniencia dogmática que con una indicación geográfica. En el siglo XVIII, la cartografía del Paraíso Terrenal era, para la mayoría, una decoración de antigüedad, y su perenne verdor quedó solo en la imaginación y en los mitos religiosos.

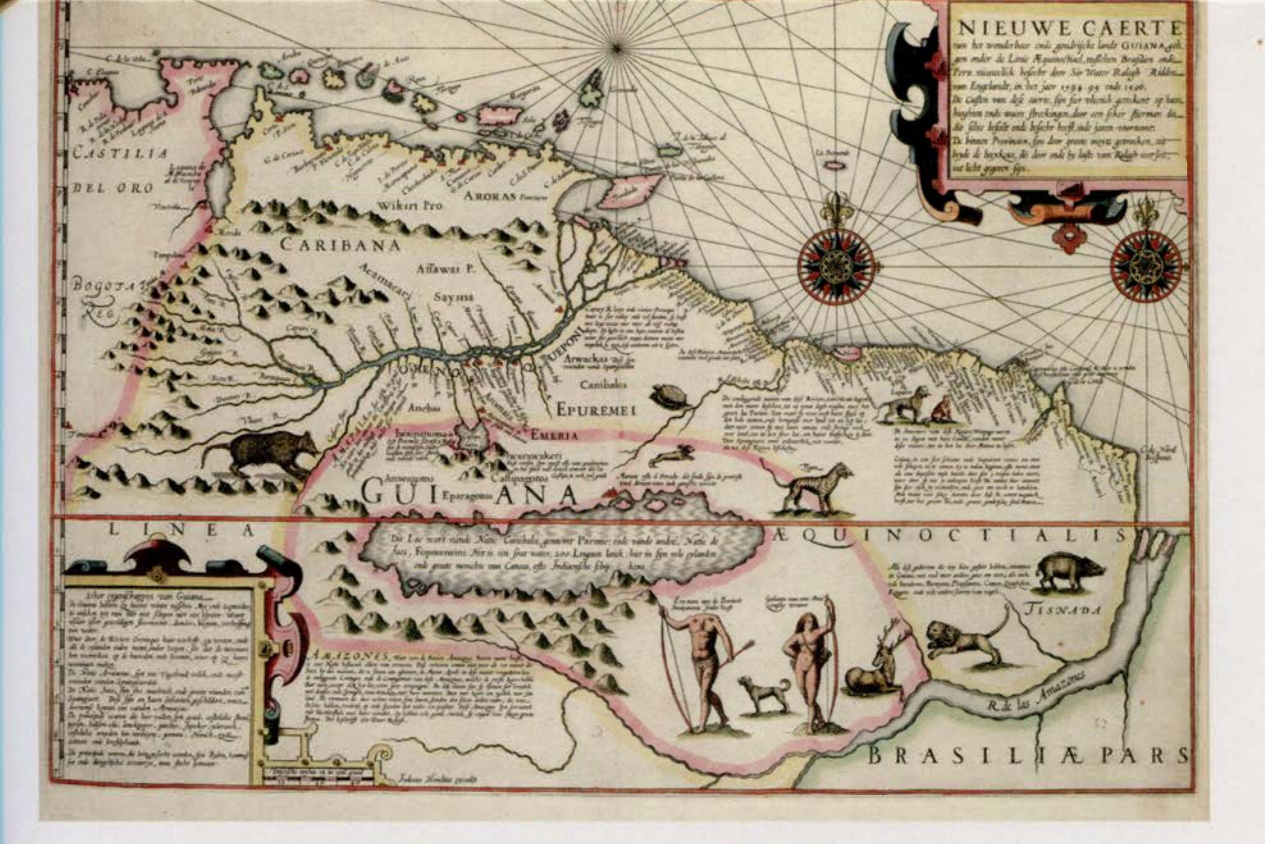
EL DORADO

3° 09' N, 58° 09' O

Conocido también como Manoa

El oro siempre ha sido la causa. Los mitos y rumores sobre tierras y ciudades áureas han arrastrado a los hombres a través de océanos desconocidos, por desiertos intransitables y por el «infierno verde» de las junglas impenetrables. La obsesión de los europeos por las riquezas orientales es tan antigua y poderosa como la imaginación (el rutilante reino del Preste Juan, que se estudia más adelante, encarna esas extrañas fantasías), y los sueños de oro se remontan a la Antigüedad. Por ejemplo, Ptolomeo describe una «Aurea Regio» que se encuentra en «India, más allá del Ganges», y a mediados del siglo I, *El periplo del mar Eritreo* (una relación de los puertos y puntos de referencia costeros, escrita en griego) menciona a «Crisa», la Tierra del Oro, y la describe como «una isla en el océano, en el extremo más lejano en dirección hacia el este de las tierras habitadas, justo donde nace el Sol, llamada Crisa… Más allá de este país… se encuentra una gran ciudad interior llamada Thina». Dionisio Periegeta escribe también sobre «la isla de Crisa, situada justo allí donde sale el Sol». En el siglo IV, Avienus hace referencia a una Insula Aurea ubicada allí donde en «el mar escita aparece el alba».

Cuando Colón llegó por primera vez a las tierras americanas en 1492, quedó consternado al descubrir que el país no era el de las Islas de las Especias de Asia que había buscado con tanta determinación. Sin embargo, a mediados del siglo XVI, el Nuevo Mundo de las Américas había proporcionado riquezas que jamás habrían imaginado en forma de los tesoros inca y azteca, y las ricas minas de aquellos países. En la época en la que Colón se embarcó rumbo a las Indias, con la totalidad del oro de toda Europa se habría podido hacer un cubo de «solo» 6 m^3. Entre 1503 (el año en que Colón concluyó su cuarto viaje) y 1560, la participación de España del oro europeo aumentó considerablemente con un total de 101 toneladas (5,2 m^3) de oro que fue enviado a este país desde el Nuevo Mundo. El historiador Fernand Braudel calculó que a mediados del siglo XVI las reservas españolas de oro y plata se dispararon



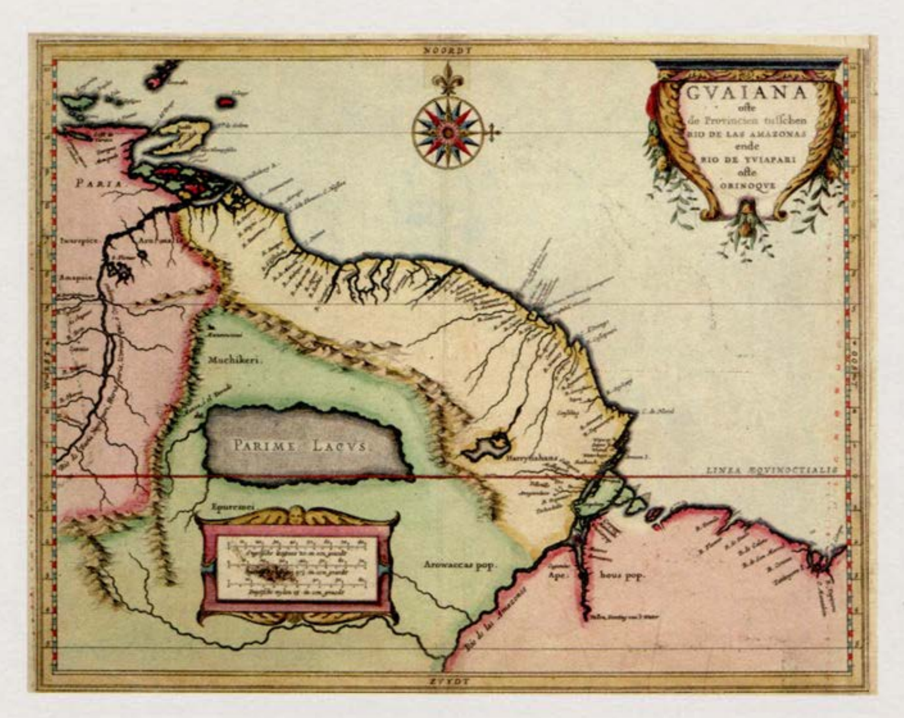
Mapa de Hondius Nieuwe caerte van het Wonderbaer ende Goudrjcke Landt Guiana *(1598) de la descripción de* sir *Walter Raleigh de la región conocida ahora como Guayana Francesa. Presenta tanto el mítico lago Parime, señalado como asentamiento de El Dorado/Manoa, como los blemias (hombres sin cabeza) en el sur y fantásticas imágenes de la fauna sudamericana.*

hasta que alcanzaron un valor, en precio actual, de más de dos billones de dólares. En una carta al rey Fernando, fechada el 7 de julio de 1503, escribía Cristóbal Colón: «El oro es el más excelente de los metales. Con oro no solo podemos hacer todo lo que nos place en este mundo, sino que incluso lo podemos emplear para sacar almas del purgatorio y poblar el Paraíso».

Pero, desde luego, querían más. Con seguridad, si penetraban más en las vastas junglas interiores, harían nuevos descubrimientos aún más grandes. Corrían rumores de que habían ciudades de oro perdidas en los Andes, rumores, sin duda, difundidos por los nativos, conscientes de que el señuelo del oro en otros lugares podía ser un modo de librarse de ellos. Se decía que la supuesta ciudad inca de Paititi, regida por el emperador de los mojos, estaba escondida en algún lugar entre las actuales fronteras de Bolivia, Brasil y Perú. (Todavía hoy se intenta encontrar Paititi).

Sin embargo, la leyenda más seductora fue la de «El Dorado». El nombre de esta ciudad se debía al ritual diario de su rey, que describe Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés en *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano* (1535):

Cuando pregunté por qué este príncipe o rey era llamado Dorado, los españoles que habían estado en Quito y habían venido ahora a San Domingo (que eran más de diez) me contestaron que según lo que habían



Mapa de Guayana de Hessel Gerritz (1625) que muestra el lago Parime, en cuyas orillas se decía que se encontraba El Dorado.

oído de los indios sobre aquel gran señor o príncipe, iba siempre cubierto con polvo fino de oro, ya que consideraba ese tipo de cobertura más bella y noble que cualquier otro ornamento de oro batido o prensado… se lo ponía nuevo cada mañana y se lo lavaba por la noche… Los indios cuentan que ese cacique, o rey, es muy rico, y se unge cada mañana con una goma o líquido fragante sobre el que se espolvorea y fija el oro en polvo, de modo que parece, de pies a cabeza, una pieza de oro trabajada artísticamente.

Aparentemente, la historia se basaba en una práctica del pueblo muisca, que vivía en las montañas de Nueva Granada. ¿Dónde estaba esa tribu tan rica que no le importaba tirar el oro cada día? Sebastián de Benalcázar, conquistador de Nicaragua, partió en su búsqueda a finales de 1535. Cuando finalmente llegó hasta donde habitaban los muisca se encontró con que el área ya había sido ocupada por Gonzalo Jiménez de Quesada, quien, desafortunadamente, había encontrado muy poco oro; entre tanto, llegaron informes del aventurero alemán Nicholas Federmann, que se encontraba también por aquellas tierras, atraído por las mismas historias. El lago en el que el rey se lavaba el oro era fundamental para mantener el mito. Los españoles creían que se trataba del lago Guatavita, y, a partir de 1540, una partida dirigida por Hernán Pérez de Quesada intentó repetidamente drenarlo, pero no llegaron a encontrar ningún depósito de oro.

La última búsqueda española organizada de El Dorado la llevó a cabo un grupo de soldados contratados por su valor,

sin tener en cuenta su moral, dirigido por el sanguinario Lope de Aguirre, un conquistador español que consiguió el mando tras asesinar al comandante de la misión, Pedro de Ursúa, y que acabó cuando el energúmeno condujo a toda su chusma a una invasión de Venezuela, donde lo mataron sus propios hombres. Cuando los españoles se convencieron de la inexistencia de la ciudad, y también los alemanes se desilusionaron, fueron los británicos quienes lo intentaron. *Sir* Walter Raleigh supo de El Dorado por algunos prisioneros españoles capturados en Puerto España. En *The Discovery of Guiana* (*El descubrimiento de Guiana*) de 1595, que es un perfecto ejemplo de geografía fantástica y propagación de mitos, mezcla el de El Dorado con el de Manoa, otra ciudad perdida:

Me lo han asegurado los españoles que han visto Manoa, la ciudad imperial de Guiana, que los españoles llaman El Dorado, la cual, por su grandeza, sus riquezas y por su excelente situación, supera a cualquier otra del mundo, o, por lo menos, de todo lo que la nación española conoce del mundo. Está fundada sobre un lago de agua salada de 200 leguas de longitud, como el mar Caspio.

Señaló que se encontraba junto al legendario lago Parime, en la parte alta del río Orinoco en Venezuela. Esta es otra de las divertidas imprecisiones del texto, que incluye la descripción de los ewaipanomas, una tribu de hombres sin cabeza con las facciones en el pecho. (Esta historia en particular data de la Antigüedad; *véase* Criaturas del *Mapa de las Crónicas de Núremberg,* pág. 174).

A partir de ahí, el brillo cegador de El Dorado disminuyó considerablemente, pero no sin que Raleigh persuadiera al rey Jacobo I para que respaldara una última misión para encontrar Manoa en 1617. El viaje fue un desastre: sus barcos fueron destrozados por las tormentas, y sus hombres, muchos de los cuales no compartían su visión, abandonaron a su comandante. Raleigh, debilitado por una enfermedad tropical, atacó el puesto avanzado español de Santo Tomé de Guayana en el río Orinoco, y en el combate murió su hijo. Cuando regresó a Inglaterra, desconsolado y con las manos vacías, los españoles demandaron que se le castigara por haber roto el tratado de paz que se había comprometido expresamente a obedecer. Los cargos por traición por su participación en el Gran Complot (una conspiración en 1603 para derrocar del trono a Jacobo I), por los que había sido perdonado, se renovaron y, por su imprudente persecución de la ciudad dorada, *sir* Walter Raleigh fue decapitado en el patio del palacio de Westminster el 29 de octubre de 1618.

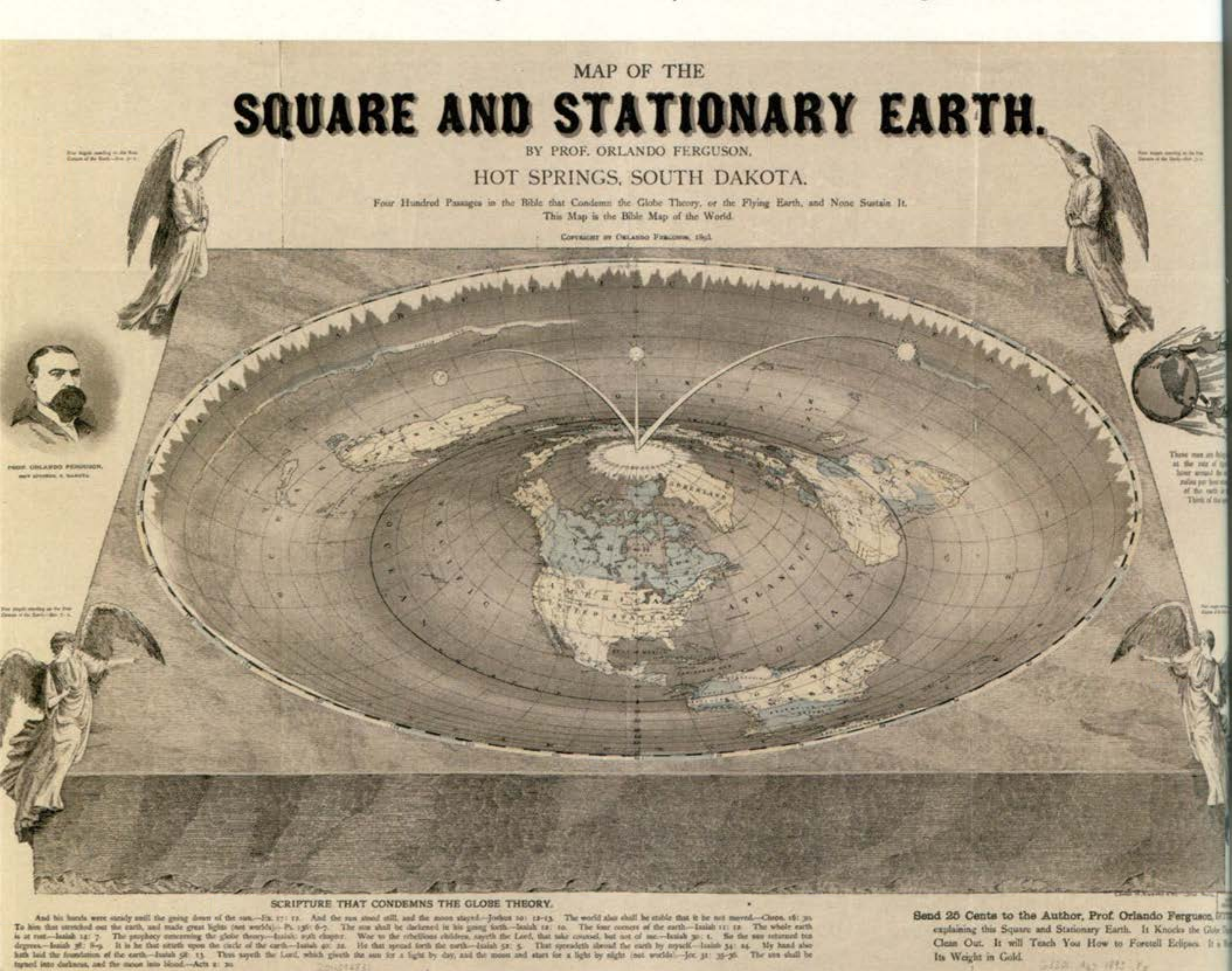


Sir *Walter Raleigh, en un grabado de Robert Vaughan de 1650.*

LA TIERRA PLANA

Este mapa fue creado por un caballero llamado profesor Orlando Ferguson, de Hot Springs, Dakota del Sur, Estados Unidos, en 1893, para ilustrar su firme convencimiento de que la Tierra no era esférica, como creía toda la comunidad científica, sino plana y cuadrada. Ferguson y sus seguidores basaban su geodesia alternativa en la interpretación literal de pasajes de la Biblia: tenemos, por ejemplo, la cita de Apocalipsis 7:1 (que también adornaba la página de inicio de la web de The International Square Earth Society cuando

Mapa de la tierra cuadrada y estacionaria *(1893) del profesor Orlando Ferguson.*

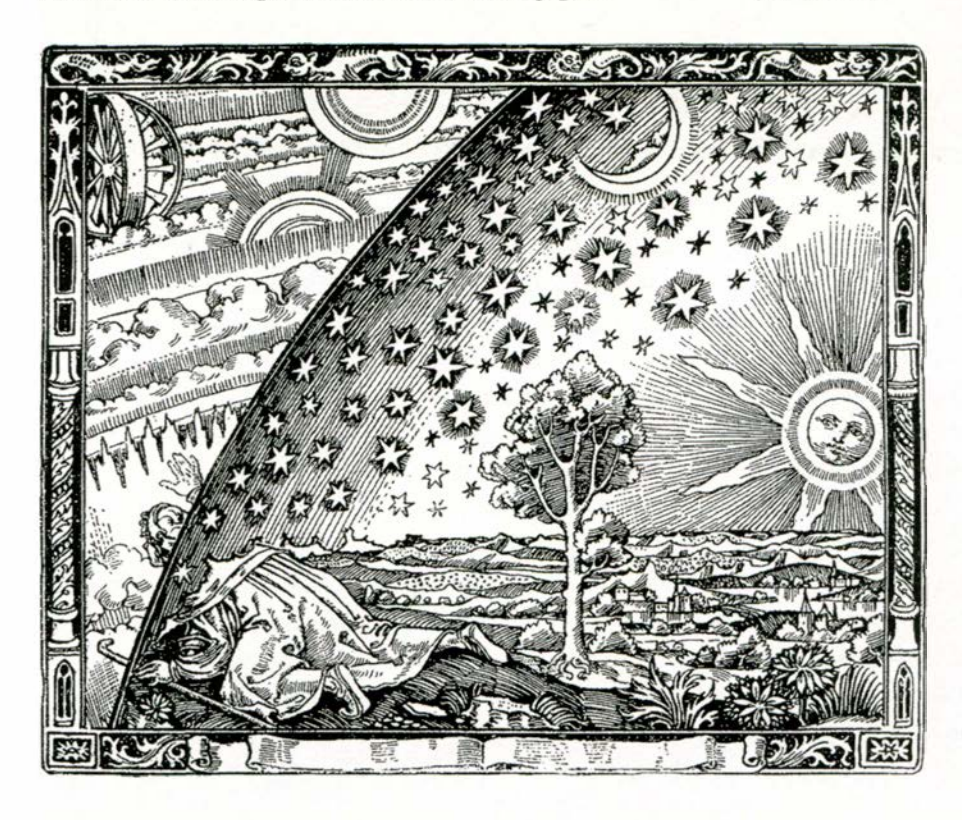


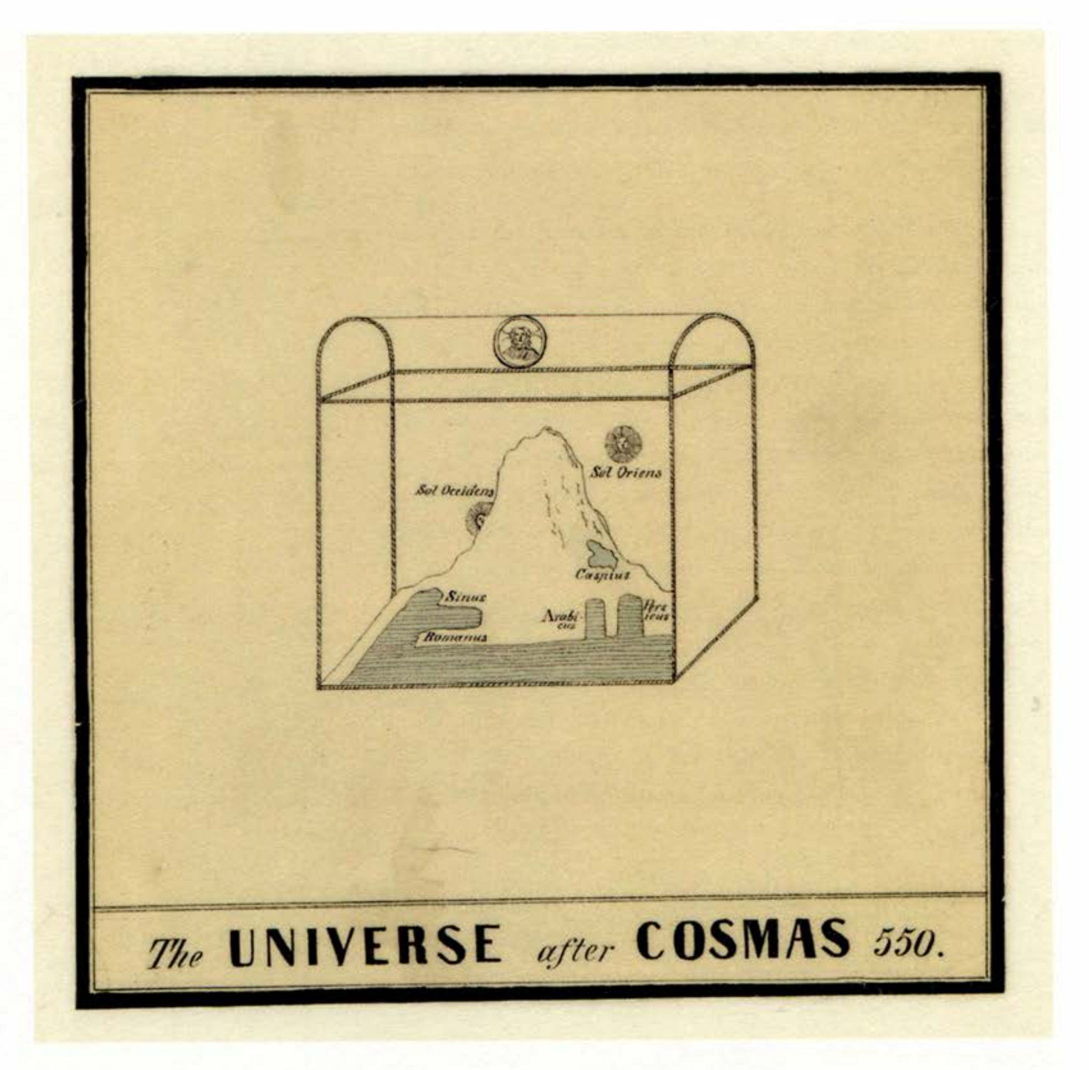
se escribió este libro): «Y después de estas cosas vi cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara viento sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol».

La expresión «cuatro ángulos» de un llano terrestre, tomada literalmente, fue considerada como una evidencia de la planitud del mundo. Si a eso se suma la descripción que se hace en Isaías 11:12 de «los cuatro confines de la tierra», es innegable que sugiere que tiene forma de cuadrilátero, es decir, de cuadrado, rectángulo u otras similares. Por último, la cita del Apocalipsis la saca de nuevo a colación con la terca lógica integral; los ángeles en los cuatro ángulos de una Tierra en forma de cuadrilátero, y cada uno retiene uno de cuatro vientos, que se sabe que son los vientos norte, sur, este y oeste, los cuatro puntos cardinales. Por consiguiente, los ángeles, para mantener la simetría del cuadrilátero, deben mantenerse equidistantes. Las únicas formas que cumplen esta condición son el rombo y el cuadrado y, como Dios es infalible, el cuadrado perfecto es, *en consecuencia*, la forma correcta.

El buen profesor respalda su afirmación de que la Tierra es un cuerpo estacionario, y no en órbita alrededor del Sol, con la ilustración en el margen derecho de dos hombres pegados

Grabado de L'atmosphère: météorologie populaire *(1888), de Camille Flammariaon. La leyenda original reza: «Un misionero medieval afirma que ha encontrado el punto en el que se encuentran el cielo y la Tierra…».*





Una reproducción, de hacia 1860, del universo visto como un tabernáculo, trazado por Cosmas Indicopleustes en su Topografía cristiana, *hacia el año 550 d. C.*

desesperadamente a un globo a alta velocidad. «Estos hombres están volando sobre el globo a 65 000 millas por hora alrededor del centro de la tierra (en sus mentes). ¡Piensa en esta velocidad!». Se invita a todo aquel que quiera saber más a mandar 25 centavos a Ferguson para recibir un libro que explica la idea con todo detalle. En la parte inferior del mapa afirma: «Desecha claramente la teoría del globo. Te enseñará a predecir los eclipses. Vale su peso en oro».

Desde luego, el profesor Ferguson no fue el primero en considerar que la Tierra era plana; con el transcurso de los milenios se le han ido dando a la Tierra formas diferentes. Homero la consideraba como un disco rodeado por el océano bajo la cúpula del cielo; el filósofo griego Anaximandro (h. 610 - h. 546 a. C.) creía que era cilíndrica; el poeta Parménides (h. 500 a. C.) conjeturaba, correctamente, que era esférica; en tanto que Anaxímenes de Mileto (h. 585 a. C.) propuso la teoría de que era un disco que

flotaba sobre un cojín de aire que, ocasionalmente, exhalaba; estas exhalaciones se encendían y se convertían en las ardientes estrellas. Aristóteles (384-322 a. C.) escribe en su debate *Sobre el cielo*, II, 13:

Hay debates semejantes sobre la forma de la Tierra. Algunos creen que es esférica; otros, que es plana y en forma de tambor. Como prueba aducen el hecho de que el Sol sale y se pone y la parte que tapa la Tierra muestra una línea recta y no una curva... Hay otros que creen que la Tierra reposa sobre el agua. Esta es la teoría más antigua de las que se han conservado, y se atribuye a Tales de Mileto. Según esta, se suponía que permanecía en reposo, ya que flotaba como la madera y otras sustancias que están constituidas para flotar sobre el agua, pero no sobre el aire.

A partir de aquí saca sus propias conclusiones en II.14: «Nuestra observación de las estrellas hace evidente... que la Tierra tiene una forma circular, pero que también es una esfera no muy grande: ya que, de otra manera, el efecto de un cambio de lugar tan pequeño no resultaría rápidamente aparente».

Después llegó la cristiandad. En el libro del Éxodo, Dios dedica cuarenta días a instruir a Moisés sobre la construcción del tabernáculo, la residencia terrenal portátil de la presencia divina. Los escritores cristianos desarrollaron la teoría de que la descripción era simbólica, y que las intrincadas partes de un conjunto armonioso serían una metáfora de la estructura del universo. Lactancio, un escritor cristiano del siglo IV, defendió esta idea y rechazó como pagana cualquier otra teoría en contra. Lo mismo hizo el geógrafo bizantino Cosmas Indicopleustes en el siglo VI, que dibujó el universo del tabernáculo literal en el mapa que se muestra aquí. En él, el *ecúmene*, o mundo conocido, consistía en una gigantesca montaña rodeada por el mar, contenida bajo la bóveda curva, cuyas paredes estaban ocultas a nuestra visión por el *stereoma* (velo celestial).

La idea de la Tierra plana se mantuvo durante la Edad Media, a pesar de las racionales observaciones de Aristóteles y otros que habían establecido su esfericidad muchos siglos antes. Quienes la contradijeron fueron objeto de persecuciones: así, por ejemplo, el obispo san Virgilio de Salzburgo tuvo graves problemas con el papa Zacarías por opinar que la tierra era esférica, teoría que este último condenó como «perversa y pecaminosa». Finalmente, la teoría de la Tierra plana tuvo que refugiarse en los sombríos rincones de la pseudociencia, para hacer apariciones ocasionales como meras curiosidades del tipo de las del inquebrantable profesor Ferguson.

FONSECA

12° 27' N, 54° 48' O

Conocida también como Fonte Seca, Fonesca, Fonzeca, Fonsequa, San Bemaldo, S. Bernaldo

En 1630 un grupo de puritanos denominado la Providence Company, dirigida por John Pym, planeó fundar una colonia lejos de las costas inglesas. La primera opción para ubicar su nuevo hogar fue la isla Fonseca, que se encontraba el este de Barbados y que tenía fama de ser muy fértil, según decían los españoles. La revelación poco después de que Fonseca no se podía encontrar, frenó temporalmente sus planes, pero los puritanos encontraron en su lugar la isla de Providence, a 120 millas al este de Nicaragua, en 1631.*

Fue un error comprensible, pues Fonseca ya había aparecido en 1544, cuando Sebastiano Caboto la incluyó en su mapa del mundo como la isla de San Bernaldo, situada al noroeste del delta del Orinoco en Venezuela. Después, en 1589, Hondius la puso en su mapa del mundo en la misma posición con el nombre de «Ysla de Fonte Seca». Hakluyt, en sus *Viajes*, publicado ese mismo año, indica: «La isla de Fonzeca se encuentra a 11 ¼' de latitud». En 1628, Carlos I concedió la isla, prematuramente, a Philip, conde de Montgomery. La isla continuó eludiendo a los exploradores, pero motivó gran cantidad de rumores: en cartas a España procedentes de las Indias, de 1630, se anota que era un refugio favorito para los piratas, y que resultaba muy peligrosa para los viajeros.

Más tarde, en noviembre de 1632, el capitán Anthony Hilton, gobernador de la isla de la Tortuga, pidió apoyo para una expedición que pretendía emprender para encontrar la isla perdida de «Fonzeca». Para el viaje se dispuso de la pinaza *Elizabeth*, de 40 toneladas, y se escogió una tripulación de 20 colonizadores, pero, el 26 de marzo de 1633, se cambió el destino de la expedición tomando rumbo hacia la isla de Providence.

Fonseca continuó siendo un intrigante misterio, que incluso sirvió de inspiración para la creación de dos relatos populares, ficticios, sobre su descubrimiento.

Páginas siguientes: Hondius, en su mapa del mundo de 1595, dibujó el sur de la isla de La Bermuda, y las míticas «Sept citez» y «de fonte seca».

---

* *Aunque el propósito original era fundar una colonia puritana modelo, la posición de la isla se consideraba muy útil para asaltar a los barcos españoles, por lo que se convirtió en un inicuo puerto de piratas. Diez años más tarde, en 1641, los españoles lo atacaron y lo destruyeron.*

El primero fue *A Discovery of Fonseca* (*Descubrimiento de Fonseca*) de 1682, de J. S., que ubica la isla en las Antillas Menores y la describe como habitada por amazonas de origen galés. El panfleto describe los hábitos, las costumbres y la religión de la población femenina, extraídos «del testimonio de una persona que fue arrastrada al lugar por un huracán». Dice que las mujeres eran:

un pueblo bien parecido, con el pelo no tan negro como cabría esperar en un clima tan cálido… Sus casas son bajas con grandes ventanas, lo que las hace muy agradables por la fresca brisa que sopla allí continuamente… Llevan los vestidos sueltos… Sus cabellos los llevan rizados artificialmente, protegiendo así del sol los pechos, que son redondos y claros. Su religión consiste en adorar a la Luna…

El segundo relato, *A Voyage to the New Island Fonseca* (*Un viaje a la nueva isla Fonseca*) de 1708, pretende basarse en los testimonios oculares de dos capitanes turcos. Uno de los hombres, de nombre Aga Sha'Ban, afirma que desembarcó en Fonseca en 1707, y ofrece una descripción de la población de la isla muy diferente, pues describe una comunidad británica de unas 16 000 personas, con una población de esclavos africanos de unos 70 000. Allí, la zona reservada para gente negra era un infierno sucio e inmoral. Se fomentaba la bebida desenfrenada, el juego y la promiscuidad; el pecado superaba los esfuerzos de los pocos sacerdotes locales.

A partir de ahí, Fonseca empezó a desdibujarse de los mapas y del recuerdo. A inicios del siglo XVIII, ya había desaparecido virtualmente de las cartas, hasta que, inesperadamente, en 1866, vuelve a encontrarse, esta vez en *The Royal Atlas*, de Johnston. Esto sucedió a pesar de los concluyentes descubrimientos del bergantín del gobierno estadounidense *Dolphin*, que hizo un sondeo en 1852 en la supuesta localización de la isla y encontró una profundidad de 2 570 brazas (4 700 m).



VERA TOTIVS EX
Descriptio D. Franc. Draci qui 5. navibus probè instructis, ex Anglia solvens 13
cæteris partim flammis, partim fluctibus correptis, in Angliam redijt 27 Septemb
Angli, qui eundem Draci cursum ferè tenuit etiam ex Anglia per universum orb
quinto Septembris 1588. in patriæ portum Plimmouth, unde prius exiera
Portus Novæ Albionis
GILOLO IN.
Ternate
Tidore
Matir
Machian
Bachian
ASIA
AMERI
NOVA ALBION
California
INDIA ORIENTALIS
CIRCVLVS ARCTICVS
TROPICVS CANCRI
AEQVINOCTIAL
NOVA GVINEA
MAR DI
INDIA
MARE PACI
TROPICVS CAPRICORNI
TERRA AVSTRALIS
CIRCVLVS ANTARTICVS
Non immerito, amice lector, formam navis F. Draci
huic nostræ tabulæ adjungi putavimus. miraculu enim
videri poterit, non solum hujus magnitudinis navi; sed
& ad bonorum spacie, in scopulum illisa, onusta prætere
a auro & argento etc. posse tantum iter perfici, scil.
ad minimum, 1500 miliarium Germanicorum.
Servatur in Anglia etiamnum navis illa, perpetuæ
memoriæ causa, Deptfordiæ ad Tamesin. vale.



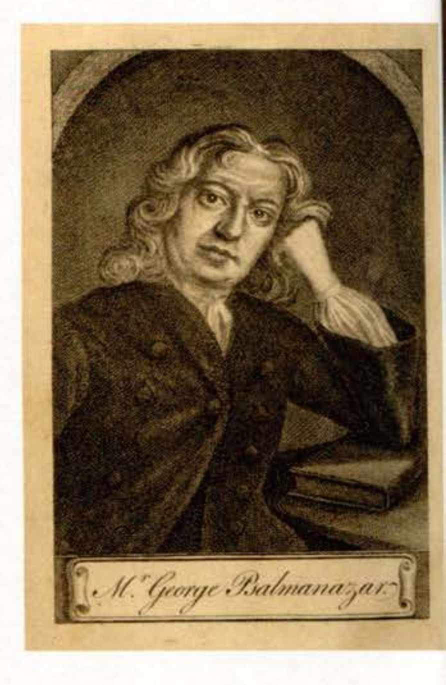
EXP TIONIS NAVTICÆ
terrarum orbis ambitum circumnavigans, unica tantum navi, ingenti cum gloria
lia solvens 13 Decembris ODITA est etiam viva delineatio navigationis Thomæ Caundissh nobilis
lijt 27 Septembris 15 & temporis spacio: vigesimo-primo enim Iulij 1586 navem conscendit, & decimo
er universum orbem; & cum omnium admiratione reversus est. Iudocus Hondius.
unde prius exierat,
Portus Iavæ Majoris
RUSSIA
MOSCOVIA
EVROPA
GALLIA
ITALIA
POLONIA
MARE MAIOR
NATOLIA
SYRIA
FARSEY
Mare de Sala
BARBARIA
MEDITERRANEVM
A F R I
C A
BENIN
NOVA FRANCIA
FLORIDA
MEXICO
NICARAGVA
CARIBANA
BRASILIA
PE RV
DE
y de fonte seca
La Trinita
NOT
OCEANVS
AETHIOPICVS
C. Bonæ spei
DIEV

FORMOSA *de George Psalmanazar*

23° 30' N, 121° 00' E

Conocida también como Tyowan, Pak-Ando, Gad-Avia

La Formosa de la que aquí se trata, aunque es geográficamente idéntica a la isla asiática conocida en la actualidad como Taiwán, es un país totalmente imaginario. Es la Formosa descrita con un detalle fantástico por un francés, George Psalmanazar, que, en el siglo XVIII, engañó a toda la sociedad europea al presentarse como el primer formoseño que ponía pie en su continente.



Un retrato de George Psalmanazar extraído de sus Memorias... *(1764).*

Según él, un sacerdote jesuita lo había raptado, se lo había llevado a Europa y había tratado de convertirlo del paganismo al catolicismo. Parece ser que Psalmanazar escapó de sus garras, y mientras vagaba por Holanda, conoció a un sacerdote anglicano, Alexander Innes, que lo llevó a Londres y lo presentó al obispo de esa ciudad. Enseguida se hizo muy popular allí y cautivó a las audiencias con sus descripciones de un país que los europeos desconocían casi totalmente.

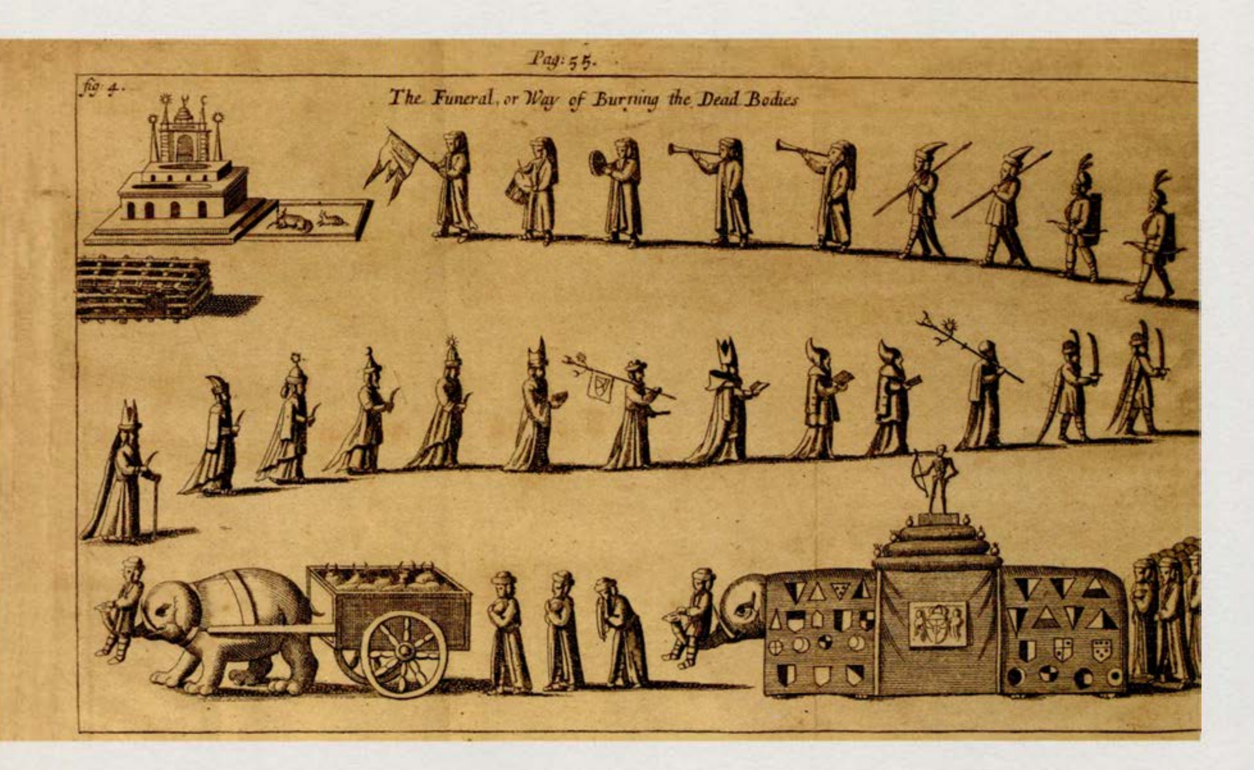
En realidad, el impostor Psalmanazar, que tomó su nombre del Viejo Testamento (y cuyo nombre verdadero nunca fue descubierto), era un francés rubio, de ojos azules y tez pálida, nacido en el sur de Francia entre 1679 y 1684. Rápidamente, los falsos relatos de su vida y viajes lo convirtieron en una celebridad en Inglaterra, y en 1704, su *An Historical and Geographical Description of Formosa* (*Descripción histórica y geográfica de Formosa*) se convirtió en una sensación editorial, gracias a sus salaces detalles sobre sacrificios humanos, canibalismo, poligamia, infanticidio y otros horribles hechos que también tuvieron resonancia en la decidida actitud anticatólica y antijesuítica de la época. El libro era totalmente ficticio, y se nutrió ampliamente de otros diarios contemporáneos, en especial, de las historias de los viajes a las tierras de los aztecas y de los incas en el Nuevo Mundo, así como del *Descriptio regni Japoniae et Siam* (*Descripción de los reinos de Japón y Siam*) de 1649, de Bernhardus Varenius.

La Formosa descrita por Psalmanazar era un país rico, cuya capital se denominaba «Xternetsa». Sus habitantes iban desnudos, salvo zona de los genitales, que se cubrían con una placa de oro o plata. Todos montaban a caballo o en camellos, y la poligamia era lo normal. En caso de infidelidad, el esposo tenía derecho a comerse a su esposa infiel, lo que constituía una alternativa a su dieta usual de carne de serpiente.

Página siguiente: Formosa, tal como se describe en su An Historical and Geographical Description of Formosa *(1704).*



Xan-ton
Luicheu
Nanquin
The Golfe of Nanquin
Corea
Part of Iapan
XIMO
XICOCO
BUNGO
PART OF CHINA
Suichin
Sucuan
Mochoso
Ancheo
Cuam
Nimpo
Parella
Choposi
Liampo
Tumbacam
Tuincheu
Little Peor
Isle of Robers
FOR MOSA
Tyowan
Cumbor
Great Peork
Tilioku
Iarabut
Pineto
Isle of Robers
Chaban
Part of the Philipian Islands
A MAP OF FORMOSA
3000 Geometrical Paces make a Mile
30 60 90 120 150 180



Un cortejo funerario de Formosa.

Los asesinos eran colgados de los pies y asaeteados, y cada año se hacía un sacrificio de los corazones de 18 000 jóvenes varones, cuyos cuerpos se comían los sacerdotes formoseños. Esto último iba acompañado de un macabro dibujo «de la parrilla en la que se quemaban los corazones de los niños». Su espectacular descripción de los sacrificios de los niños dio pie a la famosa metáfora del canibalismo de Jonathan Swift en *Una modesta proposición*, en la que su nombre se menciona del siguiente modo:

… el famoso Psalmanazar, un nativo de la isla de Formosa que… le contó a mi amigo que en su país, cuando una persona joven era condenada a muerte, el verdugo vendía el cadáver a personas de alcurnia como un bocado de los mejores, y que en su época el cuerpo de una rolliza muchacha de quince años, que fue crucificada por un intento de envenenar al emperador, fue vendido… junto al patíbulo, por cuatrocientas coronas.

Cuando viajaba para pronunciar sus famosas conferencias sobre Formosa, con las que deleitaba a sus huéspedes devorando carne cruda y sangrante según las costumbres de Formosa, Psalmanazar solía encontrarse con escépticos, aunque superaba las situaciones gracias a la ignorancia de las costumbres de Formosa y a su impresionante capacidad para justificar las más absurdas. ¿Su palidez? Se debía a que los formoseños vivían bajo tierra.

El alfabeto del lenguaje de Formosa inventado por Psalmanazar.

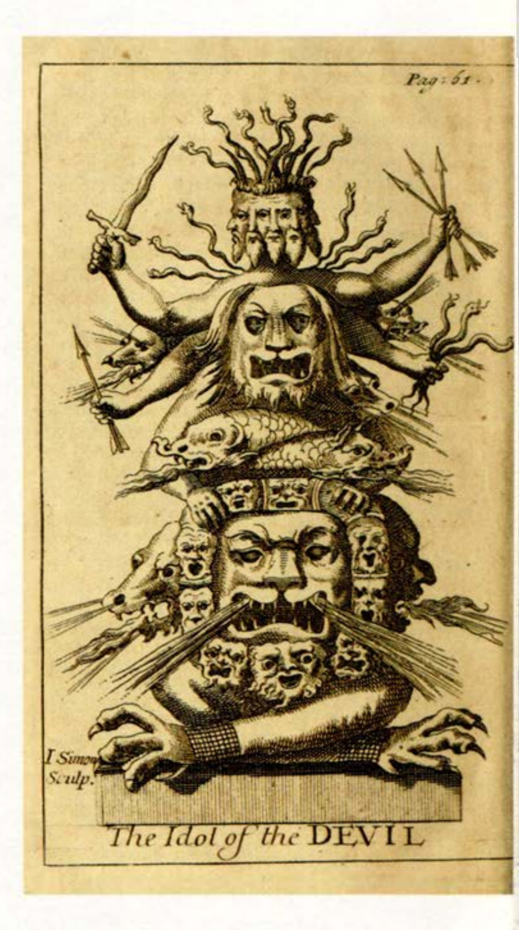
The Formosan Alphabet

Name		Power	
Am	A	a	ao
Mem	M	m	m
Nen	N	n	n
Taph	T	th	t
Lamdo	L	ll	l
Samdo	S	ch	s
Vomera	V	w	u
Bagdo	B	b	b
Hamno	H	kh	h
Pedlo	P	pp	p
Kaphi	K	k	x
Omda	O	o	ω
Ilda	I	y	i
Xatara	X	xh	x
Dam	D	th	d
Zamphi	Z	ts	z
Epsi	E	ε	η
Fandem	F	ph	f
Raw	R	rh	r
Gomera	G	g	j

Edmund Halley, durante un interrogatorio exhaustivo en la Royal Society, le preguntó si en su país la luz solar no entraba por las chimeneas. «No, no lo hace», respondió Psalmanazar. «¡Lo debe hacer!», gritó Halley triunfalmente, «¡ya que está en el trópico!». «Excelente observación: sería cierto», respondió el formoseño, «si no fuera porque todas las chimeneas de Formosa tienen forma de sacacorchos, por lo que la luz solar nunca llega al fondo».

Para completar su formación, fue enviado a la Christ Church de Oxford, donde permaneció durante tres meses, ampliando y exagerando aún más su libro para una segunda edición, en la que incluía una serie de respuestas defensivas para aquellos que dudaban de la veracidad de la primera, añadiendo nuevos detalles sensacionales. (De las cartas de Richard Gwinnet a Elizabeth Thomas enviadas en 1731 se desprende que Psalmanazar afirmaba que él también había comido carne humana).

Finalmente, lo confesó todo, y afirmó que había sido inspirado por una experiencia religiosa que lo había convencido de lo pecaminoso de su engaño. A partir de entonces se dedicó primero a pintar abanicos de señora; después, a estudiar teología y dedicar el resto de sus días como ensayista por cuenta de terceros, gozando de la amistad de algunas prominentes figuras literarias como Samuel Johnson. Solo cuando, en 1764, se publicó póstumamente su autobiografía, *Memoirs of ****, Commonly Known by the Name of George Psalmanazar* (*Memorias de ****, conocido popularmente con el nombre de George Psalmanazar*), se descubrió el alcance de su mascarada. En una ocasión se le preguntó a Johnson si no había dudado nunca sobre su amigo. Johnson respondió: «Lo hubiera hecho en el momento en que hubiera pensado en contradecir a un obispo».



El ídolo del Diablo *de Formosa*.

FUSANG

40° 33' N, 121° 59' O

Conocida también como Fousang, Fou-sang

La historia del misionero budista de 90 años llamado Hui Shen (a veces, Huisen o Hwui Shan, que significa «muy inteligente»), en el 499 d. C., ha sido objeto de un acalorado debate entre los historiadores en los últimos siglos. Este antiguo relato, incorporado en el *Liang-shu*, la historia oficial de la dinastía Liang, en el año 635 d. C., se presenta en un informe del budista viajero a la corte del emperador chino Wu Di, en Jingzhóu, sobre su descubrimiento de un enorme y distante país que él denomina «Fusang». El debate no resuelto procede de la sorprendente sugerencia de que esto constituye la prueba de que los chinos descubrieron el Nuevo Mundo mil años antes que Cristóbal Colón.

Inspirado por las historias de marineros sobre una gran tierra al otro lado del «Océano Oriental», Hui Shen y un grupo de monjes fletaron un barco y pusieron rumbo al nordeste de Japón, hacia la tierra de Ta-han (la península siberiana de Kamchatka). Después, recorrieron 20 000 *li* (unos 10 600 km) en dirección sudeste. Durante el viaje, los monjes entraron en contacto con varios nativos, entre los que había algunos hombres que tenían renos domesticados (siberianos) y otros con el cuerpo tatuado, lo que hacía pensar que se trataba de inuits. Finalmente, los monjes llegaron a la «maravillosa tierra de Fusang». Según los cálculos, esto podría situarlos en pleno centro de México.

Aquel territorio extranjero era rico en cobre, oro y plata, pero carecía de hierro. Los habitantes de Fusang producían papel con la corteza de unas plantas comunes, con sus fibras hacían tejidos y rellenos, y con la madera construían sus casas y cabañas. El color de sus ropas cambiaba cada dos años, en un ciclo de diez años, con cinco colores: azul, rojo, amarillo, blanco y negro. Los vegetales eran su principal fuente de alimentos, y criaban ciervos para aprovechar su carne y su leche. De los habitantes de Fusang dice que montaban a caballo, y que la mayoría eran ciudadanos respetuosos con las leyes, regidos por un *yiki* (jefe o rey) y un equipo de varios funcionarios, sin ejército ni fuerza militar digna de mención. Sin embargo, había dos cárceles, una de ellas, ubicada en el norte, para aquellos

que habían cometido crímenes graves, sentenciados a cadena perpetua. A estos presos se les permitía el matrimonio, y, si tenían descendencia, los niños se convertían en esclavos y las niñas, en criadas.

Para los ciudadanos, el proceso del matrimonio era muy sencillo: si un joven quería proponer matrimonio, construía una cabaña junto a la casa de ella y vivía allí durante un año. Si era aceptado, el matrimonio se llevaba a cabo; si no, se le pedía que se marchara. En Fusang no se practicaba ninguna religión, y los funerales concluían siempre con la cremación del cuerpo tras un tiempo de duelo, que podía durar siete días (en el caso de los padres), cinco (para los abuelos) o tres (para los hermanos). Durante ese tiempo los dolientes no consumían ni comida ni agua.

Hui Shen describe también otro lugar, «Nuguo» (país de las mujeres), situado a 1 000 *li* (unos 500 km) al este de Fusang. Aquí, la población estaba formada por bellas mujeres de piel peluda y con el cabello tan largo que les llegaba hasta el suelo. En los meses segundo y tercero, van al agua y quedan embarazadas, y dan a luz entre el sexto y el séptimo mes. No amamantan a sus hijos, ya que no tienen mamas; en su lugar, cuentan con pelos de raíz blanca en el dorso del cuello que producen un jugo con el que alimentan a su progenie. Los hijos pueden caminar a los 100 días, y a los cuatro años son adultos. Shen hace notar también que cuando las mujeres nuguo miran a los hombres, estos escapan y se esconden, y que mastican una hierba salada como si fueran animales.

Ha habido muchas discusiones sobre la tierra a la que podía referirse Hui Shen, o sobre si la historia es una fantasía total. Parece fácil descartarla, ya que Yao Silian, que escribió el *Liang Shu*, hacía uso de informaciones de segunda mano, de los relatos de su padre, y parece que no se haya mencionado nunca a Hui Shen fuera de este libro. Sin embargo, hay quien asegura que Fusang es México, mientras que otros sugieren que se encontraba en algún lugar más al norte de América, quizá las Montañas Rocosas; otras opciones son el territorio maya, Siberia y las islas del norte de Japón. En cualquier caso, las noticias sobre Fusang llegaron a Europa, y los cartógrafos crearon mapas en los que se incluía dicha tierra, ubicándola junto a otros lugares maravillosos como el estrecho de Anián y el mar del Oeste (*véanse* págs. 12 y 216).



Aquí, el cartógrafo Vaugondy ubica el «Fou-sang des Chinois» justo al oeste del mítico mar del Oeste (basado en el dibujo de Buache), en un mapa para L'Encyclopédie *de Denis Diderot (1779).*

Nord, o Tramontana

Le Parti del Nord-est dell'Asia, e del Nord-ouest dell'America, non erano
per via di mere conghietture; ma dacché coll'andare de' tempi se ne fecero
te, si giunse a formare il presente nuovo sistema geografico delle Parti
Agosto 1774 fu approvato dalla Reale Accademia delle Scienze di Parig
si, che con le recenti spedizioni fatte dagli Spagnoli al Nord della
e dall'altre degl'Inglesi dalla Baja d'Hudson per entrare nel Mar
Sud per il Nord dell'America, si metteranno i Geografi in
istato di dare delle nuove produzioni.

MARE DI TARTARIA

ISOLE ALEUSSIANE

MARE DEL SUD

NUOVE SCOPERTE

DE' RUSSI

al Nord del Mare del Sud

sí nell'ASIA, che nell'AMERICA.

VENEZIA 1776.

Presso Antonio Zatta

Con Privilegio dell'Eccmo Senato.

Ovest, o Ponente

Sud, o Mezzodi



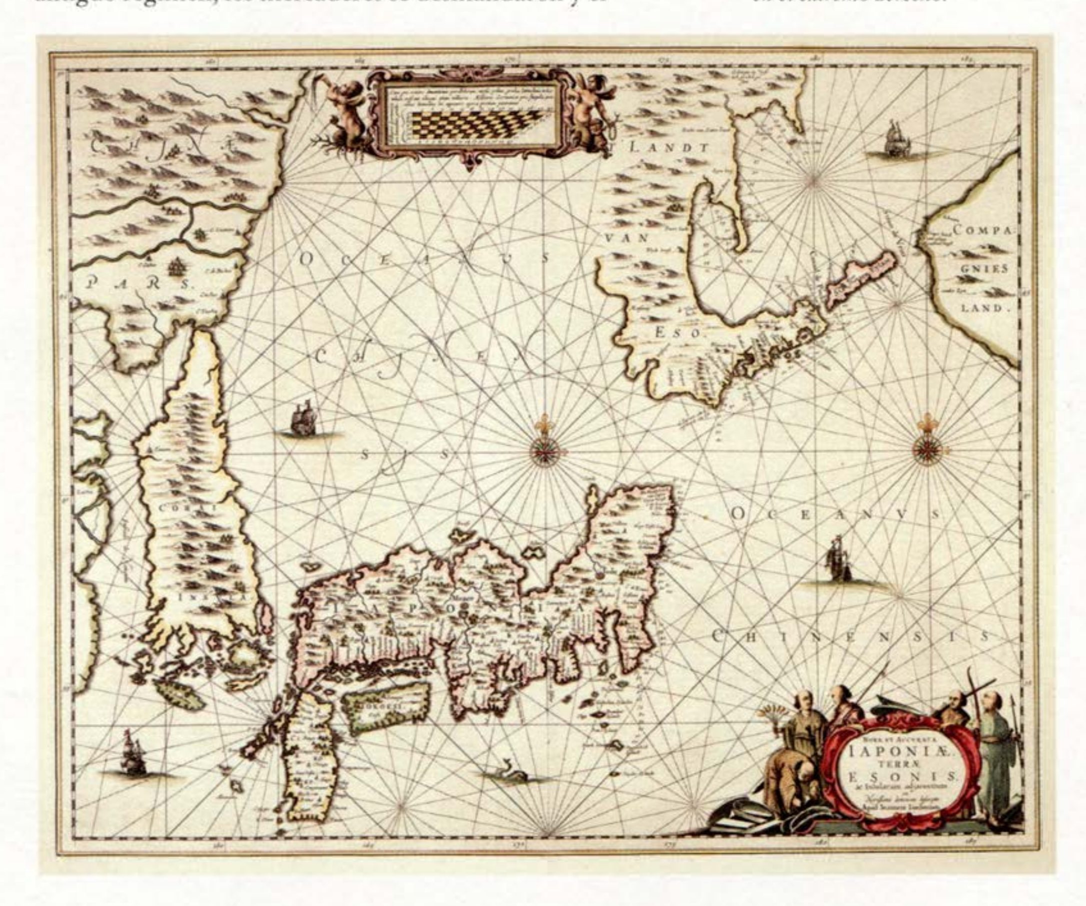
El bello mapa del noroeste de América y el nordeste de Asia muestra a «Fousang colonia de Chinesi» en la costa oeste de América, justo al sur del igualmente inexistente estrecho de Anián (véase estrecho de Anián, *pág. 12).*

TIERRA DE DA GAMA Y TIERRA DE LA COMPAÑÍA

42° 12' N, 160° 05' E *Conocida también como Gamaland, Company's Land, Terre de la Compagnie*

A inicios del siglo XVI, el estado de Malaca, en Malasia, era una poderosa ciudad puerto que controlaba el estrecho de Malaca, a través del cual pasaba el tráfico entre China e India. En 1511, el general y conquistador portugués Alfonso de Albuquerque llegó de Goa, con una fuerza invasora de 1 200 hombres, por orden del rey Manuel I de Portugal. Tras masacrar a los nativos musulmanes (pero respetando a chinos, indios y birmanos), Albuquerque montó una administración portuguesa con la intención de capitalizar el tráfico comercial; Venecia se vería obligada a comprar sus especias a Portugal. Al desaparecer la estabilidad del antiguo régimen, los mercaderes se desmandaron y el

Nova et Accurata Iaponiae… *(1658) de Johannes Jansson. La «Landt van Eso» es la actual Hokkaido; la Tierra de la Compañía está ubicada en el extremo derecho.*



estrecho de Malaca se convirtió rápidamente en un lugar sin ley. La corrupción se extendió a los mismos administradores portugueses, uno de los cuales, João da Gama, organizó acuerdos ilegales con los españoles al intercambiar sedas orientales por oro sudamericano. En 1589, se descubrió el tinglado de Da Gama, y este, para escapar de la justicia, se dirigió a Acapulco atravesando el océano Pacífico. Durante este viaje, Da Gama afirmó haber avistado tierra. A pesar de la dudosa reputación de su descubridor, «la Tierra de Da Gama» se incorporó en los primeros mapas portugueses como un conjunto de pequeñas islas, y después, sorprendentemente, se transformó en una teórica masa de tierra mucho más grande.



Mapa Le Sieur de Janvier 1771, que muestra la «Terre de Jean de Gama» y la «Terre de la Compagnie» al este de Yeco (Hokkaido).

El explorador holandés Matthijs Hendrickszoon Quast llevó a cabo una intensa búsqueda de la Tierra de Da Gama, durante una misión para localizar otros dos territorios fantasmas, Rica de Oro y Rica de Plata, en algún lugar al este de Japón. En 1643, su camarada y compatriota Maarten Gerritszoon Vries exploró también el Pacífico buscando la Tierra de Da Gama, ya que había oído rumores sobre las islas ricas en oro y plata; sin embargo, ambos intentos fracasaron al no encontrar ningún rastro del país. En el siglo XVIII, un escéptico Vitus Bering, explorador danés al servicio de Rusia, se pasó tres días buscando las islas, solo para ver confirmadas sus sospechas. El 16 de abril de 1779, el capitán James Cook hizo una crítica nota sobre la Tierra de Da Gama en el tercer volumen de *Los tres viajes alrededor del mundo: diarios de 1768 a 1780*. Dice así:



La «Companys Land» mostrada en A New & Accurate Map of Asia*, de Thomas Bowen (1777).*

El 16, al mediodía, nuestra latitud era de °42 12' [sic] y nuestra longitud, de 160° 5'; y, dado que nos encontrábamos cerca de la situación donde De Gama había dicho que había avistado una isla de gran extensión, quisimos aprovechar la oportunidad para disipar las dudas, si es que había alguna, respecto a dicho descubrimiento... Mr. Muller relata que la primera información sobre ella apareció en una carta publicada por Texeira (un cartógrafo portugués) en 1649, que la situaba entre las latitudes de 44° y 45°, y la denominaba «la tierra avistada por John de Gama, en un viaje de China a la Nueva España». No podemos entender por qué los geógrafos franceses la han desplazado cinco grados al este; a no ser que pensemos que ha sido para dar lugar a otro descubrimiento reciente de los holandeses, llamado Company's Land.

Esta última mención, ficcional, de la cercana Tierra de la Compañía, que se suponía situada a 45° 56' N, 150° 02' E, fue hecha el verano de 1643 por Vries cuando buscaba en vano la Tierra de Da Gama. Navegó con su buque, el *Castricum*, entre dos nuevas islas, y le dio el nombre de «Isla de los Estados», en honor al Parlamento de los Países Bajos, a la del sur, e «Isla de la Compañía» a la del norte, en honor a la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. De hecho, las islas ya tenían nombre, pues los holandeses habían pasado entre Iturup y Urup, del archipiélago volcánico de las Kuriles, en el mar de Ojotsk. Cuando cedieron los datos a los cartógrafos europeos, «la Tierra de la Compañía» fue considerada como la corroboración de la Tierra de Da Gama, con la que se identificó. Su tamaño se exageró, y se mantuvo en los mapas europeos durante más de un siglo.

GRAN IRLANDA

58° 15' N, 34° 19' O

Conocida también como Hvítramannal, Hvítramannaland, Írland hið mikla, Tierra de los Hombres Blancos, Hibernia Major, Albania

Poco se sabe de Ari Marsson, el explorador islandés de finales del siglo X, pero la historia de su legendario viaje de 982 o 983, en el que descubrió un nuevo país, está registrado con cierto detalle en el capítulo 43 del *Landnámabók* (Libro de los asentamientos), una historia islandesa medieval de la colonización escandinava en los siglos IX y X:

Fue llevado por la tempestad hasta Hvítramannaland [Tierra de los Hombres Blancos], que algunos llaman Írland hið mikla [Gran Irlanda o Hibernia Major], que se encuentra en el océano occidental, cerca de Vínlandi hinu góða [Vinlandia la Buena], a seis días de navegación al este de Irlanda. Ari no pudo ir más allá y allí fue bautizado. La historia la relata por primera vez Hrafn Limerick-Farer, quien pasó mucho tiempo en Limerick, en Irlanda. Thorkel Gellisson citó a algunos islandeses que habían oído decir al conde Thorfinn de Orkney que Ari había sido reconocido en la Tierra de los Hombres Blancos, que no había podido salir de allí y que se le tenía en muy alta consideración.

Mas información sobre ese extraño lugar de la Gran Irlanda la ofrece otra saga que cuenta:

Al sur de la Groenlandia habitable, hay extensiones salvajes deshabitadas y enormes icebergs. El país de Skraelings se encuentra más allá de estas; primero Markland, y Vinland después. A continuación, en algún lugar aún más alejado, se halla Albania, es decir, Hvítramannaland, a donde, anteriormente, habían llegado barcos de Irlanda. Allí, varios irlandeses e islandeses reconocieron a Ari, el hijo de Mar y Kotlu, de Reykjanes, del que no habían tenido noticias desde hacía mucho tiempo, y al que los habitantes de aquella tierra habían nombrado su jefe.

En la saga de Erik el Rojo, un skraelinger (término escandinavo para denominar a los indígenas groenlandeses) capturado, describe a los habitantes de Gran Irlanda «vestidos con ropas blancas, daban grandes gritos, llevaban largos palos adornados con flecos». En otras fuentes posteriores aparecen también referencias a Gran Irlanda. El geógrafo árabe del siglo XII Muhammad al-Idrisi

menciona a «Irlandah-al-Kabirah» en su *Tabula Rogeriana*, afirmando que «desde el extremo de Islandia al de Gran Irlanda había un día de navegación». Por otra parte, se hace una breve mención sobre la gente de Gran Irlanda en el *Hauksbók* (Libro de Haukr), un manuscrito medieval donde se describe a los habitantes de la isla como *albani*, de piel y cabellos blancos.

Nunca se ha conseguido identificar satisfactoriamente Gran Irlanda. El nombre tiene su origen en los informes de que el lenguaje de los nativos sonaba de un modo semejante al irlandés, así como en las historias sobre su creación por obra de la colonización llevada a cabo por monjes irlandeses, que la relacionan con las de san Brandán y otros *immrama* (relatos particulares de la literatura irlandesa; *véase* Isla de San Brandán, pág. 202). En 1888, el historiador noruego Gustav Storm llegó a la conclusión de que la historia de Gran Irlanda era una pura leyenda; otros, sin embargo, han especulado sobre la geografía del descubrimiento de Marsson con teorías muy diferentes. En 1909, Marion Mulhall identificó de una manera definitiva las costas de Florida con el lugar en el que puso pie el islandés, mientras que Gustavo Nelin, en *La saga de Votan: contactos vikingos en México en el siglo x* (1989), va aún más allá con una teoría muy creativa: Marsson llegó a México, donde impresionó de tal modo a los nativos con su extraño aspecto y su atuendo que se convirtió en Quetzalcóatl, la deidad de la serpiente emplumada mesoamericana.

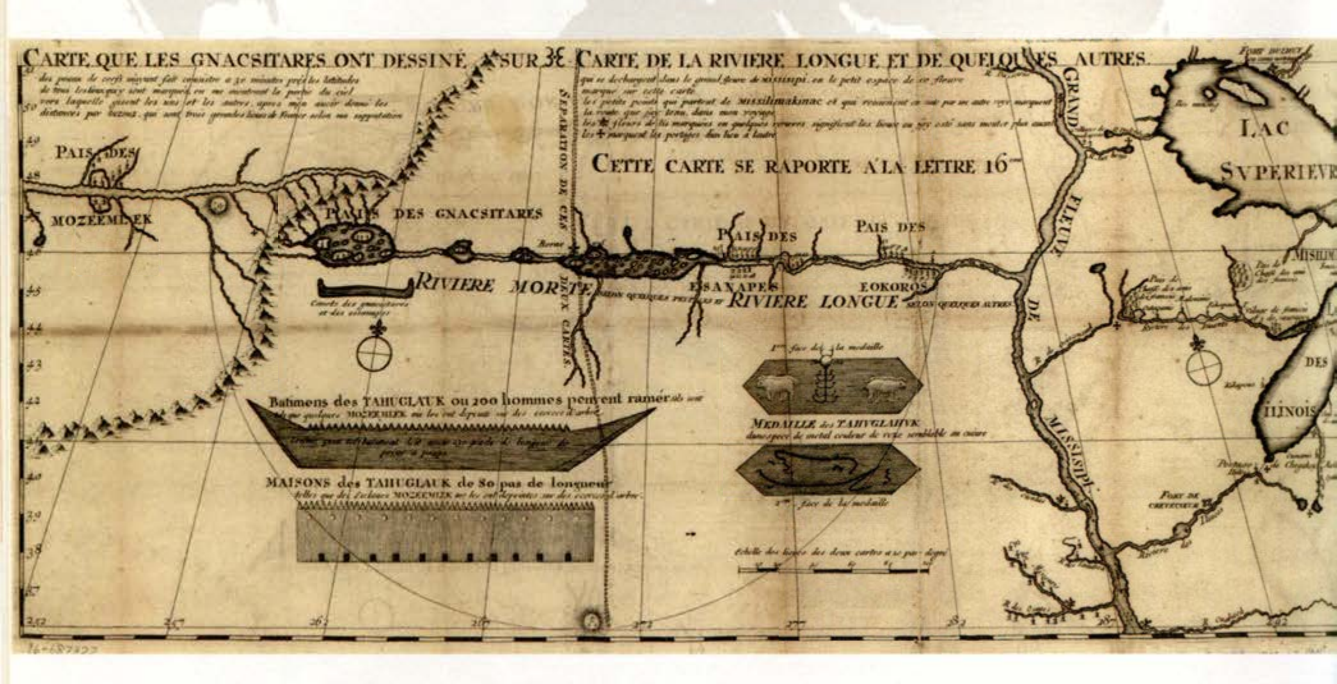


Una copia posterior del mapa del mundo del Nuzhat al-m ushtāq fi'khtirāq al-āfāq *(*El libro de los placenteros viajes a tierras lejanas*), denominado informalmente* Tabula Rogeriana*, completado por Muhmmad al-Idrisi en 1154. Gran Irlanda está marcada como «Gezire Irlanda», y se puede ver en el ángulo inferior derecho.*

GRAN RÍO DEL OESTE

49° 09' N, 113° 11' O

Conocido también como: Buenaventura River, río Buenaventura, Rivière longue, La belle rivière, fleuve de L'Ouest, The Long River

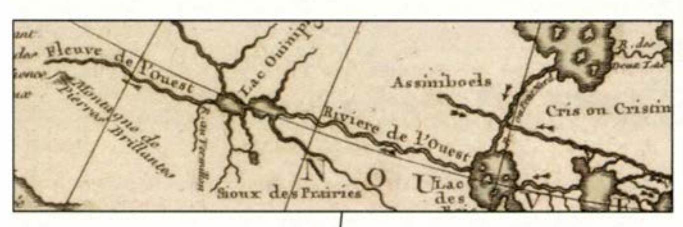


El barón Lahontan, en la carta XVI de su libro *Nouveaux Voyages dans l'Amerique Septentrionale* (*Nuevos viajes en América septentrional*), de 1703, escribe: «Gracias a Dios, he regresado de mi viaje por el río Largo, que desemboca en el río Misisipi. Hubiera querido seguir su curso hasta sus fuentes, pero surgieron grandes obstáculos en mi camino». El río imaginario de Louis-Armand de Lom d'Arce de Lahontan es, en la actualidad, una curiosidad histórica cubierta de polvo en el fondo de la librería, pero, en el tiempo de su publicación, el exagerado diario fue desmesuradamente popular: de él se hicieron trece ediciones en catorce años, y ejerció una gran influencia en la percepción contemporánea de la geografía de Norteamérica.

Mapa de la Rivière Longe de Nouveaux Voyages dans l'Amerique Septentrionale *del barón de Lahontan (1703).*

Este aristócrata, nacido en Francia en 1666, a los diecisiete años era ya teniente de la *troupe de la marine*, la rama del ejército francés en Canadá, tiempo en el que se aventuró más al sur en misiones por Fort Michilimackinac, en el norte de Míchigan, y más tarde, en Fort Saint Joseph, cerca de Detroit. Todo ese tiempo,

el joven soldado fue enviando cartas a un anciano patrono, en las que recogía sus experiencias y los datos que iba reuniendo sobre las nuevas tierras, extraídos de sus investigaciones propias y de los datos ofrecidos por guías nativos locales. Estos documentos constituyen la base de su libro, y en la Carta XVI, mientras exploraba el gran noroeste en 1688-1689, hace su afirmación más extravagante: haber llegado a una gigantesca *Rivière longue* que corría desde la región de las Montañas Rocosas en dirección este a través de Norteamérica para desembocar en el río Misisipi. El informe fue muy bien recibido, pues todos aquellos que buscaban un paso del Noroeste se sentían encantados con la posible existencia de un canal transcontinental que discurriera por tierras templadas. (La exploración exhaustiva de la costa noroeste llevada a cabo por el capitán George Vancouver con dos navíos de la armada británica en 1794 dio al traste con este sueño).



Mapa de Norteamérica de Bellin (1743) en el que se muestra la «Rivière de l'ouest».



*El barón Lahontan recopiló información de los nativos durante su expedición. Aquí aparece mostrándoles un dibujo del cielo con el Sol, la Luna y las estrellas (*Voyages … dans l'Amerique Septentrionale, *1703).*

Durante la navegación a lo largo de su *Rivière longue*, Lahontan hace observaciones sobre la fauna local, y se toma su tiempo para refutar la creencia medieval de que los castores que se sentían perseguidos se arrancaban los testículos a dentelladas y se los arrojaban a sus perseguidores para distraerlos. Continúa después dando dudosas descripciones de sus relaciones con una tribu de nativos llamados «essanapes» y su rey, que era transportado siempre por seis esclavos que, además, arrojaban hojas a su paso. Más arriba del río, Lahontan encuentra después a los «gnacsitares», quienes le cuentan que la *Rivière longue* tiene sus fuentes en los altos montes del oeste, desde donde fluye otro gran río hasta un gran lago salado de 300 leguas (unos 1 670 km) de circunferencia. En torno a este lago se encuentra la nación «Tuhuglauk», cuyos miembros son barbudos, llevan caperuzas puntiagudas con vestidos que les llegan hasta las rodillas y habitan en seis ciudades de piedra y cien pueblos. (Lamenta no haber sido capaz de convencer a ningún tuhuglauk de que lo acompañara a Canadá como prueba, ya que «les importaban poco las riquezas»). Lahontan se dirigió después al Misisipi, y su relato acaba con la petición de que le encarguen dirigir una expedición bien financiada en aquel nuevo territorio: «Sería muy feliz si pudiera acometer una empresa tal para mayor gloria de su majestad, y para mi propia satisfacción».

La mayoría de los cartógrafos del siglo XVIII, incluidos Herman Moll, Henry Popple, Guillaume de l'Isle y John Senex, se aprovecharon de esta información de primera mano y la reprodujeron fielmente. En su *Carte du Canada*, De l'Isle incluyó el gran lago salado de los tuhuglauks de Lahontan (*véase* Mar del Oeste, pág. 216) así como la *Rivière longue* con gran detalle. Moll introdujo el río en su mapa del mundo, utilizado en varias obras en 1712, e incluso, en 1765, Samuel Engel publicó un mapa que recogía todos los erróneos detalles de Lahontan.

¿Es posible que Lahontan encontrara realmente un río y que simplemente se equivocara al identificarlo? De haber sido así, es difícil de imaginar cuál, que tuviera el tamaño, la longitud y el curso inmutable del *Rivière longue*, ya que este debería haber discurrido por Minnesota, y el Misuri fluye en el Misisipi mucho más al sur. Esta última es la explicación dada por los críticos en 1816, a pesar de que Lahontan menciona específicamente haber hecho una exploración detallada del Misuri. Existe un consenso en el sentido de que sus errores fueron el resultado de una ciega y total confianza en los detalles que le pasaron los nativos, así como a una predisposición a presentar su propia idea de los hechos para añadirle interés, aunque su tendencia a mentir fue mucho menor que la de la mayoría. Como señaló Francis Parkman en 1877, Lahontan «fue un hombre adelantado a su tiempo... Por lo general, dijo la verdad, cuando no había motivo para no hacerlo, aunque en algunas ocasiones sus mentiras fueron prodigiosas».

Cuarenta años después del viaje de Lahontan por el mítico río, el explorador francés Pierre Gaultier de la Varennes et de la Vérendrye y sus hijos estaban explorando el río Assiniboine en Manitoba, Canadá, buscando un río del Oeste dibujado en un mapa que les había hecho un nativo cree llamado Auchagach, que mostraba una cadena de lagos y ríos interconectados desde el lago Superior a un mar en el Oeste. La Vérendrye no logró encontrar esta ruta, pero dibujó ese mar en sus mapas, dándole el nombre de «Mer Inconnue». De este viaje no elaboró ningún informe escrito, pero en 1913 se encontró una placa de plomo enterrada en Dakota del Sur, colocada allí por sus hijos, con la que tomaban posesión del territorio en nombre de Luis XV.

GROCLANT

81° 07' N, 74° 23' O

Nadie sabe con certeza cómo a un país cubierto casi en su totalidad por una gruesa capa de hielo ártico se le pudo llegar a llamar «Greenland» (Tierra verde), pero la teoría dominante es que se trata de una de las primeras muestras de publicidad engañosa. Hacia 982, el exiliado Erik Thorvaldsson (Eric el Rojo) condujo a un grupo de colonizadores islandeses en catorce barcos a través del mar en dirección noroeste. Tras encontrar la gran isla, establecieron en ella tres colonias en su extremo sudoccidental, y le dieron a su nueva patria el nombre de «Groenlandia», supuestamente con la esperanza de que la inclusión de «verde» atrajera a otros islandeses a unirse a ellos.

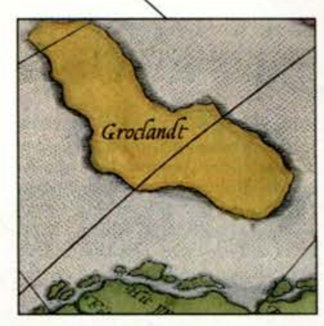
Uno de los mapas más antiguos en los que aparece Groenlandia fue trazado por el geógrafo danés Claudius Clavus en 1427, y muestra a ese país unido a la parte más septentrional de Europa. Clavus era una prestigiosa autoridad, y así es como, durante muchos años, se concibió Groenlandia. En 1467, Clavus creó un plano actualizado, pero mantuvo Groenlandia como parte del continente europeo. A partir de ahí, el país llevará una vida cartográfica itinerante: el *Atlas catalán* (h. 1480), tiene una «Illa Verde» rectangular paralela a Irlanda, en la posición de la mítica Isla Brasil (*véase* pág. 130), también más al sur; un mapa anónimo de la misma época la ubica aproximadamente en su posición correcta; el globo terráqueo de Martin Behaim de 1492 la transforma en una península ártica por encima de Noruega; y Juan de la Cosa, como parte de una serie de islas dispersas al norte de Islandia. En medio de toda esta confusión, surge un error especial en el revoltijo de nombres, formas y posiciones: Groenlandia se dividió en dos. En los mapas empezó a aparecer una isla completamente nueva, de nombre «Groclant», dibujada junto a «Groenlandia».

El mencionado mapa anónimo de hacia 1480 las muestra a ambas, «Gronland» y «Engroneland»; sin embargo, los casos más pintorescos se presentan en el siglo XVI, cuando Groenlandia era buscada (y disputada) por los portugueses y los daneses. El nombre «Groenlandia» fue traducido por los cartógrafos a su propio idioma, y finalmente ambas islas coexistieron como entidades separadas. Muchos mapas de este siglo y, desde luego, del siglo XVII, muestran



la Groenlandia original junto a variaciones de la «Isla Verde» como Green Land o Insula Viridis. Mercator fue el primero en mostrar «Groclant» en su mapa de la cuenca polar de 1569 (*véase* Rupes Nigra, pág. 200). El mapa que se muestra aquí es un estudio de la «región septentrional» de 1570, tomado del atlas de Ortelius *Theatrum Orbis Terrarum*. En él se puede ver claramente la tierra de Groenlandia, con su «lozanía» realzada por su color, y después, hacia el noroeste, su inexistente vecina Groclandt. La miniaturización de la superficie de Groenlandia (2,1655 millones de km^2) es también una llamativa curiosidad, del mismo modo que la enorme presencia de la mítica «Estotilant» (también escrita «Estotiland») en la esquina noroccidental del mapa (*véase* Tierras fantasma del *Mapa de Zeno*, pág. 240). En la esquina sudoccidental encontramos también las islas fantasma de San Brandán y Brasil y, al norte de ellas, Frislandia (*véanse* Isla de San Brandán, pág. 202, e Isla Brasil, pág. 130).

Podría parecer que, quizá, «Groclandt» hubiera surgido de una confusión en el deletreo de Groēland: un borrón accidental de la «*ē*» sin la tilde podía hacerla parecer como una «*c*». El error se podría haber combinado con el conocimiento de la existente bahía de Baffin, situada al oeste de Groenlandia. Un simple fallo, que fue reproducido por autores como Michael Lok en su mapa publicado por Hakluyt en 1582, donde etiqueta la isla como «Jac. Scolvus Groctland» (posiblemente, según un informe perdido de su descubrimiento) y por Matthias Quad en un mapa de 1608. En 1610, el área fue objeto de una exploración de *sir* Martin Frobisher, John Davis y otros, pero cuando fracasaron en encontrar su rastro, Groclant se eliminó de los mapas.



En el mapa de Ortelius de 1570 Septentrionalium regionum *(región del norte), Groclant se muestra en la esquina superior izquierda.*

ISLA BRASIL

51° N, 17° 34' O

Conocida también como Hy Brasil, Hy-Breasal, O Brasil, Brasile, Bracie, Bresily, Bersil, Brazir, Braziliae, Bresiliji, Branzilae, O'Brassil, Insula Fortunatae (Islas Afortunadas), Isla de los Bienaventurados

Sobre el océano que horada las rocas donde habitáis,
una tierra oscura ha aparecido, como dicen; los hombres
pensaban que era una región de sol y descanso, y la
llamaron Hy-Brasail, la isla de los Bienaventurados.

Hy Brasail; The Isle of the Blest, *por Gerald Griffin*

Una isla imaginaria en el Atlántico Norte, localizada unas veces frente a las costas de Irlanda, y otras, tan al sur como las Azores. Con frecuencia, se describe la isla Brasil como una tierra circular a través de la cual discurre un río o un estrecho. El origen de su nombre es un misterio, aunque algunos eruditos lo relacionan con los ui breasail, una tribu del nordeste de Irlanda. (No guarda ninguna relación con el país sudamericano del mismo nombre,



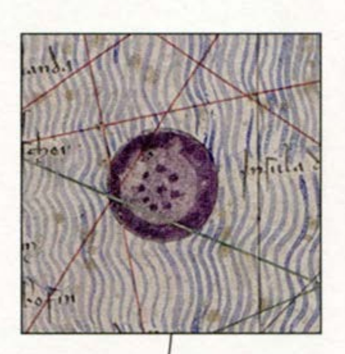
, Brasile,
O'Brassil,
nturados

cuya etimología está relacionada con el árbol palo brasil, derivado del portugués *pau-brazil*, que significa «rojo como las brasas»).

En las *immrama*, las leyendas marítimas del folclore celta, la isla Brasil comparte algunas semejanzas con el mito de la Atlántida (*véase* pág. 24). Se decía que era un paraíso maravilloso, que ofrecía a sus habitantes una felicidad eterna y la inmortalidad. La isla estaba regida por Breasal, el rey más grande del mundo, y emergía de los mares una vez cada siete años, cuando el rey impartía justicia durante un corto período de tiempo, para desaparecer después en el fondo de las aguas.

La isla Brasil aparecía en la carta portulana de Angelino Dalorto (h. 1325), donde recibía el nombre de «Insula de monotonis», modificado después, en 1339, por el de «Insula de Brazil». Otros cartógrafos la incluyeron después en sus propias obras, tratando de que coincidiera con los diversos rumores de islas en aquella zona. Sorprendentemente, a partir de entonces, la isla continuó siendo incluida en los mapas hasta bien entrado el siglo XIX, gracias a los informes ocasionales de avistamientos y a la seducción de una convincente mitología. En contraste con la gradual degradación de las típicas islas fantasma debida al creciente tráfico marítimo con el

«Insula de Brazil» que se ve en el Atlas catalán *(1375), creado por el mallorquín Abraham Cresques por encargo del rey Carlos V de Francia. El enorme atlas (que se muestra aquí de sur a norte) proporciona una visión completa del conocimiento geográfico de la Edad Media.*

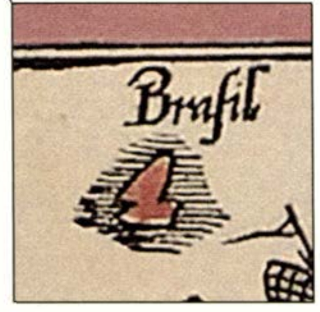


paso del tiempo, resulta curioso que las anotaciones oficiales sobre la situación de la isla Brasil se hicieran cada vez *más* específicas.



El *American Atlas* (1776) de Jeffrey sitúa claramente la isla de «O'Brazil» a 51° N, 17° 34' O. En 1807, la Oficina Hidrográfica del Almirantazgo Británico ubica a Hy Brasil en las coordenadas 51° 10' N, 16° O, a pesar de que aquella zona se navegaba con frecuencia y no se reportaron informes sobre la isla. En *Chart of the Atlantic* (1832), de John Purdy, se encuentra situada a 50° 50' N, 15° 20' O, aunque degradada a la categoría de «roca Brasil». Por último, en 1865, fue eliminada del mapa por el geógrafo inglés Alexander G. Findlay.

A lo largo de los años, se emprendieron varios viajes de reconocimiento a la isla Brasil, el primero de ellos, en 1480, con el navío de 80 toneladas de William of Worcester, capitaneado por Thomas Lloyd, que se vio obligado a regresar casi inmediatamente debido a terribles tormentas. El año siguiente, el *Trinity* y el *George* volvieron con las manos vacías. En 1498, el enviado especial de España en Londres, Pedro de Ayala, informó a los reyes Isabel y Fernando de que, en los últimos siete años, los ingleses habían enviado varias expediciones anuales en búsqueda de la isla. En 1633, el capitán David Alexander fue contratado por *lord* Lorne para realizar una investigación completa y emitir un informe exhaustivo de la isla Brasil, lo que tampoco se consiguió.

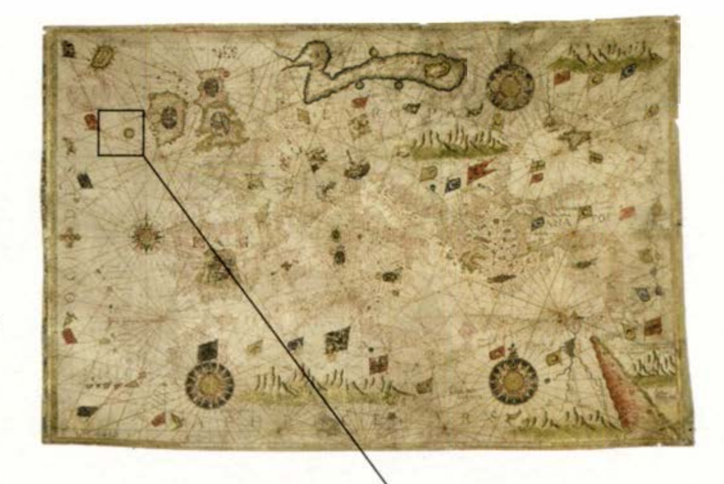


«Brazil» marcada en el mapa de Europa de 1628 de Sebastian Münster.

Aunque todas estas expediciones fueron infructuosas, la obsesión por encontrar Hy Brasil no disminuyó, y, en 1675, el interés cobró nuevo impulso debido a la publicación de un escrito satírico de Richard Head. Escrito en forma de una carta de «William Hamilton of Londonderry» a un primo suyo de Londres, el folleto llevaba el título de *O-Brazile o la isla encantada: perfecta relación del último descubrimiento y maravilloso desencantamiento de una isla al norte de Irlanda: con una relación de las riquezas y productos de allí*. Ofrecía una brillante visión de cómo se imaginaba la isla en aquella época.

Escrito con el estilo de la utópica obra de Henry Neville de 1668 *Isle of Pines* (que Head ridiculiza como monstruosa ficción),

la carta relata la experiencia de un capitán de barco, John Nisbet, que se topó con la «Isla de Brasil» en medio de una niebla terriblemente densa. Un grupo de cuatro hombres armados se internó en el espeso bosque, que, en una milla, daba paso a un maravilloso valle verde «en el que se apacentaba mucho ganado, caballos y ovejas». En la distancia se columbraban las torres de un castillo, por lo que se encaminaron en aquella dirección con la esperanza de encontrar a sus pobladores, pero encontraron todo desierto. Después de oír «un terrorífico y horrible ruido» durante la noche, los hombres despertaron por la mañana y hallaron en el litoral a un anciano y grave caballero, y a diez hombres que lo seguían con los pies descalzos (como si fueran sus sirvientes). El hombre se dirigió al patrón «en la antigua lengua escocesa» e invitó a la tripulación a que se unieran a ellos, asegurándoles que no les sobrevendría ningún daño. Cuando desembarcaron, el caballero les dijo que eran «lo más feliz que había visto la isla en varios cientos de años; y que la isla se llamaba *O Brazile*». Explicó que él y otros habían permanecido encerrados en el castillo por un tiránico nigromante, y que toda la isla, un receptáculo de las Furias, se había vuelto inservible (para los mortales) e invisible, hasta aquel momento en el que había expirado el tiempo del encantamiento».





Brazil en la Carte de la Mer Méditerranée… *(1565) de Giorgio Callapoda, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia.*

La tripulación fue agasajada por los isleños y regresó a su barco, para volver poco después a Killybegs, Irlanda, donde contaron su historia. Hamilton escribió sobre varios viajes realizados a O Brazile, incluido uno llevado a cabo recientemente por varios pastores religiosos. Hace notar que en el momento de escribir el libro no tenía noticias de su regreso. Asegura a su primo que la historia es cierta, ya que «aparte del discurso general de los caballeros del país, la había oído de labios del mismo capitán Nisbet».

Sea por el panfleto de Head o por la fe en el folclore, eran muchos los que creían en Hy Brasil. Entre ellos se encontraba el eminente (y eminentemente pragmático) Robert Hooke, quien en 1675, según su diario, se encontró con Francis Lodwick en la Garraway's Coffe House, en Londres, donde ambos filósofos naturales discutieron ampliamente sobre «O. Brazill y la longitud».

JAVA LA GRANDE

12° 01' S, 124° 01' E

Desde los tiempos de Aristóteles, los europeos habían creído que el hemisferio sur estaba dominado por un gran continente, al que comúnmente se llamaba Terra Australis Incognita (tierra desconocida del sur). La lógica de esta hipótesis se basaba en un sencillo principio: para contrabalancear el peso de las tierras del conocido hemisferio norte y mantener con ello el equilibrio del mundo, debía existir una masa de tierra meridional equivalente. En 1520, parecía haberse hallado la primera prueba que corroboraba esta idea: durante su viaje alrededor del mundo, Fernando de Magallanes descubrió la que presumió que era una gran nación directamente opuesta en el extremo sur de Sudamérica. Lo que realmente vio fue el archipiélago de Tierra de Fuego, pero, tras estudiar su informe, el marino español Francisco de Hoces sugirió que Magallanes había descubierto la costa norte de la teórica Terra Australis. (Para más información sobre esta falsa creencia, *véase* Terra Australis, pág. 224).

Inicialmente, se pensó que el descubrimiento europeo de Australia era la prueba definitiva de la existencia de este continente contrapeso. Como se dice comúnmente, la historia empieza en 1606, cuando el barco holandés *Duyfken*, capitaneado por el también holandés Willem Janszoon, realizó el primer mapa significativo de las costas de Australia. En 1629, dos marineros holandeses se convirtieron sin darse cuenta en los primeros inmigrantes en Australia cuando su barco, el *Batavia*, chocó con los corales del archipiélago Abrolhos, a unas 25 millas náuticas (46 km) frente al oeste de Australia. Algunos instigadores de un motín fracasado fueron abandonados en tierra firme. En 1770, el capitán Cook desembarcó en la bahía de Botany y tomó posesión de toda la costa oriental de Australia, a la que llamó Nueva Gales del Sur. En 1804, Matthew Flinders tomó el nombre de «Australia» del mito de la «Terra Australis»



y lo propuso como alternativa al de Nueva Holanda (tras llegar a la conclusión de que no había probabilidades de encontrar tierras más al sur).

Esta es la historia del descubrimiento europeo de Australia tal como se encuentra en los libros de texto, pero hay una hipótesis alternativa extraordinaria, respaldada por pruebas cartográficas que dan por sentado que ochenta años antes que los holandeses la avistaran por primera vez, y doscientos años antes de que el capitán Cook pusiera pie en ella, los portugueses habían sido los primeros en descubrir Australia. La prueba se remonta a Marco Polo: en el Libro III de *El libro del millón* relata su viaje desde China a la India, a través de Champa, Locach y Pequeña Java (Sumatra), y más allá, por «Java la Grande» (que no visitó). Escribió: «Partiendo de Ciamba, con rumbo entre mediodía y siroco (sur y sudeste), a mil

Un mapa enorme de Guillaume Brouscon, uno de los famosos cartógrafos de Dieppe, que muestra una gran Terra Java como parte de la tierra austral (véase la entrada Terra Australis en la página 224).



Facsímil de 1856 de un atlas de Nicholas Vallard, de 1547, que muestra la costa de Java la Grande (véase Terra Australis, págs. 224-229).





quinientas millas se llega entonces a una isla muy grande, llamada Java, que, según dicen los marineros bien entendidos en estas cosas, es la isla mayor que existe en el mundo, siendo su extensión de más de tres mil millas. Pertenece a un gran rey. Sus habitantes son idólatras y no pagan ningún tributo a nadie». Debido a algunas sustituciones accidentales de los nombres de los lugares en la edición de 1532 del libro de Marco Polo, su geografía se hizo bastante confusa, y después de la expedición de Magallanes la Pequeña Java fue situada al norte de Java la Grande (las distintas ediciones del libro varían mucho en tales detalles). Se creó entonces una isla enorme y fue añadida por los cartógrafos de Dieppe a Terra Australis, como se aprecia en el mapa del mundo de Guillaume Brouscon de 1543 (*véase* pág. 135). Esta noción pareció



El mundo dibujado por Nicolas Desliens en 1566, que muestra, a la izquierda, una enorme Java la Grande.

ser confirmada por el relato de Ludovico di Varthema, un italiano que visitó Java en 1505 y que escribió que esta «se extiende más allá de cualquier medida».

Otro ejemplo interesante de esta concepción del siglo XVI se muestra en el mapa de las páginas 137 y 138, una reproducción del mapa de 1547 de Nicholas Vallard, producido en Dieppe, cuyo propietario del siglo XIX, *sir* Thomas Philips, proclamaba que era el primer mapa registrado de Australia (probablemente para realzar la importancia de su biblioteca).

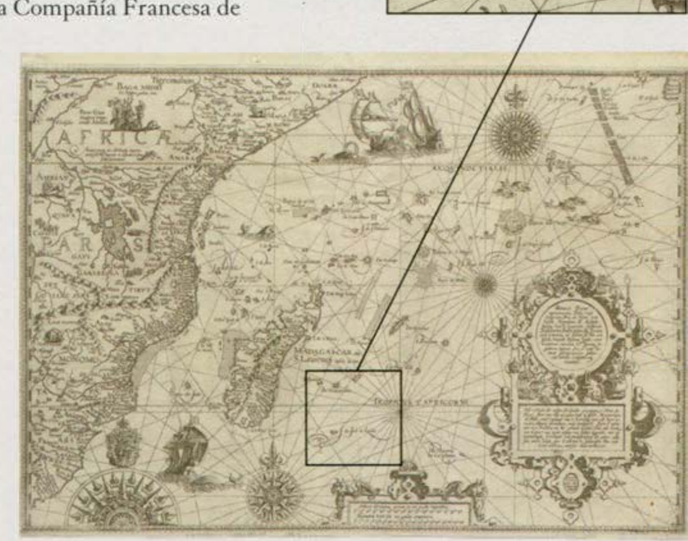
La escuela de cartografía de Dieppe tenía una autoridad indiscutible en la cartografía contemporánea, por lo que la observación de que algunos de los mapas que produjo entre 1540 y 1570 llevaran banderas portuguesas en Java la Grande, una tierra gigantesca situada aproximadamente en la misma localización que Australia, dio pie a que algunos afirmaran que los cartógrafos de la escuela estaban informados de que el imperio comercial portugués se extendía hasta Australia. La desaparición posterior de este conocimiento se puede explicar por el devastador terremoto sufrido por Lisboa en 1755, en el que seguramente se habrían destruido los registros. El tema continúa siendo un enigma.

JUAN DE LISBOA

26° 17' S, 52° 48' E

El curioso caso que se presenta aquí, ilustrado por Pieter Goos en 1680, se centra en las islas de Juan de Lisboa y Dos Romeiros («dos peregrinos»). La primera se sitúa a unos cientos de kilómetros de la costa oriental de Madagascar, y Dos Romeiros, aún más al este. Los cartógrafos posteriores intercambian el lugar de las islas como en un juego de trileros, y les dan diversas coordenadas hasta que, finalmente, en 1727, el cartógrafo francés Jean Baptiste d'Anville las combina en una sola y la ubica al sur de la isla de Bourbon (conocida hoy como Reunión), frente a la costa este de Madagascar. Nadie sabía qué hacer con Juan de Lisboa, ya que durante años escasearon los datos (aunque no tanto como para descartarla), hasta que, en la segunda mitad del siglo XVIII, empezaron a correr los rumores de que era el escondite secreto de un bucanero.

En Nieuwe Pascaert van Oost Indien *(1680) de Pieter Goos, publicada por Van Keulen, «I. de Juan do Lisboa» se encuentra justo al este del extremo sur de Madagascar.*



En la *Universal Geography* (1827) Malte-Brun relata que, en 1770, en la Isla de Francia (Mauricio) circularon noticias de incoherentes y contradictorios diarios de viaje, que se consideraron de gran interés, y algunas de ellas fueron incluidas en unas memorias sobre la isla de Bourbon. Estas fueron presentadas al comité general de la Compañía Francesa de las Indias Orientales en 1771, y se estableció que «la isla de Juan de Lisboa solo les parecía imaginaria a los navegantes que no la habían encontrado». Como verificación de su existencia, el artículo continuaba afirmando que un bucanero había desembarcado en ella no hacía más de seis años, y que de acuerdo con su propio relato, ¡había matado doce o quince bueyes en menos de dos horas! Se cita

a continuación el testimonio de M. Boynot, quien «nos asegura que la había reconocido y circundado hacia finales del año 1707, cuando volvía de la isla de Bourbon a Pondicherry». Malte-Brun afirma que no se podía dudar de su palabra, «ya que debía su descubrimiento a algunos bucaneros que se encontraban a bordo de su barco y añade que pasando por el sur de Madagascar acortó notablemente su travesía». (Esto último entra en contradicción con lo que se sabía sobre los vientos y las corrientes en el canal de Mozambique en aquella época).

No se volvió a hablar mucho de Juan de Lisboa hasta 1772, cuando el capitán Sornin, en la travesía del cabo de Buena Esperanza a la isla de Francia, se encontró con una tormenta catastrófica («el mar muy alto y el viento inflamado»), durante la cual avistó el extremo meridional de Madagascar antes de hacer escala en Rodrigues, una isla exterior a la República de Mauricio. Allí encuentra una diferencia de tres leguas (16,5 km) al este de la posición de Rodrigues, por lo que deduce que se trata de una nueva isla. Esta confusión en medio de la tormenta es suficiente para suscitar todas las dudas, pero las autoridades de la Isla de Francia pusieron en marcha expediciones para confirmar la posición de Juan de Lisboa. Los registros muestran que Armand de Saint-Felix se hizo cargo de una expedición en 1773, del mismo modo que Corval de Grenville lo hizo de otras dos en 1782 y 1783, pero todas resultaron infructuosas. El viajero francés Alexis-Marie de Rochon, en el diario de su viaje en esa época a las Indias Orientales, registra: «Al volver de Madagascar, creímos una vez avistar la isla de Juan de Lisboa, pero fue una ilusión creada por las nubes, a lo que los más expertos marineros están expuestos demasiado a menudo».

Esto parecería explicar el misterioso carácter esquivo de la isla, pero después, Epidariste Collin, de la Isla de Francia, afirmó que el secretario del gobierno de Mozambique le había informado que en sus archivos se encontraban las instrucciones para la evacuación de la «colonia portuguesa de Juan de Lisboa», así como un inventario de las propiedades transportadas desde la isla a la costa de África. Sin embargo, Collin no pudo confirmar haber visto dicho documento con sus propios ojos.

No existe la isla de Juan de Lisboa y, considerando la frecuencia de los avistamientos en circunstancias de grandes tormentas y condiciones de visibilidad engañosas, parece probable que se trate de confusiones con la costa de Madagascar, o con la de la isla Reunión, o incluso quizá con Mauricio, lo que era la hipótesis de Epidariste Collin, hasta conocer la extraña historia de la supuesta evacuación de la isla hacia África.



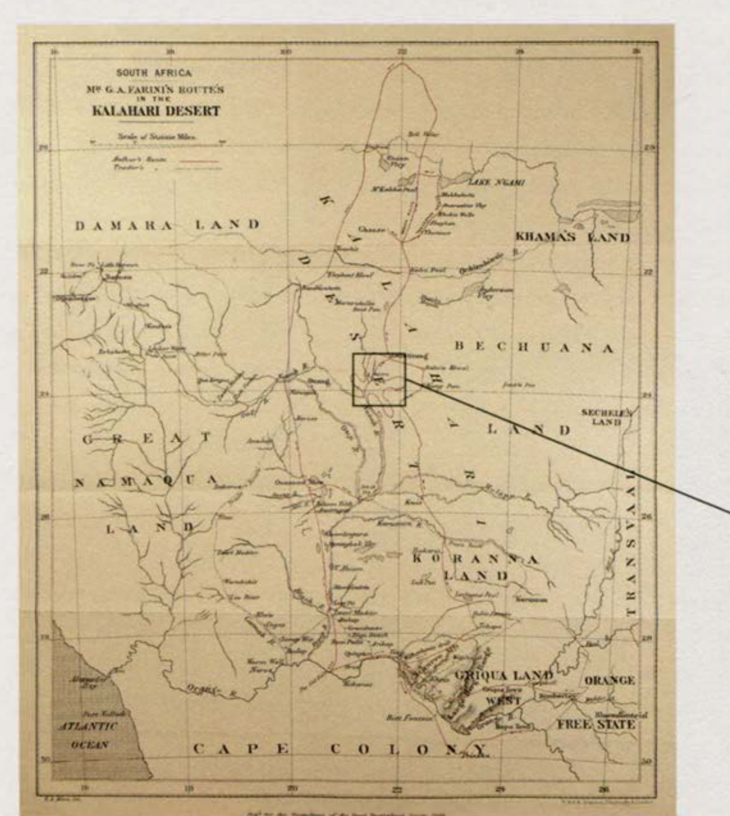
Delineatio orarum maritimarum *(1596) de Langren.*

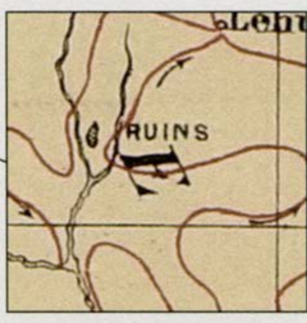
CIUDAD PERDIDA DEL KALAHARI

23° 55' S, 21° 53' E

Lo primero que hay que saber de William Leonard Hunt es que fue un inventor prodigioso. Este animador-presentador victoriano, conocido como «el Gran Farini», diseñó un dispositivo para lanzar a una persona al aire en un escenario de teatro que adaptó después para crear uno de los primeros números (quizá el primero) del hombre bala. Lo presentó en el Royal Aquarium de Londres el 2 de abril de 1877, cuando lanzó a una joven de 14 años llamada Rossa Matilda Richter, a una distancia de 21 m por encima del auditorio hasta una red.

Las dotes de Hunt para la innovación se evidenciaban también en las floridas exageraciones de sus ventas, que rivalizaron con las del rey del engaño P. T. Barnum. De hecho, en 1880, Barnum contrató a Hunt y





El mapa que William Hunt presentó a la Royal Geographical Society como parte de un informe sobre su exploración de la región sudafricana: A Recent Journey in the Kalahari, *por G. A. Farini (1886). La indicación «Ruinas» hace referencia a su afirmación de haber descubierto una ciudad de una antigua civilización.*



Un dibujo de las ruinas presuntamente descubiertas por Hunt.

Rossa (con el nombre artístico de «Zazel»), y el dúo del hombre bala se fue de gira por todo Estados Unidos con el circo más grande del mundo, con gran éxito. Sin embargo, Hunt se cansó de las candilejas y, en 1881, se retiró del mundo del espectáculo. Tras oir rumores de que el desierto de Kalahari rebosaba de diamantes de 180 quilates, decidió cambiar el serrín por las arenas del desierto y optó por una vida aventurera acompañado de Lulu. Durante este viaje por el desierto, Hunt afirmó haber hecho un sorprendente descubrimiento (o quizá, su mayor invento): la ciudad enterrada de una antigua civilización.

El mapa de la página anterior está incluido en el relato de la expedición que Hunt, a su regreso, sometió a la consideración de la Royal Geographic Society (RGS) de Londres. Hay que hacer notar la pequeña nota de «Ruinas»; Hunt escribe que, mientras estaba cazando, su grupo encontró «un inmenso recinto cercado *[sic]*, de forma elíptica, y de una longitud aproximada de una milla». En su opinión, se trataba de las ruinas de una ciudad:

La mampostería tenía un carácter ciclópeo: los bloques cuadrados estaban todavía unos sobre otros... En el medio había una suerte de pavimento de bloques largos y estrechos, bien ajustados unos a otros, formando una cruz, cuyo centro parecía ser la base de un pedestal o un monumento. Desenterramos una columna rota... sus cuatro lados planos estaban acanalados.

Inicialmente, estos hallazgos no suscitaron mucho interés. Los miembros de la RGS que informaron sobre el relato de Hunt ignoraron la parte dedicada a las ruinas, y criticaron por su parte la falta de información sobre los recursos de agua locales.

Más tarde, en 1886, Hunt publicó un libro de sus aventuras con el título *Through the Kalahari Desert. A Narrative of a Journey with Gun, Camera, and Note-Book to Lake N'Gami and Back* (*Por el desierto de Kalahari. Narración de un viaje con armas, cámara y libro de apuntes al lago N'Gami y regreso*). Entró en más detalles sobre el descubrimiento, explicando cómo sus desconcertados guías locales rehusaron ayudarle a desvelar las piedras, considerándolo inútil. El capítulo titulado «The Bastards Won't Dig» incluye un diagrama dibujado por Lulu y una descripción detallada de «una larga línea de piedras que se asemejaba a la gran muralla china después de un terremoto, y que, una vez examinadas, demostraron ser las ruinas de una estructura bastante grande».

Hunt llega a una ambigua conclusión sobre la identidad de la reliquia, dejándola en manos de «otros más expertos en el tema» y resumiendo el descubrimiento en un poema:

Una ruina semienterrada: los inmensos restos de piedra
en un lugar solitario y desolado;
un templo, o una tumba para los huesos humanos
dejados por el hombre para su descomposición y putrefacción.

Groseros bloques esculpidos de un proyecto de arena roja,
y aparece un montón de piedras sin forma,
para proteger las cenizas de algún gran hombre,
enterrado hace muchos miles de años.

Puede ser una reliquia de un pasado glorioso,
una ciudad que fue una vez grande y sublime,
destruida por un terremoto, desfigurada por la explosión.
Barrida por la mano del tiempo.

Una mente cínica podría considerarlo como un sórdido intento de crear un misterio para obtener dinero y fama del libro. Si realmente este hubiera sido el caso, el autor se habría sentido decepcionado, pues el libro despertó poco interés en el siglo XIX, quizá debido a que la conocida reputación de Hunt de ser un astuto operador teatral. Sin embargo, más tarde, en 1923, el profesor E. H. L. Schwartz, de la Universidad Rhodes, sacó de nuevo a la luz la historia de la civilización enterrada, y F. R. Paver, editor del *Johannesburg Star*, y el doctor W. Meent Borcherds decidieron investigar la leyenda.



William Leonard Hunt, el Gran Farini (1838-1929).

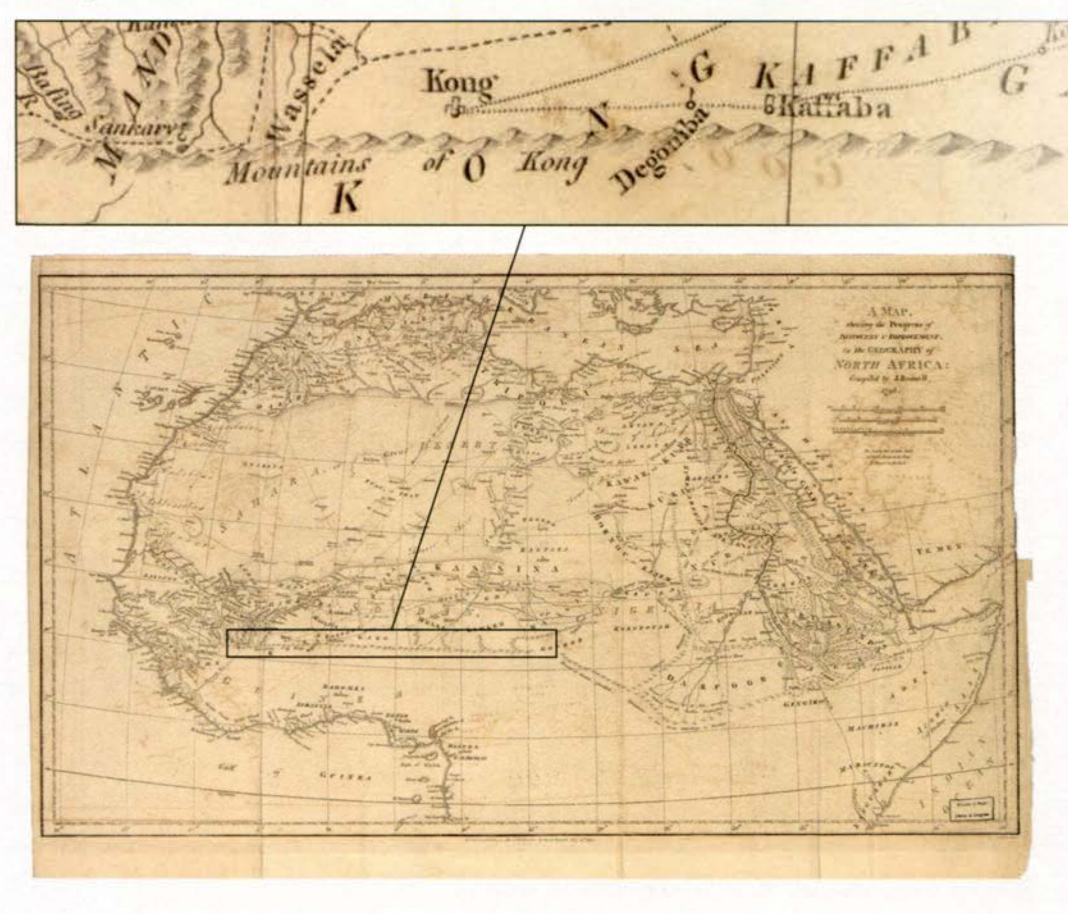
Sus artículos cautivaron la imaginación popular y muy pronto se emprendieron expediciones en busca de «la ciudad perdida del Kalahari». Es difícil de cuantificar el número de intentos que se hicieron para encontrar las ruinas, pero este es considerable; el historiador A. J. Clement, en 1967, cuenta no menos de veintiséis misiones en aquella época; y los esfuerzos continúan: en un intento internacional en el año 2010 se utilizaron ultraligeros para rastrear la sabana desde el aire.

Sobre la autenticidad de la ciudad, Paver concluye: «Hay dos posibilidades igualmente probables: que Farini estuviera novelando, con o sin extrañas piedras en las que basar sus fantasías, o que estuviera describiendo unas edificaciones reales, algo bastante improbable en aquellas remotas colinas arenosas». Desde luego, es sospechoso que entre las numerosas fotografías tomadas por Lulu no hubiera ninguna de las ruinas. A pesar de todo, no cabe duda alguna de que, en algún lugar, y en este mismo momento, se están haciendo planes para otra búsqueda de la ciudad perdida del Kalahari.

MONTAÑAS DE KONG

DE 11° 36' N, 14° 30' O A 11° 23' N, 4° 49' E

En 1889, el militar y explorador francés Louis Gustave Binger se presentó ante una audiencia en la sede central de la Société de Géographie y demolió una cordillera de montañas de unos 6000 km. Había regresado recientemente de una misión al continente africano, rastreando el curso del río Níger desde Mali al reino de Kong. Este último, que es una ciudad real ubicada en el norte de Costa de Marfil, era conocido por albergar una cadena de inmensas montañas que se extendía durante muchas millas en la nubosa distancia. Para gran sorpresa de Binger, en lugar de encontrarse a la sombra de tales titanes, descubrió algo muy diferente: «¡No había en el horizonte ni rastro de ninguna cadena de montañas!».



A Map shewing the Progress of Discovery & Improvement in the Geography of North Africa *(1798), de James Rennell. Fue el primer mapa en etiquetar las montañas con el nombre de «Kong», aunque no el primero en mostrarlas, como ya se sabe.*



En su A New Map of Africa from the latest authorities *(1805), John Cary combinó las montañas de Kong con los legendarios montes de la Luna para crear un gigantesco cinturón montañoso que se extendía por todo lo ancho del continente africano* (véase *Montes de la Luna, pág. 162).*

Durante casi un siglo, los cartógrafos habían mostrado en los mapas, a lo largo del paralelo 10°, las montañas de Kong en un intento por llenar el espacio vacío del interior del continente, del que tenían muy pocos datos. Pero inventar la existencia de toda una cordillera, algo que intimidaría y evitaría futuras empresas mercantiles y de exploración en los años futuros, indicaría que, de algún modo, se había dado un gran paso en la cartografía teórica. ¿Quién lo hizo y qué lo impulsó?

El principal acusado de este crimen cartográfico es James Rennell, ya que su *A Map shewing the Progress of Discovery & Improvement in the Geography of North Africa* (*Un mapa que muestra los avances en el descubrimiento y mejoras en la geografía del norte de África*), de 1798, es el primero en mostrar la inscripción «montañas de Kong». El cartógrafo londinense fue un geógrafo experto y meticuloso (había sido elogiado en 1779 por su *Bengal Atlas*, un trabajo fundamental al servicio de los intereses estratégicos británicos), lo que hace muy extraña la creación de una ficción tan significativa como las montañas de Kong.



El mapa de Rennell del norte de África era uno de los dos que se trazaron para acompañar la obra de Mungo Park *Viaje a las regiones interiores de África*, en la que el valiente aventurero escocés relata sus viajes en solitario por el África Central en busca de la legendaria ciudad de «Tombuctú», equipado casi únicamente con una brújula, escopetas, un chaquetón azul y un sombrero de ala ancha. En el libro, Park hace una anotación clave:

Alcancé la cima de una colina desde la que tenía una amplia vista del país. Hacia el sudeste, se divisaban algunas montañas muy lejanas, que ya había visto antes desde una eminencia cerca de Marabú, donde la gente me informó que dichas montañas se encontraban en un gran reino, muy poderoso, llamado Kong, cuyo soberano podía levantar un ejército mucho mayor que el del rey de Bambarra.

El mapa de Herisson de 1820 de las cordilleras americanas Carte de l'Amerique*, muestra también las montañas de Kong con formas poderosas.*

Rennell consideró lo anterior como la confirmación de su creencia de que el Níger tenía sus fuentes en aquellas montañas y fluía hacia el oeste a lo largo de la cordillera. Sin embargo, lo que casi nunca se dice es que esta teoría no era suya propia. Desde el siglo XVI, cuando los europeos empezaron su penetración en el continente africano, existían rumores sobre gigantescas cordilleras en aquella región, lo que parecía verse confirmado por el curso del Níger, que se pueden ver dibujadas, sin nombre asignado, en mapas creados antes que el famoso grave error de Rennell; un ejemplo lo constituye el *Mappe Monde* de Louis Denis, producido en París en 1764.

Probablemente, Rennell habría trabajado en parte con estos mapas y encontrado en la mención de Park una convincente confirmación. En el apéndice al libro de Park, Rennell escribe:

Los descubrimientos de este hombre... proporcionan una nueva visión de la geografía del África occidental. Demuestran, a partir del curso de los grandes ríos, y de otras noticias, que una cadena de montañas, que se extiende de oeste a este, ocupa el espacio entre los paralelos 10° y 11° de latitud norte y entre los meridianos 2° y 10° de longitud oeste (a partir de Greenwich). Además, otras fuentes afirman que esta cadena va varios grados más allá hacia el oeste y al sur, en diferentes ramales...

Tras la publicación del mapa de Rennell, las montañas aparecieron en una serie de obras; de hecho, los académicos estadounidenses Thomas Bassett y Philip Porter han encontrado cuarenta que contienen las falsas Kong. El *Africa Atlas* de Aaron Arrowsmith (Londres, 1802) las puso en circulación; Johann Reinecke dibujó las laderas cubiertas de nieve del «Gebirge Kong» en su mapa de 1804; pero la más sorprendente es la representación de John Cary en su *A New Map of Africa*, de 1805, en el que los picos de Kong se funden con los míticos montes de la Luna (*véase* pág. 162) para formar una imposible cadena transcontinental. En 1880, la publicación alemana *Meyer's Conversation Guide* informaba a sus lectores de que las montañas Kong eran: «unas montañas inexploradas que se extendían al norte de la costa de Alta Guinea con una longitud de entre 800 y 1 000 km entre los grados siete y nueve de latitud norte, hasta la longitud de un grado al este de Greenwich».
Tras aparecer en *Robur el conquistador*, de Julio Verne, en 1886, las montañas Kong se incorporaron al mapa de África de 1890 de Rand McNally, y volvieron a hacer acto de presencia en el *Tramplers geographischer Mittelschulatlas* (Viena, 1905). Aparecen por última vez en 1928, en el muy respetable *Oxford Advanced Atlas* de Bartholomew, aunque hasta 1995 fueron mencionadas en el *Gode's World Atlas*.

CORAE COMO ISLA

39° 42' N, 126° 24' E



El primer mapa de Japón en un atlas europeo, el de Ortelius (1595).

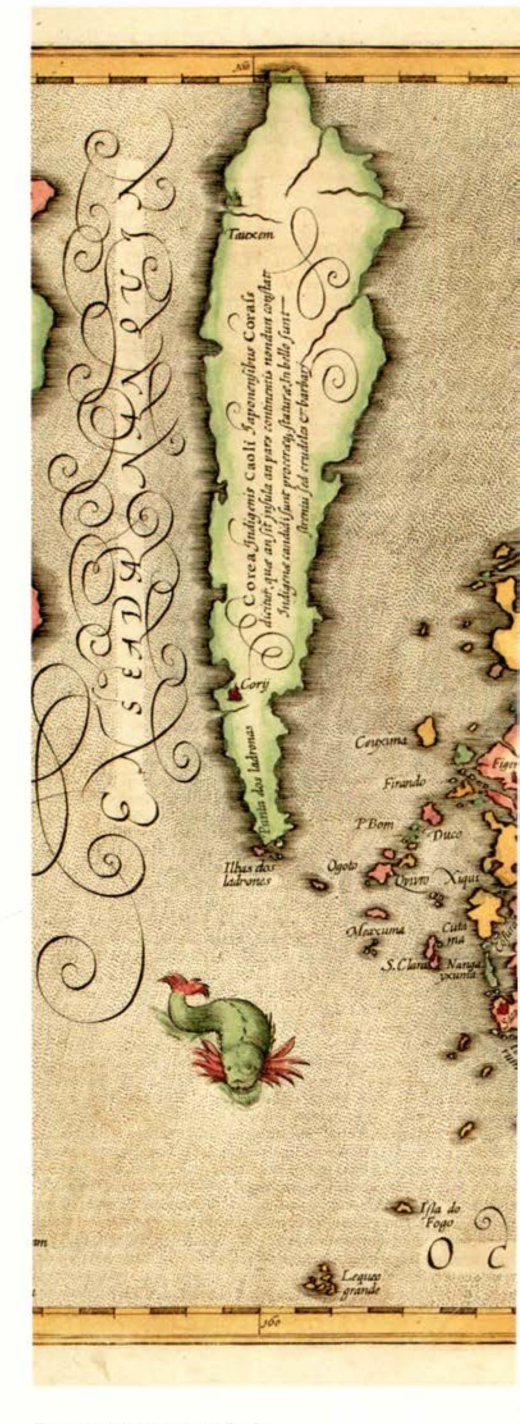
En la Europa del siglo XVI se sabía muy poco de Japón, pero aún era más nebuloso el conocimiento que se tenía del territorio de Corea. El primer plano de Japón publicado en un atlas europeo, el *Theatrum Orbis Terrarum* (1595), de Ortelius, una obra famosa e influyente, presenta una primera imagen reconocible de la geografía japonesa. Se basa fundamentalmente en un mapa trazado en 1592 por Luis Teixeira, un cartógrafo jesuita portugués, y durante muchos años fue la base de la cartografía de la región hasta que Joan Blaeu publicó el mapa mejor informado y más elegante de Martino Martini, en 1655. En esa época, Portugal era el país mejor informado sobre Asia oriental, al contar con un puesto comercial en la isla de Hirado desde 1543.

Para obtener una información precisa de la geografía del país, Teixeira se basó en fuentes japonesas, pero su representación de Corea es de lo más sorprendente desde el punto de vista moderno, ya que la dibuja como una isla en forma de zanahoria frente a la costa de China y la llama «ínsula Corea».

En el norte, Pyongyang está etiquetado como «Tauxem» y el extremo sur aparece marcado como «Punta de los ladrones», bajo la cual se ubican las «Islas de los Ladrones», lo que pone de manifiesto los rumores de una gran presencia de piratas.

Esta noción insular se veía confirmada por *Itinerario, voyage ofte schipvaert…* (*Itinerario, discurso de viajes a las Indias Occidentales y Orientales*), de Jan Huyghen van Linschoten, de 1596, en el que hace la siguiente observación: «Un poco por encima de Japón, a los 34 y 35 grados, no muy lejos de la costa de China, existe otra gran isla, llamada Ínsula de Core, de la que hasta el momento no se tiene certeza de su tamaño, población, ni del comercio allí existente». También Hondius produjo un mapa de China en 1606, en el que presenta a Corea como una isla. Muestra también un monstruo marino y una representación de una crucifixión japonesa, pero Hondius siente que la Corea insular debe ser tomada con precaución, y por ello añade una nota indicativa de que había algunas dudas sobre lo que con seguridad era cierto. Esta inscripción se incluye en reproducciones posteriores de su mapa, así como en los de otros cartógrafos del siglo XVII que dibujan una Corea insular, y que parecen ignorar mapas como el de Diego Homem de 1588 y el de João Teixeira (hijo de Luis) de 1630, que identifican correctamente a Corea como península. A pesar de estas contradicciones, la idea de la ínsula de Corai se mantuvo: se puede encontrar en un mapa de 1658 de Johannes Jansson, que muestra también la «Tierra de la Compañía», publicada en su *Nieuwen Atlas,* y que se desliza en los mapas hasta el siglo XVIII (*véanse* Tierra de Da Gama y Tierra de la Compañía, pág. 118).

No se sabe con certeza por qué los europeos consideraron Corea como una isla a finales del siglo XVI y en el XVII, pero la explicación lógica es la misma que subyace tras la liberación de California de la tierra firme: la falta de una circunnavegación completa dio lugar a la especulación. En la base continental de la proyección de la península hacia el Pacífico, discurren dos ríos que sirven para marcar las fronteras con China. El río Yalu fluye hacia el oeste, que desemboca en la bahía de Corea, y hacia el este discurre el Tumen, que desemboca en el mar de Japón o mar del Este. Ambos ríos son anchos y navegables; los primeros exploradores pudieron haber podido viajar durante un tiempo por ellos y suponer que ambos se unían hasta formar un estrecho alrededor del norte de la península, lo que la convertiría en una isla. Sin embargo, si hubieran llegado más lejos, se habrían encontrado con el monte Paektu, el más alto de Corea y fuente de ambos ríos, y a la sombra de esta gigantesca montaña se habrían disipado todas las dudas.

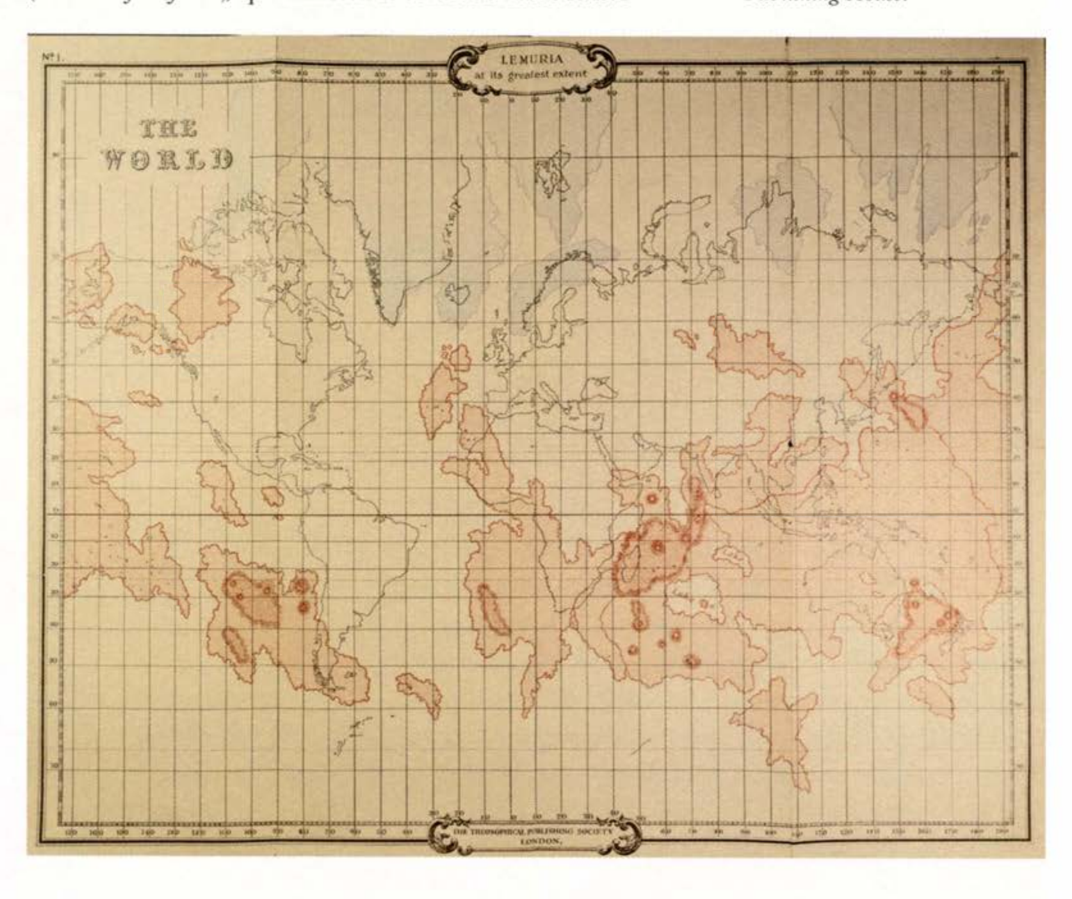


Representación anotada de Hondius de Corea como isla (h. 1619).

CONTINENTES PERDIDOS DE LEMURIA Y MU

Philip Sclater, secretario de la Zoological Society de Londres durante cuarenta y dos años, fue un gran experto en el campo de la ornitología en el siglo XIX. Educado en Oxford y miembro de la Royal Society, escribió más de mil documentos, libros y artículos. En un documento publicado en los *Proceedings of the Linnean Society*, Sclater dividía el mundo en seis regiones zoológicas, que todavía se usan en la actualidad: Australasia, Etiópica, Indomalaya-India, Neártica, Neotropical y Paleoártica. Aunque su importancia ha llevado a nombrar siete animales en su honor, entre los que se incluyen el carbonero mexicano (*Poecile sclateri*), el pingüino de las antípodas (*Eudyppes sclateri*) y el lémur negro de ojos azules (*Eulemur flavifrons*), que también es conocido como lémur

Inferior y página siguiente: mapas del teórico continente de Lemuria, de The Story of Atlantis and Lost Lemuria *(1925) de W. Scott-Elliot publicados por la Theosophical Publishing House.*

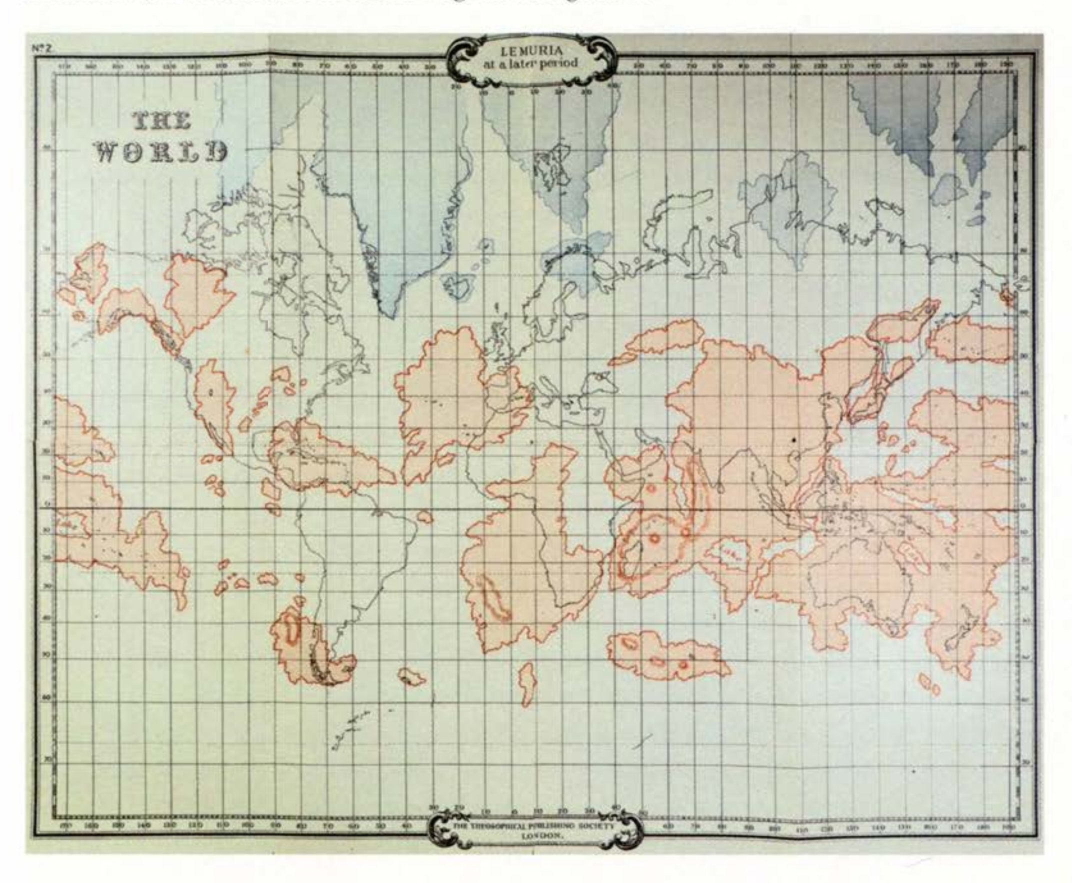


de Sclater. Sin embargo, por lo que más se conoce a Sclater es por su defensa de una teoría particularmente extraña: la existencia de un continente hundido llamado «Lemuria».

En 1864, Sclater envió un artículo al *The Quarterly Journal of Science*, en el que presentaba una teoría basada en las sorprendentes semejanzas entre los fósiles de los primates encontrados en Madagascar y en India, a pesar de estar separados por el océano Índico:

La mejor explicación a las anomalías en la fauna de los mamíferos de Madagascar es suponer que... un gran continente ocupó partes de los océanos Atlántico e Índico... que este continente se dividió en varias islas, algunas de las cuales se unieron con... África, algunas... con lo que hoy es Asia; y que en Madagascar y las islas Mascareñas tenemos los restos de este gran continente, para el que... ¡propondría el nombre de Lemuria!

Esta idea de los «continentes que se mueven» surgió mucho antes de la aceptación de la tectónica de placas y de la deriva continental (el relevante libro de Alfred Wegener *El origen de los*



continentes y los océanos no se publicó hasta 1915), y la existencia de este continente perdido denominado «Lemuria» recibió el apoyo de una parte de la comunidad científica, como el taxonomista darwiniano Ernst Haeckel, que sugirió que Lemuria podría explicar también la ausencia del llamado «eslabón perdido».

Aunque fue desbancada por los avances de la teoría tectónica, Lemuria repuntó gracias a su popularidad entre los ocultistas. La excéntrica Helena Petrovna Blavatsky, la ruso-estadounidense cofundadora de la Sociedad Teosófica, dio nuevas alas a la idea al escribir, en 1885, que el continente no solo existía, sino que había ocupado casi todo el hemisferio austral, «desde las laderas del Himalaya hasta solo unos grados en el círculo polar ártico», y que había estado poblado por una raza perdida, los lémures. Esta era una de las siete «razas originales de la humanidad», hermafroditas ovíparos de una altura media de 2,1 m, que se alimentaban de animales. También eran no-corpóreos, y existían en el plano astral. Blavatsky decía que había obtenido esta información de los mahatmas, quienes habían revelado su ancestral escritura india de la ciencia en el *Libro de Dyzan*. Según Blavatsky, el continente de Lemuria fue destruido por los dioses en la tercera edad eocena y su pueblo se disgregó, siendo sus descendientes los desafortunados atlantes, así como los aborígenes australianos, los papúas y los hotentotes.

Estas ideas fueron publicadas por el autor inglés William Scott-Elliot en 1904, en *The Lost Lemuria* (*El continente perdido de Lemuria: las pruebas de su antigua existencia*), tras recibir material adicional de su colega en la Sociedad Teosófica Charles Webster Leadbeater, quien fue capaz de comunicarse con los maestros teosóficos a través de la «clarividencia astral». Este libro, publicado más tarde junto con la historia de la Atlántida (*véase* pág. 24) iba acompañado de mapas que mostraban Lemuria en toda su extensión superpuestos a los mapas modernos (*véanse* págs. 152 y 153). Como fuente de información para estos mapas, Scott-Elliot dijo únicamente que los mapas atlantes habían sido trazados por «poderosos adeptos en los días de la Atlántida», y las cartas lémures, «por algunos de los instructores divinos en los días en que todavía existían los lémures».

Otro teórico continente perdido llamado «Mu» surgió también en el siglo XIX, y, a menudo, se confunde con Lemuria. Un médico francés, Augustus le Plongeon, en su libro *Queen Móo and The Egyptian Sphinx* (*La reina Moo y la Esfinge egipcia*) de 1896, afirmó que había traducido algunos antiguos textos mayas partiendo de sus conocimientos de los jeroglíficos egipcios, y del «alfabeto de Landa», una transliteración de los jeroglíficos mayas a las correspondientes letras españolas, creado por el arzobispo de Yucatán, fray Diego de



Helena Blavatsky en 1889.

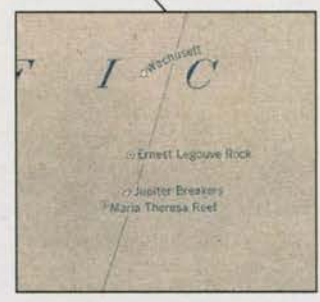
Landa, como parte de su documentación sobre la civilización maya. Le Plongeon escribe sobre el descubrimiento de referencias a «la existencia, destrucción, e inmersión de una gran isla en el océano Atlántico», que sugiere que se trata de la «Tierra de Mu», el verdadero nombre de la Atlántida. Al libro de Le Plongeon siguió más tarde el del coronel James Churchward, *El continente perdido de Mu*, en 1926, en el que el escritor estadounidense proponía la teoría de que Mu se habría extendido por todo el Pacífico, semejante a la geografía de Lemuria, hasta que «desapareció en un torbellino de agua y fuego hace 12 000 años». Afirmó que esto se lo había revelado un gran sacerdote en India cincuenta años antes.

En la actualidad, la existencia de los continentes de Lemuria y Mu ha sido descartada y se limita a irreflexivos restos de extravagantes teorías que dicen más de sus autores que de su geografía. Los investigadores que han intentado servirse del alfabeto de Landa utilizado por Le Plongeon se han visto obligados a llegar a la conclusión de que el sistema era un invento espurio del obispo, y que todo lo que se obtuvo a partir de él fueron despropósitos.

ARRECIFE MARÍA TERESA

36° 50' s, 136° 39' o

En *Los hijos del capitán Grant* (1867), de Julio Verne, el protagonista principal encuentra cobijo en una isla solitaria situada exactamente en el paralelo 37: «un islote marcado con el nombre de María Teresa, una roca hundida en medio del océano Pacífico, a 3 500 millas de la costa americana, y a 1 500 millas de Nueva Zelanda». En 1874, Julio Verne escribe de nuevo sobre el mismo lugar en *La isla misteriosa*, refiriéndose a ella como la «isla Tabor», que es como viene marcada en las cartas francesas. Para el escritor es un escenario perfectamente plausible, ya que las cartas de las que disponía Verne en aquella época mostraban el arrecife que había sido descubierto hacía solo treinta años, el 16 de noviembre de 1843. El ballenero *Maria Theresa*, originario de New Bedford, Massachusetts, avistó un arrecife que rompía las olas, y el capitán Asaph P. Taber registró su posición.



Sovereignty and Mandate Boundary Lines of the Islands of the Pacific in 1921, *realizada para la National Geographic Society, que muestran el inexistente arrecife María Teresa. Sus vecinos, los arrecifes Ernest Legouvé, Jupiter y Wachusett, son también territorios fantasma.*

No fue avistado por ningún otro capitán, pero a lo largo de los años, el arrecife María Teresa evitó ser eliminado de los mapas. Los barcos pasaban sin dificultad sobre sus coordenadas, pero nadie quería asumir la responsabilidad de borrar un posible peligro para la navegación que podía existir, quizá en una posición ligeramente diferente.

Esta semiexistencia del arrecife María Teresa se prolongó durante décadas. En 1966, la revista *CQ Amateur Radio* publicó un relato del radioaficionado Don Miller, que escenificó una emisión en directo desde la orilla del arrecife María Teresa. Mostraba una fotografía de Miller montando su equipo de radio en el arrecife con las piernas cubiertas por el agua a la altura de las espinillas. Escribió que se vio forzado a permanecer en su silla todo el tiempo por miedo a ser arrastrado por el agua. En aquel momento, el arrecife María Teresa tenía fama de ser un fantasma después de que una exploración en 1957 no hubiera encontrado nada, por lo que Miller fue objeto de mofa. «Yo estuve allí, John» decía a su amigo John Steventon, «y emití desde allí. Cuando nos aproximamos, el arrecife apareció y desembarcamos y operamos. Cuando terminamos y nos íbamos, volvimos la vista atrás y vimos que la isla se hundía de nuevo en el mar. Y así fue, ¡con toda seguridad!».*

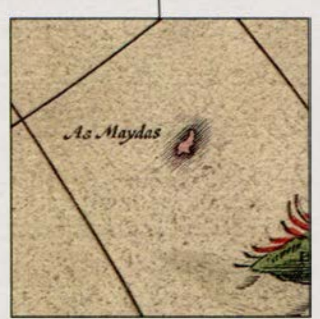
Sin embargo, más tarde, el buque oceanográfico neozelandés *Tui* exploró la zona de la supuesta localización del arrecife María Teresa, determinó que la profundidad en aquellas aguas era de 2 734 brazas (5 000 m). A pesar de ello, la carta n.º 2683 de la Oficina Hidrográfica, emitida en 1978, incluye a María Teresa; y en 1983, la Oficina Hidrográfica recalculó su posición, pasándola de 151,13 grados oeste a 136,39 grados oeste, más de 620 millas náuticas (1 150 km) más al este de la posición inicialmente determinada por el capitán Taber. En los mapas, María Teresa aparece como parte de un grupo de grandes arrecifes en esa zona: Júpiter, Wachusset y Ernest Legouvé. Todos ellos son territorios fantasmas, aunque ocasionalmente hacen su aparición en publicaciones modernas. Por ejemplo, el Ernest Legouvé se puede ver en la edición del año 2005 del *National Geographic Atlas of the World*, y en el momento de escribir este libro está ubicado en Google Maps a 35° 12' S, 150° 40' O.

**A propósito; la tarjeta QSL María Teresa de Don Miller (utilizada por los radioaficionados para confirmar una transmisión con éxito desde su localización) se ha convertido desde entonces en una curiosidad preciada para los coleccionistas.*

MAYDA

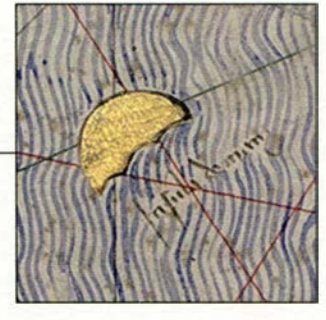
52° 00' N, 33° 45' O *Conocida también como Maida, Mayd, Mayde, Brazir, Mam, I. Onzele, Asmaida, Asmaidas, Asmayda, Bentusla, Bolunda y Vlaenderen, I. man orbolunda*

Rastrear la historia cartográfica de la isla de Mayda es como seguir a un espía con una serie de identidades falsas, aunque, como se mueve por el Atlántico Norte a lo largo de los años, adoptando diversos nombres y cambiando de forma, no escapa a algún reconocimiento. Mayda es uno de los fantasmas más antiguos y perseverantes, que aparece obstinadamente en la superficie de los mapas durante más de cinco siglos; fue la última de las islas míticas del Atlántico en ser suprimida. Pero, por una extraña circunstancia, es posible que el calificativo de *fantasma* se le haya aplicado con demasiada facilidad.



Mapa de las Américas de Blaeus de 1649 que muestra «As Maydas» en la esquina superior derecha.





Un panel del Atlas catalán *(1375) que muestra a Mayda como «Ínsula Mam» (también muestra la isla Brasil como «Ínsula de Brazil»;* véase *Isla Brasil, pág. 130).*

Con su perfil de cuarto creciente, Mayda aparece por primera vez en el mapa de Pizzigani de 1367 con el nombre de «Brazir». Uno podría pensar inmediatamente que se refiere a la isla Brasil (*véase* pág. 130), de no ser por el hecho de que esta isla también está marcada previamente al oeste de Irlanda con la advertencia «peligrosa». Esto parece sugerir que la isla que se conocería como Mayda había nacido de una confusión, una duplicación que tomó cuerpo por sí misma. En el mapa de Pizzigani, «Brazir» lleva sus propias advertencias a los marineros, con tres barcos bretones atacados por monstruos marinos, uno de ellos arrastrado bajo las aguas por un pulpo gigantesco mientras que un dragón vuela sobre ellos con un hombre en sus garras. Cuando aparece de nuevo en el *Atlas catalán* de 1375, Brazir se ha convertido en «Mam», por razones que solo podemos especular (algunos han sugerido que podía basarse en avistamientos realizados por marineros irlandeses que la bautizaron como la isla de Man, pero no hay datos que apoyen esta idea).

Todavía no estaba seca la tinta de esta presentación cuando la isla continuó transformándose. En el mapa de Pinelli de 1384

aparece con el nombre de «I. Onzele»; y, en 1448, Andrea Bianco la etiqueta como «Bentusla». Otros mapas de la época también la incluyen, pero sin darle nombre, haciendo pareja con la isla Brasil, y moviéndose ambas en tándem por el Atlántico Norte. En 1513, Martin Waldseemüller la añade en su representación de la *Geografía* de Ptolomeo, sustituyendo la forma de cuarto creciente por un burdo círculo sin el segmento circular noroccidental. El reputado y diligente cartógrafo alemán la bautiza como «Asmaidas», donde se encuentra la raíz de su nombre posterior. Un cartógrafo portugués anónimo le recorta el nombre en 1520, y lo deja en «Mayd», y el mapa de Prunes de 1553 establece el nombre más común de «Mayda».

Aunque se ha llegado a un consenso general sobre el nombre, su localización sufrió alocadas variaciones; algunos empezaron a empujarla por el Atlántico hacia la costa norteamericana. El mapa Nicolay de 1560 la ubica paralela al norte de Terranova, y le da el curioso nombre de «I. man orbolunda», que podría tener una



El revolucionario mapa de Martin Waldseemüler de 1513, Tabula Terre Nove, *es uno de los primeros mapas centrados en el Nuevo Mundo. Fue incluido en la edición de Johann Schott de la* Geographia *de Ptolomeo, publicada en Estrasburgo en 1513. En él se puede ver Mayda en la «Asmaidas» coloreada de verde, en la esquina superior derecha.*

relación con su forma original de cuarto creciente. Mercator y Ortelius, los dos cartógrafos más respetados del siglo XVI, ignoran Mayda, lo que da pie a pensar que hubo poco que decir sobre su existencia en aquella época, aunque dibujan una isla curva, en una posición parecida al oeste de Bretaña y la bautizan «Vlaenderen», reconocible como Flanders. A su vez, este nombre fue ignorado por los cartógrafos posteriores, que continuaron empleando el nombre de «Mayda» durante los trescientos años siguientes, incluyéndolo en casi todos los mapas que mostraban el Atlántico Norte.

Tras una vida de siglos, no tenemos todavía ningún registro de nadie que hubiera puesto un pie en las costas de la isla. ¿Por qué era tan convincente el caso de Mayda para los más grandes y diligentes cartógrafos? La respuesta podría ser que la isla no era tan espectral como hemos supuesto, ya que en 1948 sucedió algo muy notable: el barco *American Scientist*, en su ruta de Nueva Orleans a Londres, se encontraba en las coordenadas 46° 23' N, 37° 20' O, al sur de Groenlandia y, lo que es importante, rumbo oeste del sur de Bretaña. Por una razón desconocida, el capitán del barco decidió medir la profundidad, posiblemente por haber percibido un cambio en el color del agua. Según las cartas, la profundidad en aquella posición debía ser de 2 400 brazas inglesas (4 390 m), pero el sónar dio lecturas de solo 20 brazas (36,5 m). La tripulación realizó nuevas pruebas y se confirmó que bajo su barco, en medio del Atlántico, había una elevación de tierra de 45 km de diámetro. Un segundo barco, el *Southland*, confirmó el descubrimiento y añadió que la tierra sumergida tenía un entrante o bahía en su extremo norte. Parece posible que la isla de Mayda desapareciera bajo las aguas por efecto de algún acto de violencia geológica, y que unas cuantas líneas de tinta en los mapas antiguos sean la única indicación que queda de una isla entera que se erguía allí, orgullosamente, en el Atlántico.



Mayda se identifica aquí como «Isola de Maydi» en el mapa de Prunes de 1553.

MONTES DE LA LUNA

00° 23' N, 29° 52' E

Conocidos también como Mone Lune, Montes Lunae, Al Komri

Aunque los europeos no sabían prácticamente nada de África, y sus mapas del continente eran poco más que un fantasmagórico boceto de espacio en blanco con algunos trazos simbólicos de ríos, desde el principio contenían un elemento de grandes dimensiones: los montes de la Luna, una cordillera mítica de la que se decía que contenía las fuentes del Nilo.



La segunda versión revisada de Universalis Tabula Iuxta Ptolemaeum *muestra los Lunae Montes.*

Durante años se especuló sobre el origen de este río. En el siglo v a. C. Herodoto viajó a Egipto y se entrevistó con sus habitantes para conseguir detalles sobre su cultura y geografía. En su gran «investigación», *Historias*, escribe que, entre todos los egipcios, libios y griegos que conoció, solo habló con uno que conocía la fuente del Nilo, un escriba tesorero de las rentas

de Minerva en la ciudad de Sais, y cuya historia le impactó profundamente (aunque con cierto escepticismo). En el Libro II, Capítulo 28, Herodoto cita al hombre: «Me dijo que entre la ciudad de Elefantina y la de Syena, en la Tebaida, se hallan dos montes, llamados Crophi el uno y Mophi el otro, cuyas cimas terminan en dos picachos, y que manan en medio de ellos las fuentes del Nilo, abismos sin fondo en su profundidad, de cuyas aguas la mitad corre al Egipto, contraria al Bóreas, y la otra, opuesta al Noto, hacia la Etiopía». Para confirmar la profundidad de aquellas fuentes, el rey Psamético mandó hacer una soga de muchos millares de orgías (medida griega antigua equivalente a unos 2 m) y sondeó con ella, sin que se pudiera llegar al fondo.

Quinientos años más tarde, Ptolomeo, en su descripción de Etiopía en el Libro IV, 8 de su *Geographia,* menciona la «bahía de los Bárbaros» en la que «habitan los antropófagos etíopes», una raza feroz, «y de allí hacia el oeste se encuentran los montes de la Luna, de los que los lagos del Nilo reciben el agua de sus nieves». El relato de Diógenes corrobora lo anterior; Diógenes viajó por el interior del país durante veinticinco días partiendo de Rhapta (un puerto ahora perdido) en el este de África y afirmó haber sido testigo de que el Nilo emergía de unos gigantescos montes que los nativos llamaban «montes de la Luna», debido a la resplandeciente blancura de sus picos cubiertos de nieve.

Tanto Alejandro Magno como Julio César consideraron el envío de expediciones en busca de las maravillas que prometían estas historias. Más tarde, algunos geógrafos árabes, como Abu'l-Fida y Muhammad-al-Idrisi, del siglo XII, consideraron fiables estas fuentes y el último escribió: «Estas dos partes del Nilo nacen en las montañas de la *Luna*, que están situadas 16° por encima del ecuador. De esas montañas desciende el Nilo en diez corrientes, cinco de las cuales se unen en un gran lago, y las demás, en otro del mismo tipo».

En el mapa del sur de África de Waldseemüller, de 1513, el primero que se hizo por separado de esta zona, se encuentran los «Monte Lune» (y en la esquina inferior derecha, el rey de Portugal, que porta el cetro, y el estandarte de su país montado en un monstruo marino, que representa la expansión del imperio mercantil portugués durante su reinado). En otro de los primeros mapas europeos de África, el «Totius Africæ tabula...» de Sebastian Münster (h. 1550), también se ve este sistema de ríos que fluyen desde los *Montes Lunae* en dos grandes lagos que descargan en el Nilo. (Entre otros adornos que se pueden ver en este mapa, se incluyen un monstruoso cíclope sentado sobre

Nigeria y Camerún, el reino del Preste Juan y «Mero», las míticas tumbas de los reyes nubios (*véase* Reino del Preste Juan, pág. 194).

En el siglo XVII, las montañas y sus fuentes sin fondo fueron dibujadas por Athanasius Kircher (*véase* su mapa de la Atlántida, pág. 25). El erudito alemán tomó su representación subterránea de la descripción de su contemporáneo Pedro Páez, un jesuita que visitó Etiopía a principios del siglo e informó haber visitado las «fuentes del Nilo». Su informe original fue traducido y reproducido por James Bruce, el explorador escocés del Nilo, que pasó más de doce años en África, en *Travels to Discover the Source of the Nile* (*Viajes para descubrir las fuentes del Nilo*) de 1790.

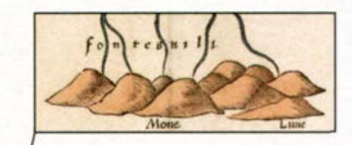
El 21 de abril del año 1618, estando allí con el rey y su ejército, ascendí al lugar, y lo observé todo con gran atención. Descubrí, en primer lugar, dos fuentes redondas, de unos cuatro palmos de diámetro cada una, y vi con gran placer lo que ni Ciro, el rey de Persia, ni Cambises, ni Alejandro Magno ni el famoso Julio César pudieron ver jamás. Las dos aberturas de estas fuentes no tienen ninguna relación con el llano en la cima de la montaña, sino que fluyen del interior de la misma. La segunda fuente se encuentra a un tiro de piedra de la primera; los habitantes dicen que toda la montaña está llena de agua, y añaden que la totalidad del llano sobre la fuente flota y es inestable, con una marca que indica que hay agua bajo él; por esa razón el agua no rebosa en las fuentes, sino que se fuerza a sí misma con gran violencia a los pies de la montaña... La fuente parece estar a la distancia de un tiro de cañón de Geesh...

A principios del siglo XIX, el mito de que los montes de la Luna eran las fuentes del Nilo era ya muy dudoso, lo que no evitó que el diligente John Cary produjera su extraño mapa de 1805 (*véase* pág. 147), en el que une las montañas de Kong con los montes de la Luna para formar una cordillera gigantesca que cruza todo el continente. Los exploradores británicos John Hanning Speke y Richard Francis Burton, una pareja que tuvo discrepancias desde el principio, partieron en 1856 para encontrar las fuentes del Nilo. Fue una extenuante misión de tres años por el interior de África, en la que ambos sufrieron toda suerte de enfermedades tropicales: Burton enfermó gravemente varias veces, y Speke estuvo temporalmente ciego (en una ocasión, también perdió el oído cuando un escarabajo se le introdujo por una oreja y él intentó sacárselo con un cuchillo).

Cuando Burton enfermó hasta el extremo de no poder moverse, Speke continuó la misión en solitario e identificó en 1858 el lago Victoria como la verdadera fuente (frente a la incredulidad y las protestas de Burton). Los dos continuaron disputando hasta que, en 1874, Henry Morton Stanley (el que pronunció la famosa y probablemente inventada frase «Dr. Livingstone, supongo») circunnavegó el lago y confirmó el descubrimiento de Speke.

Esto puso fin al mito de los montes de la Luna, pero se mantuvo la discusión sobre cuáles eran las montañas en las que se había basado. En 1940, el escritor G. W. B. Huntingford propuso que la cordillera se identificara con el monte Kilimanjaro, pero fue ridiculizado por sus colegas, a pesar de que *sir* Harry Johnston había opinado lo mismo en 1911, como lo hizo después el doctor Gervase Mathew en 1963. En la actualidad se piensa que si las descripciones de los montes no fueron puramente ficción, la cordillera nevada de las montañas Rwenzori en la República Democrática del Congo sería la base más probable del mito, debido a su situación en el este del África Ecuatorial.

Tabula Nova Partis Africae *(1541) de Martin Waldseemüller.*



TIERRAS DE BENJAMIN MORRELL

Los exuberantes relatos de las exploraciones de Benjamin Morrell (conocido comúnmente como «el mentiroso más grande del Pacífico») contenían tantos plagios de otros relatos de viajes, que coleccionaba de un modo obsesivo, que, en palabras del oceanógrafo Henry Stommel, resulta difícil discernir «dónde terminan las citas y empieza la experiencia propia de Morrell».



Benjamin Morrell, «el mentiroso más grande del Pacífico».

Nació en 1795 en el condado de Westchester, Nueva York, y a la edad de dieciséis años se fugó, pues soñaba con una vida de aventuras en los mares. Durante varios años navegó como marinero. Durante la guerra de 1812, que estalló debido a las tensiones existentes entre Estados Unidos y Gran Bretaña, fue capturado dos veces por los británicos: la primera permaneció detenido durante ocho meses, y la segunda hubo de permanecer dos años en la prisión de Dartmoor. Tras ser liberado, continuó su carrera como simple marinero, pero su fortuna cambió cuando el cuáquero capitán Josiah Macy se prestó a enseñarle lo necesario para que pudiera graduarse como oficial. En 1821, fue nombrado primer oficial en el *Wasp*, capitaneado por Robert Johnson y le encantó saber que iba a emprender un viaje a las poco conocidas islas Shetland del Sur, que habían sido descubiertas solo tres años antes por el viajero británico William Smith. Tras un año en el que sobrevivió a tormentas y vendavales, en el que casi se ahoga y en el que su embarcación quedó atrapada en el hielo, Morrell regresó a Nueva York, donde fue nombrado capitán del *Wasp*. Se propuso dirigir famosos viajes por su cuenta y, finalmente, escribir un libro que le proporcionara un éxito semejante al conseguido por sus héroes. *A Narrative of Four Voyages…* (*Narración de cuatro viajes…*), de Benjamin Morrell, fue publicado en 1832, escrito aparentemente *a posteriori*, con tremendas exageraciones. Las obras de este tipo suelen estar llenas de autobombo, con narraciones provocativas, pero la de Morrell destaca por su facilidad para descubrir y explorar islas que, simplemente, no existían.



Mapa de El viaje del Endurance, *de la obra* Sur, *la historia de supervivencia más grande jamás contada de Shackleton, el relato de su viaje por la Antártida de 1914 a 1917. La «Tierra de Morrell (donde la situó él) está marcada en el centro.*

NUEVA GROENLANDIA DEL SUR

67° 52' s, 44° 11' o *Conocida también como Tierra de Morrell*

La primera de las tierras quiméricas de Morrell fue Nueva Groenlandia del Sur, que fue avistada durante el primero de sus cuatro viajes. En 1822, al mando de la goleta *Wasp*, de 123 toneladas, Morrell se embarcó en una expedición al océano meridional para localizar zonas donde cazar focas, pasando por Río de Janeiro y las costas de Patagonia. Mientras viajaba hacia el sur, divisó la isla Bouvet (con «improbable facilidad», en palabras del historiador William Mills), e hizo la dudosa afirmación de haber sido el primero en poner un pie en su costa. Le dio este nombre en honor de Jean-Baptiste Charles Bouvet de Lozier, quien la avistó el 1 de enero de 1739, y registró sus coordenadas con una determinación por estima tan imprecisa que nadie, incluido el capitán Cook, pudo encontrarla, hasta que un ballenero británico, el capitán James Lindsay la divisó en 1808 y la bautizó como isla Lindsay. En su diario, Morrell no mencionó la característica más notable y definitiva de la isla, que es que casi toda ella está cubierta por un glaciar que llena el cráter de un volcán inactivo, por lo que su versión de los hechos resulta altamente sospechosa. Por otra parte, su descripción es sorprendentemente parecida a la de George Norris, que desembarcó en ella en 1825.*

Tras una cacería en la que se cobraron 196 focas, Morrell se trasladó a las islas Kerguelen y las Sandwich del Sur, y escribió después que había entrado en el mar de Weddell, frente a la costa noroccidental de la Antártida. Esta era una región totalmente inexplorada. El 19 de marzo de 1824, Morrell avistó «el cabo Norte de Nueva Groenlandia del Sur», después de tres días de observaciones. En aquella tierra «abundan las aves oceánicas de todos los tipos; vimos también unos tres mil elefantes marinos, ciento cincuenta lobos marinos y focas leopardo».

---

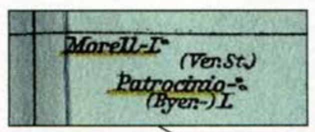
* *Por cierto, Bouvet fue escenario de un misterio muy extraño. En 1964, un barco de aprovisionamiento sudafricano y un buque de la armada británica, el* Protector, *fueron enviados a la isla para que estimaran la idoneidad del lugar como albergue de una estación meteorológica. Allí, en uno de los más remotos lugares de la Tierra, el teniente comandante Allan Crawford descubrió un bote abandonado en una laguna de la isla, entre una colonia de focas. Escribió: «¿Qué extraño drama estaba relacionado con aquel descubrimiento? No había marcas para determinar ni su origen ni su nacionalidad. En las rocas, a unas cien yardas, se encontró un bidón de cuarenta y cuatro galones, y un par de remos, así como trozos de madera y un tanque de flotación de cobre, abierto con algún propósito. Pensamos en un naufragio, e hicimos una breve exploración, pero no encontramos restos humanos». Un equipo de investigación biológica visitó Bouvet de nuevo en 1966, pero en esta ocasión no se hizo mención alguna del bote, que nunca más volvió a verse. El bote salvavidas en los confines del mundo continúa siendo un misterio sin resolver.*

Dada la reputación de mentiroso de Morrell, se tiende a descartar Nueva Groenlandia del Sur como una invención deliberada. De hecho, el historiador Raymond Howgego apunta que su descripción está plagiada de *A Voyage towards the South Pole* (*Un viaje hacia el polo Sur*), de James Weddell. Sin embargo, en esta parte del relato de Morrell se concede poco autobombo, y es muy posible que solo cometiera un error debido a un espejismo antártico (como afirmó más tarde Wilhelm Filchner en el buque de investigación *Deutschland*, en 1912), o quizá por una confusión con icebergs lejanos, combinada con algún fallo de posicionamiento..

ISLA DE BYERS

28° 32' N, 177° 4' E

A su vuelta a Nueva York, Morrell desposó a Abby Jane Wood, en junio de 1824, y trató de iniciar una vida hogareña, pero justo un mes más tarde estaba de nuevo embarcado en un viaje de dos años en el *Tartar*. En abril de 1825, llegó a California, tras pasar por Buenos Aires y las Galápagos, donde permaneció poco tiempo, para dirigirse después a las islas Hawái. Navegó rumbo oeste a lo largo de la cadena de islas, cruzando el meridiano 180°, y el 12 de julio de 1825 registró el hallazgo de una isla que denominó «isla de Byers», para quedar bien con James Byers, el comerciante y propietario del barco.





Un mapa producido en Leipzig hacia 1890 muestra la «Morrell I.» así como la «Byers I.».

Desembarcamos en la isla de Byers, situada a una latitud de 28° 32' norte y a una longitud de 177° 4' este [según su informe]. La isla tiene una altura moderada, con algunos arbustos e indicios de vegetación. Cuenta con unas cuatro millas de circunferencia, y un buen lugar para fondear en su lado sudoccidental, con quince brazas de agua, y un fondo arenoso y con corales. En sus aguas no hay ningún peligro, excepto en la parte sudoriental, donde se encuentran unos arrecifes de coral, que corren en dirección sur unas dos millas. Esta isla alberga aves marinas, tortugas verdes y elefantes marinos; y desde las orillas es posible pescar con anzuelo y sedal muy buenos peces. Se puede conseguir agua dulce en el lado sudsudoeste de la isla, que es de origen volcánico».

Esta isla tampoco existe. El mismo día Morrell registró otra tierra, que, desde entonces, nadie ha podido encontrar, a la que entonces puso su nombre.

ISLA DE MORRELL

29° 57' N 174° 31' E

Después nos dejamos llevar por el viento hacia el norte [escribió Morrell], las aguas estaban perfectamente tranquilas; y tras navegar a sotavento del arrecife a siete millas por hora, durante dos horas, con rumbo entre norte y nornoroeste, divisamos tierra desde la cofa hacia el noroeste. Inmediatamente nos dirigimos allí y, a las 10 a. m., nos encontramos cerca de una pequeña isla baja, con muchas aves marinas y cuyas orillas estaban llenas de elefantes marinos. También había tortugas verdes en abundancia y vimos dos careyes. La isla presenta todas las características de un origen volcánico.



Handbook and Index to accompany a Map of Antarctica *(1939), de E. P. Bayliss y J. S. Cumpston.*

Morrell reporta que en el lado occidental de la isla existe un arrecife de coral de unas 15 millas náuticas (28 km), y otro en el lado sudeste que se extendía unas 30 millas náuticas (56 km), ambos muy buenos para anclar. Dijo que la isla era baja, casi a nivel del mar, y de unos 7 km de circunferencia. Tras explorarla, encontró que aquel territorio no podía proporcionar ni pieles ni ningún otro artículo de valor, por lo que «llevados hacia el norte por el viento, la dejó en su soledad».

A pesar de estos descubrimientos, casi todos inventados para dotar al viaje de más importancia e interés, los patrocinadores neoyorkinos del segundo viaje de Morrell no se mostraron satisfechos con los resultados del mismo, por lo que hubo de esperar tres años hasta conseguir un nuevo contrato.

Las islas de Byers y de Morrell permanecieron en las cartas de navegación durante más de cien años, y sobrevivieron al gran recorte de 124 islas (incluidas tres de ellas sí existentes) que se hizo en las cartas oficiales del Almirantazgo Británico en 1875. Entre 1907 y 1910 se redefinió la línea internacional de cambio de fecha para que las islas de Morrell quedaran en el mismo huso horario que Hawái.

NORUMBEGA

44° 45' N, 70° 17' O *Conocida también como Norombega, Aranbega, Oranbega*





Norumbega en el mapa de América de Ortelius. Muestra también Frislandia, Estotilandia, isla de los Demonios, y la isla de San Brandán (véanse Tierras fantasma del Mapa de Zeno, *pág. 240; Isla de los Demonios, pág. 84; e Isla de San Brandán, pág. 202).*

El muy debatido origen de Norumbega se remonta al viaje de Giovanni de Verrazano en el siglo XVI. Tras su regreso, a lo largo de la costa norteamericana, en 1524, el explorador presentó un informe de sus hallazgos al rey Francisco I de Francia. Le dio más información al cartógrafo Visconte Maggiollo, quien publicó en 1526 un mapa que mostraba todos esos detalles, entre los que se encontraba el descubrimiento de una «villa normanda» en el área ocupada actualmente por la moderna Nueva Inglaterra. Entre tanto, Giralamo Verrazano, hermano de Giovanni, otro cartógrafo y también su confidente, trabajaba en su propio mapa, impreso en 1529, en el que representó un río con la etiqueta de «Norombega», primera presencia reconocible del nombre en la región denominada Maine en la actualidad. Ambos mapas compartían una forma semejante y, aunque inicialmente se le aplicó a un río,

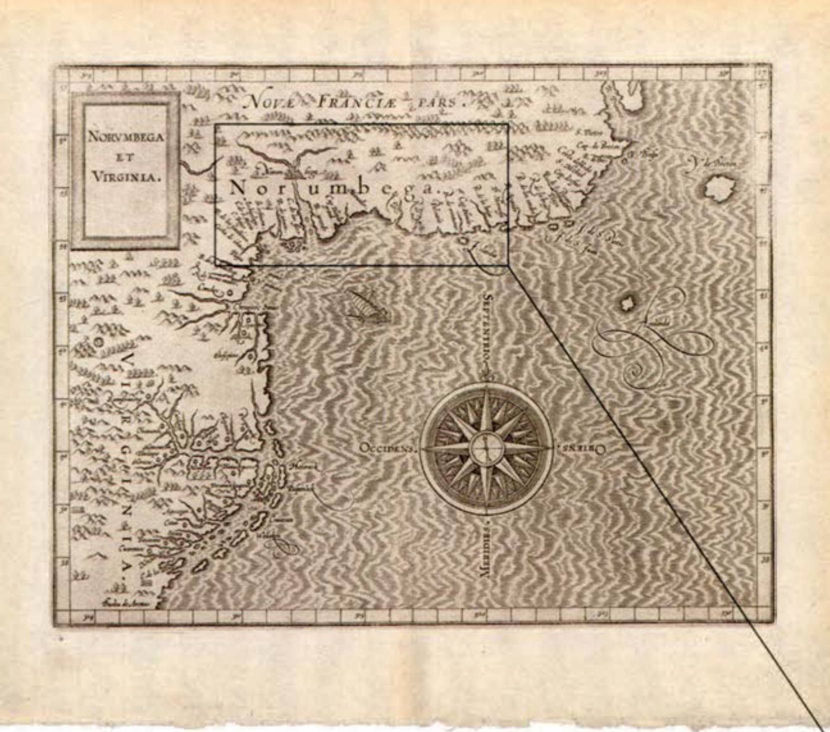
el nombre de «Norumbega» acabó designando una zona de tierra, que fue impresa como tal, por primera vez, en 1542, en el globo terráqueo de Euphrosinius Ulpius. En aquel tiempo, Jacques Cartier estaba realizando su último viaje a lo largo de la costa norteamericana, durante el que su navegante, Jean Alfonce, registró el «Cabo de Norumbegue» (evidentemente, el cabo Cod) hacia el este y, hacia el oeste, el «río de Norumbegue», que parece ser el Narragansett. Unos 64 km al norte se encontraba la ciudad de Norumbega. Escribe Alfonce: «en ella habitan buenas gentes; tienen pieles de todo tipo de animales».

Durante los siguientes sesenta años, con muy pocas nuevas exploraciones francesas en la zona, Norumbega fue incluido en los mapas de la costa este de «Nueva Francia» (*véase* mapa de Ortelius, pág. 170, donde se representan las agujas de una gran ciudad fortificada).

Como aditivo para este cóctel de realidad y confusión, contamos con el nada fiable relato de David Ingram, un marino y explorador inglés del siglo XVI, que afirmó haber caminado 4 830 km por el interior del continente norteamericano, desde México a Nueva

Map of the Americas
de Willem Blaeu (1617).



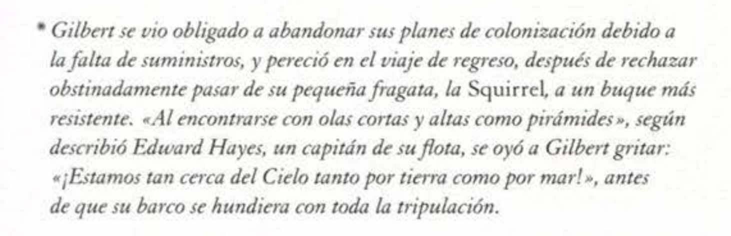


Escocia, en once meses, en 1568. Ingram hace referencia a la ciudad en el relato de su viaje, que fue escrito trece años más tarde por *sir* Francis Walsigham, ya que Ingram era analfabeto, y publicado en *Principales viajes, expediciones, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa*, de Richard Hakluyt. (En la segunda edición, Hakluyt omite la historia de Ingram, y, al respecto, Samuel Purchas hace notar: «Parece que algunas cosas increíbles de sus informes causaron que se le excluyera de la siguiente impresión, para que las mentiras no llegaran a ser consideradas verdades»).



Corneille Wytfliet Norumbege et Virginie *(1597).*

Sobre los pueblos con los que se encontró, Ingram escribió: «Generalmente, los hombres llevan en los brazos brazaletes de oro y plata bastante gruesos», y «las mujeres del país cubren su cuerpo con placas de oro de un modo parecido a una armadura». Pasa después a la ciudad en cuestión, sobre la que dice: «La ciudad tiene media milla de longitud y calles mucho más anchas que cualquiera de las de Londres». Y añade: «Hay una gran abundancia de oro, plata y perlas, y… diversas piezas de oro son del tamaño de mi dedo, y otras, más grandes que mi puño».



* *Gilbert se vio obligado a abandonar sus planes de colonización debido a la falta de suministros, y pereció en el viaje de regreso, después de rechazar obstinadamente pasar de su pequeña fragata, la* Squirrel, *a un buque más resistente. «Al encontrarse con olas cortas y altas como pirámides», según describió Edward Hayes, un capitán de su flota, se oyó a Gilbert gritar: «¡Estamos tan cerca del Cielo tanto por tierra como por mar!», antes de que su barco se hundiera con toda la tripulación.*

Por aquella época, se buscaba Norumbega con entusiasta interés. Ingram regresó a Nueva York en 1583 con *sir* Humphrey Gilbert en su fracasado e infausto* intento de colonizar 9 millones de acres (3,6 millones de hectáreas) en torno al río Norumbega y establecer un asentamiento inglés en Terranova. Los franceses también estaban interesados en tener más información. En 1603, el rey Enrique IV envió a Samuel de Champlain a que hiciera un reconocimiento de aquel presumible Edén. Aunque su búsqueda de Norumbega tuvo como consecuencia la colonia de Port Royal (Annapolis Royal, Nueva Escocia), De Champlain no quedó satisfecho. En las palabras desdeñosas de su cronista, Marc Lescarbot: «Si hubiera existido esa maravillosa ciudad, querría saber quién la destruyó: no hay más que cabañas aquí y allá, hechas de troncos y cubiertas con cortezas de árbol, o con pieles…».



Una edición de 1616 de la relevante Orbis terrae compendiosa descriptio *de Mercator.*

A partir de ahí, los franceses bautizaron como «Norumbega» a un asentamiento nativo en la desembocadura del Penoscot, y el interés se empezó a difuminar, de lo que es prueba su decreciente aparición en los mapas. Resulta extraño que los cartógrafos holandeses continuaran fascinados, y se pueda encontrar Norumbega en las obras de los cartógrafos holandeses hasta bien entrado el siglo XVIII.

CRIATURAS DEL *MAPA DE LAS CRÓNICAS DE NÚREMBERG*

El *Liber Chronicarum*, conocido como *Las crónicas de Núremberg*, de Hartmann Schedel, impreso en Núremberg por Anton Koberger en 1493, es una historia completa del mundo cristiano desde los tiempos de la Creación hasta el momento en que se produjo el libro. Dividida en siete edades del mundo, la historia está basada en varias fuentes clásicas y medievales, desde Pomponio Mela y Plinio el Viejo a Beda el Venerable y Vincent de Beauvais. De entre todos los incunables alemanes, este es uno de los más ilustrados, y cuenta con un mapa que destaca entre sus contemporáneos por las sorprendentes representaciones, parafraseando a Wordsworth, de un parlamento de monstruos que se creía que habitaban en tierras lejanas del mundo conocido.



El reverso del Liber Chronicarum *de Hartmann Schedel (1493).* Véanse *págs. 176 y 177 para observar el mapa.*

La primera edición del libro se imprimió en latín en 1493, y una posterior en alemán, del mismo año, algo simplificada, fue concebida para los lectores menos instruidos. Como en otros mapas medievales, especialmente en lo relativo a las ilustraciones, una de las que más se utilizaron como referencia es *Collecteana rerum memorabilium* (*Colección de hechos memorables o el erudito,* editado en España), de Cayo Julio Solino (h. 250 d. C.), a quien se conoció como el «Mono de Plinio» por sus detractores, debido a su descarada apropiación de los absurdos elementos de la *Historia natural*, una enciclopedia de los conocimientos antiguos del gran escritor. Los vivos retratos de las razas monstruosas descritas por Plinio, Mela y otros se convirtieron en un éxito inmediato y se mantuvieron en auge durante un milenio. Aunque «culpable de muchas falsedades» (como afirma Alberto Magno), Solino

tuvo una gran influencia en las posteriores representaciones de raras especies homínidas de las que se rumoreaba que existían en las regiones oscuras más allá del mundo conocido.

El *Mapa de las Crónicas de Núremberg*, aquí en su edición original en latín, es quizá el ejemplo más logrado de estos retratos mitológicos. En tres esquinas del dibujo se encuentran los hijos de Noé, que, según las Escrituras, se dividieron el mundo después del Diluvio Universal: Sem y sus descendientes ocuparon Asia, Jafet, Europa, y Cam, África. Otro lugar de interés es la mítica isla de Taprobana, dibujada en el extremo este del océano Índico (*véase* Taprobana, pág. 220). Sin embargo, lo más fascinante es la galería de criaturas situada en el extremo izquierdo del mapa, junto con un doble panel en el reverso. Todas ellas presentan una biología anómala, pero no les da nombres, por lo que no hay certeza de cuáles son las criaturas legendarias que aparecen representadas.



A Este personaje se denomina el «hombre de seis manos». En las historias de Alejandro Magno (una parte de las cuales fueron consideradas una farsa escrita por un autor al que se llamó Pseudo-Calístenes), se decía que este pueblo vivía en India.



B Las gorgadas Se supone que estas mujeres cubiertas de pelo son las mismas criaturas sobre las que escribe Plinio, y a las que llama Gorgadas («parecidas a la Gorgona»). Vivían supuestamente en islas esparcidas por el Atlántico. Pierre d'Ailly en *Imago Mundi* y otros opúsculos las describe así: «Las islas Gorgodas, en el océano…, están habitadas por las gorgadas, mujeres de carácter destructor, de cuerpos toscos y peludos». También Homero cita a las Gorillae, mujeres peludas. En su primer viaje, Colón llevó consigo las obras de Plinio y de d'Ailly, pero parece que estaba más interesado en hallar a las amazonas que a la raza femenina peluda.



IAPHET

Chorus qui et agrestes.

Fauonius zephirus

Affricus uel lips

Libanotus

Auster uel

Ventorum quatuor cardi nales sunt primus Septentrio flat rectus ab axe faciens frigora et nubes huic dexter Circius nives et grandines A sinistris boreas constringens Secundus subsolanus ab ortu spatiis vulturnus desiccans eurus nubes generans Tercius auster humidus fulmineus A dextris euro auster calidus a sinistris euro notus tempestuosus Quartus zephirus hiemem resoluens producens flores a latere affricus generans ful mina et corpus nubila faciens

ORbis dicitur a rota z est q̄libet figura sperica z rotunda. Et ideo mūd⁹ orbis dr̄. q2 rotūd⁹ ē: z dr̄ orb terre vl' orbisterrarū. Dicūt āt ſm vincē. filij sem obtinuiſſe aſiā. filij chā affricā z filij iaphet europā. Iſid. in li. Ethy. aſſerit ꝙ orbis diuiſus ē in tres partes ſ3 nō ēq̄liter. Nā aſia a meridie ꝑ orientem vſq3 ad ſeptētrionem ꝑuenit. Europa vō a ſeptētrione vſq3 ad occidentē ꝑtingit. Sed affrica ad occidentem ꝑ meridie3 ſe extendit. Sola quoq3 Aſia

Secunda etas mūdi Foliū XIII



unda. Et
orbisterra
ij chā affri
uisus ē in
ad septē-
ē ptingit.
uoqꝫ Asia

continet vnam partem nostre habitabilis.s.medietatem:alie vo ptes.s.affrica τ europa aliam medietatez sunt sortite. Inter has autem partes ab occeano mare magnū progreditur.easqꝫ intersecat: quapropter si in duas partes orientis τ occidentis orbem diuidas in vna erit asia in alia vo affrica τ europa. Sic autem diuiserunt post diluuiū filij Noe:inter quos Sem cum posteritate sua asiam. Japhet europam:cham affricam possederunt.vt dicit glo.super Gen.x.τ super libro Paralippo.primo. Idem dicit Crisostomus Isidorus τ Plinius.



C Estos seres polidáctilos se describen en el texto de las *Crónicas de Núremberg* como una especie de hombres que viven en el agua desnudos e hirsutos, algunos de los cuales tienen seis dedos en las manos y los pies. (En otro lugar, y sobre el fenómeno del exceso de dedos, Plinio, en su Libro XI, detalla: «Ha llegado a nuestro conocimiento que las dos hijas de un hombre de una familia patricia, de nombre Marcus Coranius, eran llamadas las Seis Dedos en ese relato»).



D El hipocentauro Schedel, el autor de las *Crónicas de Núremberg*, relata que, en India, los hay que viven en el agua y que son mitad hombre y mitad caballo. Plinio afirma haber visto con sus propios ojos el cadáver de un hipocentauro conservado en una cuba de miel y traído de Egipto durante el reinado de Claudio César.



E Estas son una especie de mujeres con barbas que les llegan hasta los pechos, pero que son calvas. De nuevo, estos personajes están relacionados con las leyendas de Alejandro, pero con una variación en la que las describe como cazadoras con perros en las montañas de India. Plinio advierte: «Evita a una mujer con barba como si fuera la peste».



F Los nisyti En Etiopía, hacia el este, viven hombres con cuatro ojos. Esto podría ser una exageración figurativa tomada literalmente, ya que en los escritos de Plinio se encuentra la adenda: «No es porque ese pueblo tenga realmente esa conformación, sino por ser notables por la puntería infalible de sus flechas».



G En Europa se creía que había personas con el cuello como el de las grullas y con pico en lugar de boca. Esto es una metáfora para las buenas cualidades de los jueces, con su boca a suficiente distancia de su corazón, de modo que tengan tiempo de considerar el tema antes de hablar. «Si los jueces fueran así», escribe Plinio,«habría menos sentencias injustas».

H Los cinocéfalos Hombres de las montañas con cabeza de perro que se vestían con las pieles de animales salvajes. Se comunicaban entre ellos con ladridos, y utilizaban hábilmente sus garras para cazar aves. Según cuenta el historiador griego Ctesias, su población era de unos 120 000 individuos. El origen de esta criatura se basaba probablemente en una especie de mono, quizá en los babuinos. Solino escribe también sobre los simeanos con cabeza de perro regidos por un rey perro.





I Los arimaspos Eran un pueblo fantástico de individuos con un solo ojo que vivía en Escitia, «el país en el norte», en un distrito llamado Geskleithron, y que mantenían un enfrentamiento constante con los grifos por el oro que las bestias sacaban de las montañas y guardaban celosamente. Era habitual que la gente ocultara su dinero y objetos preciosos bajo tierra, por lo que tenía sentido que circularan leyendas sobre esos tesoros enterrados custodiados por serpientes y dragones.

J Los blemias Schedel escribe: «En Libia hay quienes nacen sin cabeza, pero tienen boca y ojos». Los blemias constituyeron en realidad un reino nubio tribal nómada, descrito por Estrabón como una raza pacífica. Existieron entre el 600 a. C. y el siglo VIII d. C., pero más tarde fueron convertidos en los ficticios blemias, una legendaria especie acéfala. Shakespeare los menciona en *Otelo* como caníbales «cuya cabeza crece por debajo de sus hombros», asimilándolos a los antropófagos, una raza devoradora de hombres.





K El abarimon Se decía que en lo que hoy se conoce como los Himalayas, había un vasto país llamado Abarimon, cuyos habitantes eran de una raza salvaje que tenían los pies girados hacia atrás, pero que, a pesar de ello, eran muy veloces, y convivían con las bestias salvajes. No podían respirar en otro clima que en el suyo propio, por lo que resultaba imposible llevarse a ninguno para presentarlo ante el rey. Esto lo cuenta también Aulus Gellius, entre otros interesantes relatos, en el capítulo «Sobre las curiosidades sorprendentes de las naciones bárbaras», IX c. 4. Entre sus fuentes cita a Aristeas y Isigonus, a los que designa como «escritores de indudable autoridad».



L En Libia vivía esta raza andrógina. Schedel escribe: «Algunos tienen doble sexo, con el pecho derecho masculino y el izquierdo femenino. Son indiscriminados en sus relaciones y tienen hijos».



M Los esciápodos (Pies de sombra) Estos tenían una sola pierna y un pie muy grande, a pesar de lo cual eran muy ágiles. En verano, tumbados de espaldas, se protegían del sol a la sombra de su gran pie, de ahí su otro nombre. (Se creía también que vivían en la isla de Taprobana; *véase* pág. 220).



N Los bebedores por pajita «Hacia el Paraíso», escribe Schedel, «junto al río Ganges, hay un pueblo que no come. Sus bocas son tan pequeñas que se ven obligados a beber con una pajita. Viven del olor de las frutas y las flores. Si encuentran malos olores, mueren rápidamente».



O Los esquiritas Una raza sin nariz, de cara plana y de baja estatura, que se encontraba también «hacia el Paraíso, junto al río Ganges», y cuya existencia fue confirmada por Megástenes.



P Los amyctyrae Algunos tenían el labio inferior tan grande que les llegaba a cubrir toda la cara. Solo comían alimentos crudos y podían utilizar su gigantesco labio inferior como sombrilla para protegerse del sol.



Q Los panóteos En Sicilia vivía un pueblo cuyas orejas eran tan grandes que les cubrían todo el cuerpo. Les llegaban al suelo y las utilizaban como mantas para calentarse. Eran muy tímidos, y cuando llegaban viajeros utilizaban las orejas como alas para echarse a volar.



R Los sátiros Schedel escribe: «... algunos tienen cuernos, largas narices y pies de macho cabrío; de ellos se habla en las leyendas de San Antonio».



S En Etiopía, hacia el oeste, hubo gente con un solo pie, pero muy ancho. Eran tan rápidos que podían perseguir con éxito a los animales salvajes.



T Los hipópodos En Escitia hubo gente con cascos como los caballos que, según Plinio, vivían cerca del Báltico.



U Esta gente, que medía un solo codo de altura, tenía una esperanza de vida de ocho años. Vivían en las montañas de India, «cerca del gran mar, en una región saludable y siempre verde». Sus mujeres daban a luz a los cinco años, y sostenían constantes batallas con las grullas, sus odiados enemigos.

GIGANTES PATAGÓNICOS

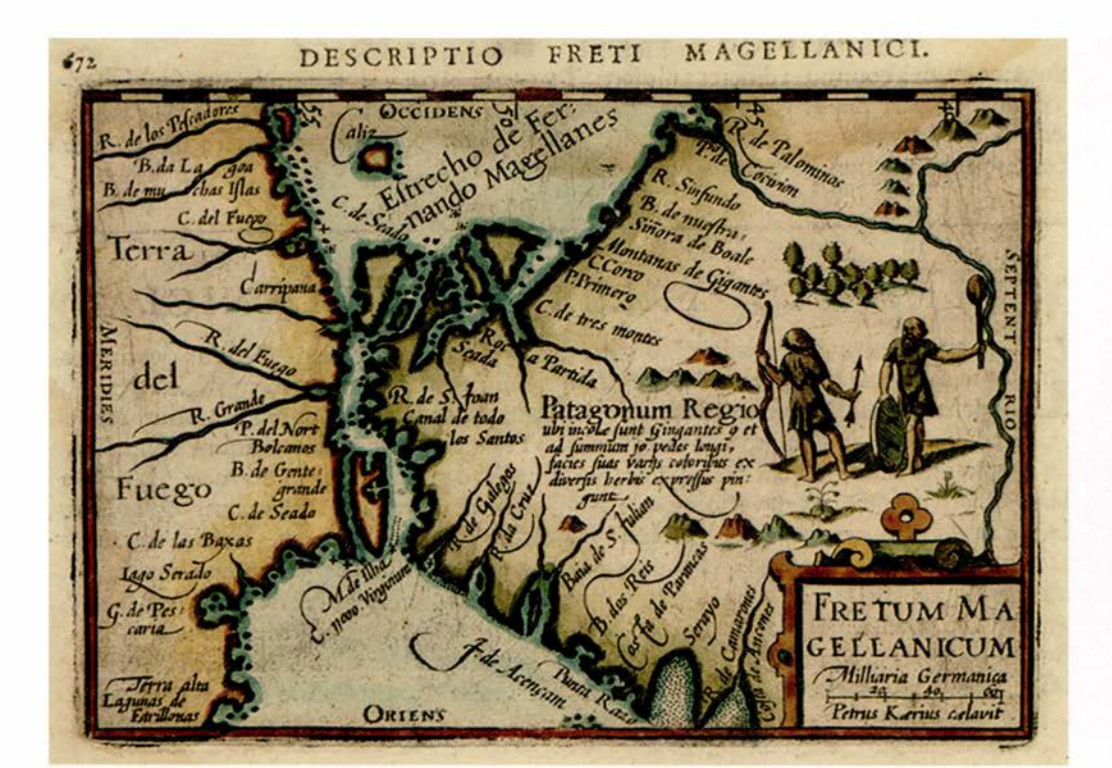
49° 18' s, 67° 43' o

«Se ha confirmado la existencia de los gigantes».
Doctor Matthew Maty, secretario de la British Royal Society, en una carta a la Académie royale des sciences francesa en 1766.

En el siglo XVIII imperaba en Europa la Ilustración, un movimiento en el que las doctrinas y los dogmas eran desafiados por la ciencia y la razón, lo que hace de lo más sorprendente la popularización de la creencia en una raza de gigantes de 2,7 m que acechaba en el paisaje de la Patagonia. En 1766 el barco británico *Dolphin*, capitaneado por John *Foul-Weather Jack* Byron (abuelo del poeta), volvía a Londres de una expedición por Sudamérica, trayendo sorprendentes noticias. Se había descubierto un nuevo país, cuyos habitantes medían al menos 2,6 m. Charles Clerke, uno de los oficiales de la expedición, testificó que había pasado dos horas viendo cómo Mr. Byron había examinado y medido a los gigantes. Afirmó que ninguno de ellos medía menos de 2,5 m, que algunos sobrepasaban los 2,7 m, y que las mujeres medían entre 2,3 y 2, 5 m.



Un detalle del mapa Americae Sive Qvartae Orbis Partis Nova Et Exactissima Descriptio, *de Diego Gutiérrez (1562). Muestra una «Tierra de los patagones» (Tierra de los pies grandes) con la ilustración de dos gigantes nativos, que sobresalen sobre un visitante europeo.*



Las leyendas míticas relativas a gigantes tenían precedentes; aparecían regularmente en el Antiguo Testamento, y habían transcurrido cuarenta años desde la publicación de los diarios de Gulliver, de Johnatan Swift y sus aventuras en Brobdingnag. Sin embargo, estos hechos no responden a la cuestión de por qué una falacia tan extravagante fue tan ampliamente aceptada. En realidad, hubo quienes ridiculizaron la historia, pero para muchos era la confirmación de rumores seculares que se remontaban hasta 1522. En ese año, tuvo lugar la circunnavegación de Fernando de Magallanes, completada por Juan Sebastián Elcano. Antonio Pigafetta, que acompañó al explorador en su viaje, es considerado el responsable de difundir el mito en su *Primer viaje alrededor del mundo: relato de la expedición de Magallanes y El Cano*, publicado en 1524. Describe las circunstancias de un descubrimiento que siguió a un desembarco a 49,5° de latitud:

Un día, de repente vimos a un hombre desnudo de estatura gigante a la orilla del puerto, bailando, cantando y arrojando tierra sobre su cabeza. Cuando el gigante estaba ante el capitán general y nuestra presencia, se maravilló mucho, e hizo señales con un dedo levantado hacia arriba, al creer que habíamos llegado desde el cielo. Era tan alto que le llegábamos solo hasta el pecho, y estaba bien proporcionado. Tenía la cara grande y toda pintada de rojo, con los ojos ribeteados de amarillo; y llevaba dos corazones pintados en las mejillas.

Antiguo mapa (h.1598) del estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego de Petrus Bertius hecho para miniaturas de atlas. Los gigantes patagones se ven a la derecha.

Magallanes bautizó a aquellas gentes como patagones («patagão», del portugués, *pata gau*, es decir: «pata grande»), con lo que Patagonia se traduciría como «país de los pies grandes». (Otra teoría es la de que Magallanes se inspiró en el monstruoso personaje Patagón del libro de caballerías *Primaleón*, publicado diez años antes de que iniciara su viaje). Los mapas que se produjeron en ese tiempo y los subsiguientes llevaban este topónimo, a veces con la alternativa de «regio gigantum» (región de los gigantes).

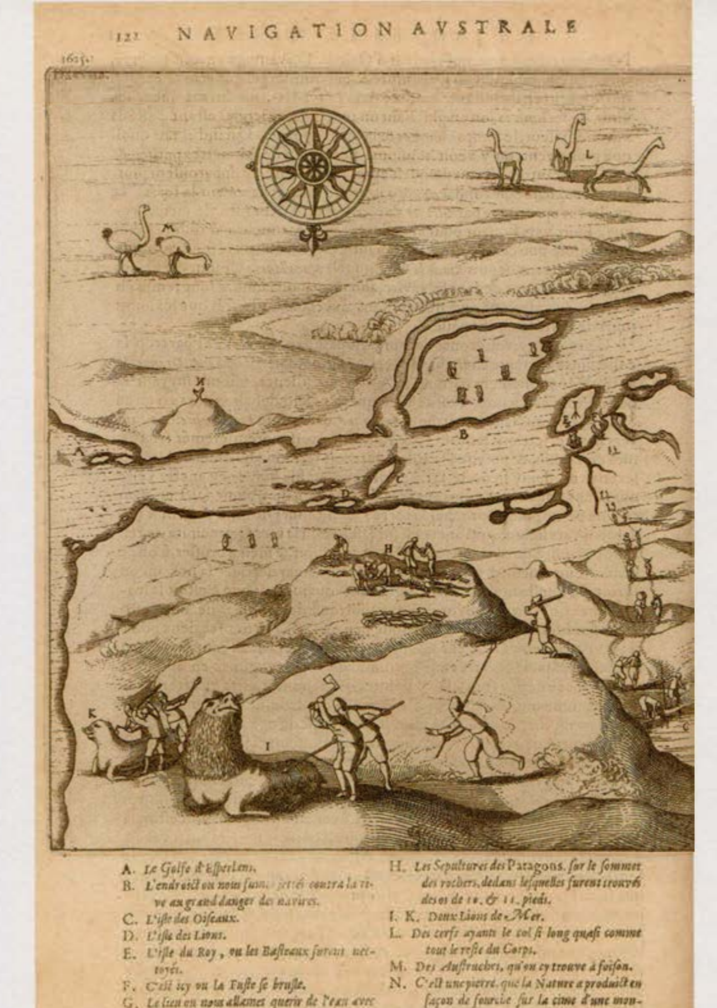


Grabado en la ilustración del frontispicio de A Voyage Round the World... *(1767), que muestra a un miembro de la tripulación de John Byron ofreciendo un dulce a una familia patagona gigante.*

Después de este, se produjeron varios avistamientos de gigantes. En 1579, Francis Fletcher, capellán del barco de Francis Drake, manifestó haber encontrado «hombres tan altos y grandes... tan extraordinarios que no hay comparación con ninguno de los hijos de los hombres en este mundo», y añadió que tenían una altura de 7 ½ pies (2,3 m) basándose en la altura total del más alto de todos. El mismo año, Pedro Sarmiento de Gamboa fue enviado por el virrey del Perú para hostigar a los barcos ingleses y cartografiar el estrecho de Magallanes. Su registros de la misión incluyen la afirmación de que los nativos eran «gente muy alta... gigantes», que tenían una fuerza fenomenal. En 1587, *sir* Thomas Cavendish observó asombrado huellas «de una raza de gigantes, ya que una de ellas tenía una longitud de dieciocho pulgadas» (457 mm); mientras que su compañero Anthoine Knivet describió, en 1591, a un joven patagón de «trece palmos de altura» (unos 2,7 m).

Los informes de testigos se hicieron más escasos, pero, como sucedería con el dodo en una tierra libre de depredadores, sin pruebas en contra, la leyenda continuó viva hasta 1766, cuando parecieron confirmarla los descubrimientos del *Dolphin*. En 1767, se publicó un relato del viaje de Byron y se convirtió en un éxito de ventas, en especial por su exhaustiva descripción de los gigantes y una ilustración en el frontispicio de un miembro de la tripulación del *Dolphin* ofreciendo un dulce a una enorme pareja de patagones.

Tras dos meses de dudas, el periódico *London Chronicle* se puso del lado de la tripulación del *Dolphin*, y publicó una carta que el secretario de la Royal Society, el doctor Maty, escribió a la Académie royale des sciences francesa: «Se ha confirmado la existencia de los gigantes. La tripulación de uno de nuestros barcos que ha regresado de un viaje alrededor del mundo ha visto y examinado entre 400 y 500 patagones de una altura de al menos ocho o nueve pies; el capitán del barco, que mide seis pies, casi no llegaba con la mano a la barbilla de uno de aquellos hombres».



Detalle del Mapa del estrecho de Magallanes desarrollado por la expedición Schouten y Le Maire *(1616). El texto del símbolo «H» en el centro dice, traducido del francés: «Las sepulturas de los patagones, en la cima de los riscos, en las que se encontraron esqueletos de 10 y 11 pies».*

Sin embargo, el interés empezó a disminuir. El *Journal Encyclopedique*, una de las publicaciones más prestigiosas de Francia, publicó un artículo en el que afirmaba que la historia era un engaño para distraer la atención de los propósitos mercenarios de los barcos ingleses en aguas argentinas. Y, en 1773, se publicó una de las series de libros más populares del siglo XVIII, los relatos oficiales del Almirantazgo de los viajes emprendidos por el comodoro Byron, el capitán Wallis, el capitán Carteret y el capitán Cook, en los que todos los exploradores confirman que la estatura de los nativos era ligeramente superior a 6 pies (1,8 m), acabando con el mito, para gran decepción de los lectores.

Se cree que las gentes encontradas por los europeos eran, de hecho, nómadas indígenas tehuelches, con una estatura media de 6 pies (1,8 m). Para los europeos, cuya estatura media aquel tiempo era de cinco pies y cinco pulgadas (1,6 m), los nativos podían haber parecido amenazadoramente grandes, pero sin merecer en ningún modo la etiqueta de «gigantes».

ISLA PEPYS

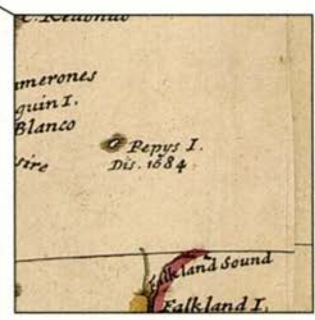
47° 34' s, 58° 24' o

En noviembre de 1683, navegando frente a la costa de Guinea, el comandante bucanero Ambrose Cowley y su inquieta tripulación de piratas divisaron un buque danés anclado, que parecía una presa apetecible. Toda la tripulación, salvo algunos hombres, se escondió bajo cubierta para dar la impresión de que se trataba de una inofensiva embarcación mercante, y sorprendieron y aprisionaron a los daneses y sus cuarenta cañones con la sola pérdida de cinco hombres. Los piratas quemaron su viejo barco «para que no contara historias», y en el nuevo, que rebautizaron como *Bachelor's Delight*, pusieron rumbo al estrecho de Magallanes. Durante esa etapa de un viaje de intensa actividad, en enero de 1684 hicieron un descubrimiento que Cowley anotó en su diario, que posteriormente fue editado y publicado por William Hacke: «A una latitud de 47°, vimos tierra, una isla desconocida hasta entonces. Le di el nombre de Isla Pepys». Hacke incluye también un mapa de la isla, con detalles tales como «bahía del Almirantazgo» y «punta del Secretario».

Sin embargo, cuando examinamos el manuscrito original de Cowley (antes de que fuera editado por Hacke) encontramos que la entrada es fundamentalmente diferente. Resulta que Cowley nunca mencionó la isla «Pepys», ni describió ninguna bahía del Almirantazgo ni una punta del Secretario. Parece ser que Hacke adornó el relato para halagar a Samuel Pepys, secretario del Almirantazgo, y modificó una referencia crucial hecha por Cowley: «Del mismo modo, esa noche vimos otra isla, que me hizo pensar que era la Sebald de Weerts».

El impacto de este retoque editorial fue considerable. La isla Pepys se puede encontrar en no menos de 111 mapas publicados entre 1699 y 1831 (siete de los cuales la incluyen, pero sin darle nombre). Esta tierra misteriosa es una de los territorios fantasma en los que más se ha creído, y fue buscada por la flor y nata de la exploración. Así lo hizo el doctor Edmond Halley en 1698 (que más tarde interrogó con escepticismo a George Psalmanazar sobre su supuesto origen formoseño; *véase* Formosa de George Psalmanazar, pág. 110). Posteriormente, en el siglo XVIII fue objeto de investigaciones por parte de George Anson





A Large Map of South America *de Herman Moll (1710), que muestra la Isla Pepys frente a la costa este de la Patagonia.*

en 1740-1744, John Byron en 1764, del capitán Cook en dos de sus famosos viajes, de Louis Antoine de Bougainville, así como de Jean-François de Galaup, conde de La Pérouse, entre otros. Un barco tras otro navegaron por las aguas llenas de algas frente a la costa de la Patagonia, oteando el horizonte vacío. La búsqueda fue estimulada, en 1770, por la afirmación de José Antonio Puig de haber avistado una isla en la posición de la isla Pepys. En combinación con la «isla Puig», así como con otra isla fantasma de la época buscada por los franceses, conocida como la «Gran Isla», el mito de Pepys se revitalizó.

La realidad es que el misterio se habría podido resolver fácilmente si la entrada en el diario de Cowley hubiera sido cotejada con lo indicado en *A New Voyage Round the World* (*Un nuevo viaje alrededor del mundo*) de 1697, de William Dampier, donde el pirata registra: «El 28 de enero (1683-1684) llegamos a las Sebald de Weerts. Son tres islas rocosas desiertas, sin árboles; solo crecen en ellas algunos arbustos. Las dos más septentrionales están a 51° S, y la otra, a 51° 20' S». Dampier era un localizador mucho más hábil que Cowley (quien además escribió su diario más tarde y de memoria), y ello muestra que este cometió un error de cuatro grados. Más de un siglo de confusión e infructuosos esfuerzos se debieron a que lo que se pasó por alto (algo comprensible, pues los bucaneros cambiaban de barco con frecuencia) fue el hecho de que Dampier y Cowley estaban a bordo del mismo barco, y veían las mismas islas existentes: las «Sebald de Weerts». La combinación de los alegres recortes del editor Hacke y el error de posicionamiento de cuatro grados de Cowley sacaron una isla de la nada. Las «Sebald de Weerts», una de las cuales confundió Cowley con una nueva isla, se conocen hoy con otro nombre: las islas Malvinas.

Páginas siguientes: A New and Correct Map of the World *(1702) de W. Godson.*



A NEW AND CORRECT MAP of the WORLD
Laid down according to the Newest Observations & Discoveries In several different Projections Including ye Trade Winds Monsoons Variation of the Compass, and Illustrated with a Celestial Planisphere, the various Systems of PTOLOMY, COPERNICUS, and TYCHO BRAHE. Together wth ye Appearance of the Planets &c.
Sold By George Willdey at ye great Toy & Print Shop ye corner of Ludgate street next St. Pauls Church Yard LONDON
The SUN Enlightning the EARTH
THE ARCTIC CONTINENT
The Arctic Circle
NORTH AMERICA
MEXICO
The Tropic of Cancer
THE WESTERN OR ATLANTIC OCEAN
THE PACIFIC OCEAN
The Æquator or Equinoctial Line
TERRA FIRMA
SOUTH AMERICA
The Tropic of Capricorn
GREAT SOUTH SEA OR MAR DEL ZUR
NEW ZELAND
The Antarctic Circle
THE ICY SEA
Pepys I.
45 Deg
THE GREAT SOUTH SEA
MAR DEL ZUR
SOUTH AMERICA

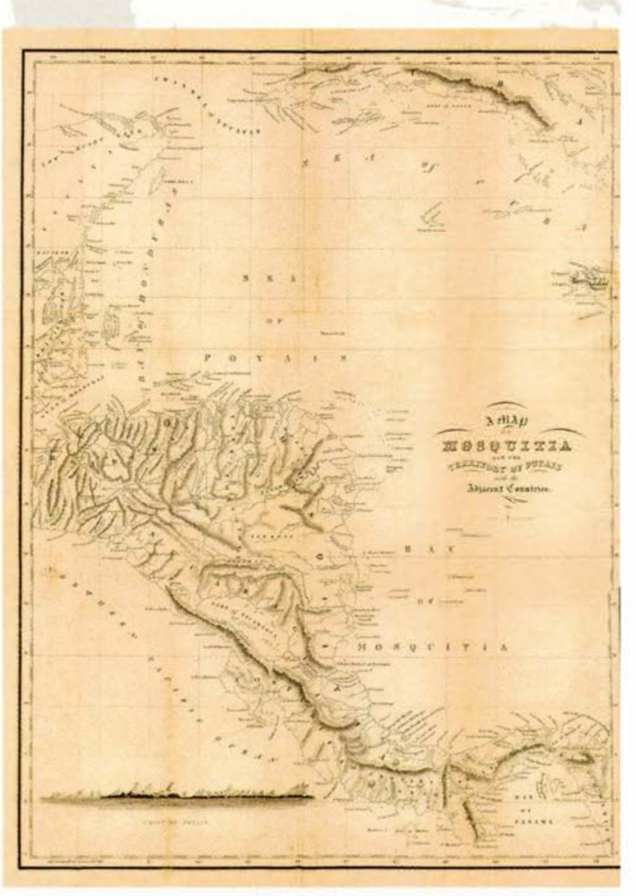


A Projection of ye World upon Equidistant Meridians and Parallels
THE HYPERBOREAN OCEAN
THE ARCTIC CONTINENT
THE BRITISH ISLES
INDEPENDENT TARTARY
BARBARY
AFRICA
ETHIOPIA
THE INDIAN SEA
THE ETHIOPIC OCEAN
THE EASTERN OCEAN
NEW HOLLAND
The Antarctic Circle
The Face of the MOON
TYCHO's SYSTEM
Mercury
The SUN Enlightning ye MOON
Saturn
By Mr. Cassini
Jupiter with his 4 Satellites
By Mr. Cassini
THE GREAT SEA
MAR DEL ZUR

TERRITORIO DE POYAIS

15° 49' N, 85° 06' O

Hay mentirosos desvergonzados, hay defraudadores descarados, y hay un nivel de deshonestidad que solo ha alcanzado un hombre: «*sir*» Gregor MacGregor. En 1822, las naciones sudamericanas, como Colombia, Chile y Perú, estaban de moda en un indolente mercado de inversiones, al ser tierras de oportunidades, que emitían bonos a un interés tan provechoso que no era posible dejar de adquirirlos. Fue entonces cuando el carismático «Cacique de Poyais» se presentó en Londres, resplandeciente de medallas y condecoraciones que le había concedido George Frederic Augustus, rey de la Costa de Mosquitos, agitando el documento de una concesión de tierras que el monarca le había otorgado para su propio reino, y fue muy bien recibido. Quizá si hubiera sido un total desconocido podría haber suscitado desconfianza, pero era un hombre con excelente reputación: *sir* Gregor MacGregor, tataranieto de Rob Roy, era famoso por su valiente actuación en la batalla de La Albuera, en la guerra de independencia de España, donde formó parte del 57.º regimiento de infantería (este recibió el apelativo de los «Die-Hard» como consecuencia de la misma). Más tarde, como soldado de fortuna, había luchado con denuedo a las órdenes de Francisco de Miranda y de Simón Bolívar contra los españoles: era un héroe. Y ahora estaba en Londres, tras sus recientes aventuras, con su glamurosa esposa Josefa de Poyais, en busca de inversiones en su incipiente nación.



Un mapa de Mosquitos y el territorio de Poyais con los países adyacentes *(1822).*

¡Y lo que contaba de su nueva patria! Unos 8 millones de acres (3,2 millones de hectáreas) de abundantes recursos materiales y exquisita belleza; un suelo fértil a la espera de agricultores expertos; mares repletos de peces y tortugas, y un campo rebosante de caza; ríos llenos de «pepitas de oro nativo». Se publicó un folleto promocional de la región, *Sketch of the Mosquito Shore: Including the Territory of Poyais* (1822), donde se exponía una visión utópica y más detalles de «las muy numerosas ricas minas de oro en el país, especialmente la de Albapoyer, que podía ser explotada para obtener grandes beneficios». Y lo mejor de todo, por una modesta suma, cualquiera podía obtener una parte de ese paraíso.



Un dólar del Banco de Poyais, impreso para Gregor MacGregor por el impresor oficial del Banco de Escocia.



Uno de los títulos de propiedad de tierras vendido a los colonizadores de Poyais (este para una parcela de 20 acres [8 hectáreas]).

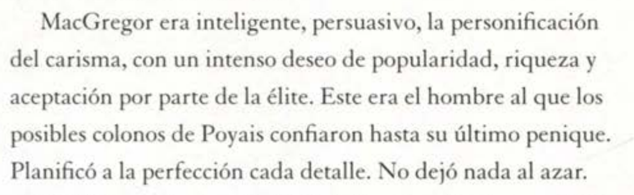
Por solo dos chelines y tres peniques, decía MacGregor a su embelesada audiencia, un acre (0,4 hectáreas) de la tierra de Poyais podía ser suyo. Eso quería decir que si uno reunía poco más de 11 £, podría poseer un lote de 100 acres (40 hectáreas). Poyais necesitaba mano de obra especializada; los copiosos bosques ofrecían un gran potencial comercial y los campos, trabajados correctamente, darían abundantes cosechas. Un hombre podría vivir como un rey por una pequeña parte del costo de la vida británico. Aquellos que eran demasiado «nobles» como para dedicarse a los trabajos manuales podían optar a títulos prestigiosos, disponibles para el mejor postor. Un financiero de la *City*, de nombre Mauger, se sintió profundamente emocionado al ser nombrado director del Banco de Poyais; un zapatero corrió a su casa para comunicarle a su esposa que había sido nombrado zapatero oficial de la princesa de Poyais. Familias deseosas de asegurar un futuro a sus hijos compraron cargos en el ejército y la armada de Poyais.

MacGregor había empezado su carrera en la armada británica a los 16 años, cuando su familia compró para él un cargo de alférez en 1803, al inicio de las guerras napoleónicas. En un año fue ascendido a teniente, y empezó a desarrollar su obsesión por el rango y el vestido. Se retiró de la armada en 1810, tras un problema con un oficial superior por «una causa trivial», y en ese momento su imaginación empezó a desempeñar un papel predominante en su comportamiento. Él mismo se adjudicó el título de coronel y la placa de caballero de la Orden de Cristo portuguesa. Rechazado por la alta sociedad de Edimburgo, mejoró sus credenciales en Londres, donde se presentó como «*sir* Gregor MacGregor». Decidió ir a Sudamérica, para añadir más lustre a su reputación y regresar como un héroe. Al llegar a Venezuela,

a través de Jamaica, fue recibido calurosamente por Francisco de Miranda, que le dio el mando de un batallón para ayudarle a luchar contra los españoles en la guerra venezolana de independencia. Más tarde, cuando Miranda fue apresado, sirvió a las órdenes de Simón Bolívar. Las operaciones se extendieron hasta Florida, donde concibió, de forma embrionaria, lo que orquestaría más tarde en Londres, al conseguir 160 000 $ vendiendo concesiones a inversores, representativas de parcelas del territorio de Florida. Cuando se aproximaron las fuerzas españolas, despidió a sus hombres y huyó a las Bahamas, sin haber devuelto el dinero.



Retrato de «Su alteza Gregor, cacique de Poyais».



MacGregor era inteligente, persuasivo, la personificación del carisma, con un intenso deseo de popularidad, riqueza y aceptación por parte de la élite. Este era el hombre al que los posibles colonos de Poyais confiaron hasta su último penique. Planificó a la perfección cada detalle. No dejó nada al azar.

El 10 de septiembre de 1822, el *Honduras Packet* zarpó del puerto de Londres, con setenta entusiasmados pasajeros, cargado de suministros, y un cofre lleno de dólares de Poyais, producidos por el impresor oficial del Banco de Escocia, por los que los emigrantes habían cambiado su oro y moneda legal.

Tras despedir al *Honduras,* MacGregor se dirigió a Edimburgo y Glasgow para hacer la misma oferta a los escoceses. El espectacular fracaso del proyecto del Darién a finales del siglo XVII (en el que el reino de Escocia había intentado establecer una colonia en el istmo de Panamá) había llevado a la bancarrota virtual al país, y cualquier indicación de que la historia pudiera volverse a repetir se habría acogido con extremo cuidado. Pero MacGregor era un escocés, un patriota y un soldado. Por desgracia, también tenía un pico de oro. Vendió una nueva franja de terreno de Poyais, y se preparó una nueva expedición. El 14 de enero de 1823, el *Kennersley Castle* zarpó del puerto de Leith, Escocia, al mando de Henry Crouch, con 200 futuros ciudadanos de Poyais, ansiosos de unirse a los viajeros del *Honduras Packet* en su nueva patria.

Para su completa confusión, cuando los colonos llegaron a su destino, solo se encontraron pantanos infestados de malaria y de espesa vegetación, y ningún atisbo de civilización. No había ningún Poyais, ninguna tierra de abundancia, ninguna ciudad capital. Habían sido engañados. Incapaces de emprender el viaje de regreso a su país, no les quedó otro remedio que desembarcar sus provisiones y levantar un campamento. En abril no había cambiado nada. No se había encontrado ninguna ciudad, no había llegado ninguna ayuda y el campamento estaba sumido en la desesperación. Las enfermedades se propagaban y ese mes murieron ocho colonos. El zapatero al que se le había prometido el cargo de «zapatero de la princesa» perdió toda esperanza de volver a ver a su familia y se pegó un tiro en la cabeza.

En medio de esta situación límite, apareció un barco en el horizonte, que, lo más importante, enarbolaba la bandera británica. El *Mexican Eagle*, de Belice, pasaba cerca en una misión diplomática y divisó el campamento. Los debilitados colonos fueron llevados a bordo y emprendieron su lento y terrible viaje de regreso a Londres, tras pasar por los hospitales de Belice. De los 270 hombres y mujeres que habían zarpado hacia Poyais, menos de cincuenta lograron llegar a Gran Bretaña. Para entonces, MacGregor ya había huido a Francia, donde intentó sin éxito repetir la estafa (sus planes se frustraron cuando el gobierno francés percibió que había numerosas peticiones de visado para un país que no existía). Finalmente, se vio obligado a escapar a Venezuela, donde murió en 1845, sin haber rendido cuentas por su insólito y terrible crimen.

Vista del puerto de Río Negro en el territorio de Poyais.



REINO DEL PRESTE JUAN

Conocido también como Presbyter Joannes



Mapa de Ortelius de 1573 del reino del Preste Juan en África (muestra también los montes de la Luna en la parte inferior; véase pág. 162).

En la segunda mitad del siglo XII circuló por Europa una copia de una misteriosa carta que causó sensación. El mensaje era para Manuel I Comneno, emperador de Bizancio, con los saludos del Preste Juan, lo que en apariencia confirmaba la existencia de uno de los personajes más notables de las leyendas populares contemporáneas.

Se decía que el Preste Juan era un monarca cristiano nestoriano de enorme riqueza y poder, un descendiente de los tres Reyes Magos bíblicos, cuyo vasto reino se encontraba en algún lugar del lejano y misterioso Oriente. La carta llegó en un momento muy oportuno: los cruzados habían sufrido recientemente una terrible derrota en Mesopotamia en el año 1144. El condado



Mapa de África, Libia, Nubia, etc. *de Sebastian Münster de la edición alemana de su* Cosmographia, *que muestra la sede del Preste Juan así como la mítica tierra de los cíclopes (hombres con un solo ojo) hacia el oeste.*

de Edesa había sido el primer estado cruzado establecido, y su traumática caída a manos de las fuerzas sarracenas causó una gran consternación. Hasta la recepción de la carta, el Preste Juan era poco más que un personaje del folclore oral; ahora era un aliado potencial de los cruzados. El texto describe orgullosamente un dominio inmenso y exótico:

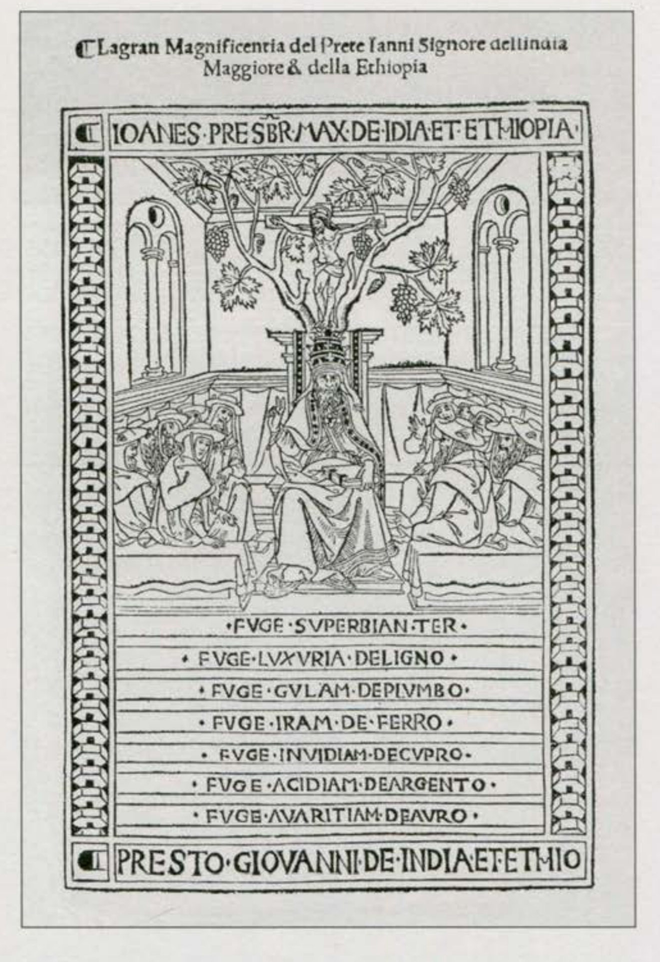
Si realmente queréis conocer en qué consiste nuestro gran poder, creed sin dudarlo que yo, el Preste Juan, rey supremo, sobrepaso en riquezas, virtudes y poder a todas las criaturas que viven bajo el cielo. Me pagan tributo setenta y dos reyes. Soy un cristiano devoto y, en todas partes, protejo a todos los cristianos de nuestro imperio, nutriéndolos con limosnas. Hemos hecho el voto de visitar el sepulcro de Nuestro Señor con un gran ejército, como requiere la gloria de nuestra Majestad, para hacer la guerra y castigar a los enemigos de la cruz de Cristo, y ensalzar su santo nombre.

Nuestra magnificencia domina las Tres Indias, y se llega hasta la India lejana (península indochina), donde reposa el cuerpo del apóstol santo Tomás. Se extiende por el desierto hasta donde nace el sol, y continúa por el valle de la desierta Babilonia, cerca de la torre de Babel. Nos obedecen setenta y dos provincias, algunas de las cuales son cristianas; cada una de ellas tiene su rey, y todos sus reyes son nuestros tributarios.

En nuestros territorios se encuentran elefantes, dromedarios y camellos, y casi todos los tipos de animales que existen bajo el cielo. En nuestros territorios ningún veneno puede dañar, ni croar una ruidosa rana, no hay escorpiones ni serpientes que repten entre la hierba. No puede haber reptiles venenosos que utilicen su poder mortífero…

Si podéis contar las estrellas del cielo y las arenas del mar, seréis capaces de apreciar la vastedad de nuestro reino y nuestro poder.

La carta era un engaño, obra de un falsificador no identificado, pero el momento de su aparición sugiere que fue concebida para fortalecer la confianza en las operaciones de los cruzados, ya que la historia del Preste Juan existía ya desde hacía algún tiempo. Se mencionaba oficialmente por primera vez a mediados del siglo XII, aproximadamente veinte años antes de la aparición de la carta, en los registros de Otto, obispo de Freising, Alemania. En el séptimo tomo de su crónica, escribe sobre una reunión entre el papa Eugenio III y el obispo Hugo de Jabala celebrada el 18 de noviembre de 1145 en Viterbo, Italia. Hugo había sido enviado por el príncipe Raimundo de Antioquía después del sitio de Edesa para conseguir el apoyo del pontífice. Según Otto, él le contó la historia de Juan:



«La Gran Magnificencia del Preste Juan, señor de la gran India y de Etiopía». Frontispicio de un popular poema italiano (sin fecha) sobre el Preste Juan de Giuliano Dati (1445-1524), obispo de San Leone, en Calabria.

No hace muchos años, un tal Juan, un rey y sacerdote que vive en el Extremo Oriente, más allá de Persia y Armenia y que, como todo su pueblo, es cristiano, aunque nestoriano, hizo la guerra contra los hermanos conocidos como los samiardi, que eran los reyes de los persas y los medos, y atacó Ectabana, la capital de su reino. … Cuando los citados reyes, con las tropas persas, medas y asirias, se enfrentaron con él, la batalla duró tres días, ya que ambos bandos estaban dispuestos a morir antes que huir. Finalmente, el Preste Juan, como suelen llamarlo, puso en fuga a los persas, resultando victorioso después de la más sangrienta batalla.

Se dijo que Juan se había dirigido con su ejército con la intención de ayudar a la iglesia de Jerusalén, pero que se había visto detenido por el río Tigris, por lo que se vio obligado a volver a sus reinos.

La búsqueda de este sacerdote guerrero, y de su reino, que regía con un cetro de esmeraldas, se convirtió en una de las

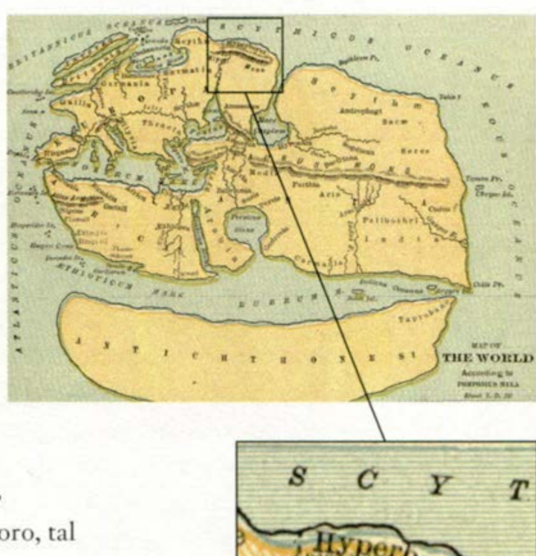
grandes obsesiones de la Edad Media y cautivó la imaginación de los europeos durante los siguientes quinientos años. El auge unificador del Imperio mongol en tiempo de Gengis Kan llevó a Asia a emisarios cristianos, como los exploradores Giovanni da Pian del Carpine, en 1245, y William de Rubruck, en 1253, decididos a encontrar el perdido reino nestoriano y conseguir una alianza que pudiera salvar a los estados cruzados. Con el paso del tiempo, sin que se descubriera el reino del Preste Juan, el asentamiento de la leyenda se desplazó por todo el mundo desconocido. Se identificó al Preste con Toghril, el padre adoptivo de Gengis Kan, pero con el colapso del Imperio mongol se tuvo la esperanza de encontrar el reino en otras partes, y se dirigió la atención a África, en particular, a Etiopía, que ya tenía la fama de ser un paraíso etéreo. Para los europeos, el «Preste Juan» se convirtió en el título común para el emperador de Etiopía, o «Tercera India», a pesar de que los etíopes no tenían ninguna relación con la historia.

Es este asentamiento etíope del reino del Preste Juan el que Ortelius refleja en su mapa de 1573, *Una descripción del Imperio del Preste Juan o de los abisinios*. En la esquina superior izquierda figura el escudo del Preste Juan, y en la cartela inferior ofrece una relación del linaje del monarca: «Especial elegido de Dios, pilar de la fe, nacido de la tribu de Judá, hijo de David, hijo de Salomón, hijo del pilar de Sión, hijo de la semilla de Jacob...», etc. El mapa abunda en notas relacionadas con fragmentos de los mitos que rodean al Preste Juan en tiempos de Ortelius: por ejemplo (*Amara mons*), establece que fue en el monte Amara donde los dirigentes mantuvieron cautivos a los hijos del Preste Juan. Muestra también el río Níger, que fluye desde el lago Níger (*Niger lacus*) y que sigue un curso subterráneo de 96 km hasta desembocar en el lago Borno (*Borno lacus*); en el lago Zaire (*Zaire lacus*) se pueden encontrar sirenas y deidades marinas; y justo al lado de este «se dice que aquí viven las amazonas». La base del mapa está cubierta por los montes de la Luna, desde donde, hacia el sur, África era desconocida para los antiguos» (*véase* Montes de la Luna, pág. 162).

Hasta el siglo XVII los eruditos no demostraron que la historia del Preste Juan no tenía conexiones con Etiopía. Finalmente se aceptó que era una fábula, aunque relacionada muy probablemente con algunos acontecimientos y personajes reales, y constituye un útil ejemplo de cómo estas ficciones llegaron a desempeñar un importante papel al motivar las primeras exploraciones, y ampliar así las fronteras de nuestros conocimientos.

MONTAÑAS RIFEAS

Conocidas también como Montes Rhipaei, Ripaei Mons



Un mapa del mundo según Pomponio Mela, de 1890, en el que se ven los montañas Rifeas.

El libro *Argonáuticas órficas* es muy extraño. Hubo un tiempo en que fue considerado como uno de los primeros poemas de los antiguos griegos, pero después se descubrió que había sido escrito mucho más tarde, en el siglo IV d. C., imitando el estilo de la Antigüedad. En un relato en primera persona que intenta (y a menudo no lo consigue) reproducir el estilo griego, el autor anónimo reescribe la historia de Jasón y su viaje desde Grecia a Cólquida (la Georgia actual, en el mar Negro) en busca del vellocino de oro, tal como fue registrada por primera vez por Apolonio de Rodas, el bibliotecario director de Alejandría en el siglo II a. C. El «pseudo-Orfeo» se toma grandes libertades con la geografía de la historia; por ejemplo, un canal que originalmente discurriría partiendo del mar Negro a través de la península Balcánica, lo trasplanta más al norte, en la inexplorada Rusia, con lo que intensifica el misterio. Jasón, en su regreso a Grecia, navega por ese canal, y durante esos viajes por el misterioso norte encuentra un elemento clave en la antigua geografía mítica: las montañas Rifeas.

En la geografía imaginaria de los antiguos griegos, los picos de los montes Ripaia se alzaban más allá del mar Caspio, cerca de la cima del mundo conocido. Se decía que estaban habitados por los míticos grifos (mitad león, mitad águila); sin embargo, el mito tenía también otro objetivo: se utilizaba para explicar el origen del bóreas, o viento del norte, que se decía procedente de las grandes cavernas existentes bajo la cordillera. Detrás de las montañas estaba la tierra de los hiperbóreos, un lugar pleno de felicidad, ya que sus habitantes eran los únicos que no estaban expuestos a los fríos vientos.

Con el tiempo, las montañas Rifeas se integraron en las ideas europeas medievales del mundo. El obispo Adán de Bremen, un clérigo alemán, escribió su *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum* (*Historia de la diócesis de Hamburgo*) entre los años 1073 y 1076, a partir de información obtenida en entrevistas con el rey Svend II de Dinamarca, entre otros, en la que ofrece una visión de la vida y creencias contemporáneas noruegas. En su descripción de Groenlandia, Bremen escribe:

Hay también otras muchas islas en el ancho océano, de las que Groenlandia no es la menor; se ubica más lejos, frente a las montañas de Suecia o montañas Rifeas; la isla, hinchando la vela, está a cinco o siete días del litoral noruego, y a lo mismo de Islandia. Allí los hombres tienen un color verde azulado debido al agua salada, y este hecho es el que da su nombre a la región.



Grabado de un grifo, de Martin Schongauer (siglo XV*).*

Bremen identifica las Rifeas con las montañas de Suecia, pero, a medida que fue mejorando el conocimiento de la zona, se demostró que la denominación de «Rifeas» no tenía ninguna relación con la misma. Por ello, los cartógrafos la movieron más hacia el norte, aplicándola a regiones inexploradas del mismo modo que llenaban el espacio con dibujos de «elefantes a falta de ciudades», como cita Jonathan Swift. En 1555, Clement Adams escribió sobre el primer inglés que visitó Moscovia, y hace notar la declinante creencia contemporánea en esas montañas al informar del fracaso de los intentos para encontrarlas.

Con respecto a las montañas Rifeas, cubiertas de nieves perpetuas, de las que, según soñaban los antiguos, nacía el río Tanais (el actual Don), y los otros prodigios de la naturaleza que los antiguos griegos sacaron de su imaginación, nuestros propios hombres, que han regresado recientemente, ni las vieron, ni oyeron hablar de ellas, a pesar de haber pasado allí tres meses, y haber podido hablar libremente con los moscovitas. Según su informe, el país es totalmente llano, y cuenta con muy pocas colinas bajas.

Es imposible decir si el mito de las Rifeas se basa en alguna cordillera existente, pero, realmente, hay muchas que podrían serlo, para la conveniencia de los cartógrafos. Pero es el grifo el que en los últimos años ha arrojado un rayo de luz sobre sus orígenes. Se cree que esta criatura mítica y su supuesto amor por el oro podía haberse inspirado en el antiguo descubrimiento de restos fosilizados de un dinosaurio en las laderas de algunas colinas auríferas (concretamente, del pentaceratops, con su pico de ave y sus cuatro patas con garras).

RUPES NIGRA

EL POLO NORTE *Conocida también como Roca Negra, Magnetum Insula*

Hubo un tiempo en que se creía que en el polo Norte existía una montaña gigantesca de roca magnética, de 33 leguas (unos 183 km) de circunferencia, que se alzaba en medio de un mar polar, y cuyo magnetismo resolvía la causa de que las brújulas señalaran al norte. Alrededor de la base de esta montaña, poderosos remolinos agitaban las aguas y desaguaban los océanos hacia el centro de la Tierra; y a su alrededor había cuatro pequeños continentes separados.

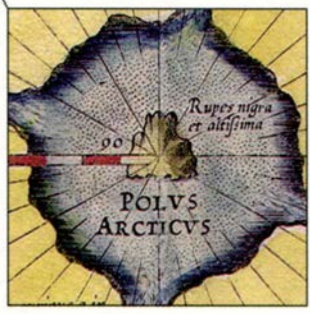
Los detalles de la roca negra, los vórtices y los cuatro continentes se pueden ver en el globo de Martin Behaim de 1492, pero su representación más famosa es la de Gerardus Mercator, quien presentó la idea en una pequeña viñeta en su mapa del mundo de 1569. La acompañaba con una leyenda en la que explicaba su fuente de información: el diario de viaje de un monje y matemático franciscano de Oxford del siglo XIV que, en 1360, exploró la región del Atlántico Norte por encargo de Eduardo III. No se ha conservado ninguna copia de su libro, *Inventio Fortunata*, pero se conocen detalles de sus páginas gracias a un resumen de Jacobus Cnoyen, titulado *Itinerarium.* Lo que descubrimos en este texto es que *Inventio Fortunata* era una extraordinaria muestra de imaginación. Mercator reproduce la descripción que hizo del polo Norte el monje, y escribe sobre el mapa: «Él afirmó que las aguas de aquellos cuatro brazos de mar eran arrastradas hacia el abismo con tal violencia que ningún viento podría ser lo suficientemente fuerte como para impulsar una nave fuera de él una vez que había entrado en ellos; por lo demás, el viento allí no bastaría nunca para mover un molino».

Esto parecía coincidir con una escena semejante descrita por el historiador Giraldus Cambrensis (h. 1146- h. 1223) sobre las maravillas de Irlanda, el cual escribe:

No lejos de las islas (Hébridas, Islandia, etc.), hacia el norte, existe un golfo monstruoso en el mar donde convergen las aguas en todas las direcciones y se unen como si hubiera un acueducto; se derraman en ese abismo de la naturaleza, parecen devoradas por él y, si un barco pasara por allí, sería arrastrado con tal violencia por las olas que esa fuerza hambrienta lo engulliría de inmediato haciéndolo desaparecer para siempre.

Mercator amplió su imagen ártica con un mapa propio de mayor tamaño en su atlas de 1595, colocando en el centro la isla montañosa magnética «Rupes Nigra», que describió en una carta de 1577 a John Dee como negra y brillante, y «tan alta como las nubes», rodeada por el mar embravecido. Otras características míticas de particular interés en este mapa de Mercator son la inclusión de Groclant, al sudoeste del polo (*véase* pág. 128); Frislandia (*véase* Tierras fantasma del *Mapa de Zeno*, pág. 240) en la esquina superior izquierda; una roca magnética separada al norte del polo en la desembocadura del estrecho de Anián (*véase* pág. 12); y la inscripción en el afloramiento de tierra directamente al sudeste del polo, cuya traducción es: «Aquí viven pigmeos cuya altura no es mayor de 4 pies».

Athanasius Kircher incluye la creencia en su *Mundus Subterraneus* (1665), sugiriendo que el sistema de flujo del agua de la Tierra se podría comparar al del cuerpo humano. Su teoría era que las aguas pasaban a través del estrecho de Bering hacia el fabuloso vórtice del polo Norte, donde, por «desconocidos depósitos y tortuosos canales» las aguas atravesaban la Tierra para aparecer de nuevo en el polo Sur.



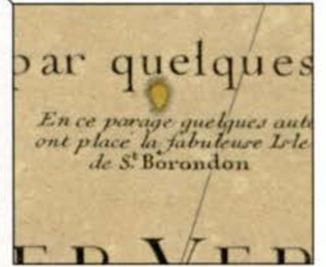
La proyección del Ártico de Mercator (esta de 1606) fue la primera dedicada específicamente al polo Norte. En el centro se puede leer «Rupes nigra et altissima», la mítica roca magnética negra.

ISLA DE SAN BRANDÁN

28° 32' N, 23° 14' O

Conocida también como Isla de los Bienaventurados, San Borondón, la Tierra Prometida de las Santas

El viaje de san Brandán es el más famoso de los cinco *immrama* (relatos del mar) de la primitiva Irlanda. Aunque con el paso de los años se fue transmitiendo cada vez con más adornos míticos, la historia de la misión de san Brandán para descubrir la «Tierra Prometida de los Santos» contiene elementos de gran precisión geográfica que sugieren que es posible que, de alguna manera, la aventura hubiera tenido realmente lugar, siendo de particular interés las referencias a un mar helado, y los encuentros con un iceberg y un volcán.



En Carte de la Barbarie de la Nigritie et de La Guinee *(1707) de Guillaume de l'Isle, justo frente a las islas Canarias, el cartógrafo francés sitúa la isla con la nota: «Varios autores han situado la isla de San Borondón en estos parajes».*

De acuerdo con la historia, hacia el siglo VI fue inspirado para encontrar la Tierra Prometida de los Santos por san Barrind, quien afirmaba haber visitado una isla paradisíaca con su discípulo Menóc. San Brandán decide ver la isla por sí mismo, y reúne



San Brandán celebra la misa en el lomo de una ballena, de Novo Typis Transacta Navigatio… *(1621), de Caspar Plautius.*

un grupo de catorce monjes para que lo acompañe. Durante los preparativos del viaje, los hombres ayunan en intervalos de tres días a lo largo de cuarenta días, y visitan después una isla cercana para implorar a san Enda la bendición para su misión. A continuación, los monjes construyen una *currach* (bote tradicional irlandés) con zarzo, madera y pieles de buey curtidas en corteza de roble y suavizadas con grasa animal. Aparejan la pequeña embarcación con remos y una vela, y provisiones suficientes para una travesía de cuarenta días. En ese momento, llegan tres rezagados y, sin quererlo, echan una maldición al viaje al alterar el número sagrado de los participantes (detalle coincidente con el de otro *immrama*, «Viaje de Mael Duin»).

Los monjes se hacen a la vela y, tras pasar cuarenta y tres días extenuantes en el mar, con las provisiones casi agotadas, desembarcan en una isla desierta. En ella encuentran una gran sala, con comida misteriosamente dispuesta, en la que solo hay un perro y un demonio etíope. Uno de los rezagados admite después haber robado en la isla. En respuesta, san Brandán exorciza al hombre del que expulsa al diablo etíope. El hombre muere poco después y es enterrado por sus compañeros. Convencidos de que

la isla no es la descrita por san Barrind, los monjes se hacen de nuevo al mar y van desembarcando en una serie de islas: en la primera se encuentran a un joven que les da pan y bebida. En la siguiente, encuentran rebaños de ovejas, más grandes que reses (de los que se alimentan con abundancia). En otra isla, llamada Jasconius, celebran la misa de Pascua, hasta que se dan cuenta de que, en realidad, están sobre el dorso de una ballena gigante; la enorme criatura empieza a hundirse lentamente, y los hombres escapan justo a tiempo. Después de esto, encuentran el «Paraíso de las Aves», en la que bandadas de pájaros cantan salmos en honor de Dios. A esta sigue una isla de panes mágicos, vida eterna y silencio total, en la que hallan un monasterio de los monjes de Albea, una hermandad mantenida únicamente por su fe en Dios durante más de ochenta años.

Tras de explorar la última isla, en la que el agua de una fuente sume a los hombres en un profundo sueño, los monjes zarpan



En el Mapa del mundo *(1570) de Ortelius, se puede encontrar «S. Brādain» justo debajo de la imaginaria Drogeo en el Atlántico Norte.*

de nuevo y son atrapados en un mar «coagulado» (helado). Finalmente se liberan de los hielos y vuelven a visitar la isla de las ovejas, la ballena Jasconius y el Paraíso de las Aves. Durante su estancia en este último, un pájaro advierte a los monjes que deben continuar este ciclo de un año, durante los siete años siguientes si quieren merecer la Isla del Paraíso.

De nuevo en el mar, la embarcación de los monjes es atacada por una gigantesca criatura marina que intenta devorarlos, pero Dios arremolina el agua a su alrededor para protegerlos y otra criatura marina llega justo a tiempo para matar a la agresora. Los hombres se dan un banquete con la carne del monstruo muerto y siguen después su camino hasta una misteriosa isla plana, cuya superficie está al nivel del mar. Son saludados por tres grupos de anacoretas que les dan unas frutas de color blanco y púrpura, de las que una sola pieza permite mantener a un hombre durante doce días.

Tras sobrevivir al ataque de un grifo, navegan por un mar transparente y llegan a un «pilar argénteo de brillante cristal» (lo que se considera que hace referencia a un iceberg). Siguen adelante y pronto alcanzan la «isla de los Herreros», en la que escuchan sonidos terroríficos y ven salir humo del mar hirviente (supuestamente, un volcán). Escapan, pero solo para encontrar otro volcán, una montaña en la que «grandes demonios arrojan masas de escorias ardientes de una isla con ríos de fuego dorado». Siguen el viaje para encontrar dos islas ocupadas cada una por un ermitaño, uno de los cuales resulta ser Judas, que vive en el exilio, a quien san Brandán protege de los demonios; el otro es san Pablo, que ha vivido allí 140 años del pescado que le ofrece una amigable nutria. Después de otra visita a la isla de los pájaros, a Jasconius y a las ovejas, el barco de los monjes se ve envuelto por una espesa niebla y alcanzan finalmente la isla que han estado buscando durante siete años. Pasan allí poco tiempo, recolectando fruta fresca y piedras preciosas, antes de emprender el viaje de regreso a casa.

Este es un relato popular muy difundido. La «isla de San Brandán» se puede ver en el mapa Ebstorf de 1235, así como en el mapa producido por Paolo Toscanelli del Pozzo para el rey de Portugal. La posición cartográfica de la isla fue variando constantemente; inicialmente, se relacionó con las islas Canarias, pero se fue desplazando más al interior del Atlántico. El mapa de Ortelius de 1570 la sitúa a miles de millas al norte de las Azores, cerca de la costa de Terranova, donde permaneció en los mapas hasta bien entrado el siglo XVII.

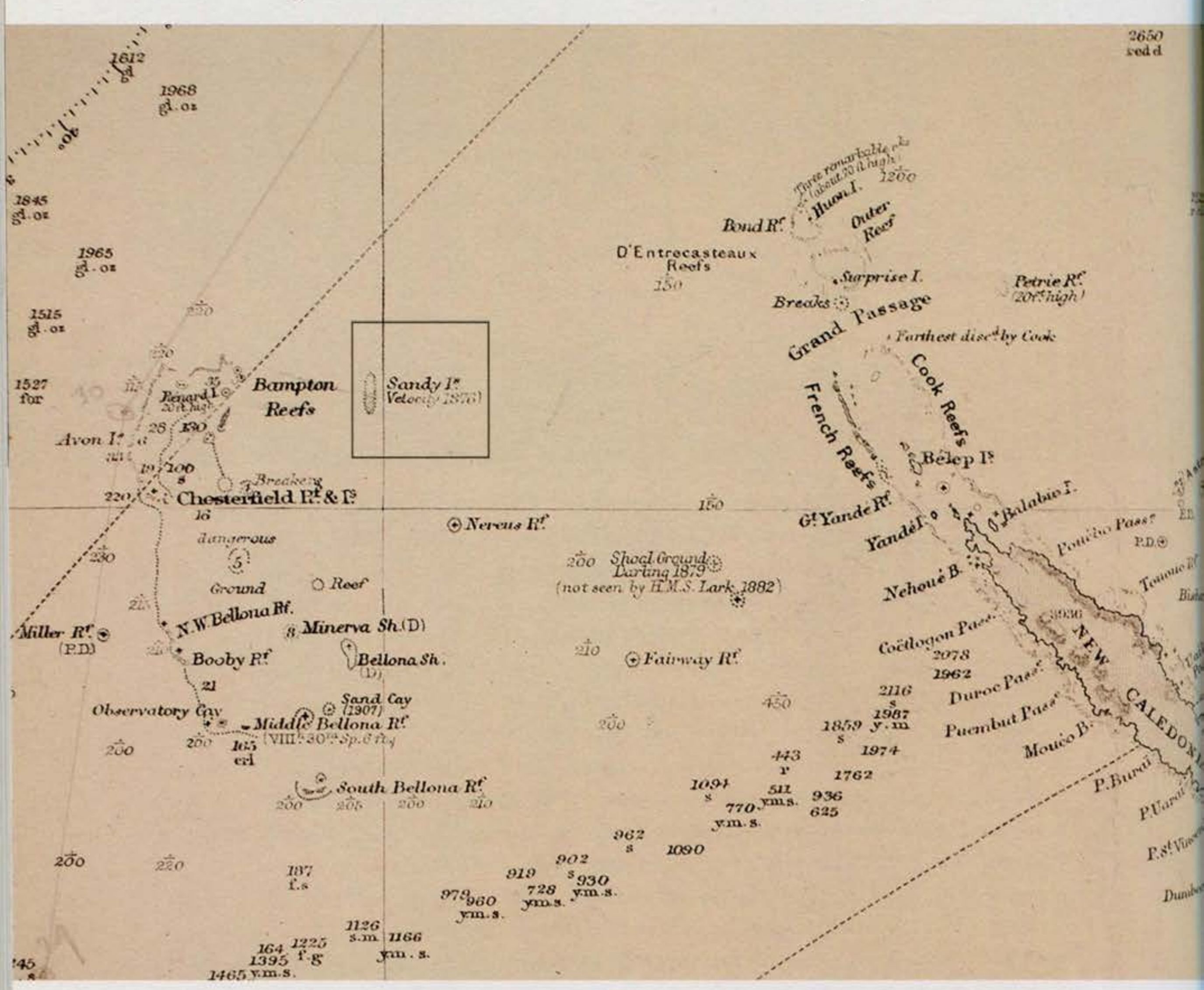
ISLA SANDY, NUEVA CALEDONIA

19° 13' s, 159° 55' e

Conocida también como Île de Sable, Isla Arenosa

La revelación de que la isla Sandy no era más que un remanso oceánico sin nada especial llegó en noviembre de 2012. Durante más de cien años había sido reflejada en los mapas con coordenadas específicas en el mar del Coral, entre las islas Chesterfield y el arrecife Nereus, al nordeste de Australia y al este de Caledonia.

Carta del océano Pacífico de la Oficina Hidrográfica del Reino Unido, de R. C. Carrington, en la que se hace notar que la isla Sandy fue observada por el barco Velocity *en 1876.*



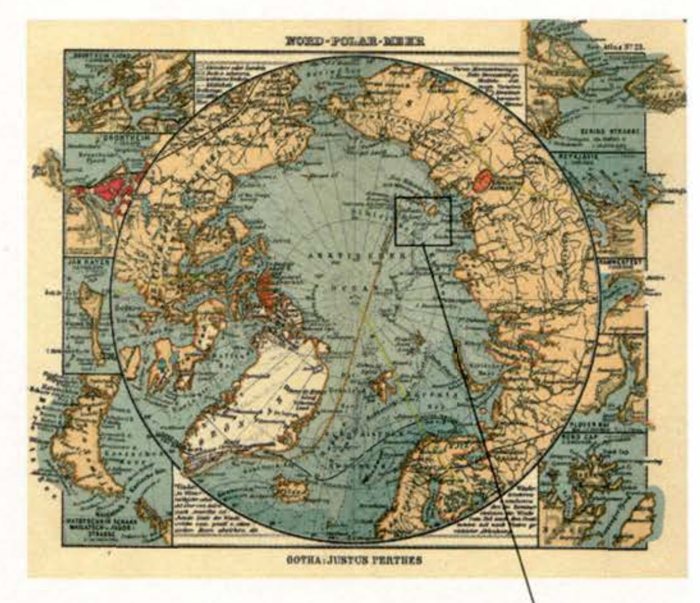
Entonces, en el año 2012, sucedió que un equipo de científicos marinos australianos, a bordo del *Southern Surveyor*, estaba realizando un estudio de la tectónica de placas en la zona, y vieron la isla en sus hojas de datos. Decidieron incluirla en su ruta, y cuando llegaron a su localización, en lugar de una franja arenosa con palmeras, se encontraron con la sorpresa de no hallar nada, con una profundidad del mar en el lugar de 4 265 pies (1 300 m). Tras realizar las oportunas comprobaciones, encontraron que, aunque estaba claramente marcada en Google Maps, no aparecía en las cartas de navegación del barco. La isla perdida se atribuyó inicialmente a un error técnico en las hojas de datos, incluidas las utilizadas por Google; sin embargo, el caso de la isla Sandy es representativo del problema que surge puntualmente por el hecho de que los actuales mapas digitales son fruto de una combinación de datos de imágenes satelitales y otros procedentes de los mapas más antiguos del Almirantazgo británico. En este caso, es muy posible que el fantasma se pueda rastrear hasta 1774, cuando el capitán James Cook registró una «isla Sandy» a 260 millas náuticas (480 km) más al este, con una diferencia de cuatro grados en la longitud. El ballenero *Velocity* avistó la isla, en 1876, más cerca de las coordenadas modernas, y sus hallazgos de «grandes rompientes» e «islotes arenosos» fueron incorporados a varias cartas marinas de finales del siglo XIX, incluida una carta de 1895 del Almirantazgo británico; después aparecieron en un directorio marítimo australiano de 1879. Se describió su posición como discurriendo de norte a sur «a lo largo del meridiano 159° 57' E, entre las latitudes de 19° 7' S y 19° 20' S».

En las cartas hidrográficas francesas, se empezó a borrar la isla Sandy en 1979, y en el año 2000 se hizo notar que ya no se encontraba en el *Atlas of the World* del *Times* de 1999. En la actualidad, la localización de la isla se puede encontrar haciendo una búsqueda en Google Maps, aunque aparece acompañada de una leyenda que explica su reciente eliminación.

Danny Dorling, presidente de la Sociedad de Cartógrafos del Reino Unido, explicó a los periodistas en 2012: «Es poco probable que alguien inventara esta isla. Seguramente encontraran una y la situaran en una localización equivocada. No me sorprendería que la isla exista realmente, pero en algún otro lugar cercano».

TIERRA DE SÁNNIKOV

78° 53' N, 147° 20' E *Conocida también como Tierra de Sannikow, Zemlya Sannikova*



En 1810, una expedición cartográfica rusa dirigida por el explorador Matvi Gedenschtrom puso rumbo a las islas de Nueva Siberia, donde las temperaturas medias en invierno rondan los -32,9 °C. Durante este lamentable viaje, uno de los miembros de la expedición, Iakov Sánnikov, avistó una tierra desconocida en el océano Ártico, al norte de Ostrov Kotel'nyy (situada frente a la costa septentrional rusa, entre el mar de Laptev y el mar de Siberia Oriental). Sánnikov era un geógrafo fiable (había descubierto y situado previamente cerca de allí la isla Stolbovoy en 1800 y la isla Faddeyevsky en 1805), y este nuevo descubrimiento de tierras, descrito por Sánnikov como saliendo de una «niebla azulada», fue respaldado por Gedenschtrom, el jefe del equipo. El hallazgo fue bautizado como «Tierra de Sánnikov», y no se volvió a ver en setenta y cinco años. En 1886, el geólogo y explorador ártico alemán barón Eduard Vasil'yevich Toll estaba realizando investigaciones en las islas de Nueva Siberia. La expedición, dirigida por Aleksandr Bunge, tuvo un gran éxito cuando sus hombres excavaron los hielos de la costa sur de la isla Lyakhovsky y descubrieron una gran cantidad de restos perfectamente conservados de mamuts, rinocerontes, antílopes e incluso de un tigre dientes de sable, así como un ejemplar gigantesco, de seis metros de altura del arbusto *Alnus fruticosa*. Para más satisfacción en esa expedición, Toll comunicó también haber divisado una nueva tierra al norte de Kotelny que pensaba que podía ser la «Zemlyá Sanníkova».



La «Sannikov Id.» se sitúa justo fuera del círculo polar ártico en este mapa alemán de 1906.

En 1900, Toll fue enviado de nuevo a la región por la Academia de Ciencias de San Petersburgo para dirigir una expedición por el mar Laptev del Ártico ruso con el barco *Zarya* en busca de la Tierra de Sánnikov. La tripulación estaba formada por distinguidos oficiales de la marina y expertos marineros, así como por el astrónomo F. G. Zeiberg y dos hombres, de nombre Gorokhov y Protodyaknonov, descritos en los registros como «emprendedores». El *Zarya* zarpó en junio de 1900, pero en la primavera de 1901 solo había conseguido llegar a la desembocadura del río Yensey, donde hizo escala para reabastecerse. En agosto, Toll y su tripulación fueron los cuartos en pasar con éxito el cabo Chelyuskin, el punto más septentrional de la Rusia continental. A partir de allí empezaron la búsqueda de la Tierra de Sánnnikov, poniendo rumbo a la isla Bennett, en el mar de Siberia Oriental. No encontraron nada, por lo que regresaron a las islas de Nueva Siberia para pasar el invierno en Ostrov Kotel'nyy. El *Zarya* quedó atrapado por la banquisa, por lo que, en julio de 1902, Toll y varios de sus hombres decidieron valientemente dejar el barco y e intentar llegar a la isla Bennett en trineo y kayak cruzando 150 km en dirección norte. Cuando en agosto el *Zarya* fue liberado, la tripulación pretendió rescatar a Toll y su grupo, pero no lograron abrirse paso a través del hielo y se desviaron hacia la desembocadura del río Lena, desde donde los hombres fueron obligados a volver a San Petersburgo. Sin señales del *Zayra* en el horizonte, Toll y su equipo decidieron intentar el regreso a Ostrov Kotel'nyy, a pesar de estar débiles y escasos de suministros. No se volvió a saber de ellos. Dos equipos de rescate enviados en 1903 consiguieron encontrar el diario de Toll (que fue publicado más tarde por su esposa en 1909), pero ningún otro rastro.



La tripulación del Zarya, *hacia 1901, con el barón Eduard Toll en el centro.*

Ensombrecida por la tragedia, la Tierra de Sánnikov fue buscada una vez más en 1936 por el rompehielos soviético *Sadko*, pero en 1937 se llegó a la conclusión de que ya no existía, si alguna vez lo había hecho, y fue eliminada de los mapas. Es posible que fuera una isla que existió pero que fue destruida por una severa erosión, o quizá, lo que se avistó fue un banco saturado de permafrost que simplemente se había hundido (un fenómeno común en la zona). Sin embargo, la explicación más plausible es que Sánnikov y Toll fueron víctimas del mismo espejismo complejo que engañó a Donald MacMillan en su loca búsqueda de la Tierra de Crocker (*véase* pág. 70): una fata morgana que se presenta como un cabo de tierra, tentadoramente próximo, pero siempre fuera de alcance.

SATANAZES

40° 13' N, 48° 25' O

Conocida también como Isla de los Demonios, Satanaxio, Santanzes, Satanagio, La Man Satanaxio, Salvatga, Salirosa

En la carta portulana del cartógrafo veneciano Zuane (o Giovanni) Pizzigano, de 1424, en la que aparece la mítica isla de Antillia (*véase* pág. 18), se aprecia otra gran isla, a 60 leguas (335 km) al norte, denominada «Satanazes». Es la primera representación de la isla, que también se ha llamado «isla de los Demonios», una de las diversas islas demoníacas imaginadas en el Atlántico, situadas más al este que las islas de las Azores y Portugal. La carta de Pizzigano muestra cinco ciudades marcadas en Satanazes: Aralia, Ysa, Nar, Con e Ymana. Estas cambian con frecuencia en mapas posteriores: por ejemplo, el atlas de Grazioso Benincasa de 1463 relaciona seis: Araialis, Cansillia, Duchal, Jmada, Nam y Saluaga. La isla aparece en muchos de los mapas importantes del siglo XV, como los de Battista Beccario (1435, como «Satanagio»), Pedro Roselli (1480, como «Salvatga») y el globo de Laon (1493,

La carta portulana de Pizzigano de 1424 fue la primera en presentar Satanazes (isla de los Demonios) como una isla rectangular hacia la izquierda.



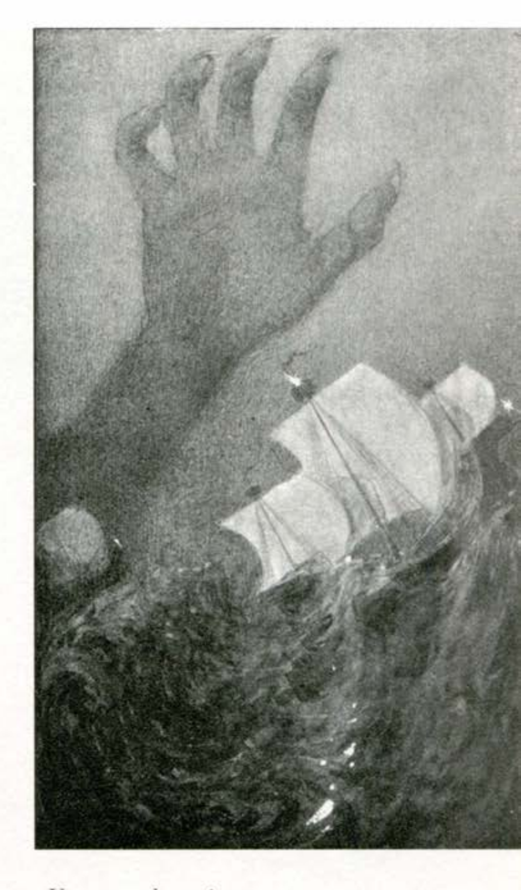
como «Salirosa»). Sin embargo, después de los viajes de Cristóbal Colón en la década de 1490, Satanazes desaparece del registro cartográfico, posiblemente porque pasó a relocalizarse como la «isla de los Demonios», otra isla fantasma que se creyó que existía en la isla Quirpon, Terranova, en Canadá (*véase* Isla de los Demonios, pág. 84).

Algunos historiadores creen que los «demonios» de Satanazes podrían ser las poblaciones indígenas encontradas por los noruegos, que también llamaron *skraelings* a esos pueblos, y que, por consiguiente, Pizzigano podría haber obtenido la información para su portulano, entre otras fuentes, de las sagas noruegas. Del mismo modo que ocurre con Antillia, no se sabe qué tierra podría representar Satanazes; una de las hipótesis es América. Resulta interesante constatar que una denominación alternativa para Satanazes en algunos mapas, como en la carta de Andrea Bianco de 1436, es «Ya de la man santanaxio», cuya traducción, propuesta por Vicenzo Formaleoni en 1783, sería «isla de la mano de Satanás»).

La leyenda de una isla que alberga la mano de Satanás tiene una larga historia en la mitología marina. En *Tales of the Enchanted Islands of the Atlantic* (*Relatos de las islas encantadas del Atlántico*), de 1898, Thomas Wentworth Higginson escribe un gráfico relato:

La niebla descendía rápidamente, de modo que apenas podían ver la otra barca, y los pescadores españoles les gritaron: «Garda de la Man do Satanaxio» («Tened cuidado con la mano de Satanás»). Mientras gritaban, la niebla se iba haciendo más densa, y cuando se despejó por un momento, algo que se elevó sobre ella, como una mano gigantesca, se mostró por un instante, y descendió después con un resuello demoledor sobre la barca de los pescadores españoles, rompiéndola en pedazos, y llevándose a varios hombres bajo las aguas, en tanto que otros, que lograron escapar, nadaron en las olas heladas, y pudieron ser rescatados con gran dificultad por la otra barca.

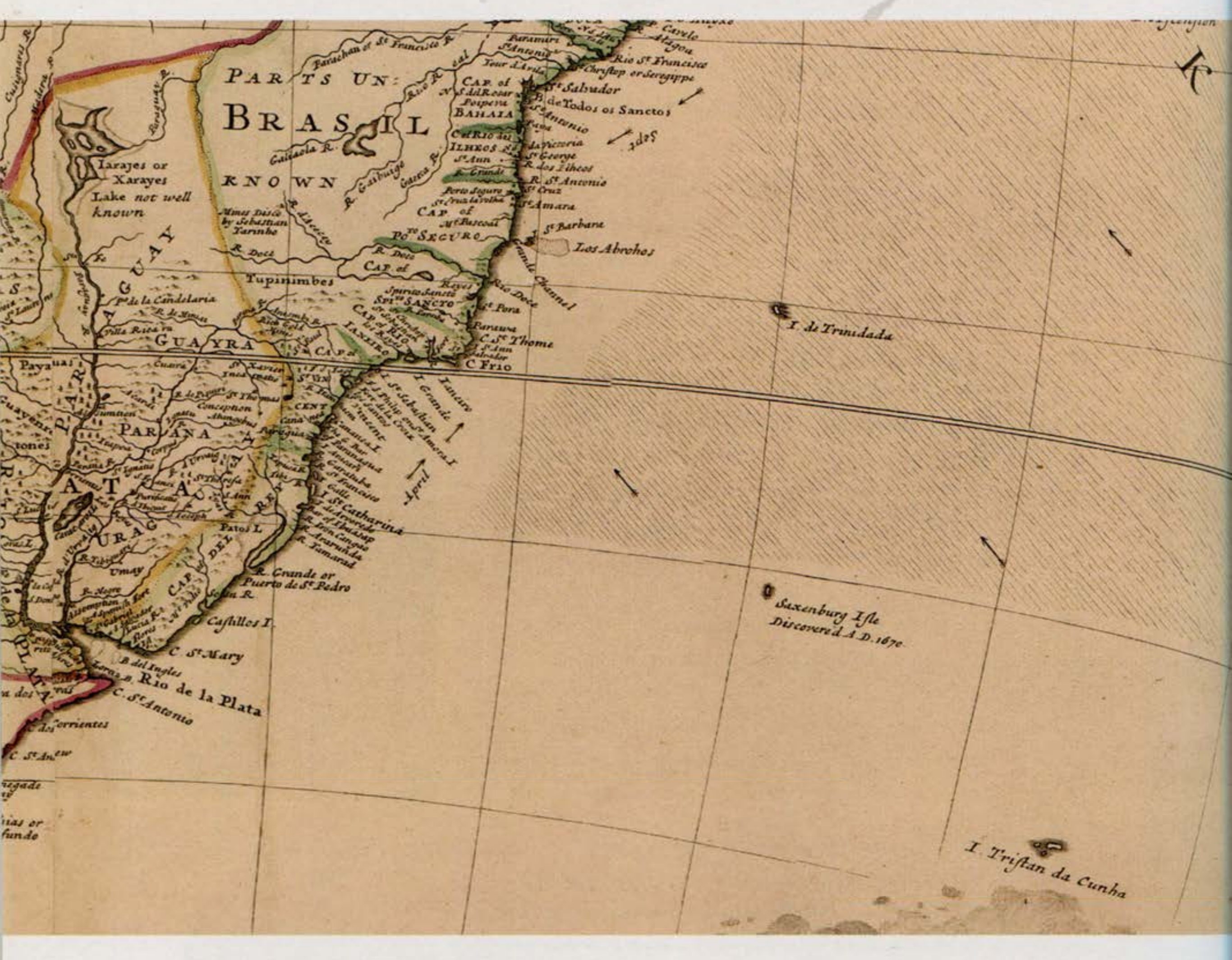
Nils Nordenskiöld, el explorador ártico del siglo XIX ofrece una teoría alternativa: sugiere que el nombre podría derivar de «Satanagio», la forma vasca de san Atanasio, lo que podría ser una prueba de que los vascos exploraron el lejano Atlántico y, posiblemente, Norteamérica, antes que Colón.



«Una mano demoníaca se alzaba a veces de la isla y atrapaba a hombres, e incluso barcos completos, que, una vez apresados, normalmente de noche, no volvían a ser vistos, sino que perecían irremisiblemente». (Tales of the Enchanted Islands of the Atlantic, *de T. W. Higginson, 1899).*

ISLA SAXEMBERG

30° 45' s, 19° 40' o *Conocida también como Saxemburg, Saxenberg, Saxemberg, Saxonberg*



Se supone que fue avistada por primera vez por J. Lindeman, un navegante holandés de Monnikendam, el 23 de agosto de 1670; esta isla frente a la costa este de Sudamérica fue descrita como una isla llana, con una montaña baja en su centro, lo que le daba la apariencia de un sombrero de bruja. Pasaron más de cien años antes de que se volviera a mencionar, hasta que el capitán Flinders la buscó en 1801, pero sin suerte. John Purdy en su *Memoir* (1822) escribe: «Tomó tales precauciones que no quedaron dudas sobre la inexistencia de la isla dentro de

«Saxenburg Isle», tomada del mapa de Sudamérica de Herman Moll de 1710.

los límites aquí mencionados». El capitán James Horsburgh, famoso por su meticulosidad, escribe en *Directions for Sailing to and from The East Indies…* (*Instrucciones para la navegación desde y hacia las Indias Orientales…*) de 1809, que había emprendido una búsqueda de Saxemberg en dos ocasiones diferentes y había llegado a la conclusión de que su existencia era dudosa: «En ese lugar he visto nubes, que parecían tierras, estacionarias en el horizonte durante un largo período de tiempo; un observador superficial podría haberlas visto y haber asegurado que se trataba de una isla. Estas islas y peligros dudosos son muy desconcertantes para los navegantes». Se confirma esto último con la historia de dos barcos que llegaron a las coordenadas de Saxemberg en su viaje a la India: «Una nube muy densa en su proximidad fue tomada por la isla, y creyeron que la corriente de las olas los podría empujar contra ella, ya que el tiempo era inestable, pero calmado al mismo tiempo; esto hizo que sacaran los botes para remolcar el barco lejos de la orilla, hasta que con el amanecer, la isla desapareció».

Sin embargo, existe una intrigante anotación al margen en el relato de Matthew Flinders, *A Voyage to Terra Australis* (*Un viaje a Terra Australis*) de 1814:

En el Cabo de Buena Esperanza, en 1810, su excelencia del conde de Caledon me favoreció con el siguiente resumen del cuaderno de bitácora de la balandra Columbus, *de Long, capitán, en su viaje a El Cabo desde la costa de Brasil.*

El 22 de septiembre de 1809, a las cinco p. m., vimos la isla de Saxemberg hacia el ESE a unas 4,5 leguas de distancia; tiempo despejado. Nos dirigimos a dicha isla, y determinamos que se encontraba en latitud 30° 18' S, y longitud 28° 20' O aproximadamente.

La isla Saxemberg tiene unas cuatro leguas de longitud, NO y SE, y unas dos millas y media de anchura. El extremo NO es un alto acantilado de unos setenta pies, de forma perpendicular, que recorre todo el largo hacia el SE por ocho millas. Se pueden ver sus árboles a una milla y media de distancia, y una playa de arena.

De hecho, el capitán Calloway, del navío estadounidense *Fanny,* en un viaje a China, afirmó haber navegado durante cuatro horas teniendo a la vista Saxemberg en 1804, y se hizo eco de la descripción original de la misma que había hecho Lindeman, con una altura en su centro, así como con un acantilado en un extremo; sin embargo, ubica la isla dos grados más hacia el este. En 1816, el capitán Head, del *True Briton*, dijo haber tenido la isla a la vista durante seis horas, pero nadie llegó a poner un pie en sus costas.

A pesar de ello, Saxemberg fue aceptada por los naturalistas y los geógrafos. En *A System of Universal Geography, for Common Schools* (*Un sistema de geografía universal para las escuelas nromales*) de 1817, Nathaniel Dwight propone lo siguiente como examen para los escolares británicos: «Pregunta: ¿Dónde se encuentran la isla de Gough, Diego, Tristán de Acuña y Saxemberg? Respuesta: Al oeste del Cabo de Buena Esperanza, y aproximadamente a su misma latitud».

Alexander Beatson, gobernador de la isla de Santa Elena en el Atlántico Sur, afirmaba en 1816: «Tengo en mi poder un dibujo de la isla de Saxemberg en el que se representan algunos árboles, de cuyo tipo no estoy informado», y sugería que aquella masa de tierra podía haber estado «unida» con las cercanas islas de Gough y Tristán de Acuña.

La isla Saxemberg fue buscada también por Benjamin Morrell, que ya tenía una impresionante lista de fantasmas con la isla de Byers y la de Morrell (*véase* la Tierras de Benjamin Morrell, pág. 166). En *A Narrative of Four Voyages to the South Sea* (*Narración de cuatro viajes al mar del Sur*), Morrell escribe:

18 de agosto… *Decidí entonces avistar la isla Saxemberg, si tal isla existía realmente, a una distancia razonable del lugar en el que se decía que estaba situada:… Nos animó el grito de «¡Tierra!» del vigía de la cofa. Aproximadamente seis puntos a estribor… Teníamos viento del sudoeste, lo que nos permitió avanzar hacia allí, pero después de cuatro horas de navegación en aquella dirección, a razón de unas ocho millas por hora, la tentadora tierra hizo una repentina aparición a diez grados sobre el horizonte. Convencidos de que no podríamos llegar a ella siguiendo el curso ordinario de navegación, viramos y tomamos rumbo norte. De un modo semejante, habíamos visto tierra el día anterior, a las 4 p. m., exactamente en nuestra estela, distante unas veinte millas.*

Morrell era de la opinión de que los que creían haber avistado la isla Saxemberg habían sido engañados por grandes formaciones nubosas, «de apariencia idéntica a la tierra, que a veces se mantienen estacionarias en el horizonte, en esta parte del océano, durante un largo período de tiempo, y se confunden con islas lejanas».

Este fue el consenso general en la época, y Saxemberg no volvió a incluirse en los mapas. Pero lo más sorprendente de este episodio es que, en 1965, se demostró que la misión de Morrell para encontrar Saxemberg era totalmente ficticia. Ocurrió cuando la Biblioteca G. W. Blunt de Connecticut adquirió el cuaderno de bitácora de John W. Keeler, que había acompañado a Morrell en dos de sus viajes. Los meticulosos registros de Keeler demuestran que el curso de la goleta *Atlantic* nunca se acercó a la posición en la que Morrell había afirmado haber buscado Saxemberg; había inventado el episodio para adornar su viaje, por otra parte, carente de importancia.

MAR DEL OESTE

37° 53' N, 118° 45' O

Conocido también como Mer de l'Ouest, Baye de l'Ouest

Probablemente, este extraordinario mapa de Joseph-Nicholas de l'Isle y Philippe Buache, *Carte des Nouvelles Decouvertes* (*Mapa de los nuevos descubrimientos*), de 1750, constituye la materialización más artística de la fanática búsqueda del paso del Noroeste: el mar del Oeste.

Como de costumbre, la falsa extraña creencia no salió de la nada; de hecho, era una teoría con siglos de antecedentes. Los primeros exploradores de la costa norteamericana se vieron burlados por ensenadas, bahías y estrechos que parecían canales potenciales a través del país hasta el océano al otro lado del mismo. En 1524, se creyó haber encontrado el teórico paso, cuando Giovanni Verrazano navegó a lo largo de la costa norteamericana y llegó a los estrechos de las islas Outer Banks de Carolina del Norte. Mas allá de las mismas, avistó un brillante mar, y asumió con entusiasmo que había encontrado un corto paso hacia el Pacífico:

Desde el barco se veía el mar oriental entre el este y el norte. Este es, sin duda, el que llega a los extremos de la India, China y Catay. Navegamos a lo largo de dicho istmo con la esperanza sostenida de encontrar algún estrecho o promontorio verdadero en el que acabara la tierra hacia el norte para poder penetrar hacia las benditas costas de Catay…

Los mapas europeos del siglo XVI empezaron a reflejar la idea de que el Atlántico y el Pacífico estaban separados por una estrecha franja de Norteamérica, razón esta por la que vemos una forma tan distorsionada del país representado por Sebastian Münster, con una inmensa ensenada oriental. Más tarde, en 1625, Samuel Purchas publicó *Purchas His Pilgrimes…* (*Purchas, sus peregrinajes…*), una historia de exploraciones que incluía el relato de Juan de Fuca, de Michael Lok. El marino griego, que posiblemente sea un personaje inventado (que participó en la historia del mítico estrecho de Anián), viajó por un amplio estrecho en el extremo más septentrional de la costa oeste norteamericana, donde disfrutó de «navegar por él durante más de veinte días». Como gozaba de una gran influencia, esta información fue utilizada por los cartógrafos, que explicaron el viaje de veinte días con la lógica conclusión de la existencia de una gran ensenada occidental.



A medida que los asentamientos europeos en Norteamérica se fueron haciendo más frecuentes, los ingleses y franceses buscaron con desesperación una ruta comercial que pudiera competir con el lucrativo tráfico español de la Indias Orientales. Los expedicionarios que se adentraban en el continente americano dependían de la información que les facilitaban los guías nativos, y, como hemos visto en el viaje lleno de errores del barón de Lahontan siguiendo su Gran río del Oeste (*véase* pág. 126), estos exploradores no disponían de ninguna otra información más fiable. A pesar de todo, el cartógrafo Guillaume de l'Isle concilió el rumor bien asentado del mar del Oeste con los relatos de Lahontan sobre un gran lago salado (como se describe en la fuente citada por Lahontan, los tuhuglauks), para buscarle un sitio a la masa de agua en su elogiado mapa de Canadá. En 1717, el Consejo Naval Francés y Luis XV mostraron

La Carte des Nouvelles Decouvertes, *un mapa de Buache y de l'Isle de 1750, que muestra La Mer de l'Ouest, un vasto mar interior en Norteamérica.*



La Tabula novarum insularum, quas diversis respectibus Occidentales et Indianas uocant *(1554) fue el primer mapa impreso del continente americano. Norteamérica aparece curvada hacia atrás para adaptarse a la descripción de Verrazano.*

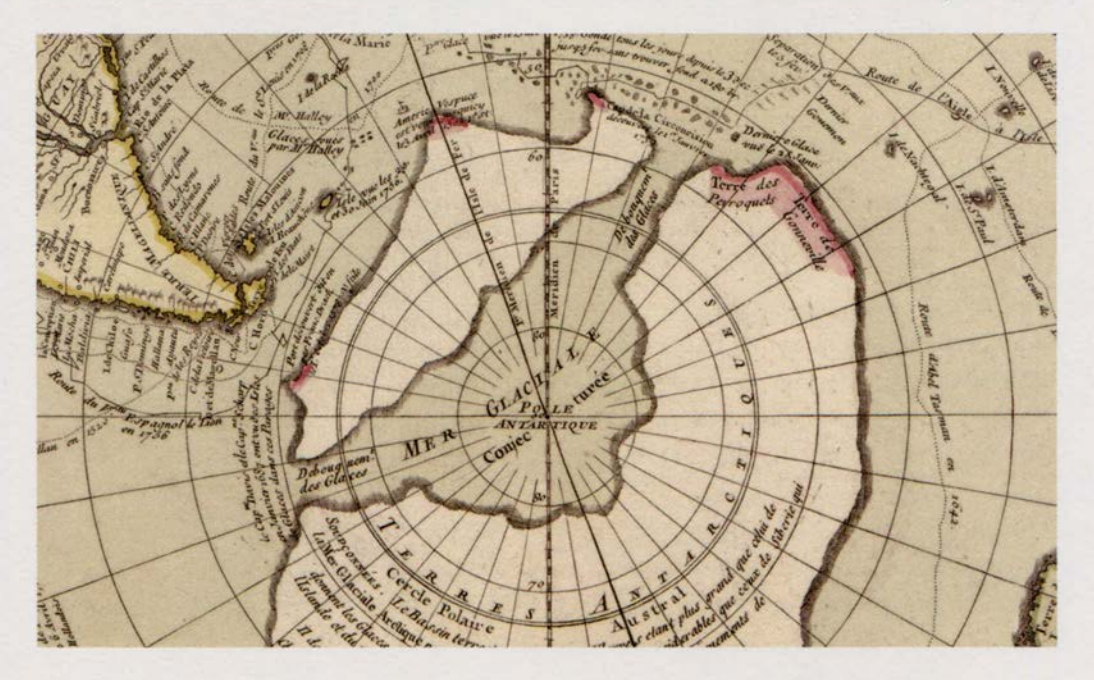
su interés en La Mer de l'Ouest y, en 1729, el misionero jesuita Pierre de Charlevoix fue enviado a investigar, pero sin éxito.

En los treinta años siguientes no se encontró ninguna prueba de la existencia de dicho mar y se dejó de hablar de la idea, hasta que Nicholas de l'Isle (hijo de Guillaume) y Philippe Buache, ambos respetados y diligentes cartógrafos, la resucitaron en 1750. Para cubrir las lagunas existentes, recurrieron a la famosa «carta del almirante Bartolomé de Fonte». Impresa en 1708 por la revista londinense *Memoirs for the Curious*, este misterioso documento supuestamente escrito por el marino español De Fonte en el que narra un viaje a lo largo de un canal hacia el este, en el que se

encuentra con otro barco que venía en la otra dirección, procedente de Boston. Esta carta, que parecía probar que los españoles conocían el secreto de un paso en el noroeste en un paralelo templado, y que constituyó un efectivo catalizador para recomenzar la búsqueda de la ruta, en la actualidad se considera una falsificación, escrita con toda probabilidad por el editor de *Memoirs*, o creada para propiciar apoyo popular. Sobre estas bases más que dudosas, Buache y de l'Isle crearon sus teorías, que presentaron en el mapa que se muestra en la página 217. El mítico mar del Oeste continuó pululando por los mapas hasta 1786, cuando François de Galaup, conde de Lapérouse, registró metódicamente las costas entre Monte de San Elías y Monterrey y destruyó definitivamente el mito.

A propósito: este no fue el único mar espectral de Philippe Bauche; su mapa de la Antártida, basado en conjeturas, *Carte des Terres Australes*, refleja su creencia en una gran masa de agua, el Mer Glaciale, situado en el centro de la Antártida. Lo consideró como la explicación más plausible para los icebergs avistados en las costas de la región por el explorador francés Jean-Baptiste Charles Bouvet de Lozier en 1738. Aunque para ser justos con Buache, hay que reconocer que sus análisis de los últimos diarios, reportes y otros datos aportados por viajeros también tuvieron como resultado, en ocasiones, deducciones sorprendentemente precisas; por ejemplo, estaba muy convencido de la existencia de Alaska y del estrecho de Bering antes de que la existencia de ambos se confirmara oficialmente.

Otro mar de Buache basado en conjeturas, en el centro de la Antártida. De la Carte des Terres Australes*, 1754.*



TAPROBANA

7° 30' N, 80° 44' E

Conocida también como Taproban, Taprobane



La Taprobana Insula del Cosmographia Claudii Ptolomaei Alexandrini *(1467), de Nicolaus Germanus.*

Con la localización de Taprobana ocurrió lo mismo que con la de las Casitérides, con sus riquezas en estaño, cuya localización era mantenida en secreto por los mercaderes (*véase* pág. 68). Esta gran isla, abundante en canela, pimienta y otras valiosas especias, se encontraba en algún lugar del océano Índico y fue descrita por primera vez en el año 290 a. C. por el geógrafo griego Megástenes, quien escribió que estaba dividida por un río y que producía más perlas y oro que la India.

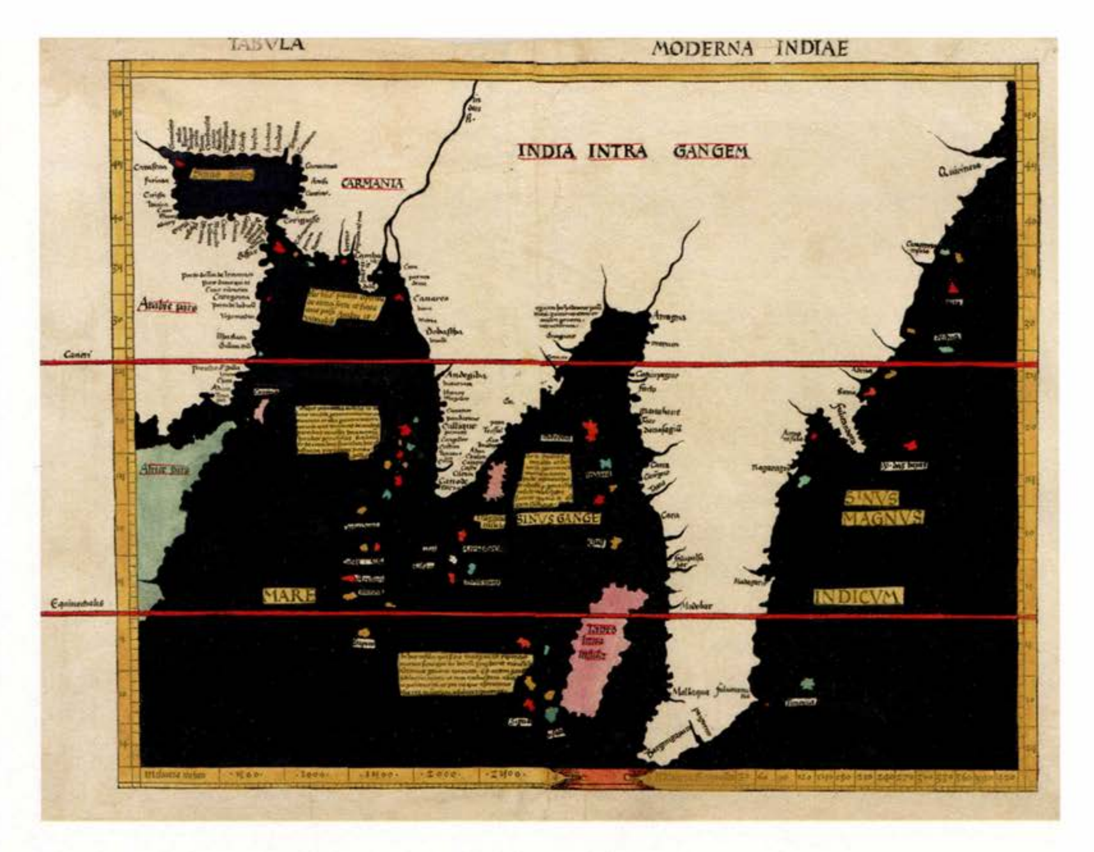
Plinio hace referencia a esta como la distante Contra-Tierra de «Antichthons», en la que todo estaba invertido. El mar entre la isla y la India estaba lleno de lugares poco profundos de menos de «seis pasos» junto a otros tan profundos que no se podía echar el ancla en ellos. Los barcos locales se construían con proas en ambos extremos para que no tuvieran que dar la vuelta en los canales estrechos, por los que lo marineros de Taprobana no navegaban en función de la posición de las estrellas, sino siguiendo la ruta de pájaros que ellos mismos soltaban. Plinio da después detalles específicos del reino de Claudius, con la historia de un liberto de nombre desconocido

que trabajaba para un recaudador de impuestos del mar Rojo, Annius Plocanus. Este hombre fue arrastrado hacia el norte por una tormenta de viento mientras navegaban alrededor de Arabia, y, después de quince días, apareció sin saber cómo en Hippuri, un puerto de Taprobana. Fue recibido amigablemente por el rey, que vestía «como el padre Baco», y en seis meses había aprendido su lengua y era capaz de responder a las preguntas que le hacían sobre Roma, lo que tuvo como consecuencia que se enviaran cuatro embajadores para consolidar las relaciones. Estos informaron que Taprobana era una nación con 500 ciudades, de la que la más magnífica era Palaesimundus, de 200 000 habitantes, con la familia real incluida. En el fondo de sus mares, que eran de un verde brillante, crecían bosques de árboles, que a menudo rompían los timones de los barcos; los pobladores se entretenían cazando elefantes, tigres y tortugas tan grandes que «bajo uno de sus caparazones… se podía alojar una familia completa».

Sobre Taprobana circulaban numerosas leyendas: el compilador del siglo XIV de *The Travels of Sir John Mandeville* (*Los viajes de sir John Mandeville*), cuya identidad se discute, afirma que la isla se encontraba en el reino del Preste Juan (*véase* pág. 194), que el invierno y el verano se repetían dos veces al año, y (en el capítulo 33) que sus montañas de oro puro estaban protegidas por enormes hormigas comedoras de hombres. Es probable que este último detalle

La Taprobana de Ptolomeo, de Miguel Servet, publicada en la edición de 1535 de Cosmographia Claudii Ptolomaei Alexandrini.



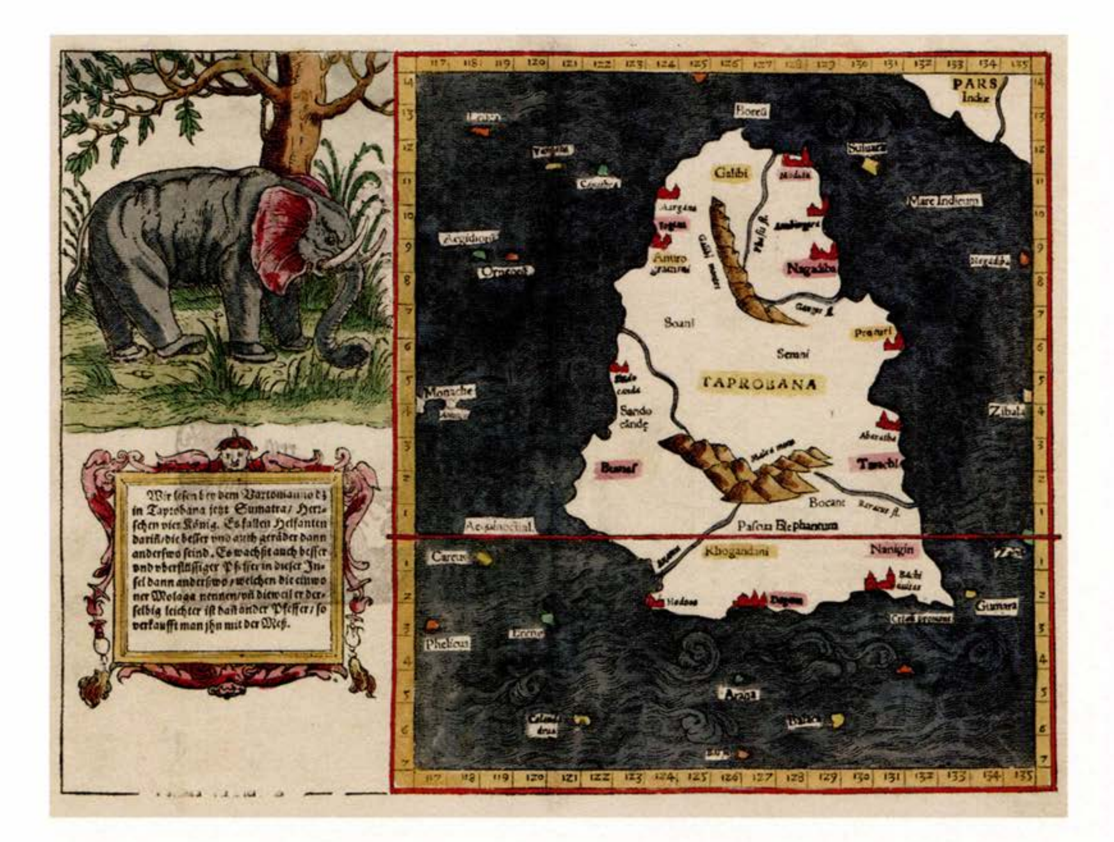


Moderno mapa del océano Índico, India, el sudeste asiático y regiones adyacentes (incluida la «Insula Taprobana»), de Waldseemüller, de la edición de 1513 de su Geographia.

se inspirara en los escritos de Pomponio Mela del año 43 d. C., quien describió hormigas tan grandes como mastines: «En la misma isla de Taprobana hay grandes colinas de oro, que las *pismires* (hormigas) mantienen llenas diligentemente. Ellas encuentran el oro puro y desechan el impuro. Estas hormigas son tan grandes como perros, por lo que los hombres no osan ir a esas colinas, ya que las hormigas los atacarían y devorarían enseguida…».

El autor de *The Travels…* escribe que para conseguir el oro los habitantes de Taprobana espantaban a las hormigas gigantes cargando contra ellas en camellos, caballos y otras bestias. También utilizaban una táctica más ingeniosa, cargando recipientes sobre caballos y llevándolos a pastar en las colinas del oro. Cuando las hormigas veían vacíos los recipientes que llevaban los caballos, corrían hacia ellos y se los llenaban con el metal, ya que tenían «la compulsión de no dejar nada vacío entre ellas, y rellenarlo inmediatamente, sin importarles lo que sea…».

También se decía que Taprobana había estado poblada por la mítica raza de los esciápodos, hombres de un único y enorme pie que utilizaban para protegerse del sol del mediodía, al tumbarse de espalda. Los esciápodos (o monópodos) son mencionados por



Mapa de Taprobana de Sebastian Münster, de 1570, con una gran cartela de un elefante.

Aristófanes en su obra *Las aves* (414 a. C.) y por Plinio en su *Historia natural*, que registra relatos de viajeros que habían encontrado a dichas criaturas en la región india; y el medieval *Mapamundi de Hereford* muestra una ilustración de los esciápodos en el área de India. También sobre el tema de los habitantes de Taprobana, Tomasso Porcacchi, en su *L'isole più famose del mondo* (*Las islas más famosas del mundo*) de 1590, repite la descripción de Diodoro Siculo de gentes con la lengua bífida: «Dobles a partir de la raíz y separadas; con una de ellas pueden hablar con una persona, mientras que, con la otra, lo hacen con otra». Porcacchi se disculpa después con sus lectores por no poder encontrar la localización exacta de aquella tierra.

Aunque no se ha podido establecer de un modo definitivo qué isla podría haber sido la antigua Taprobana, una de las hipótesis más extendida es que se trataría de Sumatra, que fue identificada por Niccolò de' Conti en el siglo xv; el mapa de Sebastian Münster titulado *Sumatra Ein Grosser Insel* (*Sumatra una gran isla*) apunta también en esta dirección. Sin embargo, lo más probable es que se tratara de Ceylán (Sri Lanka): la semejanza es muy notable en las ediciones del siglo xvi de los mapas de Plinio, y también se da el hecho de que había en ella un antiguo puerto con el vagamente homófono nombre de «Tamraparni».

TERRA AUSTRALIS

Conocida también como Terra Australis Ignota, Terra Australis Incognita, Terra Australis Nondum Cognita, Brasiliae Australis, Magallanica, Maguellanica, La Australia del Espíritu Santo



El mapa del mundo de Ortelius de Theatrum Orbis Terrarum *(1570) muestra la gran extensión teórica de la Terra Australis.*

Desde la más remota antigüedad existía la teoría (*véase* Java la Grande, pág. 134) de que el hemisferio sur contenía un continente gigantesco denominado Terra Australis Incognita, que existía como contrapeso de la masa de los territorios del hemisferio norte. Aristóteles es una de las fuentes que menciona esta idea, en *Meteorología*, Libro 2, Parte 5:

Dado que debe existir una región que tenga la misma relación con el polo Sur que el lugar donde vivimos con relación al polo Norte, se corresponderá en el orden de sus vientos y en otras cosas. Así, del mismo modo que tenemos aquí los vientos del norte, deben existir los vientos correspondientes del antártico. Este viento no nos alcanza, ya que nuestro propio viento del norte es como una brisa de tierra y ni siquiera llega a los límites de la región en que vivimos.

Cuando Fernando de Magallanes, en 1520, avistó tierra más allá del extremo sur de Sudamérica, la Tierra de Fuego, la teoría estaba plenamente vigente, y su descubrimiento fue interpretado por el marino español Francisco de Hoces como el primer avistamiento del continente austral cuando lo hizo personalmente en enero de 1526. Debido a los escasos conocimientos sobre la región de Oceanía, se llenaron las lagunas con la teórica gran masa terrestre. Se creía que el continente se extendía hasta Nueva Guinea; cuando el explorador español del Pacífico Álvaro de Saavedra registró esta isla y las adyacentes en 1528, la confundió inicialmente con la tierra austral.

El polímata alemán Johannes Schöner creó la primera representación de la Terra Australis en su globo perdido de 1523 (esta conjetura se basa en la creencia de que Oronce Finé tomó gran parte de su información de este globo para inventar su proyección cartográfica en forma de corazón, reflejada en su mapa de 1531). En 1533, Schöner describió el continente, al que llamó «Brasilia Australis», en su *Opusculum geographicum*:

Brasilia Australis es una región inmensa hacia el Antártico, recientemente descubierta, pero no explorada totalmente, que se extiende hasta Melacha [la ciudad malasia de Malaca] y algo más allá. Los habitantes de esta región llevan una vida buena y honesta y no son antropófagos [la raza caníbal anteriormente mencionada] como otras naciones bárbaras; desconocen la escritura y no tienen reyes, pero veneran a sus mayores y les obedecen; dan a sus hijos el nombre de Tomás [del apóstol santo Tomás]; cerca de esta región se encuentra la gran isla de Zanzíbar, a 102,00 grados y 27,30 grados Sur.

Cornelius Wytfliet, un geógrafo flamenco, escribió sobre la Terra Australis en su libro de 1597 *Descriptionis Ptolomaicae Augmentum*:

La Terra Australis es, por tanto, la más meridional de todas las tierras, inmediatamente por debajo del círculo antártico; se extiende hacia el oeste más allá del trópico de Capricornio, y termina casi en el mismo ecuador, y, separada por un angosto estrecho, se encuentra al este, opuesta a Nueva Guinea…



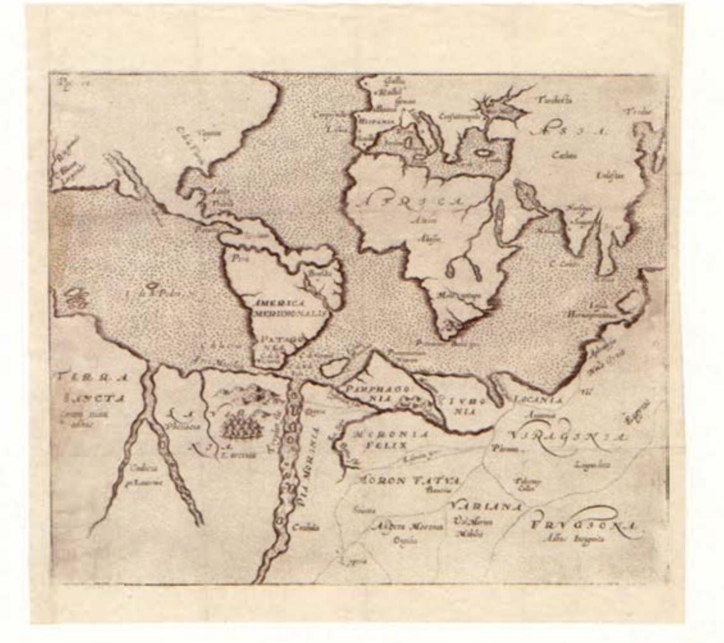
Mapa del océano Pacífico de Ortelius (1589), que muestra la inmensidad de la teórica Terra Australis.



Mapa del Nuevo Mundo de Theodor De Bry, que muestra una vasta Terra Australis, atribuida a Magallanes. El mapa está rodeado por retratos de cuerpo entero de Colón, Vespucio, Magallanes y Pizarro.



Tropicus Cancri
Hesperides insulæ
La Bermuda
Hispaniola
Camere anæ insulæ
MAR DEL NORT
Solis
Golfo Mexi
Açores insulæ al. Flandricæ
Tercera
C. de Bertam
S. Cruz Fagunda
Guadalupe
Dominici
Jamaica
Cuba
Florida
Brasilia
Peru
Lima
Cuzco
Potosi
Guarani
Amazones
Orellana
Tisnada
Caribana
Venezuela
Quito
Panama
Granada
Portus regalis
Fernambuco
C. de S. Augustino
I. S. Elena
Ascension
La Trinidad
S. Paulo
Quicaaieno
J. de S. Sebastian
J. de S. Catharina
Rio de la plata
C. de S. Maria
Fretum Magellanicum
Terra del fogo
Circulus antarcticus
Polus Antarcticus
MAR PACIFICO
C. de virgen Maria
C. das 11000 virgenes
C. de Seado
Chile
Americus Vesputius Florentinus. 1497.
1526. Franciscus Pisard
Francofurti ad Moenum (Theod. de Bry)



El mapa del mundo que representa a Terra Australis que acompañaba a la sátira de Joseph Hall Mundus alter et idem sive Terra Australis *(1605).*

La Terra Australis empieza a dos o tres grados del ecuador y se dice que es de tal magnitud que si en algún momento se llega a descubrir totalmente, representará la quinta parte del mundo.

Ortelius nos da la descripción más impresionante en un mapa de 1589 en el que una gigantesca Terra Australis ocupa la mayor parte de las regiones meridionales. El Pacífico Sur comienza con una estampa del *Victoria*, el barco de Magallanes, en su ruta a través del estrecho de su nombre, con la Tierra de Fuego incorporada al continente meridional. Las representaciones cartográficas de Terra Australis fueron cambiando descontroladamente a lo largo del siglo XVII, y, gradualmente, el territorio se fue reduciendo a medida que progresaban las exploraciones.

Varios autores incorporaron esta fascinación en sus obras utópicas, como Restif de la Bretonne en *La Découverte australe…* (*Descubrimientos australes…*). El cuaderno de bitácora apócrifo de Denis Vairasse de un viaje a aquel continente resultó tan persuasivo que convenció a muchos de su realidad, entre ellos, el prestigioso periódico *Journal des Scavants*. Era también un escenario perfecto de una distopía. El obispo y escritor de sátiras Joseph Hall escribió *Mundus alter et idem sive Terra Australis* en 1605, una sátira al estilo de Juvenal del Londres contemporáneo en el que la tripulación del *Fantasía* dirigida por Mercurius Britannicus visita las tierras de Crapulia (habitada por glotones), Viraginia (viragos), Moronia (locos) y Lavernia (ladrones).

Los nuevos descubrimientos en Australasia se consideraron inicialmente posibles pruebas de la existencia del continente, como fue el caso del avistamiento de Abel Tasman de Nueva



Zelanda en 1642. A partir de allí, la historia de Terra Australis se convierte en la del descubrimiento de la moderna Australia.

En la parte superior se puede ver el primer mapa impreso inglés trazado por Emanuel Bowen, que muestra la amplitud del descubrimiento en 1767. Ajeno a la Antártida en ese momento, Bowen escribe en la parte inferior: «Es imposible concebir un país más prometedor por su situación que este de Terra Australis; que ya no es incógnita, como demuestra este mapa». Se incluyen otros grandes descubrimientos de Tasman en 1642, como la tierra de Van Diemens (Tasmania) y «Nova Zelandia»; y sobre esta, sus exploraciones del norte de Nova Hollandia (Australia).

En 1814, Matthew Flinders publicó *A Voyage to Terra Australis* (*Un viaje a Terra Australis*), en el que llega a la conclusión de que el gigantesco continente meridional de Aristóteles no podía existir. Eliminar el mito era importante para apoyar su propuesta de transferir la etiqueta a la tierra de Nueva Holanda: «No existe la posibilidad —afirma— de que se llegue a encontrar en latitudes más meridionales otra masa de tierra aislada de una extensión semejante; el nombre de Terra Australis quedará como el que describe la importancia geográfica de este país, y de su situación en el globo…».

Y así, los británicos le dieron el nombre de Australia y la mítica Terra Australis llegó a su fin… o así se creyó. Justo cuando la idea había sido abandonada definitivamente en 1820, se avistaron las costas heladas de la Antártida más allá de los campos de hielo flotantes, lo que llevó a una avergonzada reevaluación de la descartada historia, y a la aparición de un nuevo foco de obsesiva exploración en los años siguientes.

A Complete Map of the Southern Continent survey'd by Capt Abel Tafman & depicted by order of the East India Company in Holland (Mapa completo del Continente Sur, del capitán Abel Tafman, dibujado por solicitud o encargo de la compañía de las Indias Orientales, en los Países Bajos) *(1744) de Emanuel Bowen.*

TULE

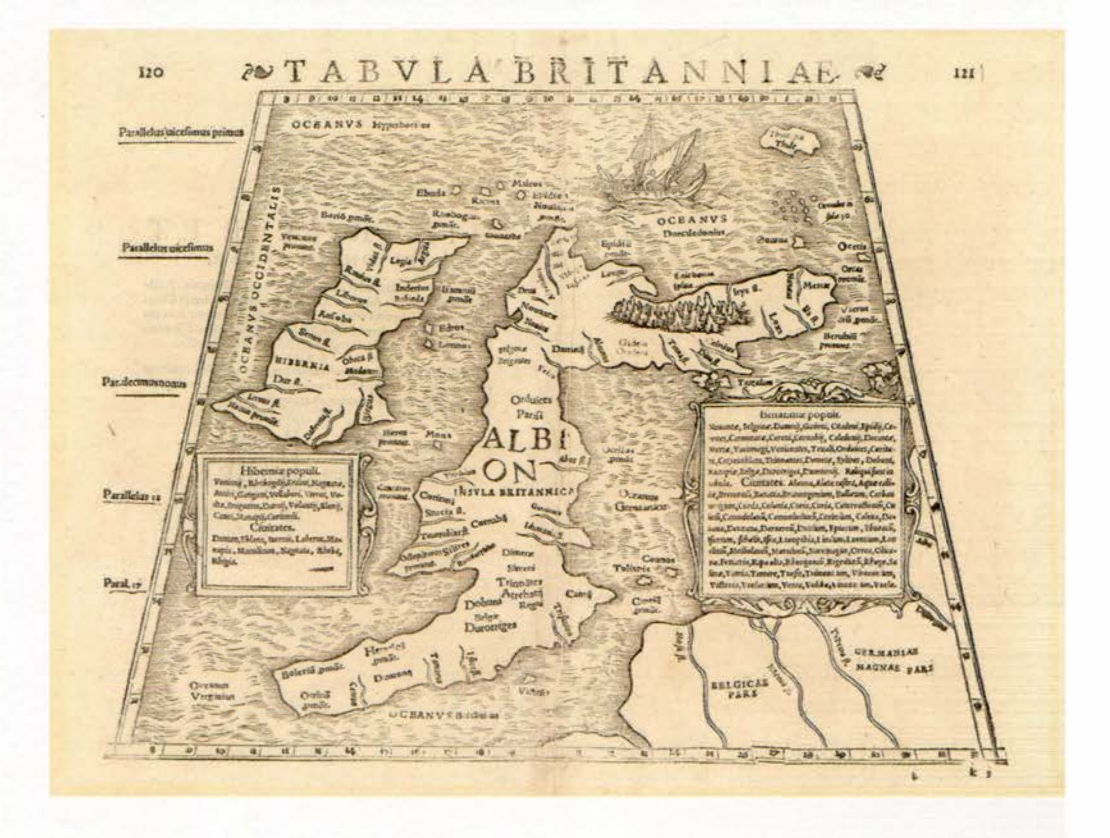
60° 31' N, 28° 59' O

Conocida también como Thule, Thila, Thile, Thiule, Thoulē, Thula, Thulé, Tila, Tile, Tilla, Tyle, Tylen, Ultima Thule

En los primeros tiempos de las exploraciones, el nombre «Tule» representaba el vasto, impreciso y desconocido Lejano Norte, del que se sabía muy poco, aunque se tenía la certeza de su existencia. Tule se convirtió en el nombre que se daba a cualquier fantasía de lo que pudiera existir en los confines del mundo, una de las más grandes e innominadas partes de las cartas antiguas, que se basaban más en la imaginación que en los datos derivados de la exploración.

La leyenda se remonta a los escritos del explorador griego Piteas de Masilia, quien, hacia el año 325 a. C., realizó un gran viaje para explorar el noroeste de Europa, en el que navegó hasta Gran Bretaña, incluido el norte de Escocia, y más lejos, en dirección norte, durante seis días, por aguas desconocidas, hasta que, finalmente, avistó una tierra que denominó «Tule, cerca de la *pepēguia tghalatta*» (mar solidificado). (Esta denominación se reflejaría también en los mapas como Mare

La Tabula Britanniae *(1571) de Sebastian Münster muestra la isla de «Tihyle o Thule» al nordeste de las islas británicas.*



TYPVS ORBIS TERRARVM, AD IMITATIONEM VNIVERSALIS GERHARDI MERCATORIS.
Cuius secundum tam veterum quàm recentiorum supputationem 5400. miliaria Germanica ambitus complectitur. quanto id temporis spacio circumagi possit, hinc constabit.

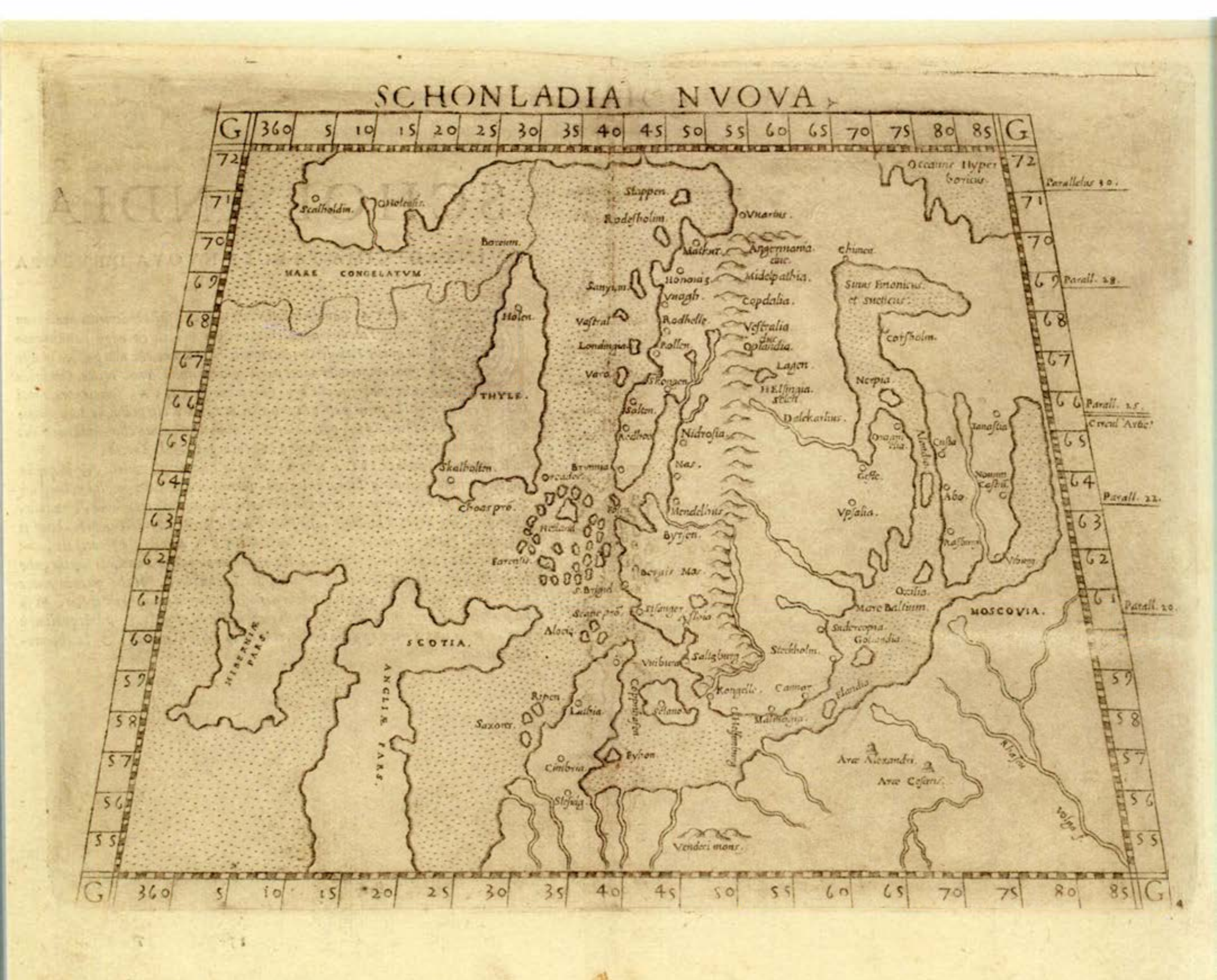
QVID EI POTEST VIDERI MAGNVM IN REBVS HVMANIS CVI AETERNITAS OMNIS TOTIVSQVE MVNDI NOTA SIT MAGNITVDO. CICERO.

Congelatii). Piteas desembarcó allí, entró en contacto con sus habitantes, y fue testigo de la puesta del sol en el día más corto, y de cómo la tierra se sumergía en la oscuridad durante el invierno. La tierra de Tule encendió la imaginación de los escritores: Virgilio se refiere a ella como la «Ultima Thule» (la Tule más lejana), término utilizado en la geografía medieval para cualquier tierra lejana e inexplorada. Plinio el Viejo hace referencia a Tule como «la más remota de las tierras de las que se tiene conocimiento», y la describe como un lugar donde «no hay noche en pleno verano, cuando el Sol pasa por el signo de Cáncer, y, por otra parte, no hay día en pleno invierno, y hay algunos escritores que piensan que esto tiene lugar en períodos de seis meses consecutivos».

Sin embargo, el relato de Piteas, *Sobre el océano* (que se ha perdido), tenía sus detractores; Estrabón califica a Piteas de «archifalsificador», y en el Libro II, Capítulo 5 de su *Geographica* escribe:



Un sorprendente mapa de Matthias Quad de 1600, que muestra una gran Tule al norte de Gran Bretaña, así como otras falsas creencias como Drogeo y Frislandia (véase Tierras fantasma del Mapa de Zeno*, pág. 240).*



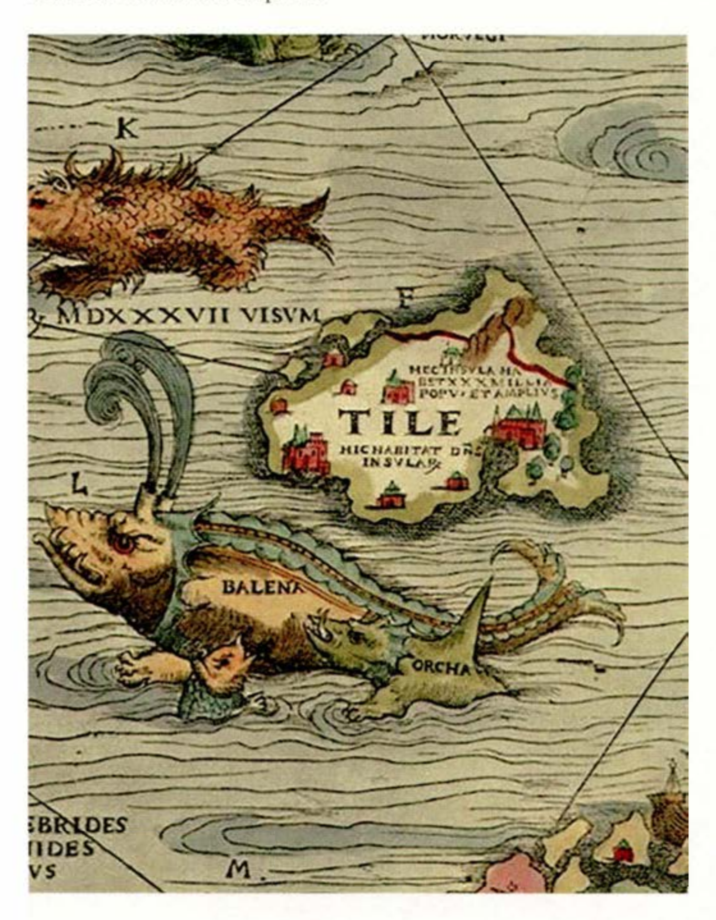
Ahora, Piteas de Masilia nos dice que Tule, la isla más septentrional de las Británicas, está mucho más alejada en el norte, y que el círculo del verano tropical es el mismo que el círculo polar ártico. Sin embargo, no he encontrado nada de esto en otros escritores, ni que exista una isla llamada Tule, ni que las tierras septentrionales sean habitables hasta el punto que el trópico de verano sea el círculo polar ártico.

Schonladia Nuova *de Rusceli, uno de los primeros mapas impresos de Escandinavia, muestra a Tule como una isla gigantesca al norte de Escocia.*

Sobre los nativos de Tule, mencionados originalmente por Piteas, Estrabón conserva los detalles, y cita el relato perdido cuando escribe:

… sus habitantes se alimentan de mijo y otras hierbas, y de frutas y raíces; y en los lugares donde hay grano y miel, elaboran con ellos una bebida. Con respecto al grano, dice que, después de recoger las mazorcas maduras, las almacenan en grandes almacenes, pues las eras son inútiles por la falta de luz solar y a causa de las lluvias.

El tema de la ubicación de Tule desconcertó a los geógrafos durante siglos. Pomponio Mela la situó al norte de Escitia (nombre clásico que designa una región que abarca partes del este europeo y el Asia central); Ptolomeo la sitúa en la isla noruega de Smøla; y, de acuerdo con Procopio, Tule era una gran isla ubicada en el norte, patria de veinticinco tribus, que se creía que era Escandinavia. Islandia, Groenlandia, Svalbard y las islas septentrionales de Escocia han sido identificadas en distintas ocasiones como la Tule original; sin embargo, no existe un consenso al respecto.



Representación de Tule de la Carta Marina *de Olaus Magnus, que la sitúa al noroeste de las islas Orcadas.*

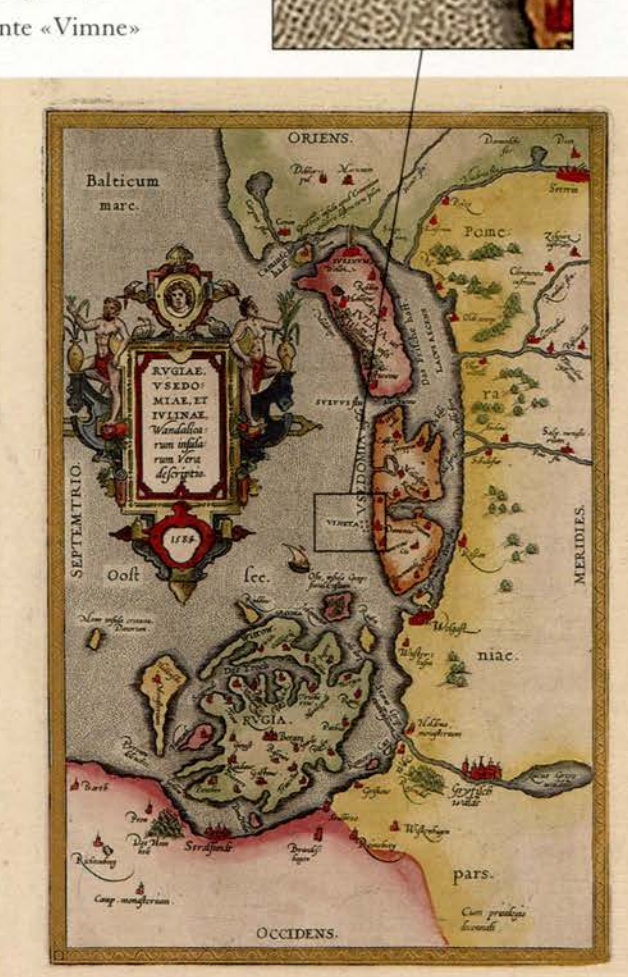
CIUDAD HUNDIDA DE VINETA

54° 06' N, 14° 08' E

Conocida también como Wineta, Veneta, Weltaba, Jumne, Vimne, Atlántida del Norte

La fabulosa ciudad de Vineta era un animado y próspero puerto en el sur del mar Báltico, justo frente a las costas de Alemania y Polonia, que por alguna catástrofe fue engullida por las olas antes del año 1000, y eliminada sin dejar huella. Hay referencias a ella como la «Atlántida del Norte», y las versiones de su mitología varían, pero todas coinciden en que se trataba de un inmenso centro comercial. El obispo Adán de Bremen, un cronista alemán del siglo XI, dice sobre Vineta (a la que llama indistintamente «Vimne» y «Junme») que era la ciudad más grande de toda Europa. Bremen la describe como una ciudad abierta a los negocios para cualquier persona, donde convivían griegos, eslavos, sajones y bárbaros, y donde los residentes eran honorables y decentes, hospitalarios y corteses con los extranjeros (entre quienes, en su día se incluyó a Harald Blåtand). Era una ciudad rica, que contaba con todos los bienes del norte y con rarezas tales como el arma incendiaria del inextinguible fuego griego, cuya composición continúa siendo desconocida. Existen versiones de la historia con un tono más bíblico, que califica el lugar como refugio del pecado impenitente, y en las que se afirma que esta es la razón de que fuera destruida por Dios, por piratas o por invasores.

En el mapa de Ortelius de la región báltica, Vineta está marcada en el centro.



En términos de su geografía, el escritor árabe Ibrahim Ibn Yaqub (h. 970) describe el lugar, que el llama «Weltaba», como «una gran ciudad junto al océano con doce puertas, la más grande de todas las ciudades europeas, muy lejos en el noroeste en el país de Misiko [Polonia], en los pantanos junto al océano». En el siglo XVI, Vineta empezó a aparecer en los mapas impresos de la costa sur del Báltico. El mapa de la página 234 es el *Mapa de Rügen, Usedom y Julin*, una veraz descripción de las islas de los vándalos, que sitúa Vineta en el extremo norte de Alemania, en el mar Báltico; también se encuentra en *Nova Illustrissimi Principatus Pomeraniæ Descriptio* (mapa de Pomerania), con una etiqueta que informa de su destrucción por Cristián, rey de Dinamarca.



En este mapa de Pomerania de 1640, Hondius marca «Wineta» en la costa justo al sur de la criatura marina.

Como es habitual con los fragmentos de la tradición oral, los detalles específicos que podrían ayudar a identificar su ubicación real son frustrantemente escasos. No se puede decir con certeza si existió, pero esto no ha evitado que las actuales islas de Wolin y Usedom, así como la ciudad de Barth, afirmen que son el lugar original de la historia. De hecho, existen pruebas de un asentamiento en Wolin, justo frente a la costa polaca, y se cree que podría ser la «Weltaba» mencionada por Ibn Yaqub. Por otra parte, existen también las tres *vitae* de Otón de Bamberg, que fueron escritas en 1140-1159, que utilizan el nombre de «Julin» (parecido al «Jumne» de Bremen) para designar



el lugar donde Wolin estaría más tarde. Sin embargo, no existen pruebas arqueológicas concluyentes, y no se cuenta con ninguna indicación de que allí hubiera habido un puerto lo suficientemente grande como para albergar 360 barcos, que es otro de los detalles mencionados por el obispo Adán de Bremen.

Aunque las pruebas sean escasas, los habitantes de la región fomentan la leyenda. Se dice que, cuando el mar está tranquilo, se puede ver a Vineta bajo el agua y observar a sus habitantes en sus actividades bajo las olas. Pero, para conseguir esta perspectiva, es necesario seguir un ritual específico tradicional que fue transmitido por un escritor del *New York Times* desde la isla Usedom en el mar Báltico en agosto de 1897:

Un hombre y una mujer ayunan día tras día durante una semana antes de Pascua. Al amanecer del día de Pascua cogen un gallo negro y un cisne, o, si no se puede conseguir el cisne, un ganso perfectamente blanco, y se dirigen en silencio hasta el pie de Langeberg [montaña]. Se despojan después de sus ropas y emprenden la marcha ascendiendo por el acantilado arenoso hacia la cima. Cuando sale el sol, el hombre mata el gallo e invoca a Radegast y la mujer mata el ganso e invoca a Svantevit. Solo de esta manera logran ver toda Vineta a sus pies, tal como se encontraba cuando esos dioses se veneraban en sus casas; Radegast, el patrón de los guerreros y los piratas, y Svantevit, dios de la música, la profecía y el amor femenino.

Página anterior: en el mapa de Brandeburgo y Pomerania de J. B. Homann, de hacia 1720, «Wineta» se describe en latín como el famoso emporio consumido por las olas.

WAK-WAK

38° 45' N, 133° 19' E

Conocida también Isla de Waq-Waq, Wák Wák

La islas míticas son tan abundantes en las historias de las culturas orientales como en las occidentales. Por ejemplo, P'eng-lai, conocida también como Hōrai, en la mitología japonesa, era una isla que los chinos creían que se hallaba en algún lugar en el extremo oriental del mar de Bohai, rodeada por otras cuatro: Fāngzhàng, Yíngzhōu, Dàiyú y Yuánjiāo. Estas islas, llamadas también Islas de los Bienaventurados, constituían un paraíso legendario, manifestaciones de las teorías taoístas de la inmortalidad que decían contener el elixir de la vida. Se contaban historias sobre las propiedades mágicas de la flora autóctona, capaz de proporcionar la juventud eterna y hasta de resucitar a los muertos. Las islas eran muy reverenciadas y se sabe que se emprendieron exploraciones para encontrarlas, como la ordenada por el emperador Ch'in Shih Huang-ti en el año 219 a. C.

La historia de la isla Wak-Wak (o Waq-Waq) se recoge en las tradiciones de Turquía, Arabia y la India, y se hacen numerosas referencias a estas islas en varios escritos geográficos persas del siglo IX, que las sitúan en algún lugar al este de Corea y China. Quizá su fama se deba a que se escribe sobre ella en *Las mil y una noches*, en la historia de Hassan al Bassri. Después de su matrimonio y del nacimiento de sus hijos, la esposa de Hassan huye a la isla de Wak-Wak, regida por su padre, rey y comandante de un ejército de 25 000 mujeres, un aterrador grupo de «matonas con corazas, espadas y lanzas». Las características de la isla son el monte Wak y un árbol en su cima, cuyos frutos tienen la forma de cabezas humanas. El autor de *Las mil y una noches cuenta que* «cuando sale el Sol, todas la cabezas gritan: "¡Wak! ¡Wak! Gloria al Rey Creador, al-Khallák!". Y cuando oímos sus gritos sabemos que ha salido el sol. De un modo semejante , al atardecer, las cabezas entonan el mismo grito: "¡Wak! ¡Wak! Gloria a al-Khallák!", y entonces sabemos que el sol se ha puesto».

En la obra árabe *Al aya'ib al-Hind* (*Maravillas de la India*) de hacia el año 1000, su autor, Buzurg ibn Shahriyar, describe el árbol en estos términos: «Muhammed ibn Babishad me dijo que había sabido de hombres que habían desembarcado en el país

*El mítico árbol Wak-Wak y sus frutos con forma humana (*Ta'rikh al-Hind al-Gharbi, *1729).*





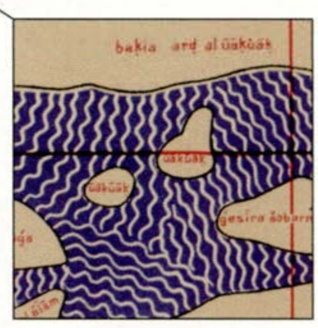
de Waq-Waq, que allí crece una especie de gran árbol, cuyas hojas son redondas y, a veces, oblongas, y cuyo fruto es parecido a una calabaza, pero más grande y con el aspecto de una figura humana. Cuando sopla el viento, sale de ellas una voz…».

Wak-Wak aparece representada en el mapa superior como varias islas por uno de los cartógrafos más respetados del siglo XII, Muhammad al-Idrisi (1099-1165). Descarta los elementos fantásticos («… hay un árbol del que Mas'udi [un geógrafo árabe] cuenta increíbles historias que no vale la pena repetir»), pero describe un pueblo que vive del pescado, los crustáceos y las tortugas, sin oro ni barcos. Las mujeres van desnudas, y sus únicos adornos eran unas peinetas de marfil decoradas con perlas.

Ante tal exotismo, no es extraño que la historia se difundiera hasta llegar a Italia: fray Odorico de Pordenone partió de Italia para realizar un largo viaje por Oriente en el siglo XIV, y en sus diarios menciona haber oído rumores sobre el árbol Wak-Wak:

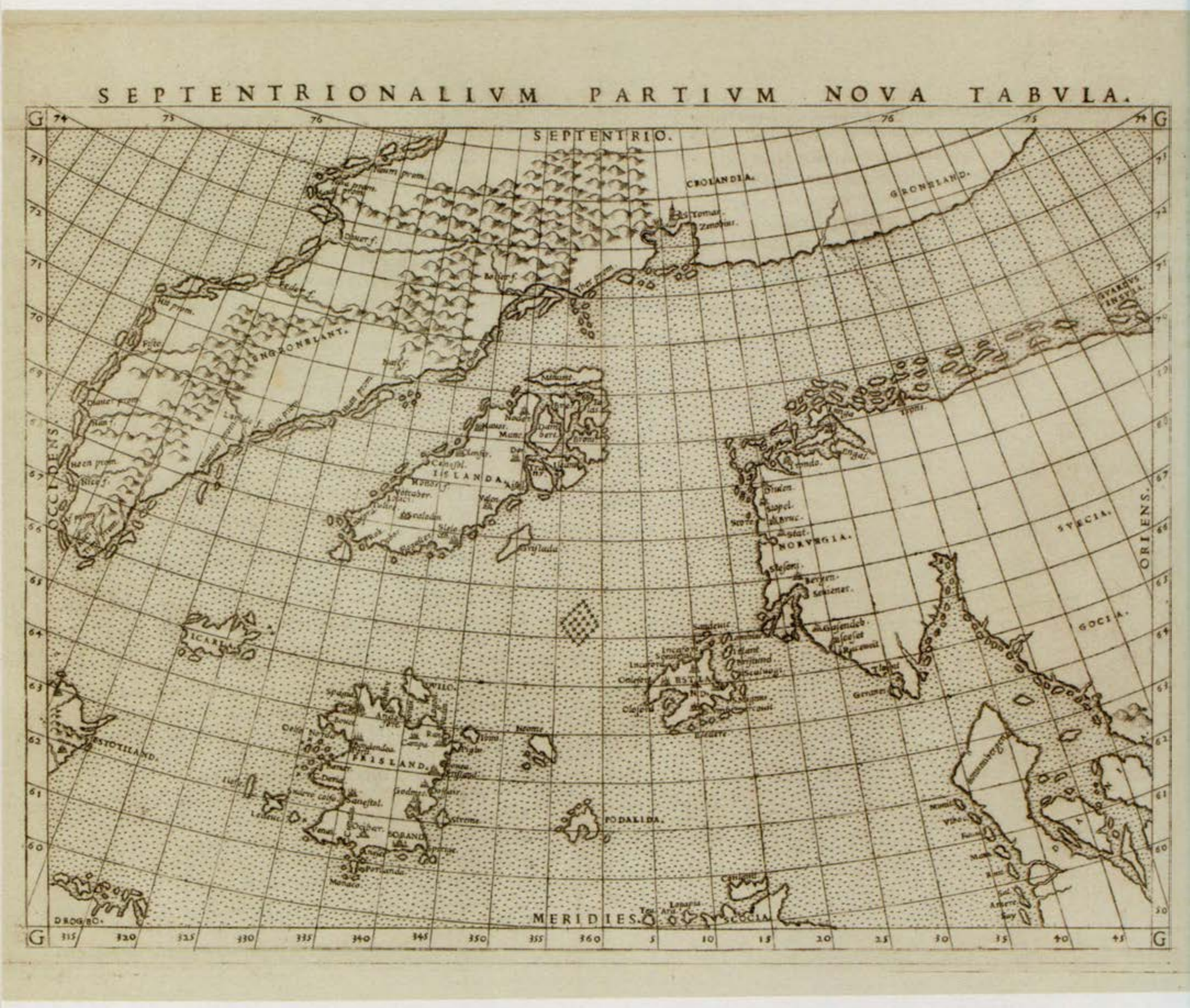
Y allí oí contar que había árboles cuyos frutos son hombres y mujeres. Tienen una altura aproximada de un codo, y están unidos al árbol por el ombligo, y allí están; y cuando sopla el viento, se les ve frescos, pero, si no sopla, se secan. Yo no lo presencié, pero lo escuché de personas que lo habían visto.

Aunque no se ha llegado a dilucidar si Wak-Wak es totalmente ficción o si tiene unas misteriosas raíces en la realidad, sobre esto último se han presentado varias teorías. Borneo ha sido propuesto como posible candidato, así como las islas Sundra, Sumatra, Madagascar, Nueva Guinea e incluso Australia, aunque hay quien considera que Japón es el candidato más probable, lo que parece muy conveniente cuando uno se entera de que «Wo-Kwok» es un antiguo término cantonés para designar a aquel país.



En la Tabula Rogeriana *(1154), Al-Idrisi dibujó las islas Waḳ-Waḳ.*

TIERRAS FANTASMA DEL *MAPA DE ZENO*



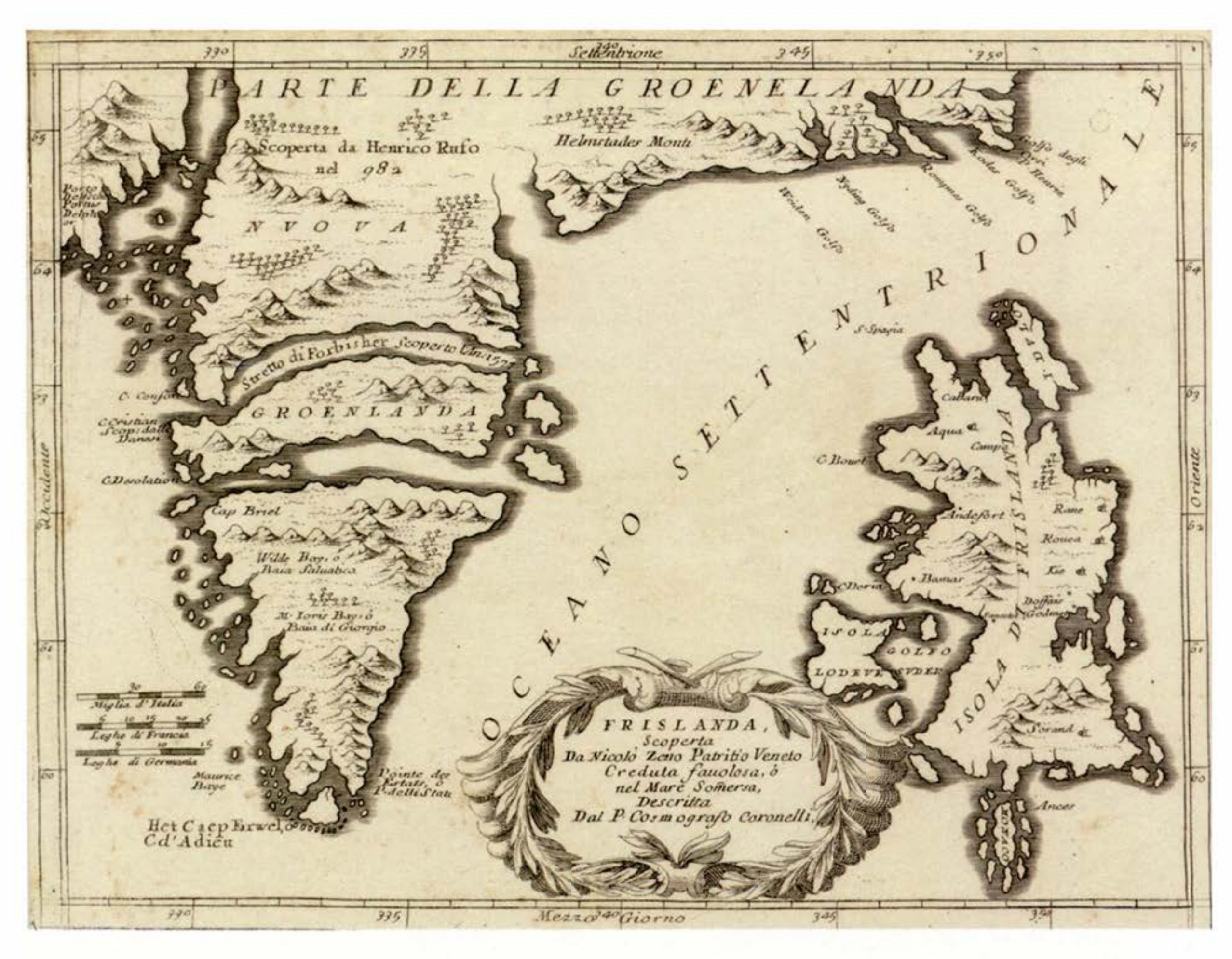
Nicolò (h. 1326 - h. 1402) y Antonio Zeno (f. h. 1403) fueron dos hermanos y navegantes italianos, famosos por su pionero viaje al Atlántico Norte, y sus posteriores descubrimientos de numerosas islas y poblaciones nuevas. La geografía de Zeno tuvo un gran impacto sobre la cartografía posterior,

El legendario mapa de las regiones septentrionales, tal como se describen en el relato de los hermanos Zeno (1561).

y sentó las bases de los mapas de Ortelius, Mercator y muchos otros. En la actualidad, esta historia es objeto de grandes controversias, ya que se ha afirmado, muy convincentemente, que el gran viaje de los Zeno nunca se llegó a realizar.

La única fuente de las aventuras de los hermanos Zeno (llamados a veces Zen) es un libro escrito por uno de sus descendientes en el siglo XVI, también Nicolò Zeno de nombre, publicado por Francesco Marconi en 1558 y titulado *Dello Scoprimento dell'isole Frislanda, Eslanda, Engrouelanda, Estotilanda, & Icaria, fatto sotto il Polo Artico, da due Fratelli Zeni* (*Sobre el descubrimientos de las islas Frislandia, Eslandia, Engrouelandia, Estotilandia e Icaria, realizados por los dos hermanos Zeno, bajo el polo ártico*). Su contenido son las cartas escritas por los hermanos, la primera de las cuales es de Nicolò a Antonio, y la segunda, de Antonio a su hermano Carlo. Nicolò relata que, en 1380, partió con una expedición a Inglaterra y Flandes. Su barco se encontró con una tormenta y él y sus compañeros fueron arrastrados fuera del curso y acabaron naufrando en las costas de Frislandia, una isla del Atlántico septentrional que describe como mayor que Irlanda. Allí, Nicolò conoció a Zichmni, rey de Frislandia, que regía también sobre las islas adyacentes de Porlandia y Sorant. Nicolò cuenta que aconsejó al monarca de Frislandia en su campaña para invadir otras islas vecinas, e invitó a Antonio a que se reuniera con él en Frislandia. Antonio lo complació, y se reunió con él para lo que sería una campaña de catorce años al servicio de Zichmni.

Antonio se dirigió al sur de Frislandia e invadió Eslandia, en tanto que Zichmni fue hacia el norte e intentó desembarcar en Islandia, pero allí fue rechazado y se dirigió a otras islas satélites más pequeñas frente a su costa oriental, conquistando siete de ellas, Bres, Broas, Damberg, Iscant, Mimant, Talas y Trans. Zichmni construyó un fuerte en Bres, que dejó al mando de Nicolò, quien viajó más tarde a Groenlandia, donde se sorprendió al encontrar un monasterio con calefacción central. Cuatro años más tarde, Nicolò regresó a Frislandia y murió.



En este punto, Antonio toma la palabra y cuenta haber encontrado en Frislandia a un grupo de pescadores que acababan de regresar de una expedición de veinticinco años. Describe que, en el lejano oeste, habían desembarcado en un país civilizado, en el que se hablaba latín, llamado Estotilandia; que habían descubierto una isla muy diferente llamada Drogeo, habitada por caníbales y extraños animales (de este lugar lograron escapar enseñando a los caníbales a pescar). A las órdenes de Zichmni, Antonio capitaneó una fuerza en dirección oeste y descubrió otra isla, Icaria. Sus habitantes rehusaron dejar que los frislandeses desembarcaran, amenazando con defender su costa hasta la muerte, por lo que Antonio se retiró y lo hizo finalmente en un promontorio llamado Trin en el extremo sur de Engrouelandia. Los marineros la consideraron inhóspita, pero Zichmni quedó fascinado con ella y decidió explorar la isla más a fondo. Antonio y sus hombres regresaron a Frislandia, dejando a Zichmni, y finalmente Antonio regresó a Venecia, donde murió hacia 1403.

Un mapa de Frislandia y las islas circundantes, de Vicenzo Maria Coronelli (h. 1690), basado en los descubrimientos de Zeno.

La validez de estos relatos proporcionados por Nicolò el joven, fueron acogidos con gran credibilidad. Los viajes de los hermanos Zeno fueron incluidos en *Delle Navigationi*, de Ramusio de 1583, y se encuentran también traducidos al inglés para *Divers Voyages* (1582) y el tercer volumen de *Principal Navigations* (1600), de Richard Hakluyt. Samuel Purchs incluyó una versión abreviada en *Pilgrimes* (1625), aunque expresa sus dudas sobre su autenticidad. Hasta el siglo XIX no se puso en tela de juicio el legado de Zeno, y la «corroboración» de Johann Foster en 1784 de que Zichmni era, en realidad, el navegante Henry Sinclair fue desafiada. Más destructora fue la obra de Frederick W. Lucas *The Annals of the Voyages of the Brothers Nicolo and Antonio Zeno in the North Atlantic* (*Anales de los viajes de los hermanos Nicolò y Antonio Zeno por el Atántico Norte*) de1898, en la que acusa a Nicolò el joven de un fraude literario despreciable, «uno de los más repulsivos que se registran». Lucas afirma que muchas de las islas mencionadas fueron tomadas de mapas más antiguos, como el de Matheus Prumes, y estaban distribuidas por todo el Atlántico. Como ejemplo, señala que la «Fixlandia» del portulano de Prunes era la inspiración de Frislandia, y sugiere que, de hecho, ambas eran Islandia.

Por otra parte hay que tener en cuenta el hecho de que en el tiempo en que se suponía que Nicolò el viejo realizaba sus viajes, hay registros en los que consta que estaba al servicio público en Venecia; que redactó un testamento en 1400 y que murió hacia 1402. Hay también documentos de 1394 que indican que estaba siendo juzgado por malversación mientras había sido gobernador militar en Corone, en Grecia, entre 1390 y 1392.

Frislandia, aunque se trate posiblemente de Islandia, fue dibujada aislada en los mapas (*véase* el mapa de Gerardus Mercator del Ártico de hacia 1570, en Rupes Nigra, pág. 200). Se ha supuesto también que su Islandia era la verdadera Islandia. Las siete islas que se anexionó Zichmni (Bres, Broas, Damberg, Iscant, Mimant, Talas y Trans) no existen. Icaria, tampoco. Ni Eslandia, aunque quizá se confunda con las islas Shetland. Como en muchos de los relatos de viajeros estudiados en el presente libro, el reto de dilucidar lo falso de lo verdadero, en una complicada maraña de mentiras y errores, se ha hecho más difícil en el caso de los hermanos Zeno y su aventura en Frislandia. Los debates prosiguen y todavía hoy se discuten sus aportaciones a la historia de las exploraciones.

Doble página siguiente: el magnífico mapa del mundo en doble hemisferio de Pieter Goos, de su Sea Atlas of the Water World, *que fue publicado después de su muerte por su esposa, en 1672.*


ACCVRATISSIMA
TABVLA.
auctore
PETRO GOOS.
AMERICA
SEPTENTRIONALIS
Circulus Arcticus
NOVA FRANCIA
Nova Granada
LA FLORIDA
MEXICANVS SINVS
MAR DEL NORT
MAR DEL ZVR.
Circulus Æquinoctialis.
Tropicus Cancri
Tropicus Capricorni.
AMERICA MERIDIONALIS
GUIANA
MARE PACIFICVM.
Circulus Antarcticus.
AVSTRALIS INCOGNITA
IAPAN
Rio de la Plata



uÿt gegeven
tot AMSTELDAM bÿ
Pieter Goos.
OCEANVS
ÆTIOPICVS
MAR DI
IN DIA
HOLLANDIA
NOVA.
Circulus Antarcticus.
NORT

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Adams, P. G. (1980) *Travelers and Travel Liars 1660-1800*, Nueva York: Dover

Babcock, W. (1922) *Legendary Islands of the Atlantic*, Nueva York: Plainview

Beatson, A. (1816) *Tracts Relative to the Island of St Helena: Written During a Residence of Five Years*, Londres: Impreso por W. Bulmer and Co.

Burgh, J. (1764) *An Account of the First Settlement, Laws, Form of Government, and Police, of the Cessares, A People of South America: In Nine Letters, from Mr Vander Neck, One of the Senators of that Nation, to His Friend in Holland*, Londres: J. Payne

Cameron, I. (1980) *To the Farthest Ends of the Earth: 150 Years of World Exploration*, Londres: Macdonald

Cherici, P. & Washburn, B. (2001) *The Dishonorable Dr Cook*, Seattle: The Mountaineers Books

Colón, H. (2009) *Historia del Almirante*, Madrid: Dastin S. L.

Dalrymple, A. (1775) *A Collection of Voyages Chiefly in the Southern Atlantic Ocean*, Londres: J. Nourse

Dampier, W. (1697) *A New Voyage Round the World*, Londres: James Knapton

De Robilant, A. (2011) *Venetian Navigators*, Londres: Faber & Faber

Delumeau, J. (1995) *Historia del paraíso 1: El jardín de las delicias*, Barcelona: Taurus

Dwight, N. (1817) *A System of Universal Geography, for Common Schools: In Which Europe is Divided According to the Late Act of the Congress At Vienna ...*, Albany: Websters & Skinners

Eco, U. (2013) *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, Buenos Aires: Lumen

Farini, G. (1886) *Through the Kalahari Desert: A Narrative of a Journey with Gun, Camera, and Note-Book to Lake N'Gami and Back*, Londres: Sampson, Low, Marston, Searle & Rivington

Flinders, M. (1814) *A Voyage to Terra Australis*, Londres: G. and W. Nicol

Garfield, S. (2012) *On the MAP: Why the World Looks the Way it Does*, Londres: Profile

Gould, R. T. (1928) *Oddities: A Book of Unexplained Facts*, Londres: Philip Allan & Co. Ltd

Hakluyt, R. (1582) *Divers Voyages*, Londres: Thomas Dawson

Hakluyt, R. (1988) *Principales viajes, expediciones, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa*, Madrid: Ediciones Atlas

Horsburgh, J. (1809) *Directions for Sailing to and from the East Indies, China, New Holland, Cape of Good Hope, and the Interjacent Ports*, Londres: Black, Parry & Kingsbury

Howgego, R. (2003-2013) *Encyclopedia of Exploration*, Sídney: Hordern House

Johnson, D. (1997) *Phantom Islands of the Atlantic*, Londres: Souvenir

Lucas, F. W. (1898) *The Annals of the Voyages of the Brothers Nicolo and Antonio Zeno in the North Atlantic*, Londres: H. Stevens Son & Stiles

Mandeville, J. (2001) *Los viajes de sir John Mandeville*, Madrid; Ediciones Cátedra

Maslen, T. J. (1830) *The Friend of Australia, or, A Plan for Exploring the Interior and for Carrying on a Survey of the Whole Continent of Australia*, Londres: Hurst Chance

McLeod, J. (2009) *Atlas de tierras legendarias: reinos fantásticos, islas fantasma, continentes perdidos*, Barcelona; Círculo de Lectores

Morrell, B. (1832) *A Narrative of Four Voyages ...*, Nueva Tork: J. & J. Harper

Newton, A. P. (1914) *The Colonising Activities of the English Puritans*, New Haven: Yale University Press

Nigg, J. (1999) *The Book of Fabulous Beasts*, Oxford: Oxford University Press

Nigg, J. (2013) *Sea Monsters: The Lore and Legacy of Olaus Magnus's Marine Map*, Lewes: Ivy Press

Park, M. (2008) *Viaje a las regiones interiores de África,* A Coruña: Ediciones del Viento

Polke, D. B. (1991) *The Island of California*, Spokane: Arthur H. Clarke

Psalmanazar, G. (1704) *An Historical and Geographical Description of Formosa, an Island Subject to the Emperor of Japan*, Londres: Wotton, Roper and Lintort

Psalmanazar, G. (1764) *Memoirs of ****, Commonly Known by the Name of George Psalmanazar*, Londres: R. Davis

Purchas, S. (1625-1626) *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes, Contayning a History of the World in Sea Voyages and Lande Travells, by Englishmen and others*, Londres: H. Fetherston

Purdy, John (1822) *Memoir, Descriptive and Explanatory, to Accompany the New Chart of the Ethiopic or Southern Atlantic Ocean, with the Western Coasts of South America, from Cape Horn to Panama: Composed from a Great Variety of Documents, as Enumerated in the Work*, Londres: R. H. Laurie

Ramsay, R. (1972) *No Longer on the Map*, Nueva Tork: Viking Press

Ramusio, G. B. (1583) *Delle Navigationi*, Venecia: Giunta

Scafi, A. (2013) *Maps of Paradise*, Londres: British Library

Scott-Elliot, W. (1925) *The Story of Atlantis and the Lost Lemuria*, Londres: Theosophical Publishing House

Silverberg, R. (1972) *The Realm of Prester John,* Athens: Ohio University Press

Sinclair, D. (2003) *Sir Gregor MacGregor and the Land that Never Was*, Londres: Headline

Van Duzer, C. (2013) *Sea Monsters on Medieval and Renaissance Map*s, Londres: British Library

Wafer, L. (1699) *A New Voyage and Description of the Isthmus of America ...* Londres: James Knapton

Wellard, J. (1975) *The Search for Lost Worlds*, Londres: Pan

Williams, G. (2002) *Voyages of Delusion*, Londres: Harper Collins

Yenne, B. (2011) *Cities of Gold*, Yardley: Westholme

[Zeno, N. & A.] (1558) *Dello Scoprimento dell'isole Frislanda, Eslanda, Engrouelanda, Estotilanda, & Icaria, fatto sotto il Polo Artico, da due Fratelli Zeni*, Venecia: Marcolini

ÍNDICE

Los números de página en *cursiva* hacen referencia a las ilustraciones.

abarimon 180, *180*
Abu'l-Fida 163
Adams, Clement 199
Adán 93, *94*, 95, 96
Adán, obispo de Bremen 199, 234, 237
Afortunadas, islas 130-133
Aguirre, Lope de 101
Ailly, Pierre d' 175
Alarcón, Hernando de 65
Albania 122
Albuquerque, Alfonso de 118
Alcántara, Irasema 41
Alcazaba, Simon de 53
Alejandro Magno 163, 175, 178
Alexander, capitán David 132
Alfonce, Jean 171
Almirantazgo Británico 132, 169, 185, 207
Amundsen, Roald 12
amyctyrae 181, *181*
Anaximandro 104
Anaxímenes de Mileto 104-105
Angelo, Jacopo 93
Anglois, David *80*
Anián, estrecho de 12-17, 115, *116-117*, 201, 216
Anson, George 186
Antillia 18-23, 84, 210, 211
Anville, Jean Baptiste d' 140
Anza, Juan Bautista de 67
arimaspos 179, *179*
Aristeas 180
Aristófanes 222
Aristóteles 25, 63, 105, 134, 224, 229
Arrowsmith, Aaron 149
Ascensión, Antonio de la 66
Asmaida 158-161
Atlántida 24-29, 131, 154
Atlántida del Norte 234-237
Atlas catalán 159, *159*
Augustus, George Frederic 190
Aurora 30
Aurora, islas 30-33
Australia, mar interior de 34-37
Australia del Espíritu Santo, la 224-229
Avienus 98
Ayala, Pedro de 132

Baffin, William 77
Balch, Edwin *42*
Bamberg, Otón de 236
Barentsz, Willem *12*
Barkley, Charles William 17
Barnum, P. T. 142-143
Barrow, *sir* John 76, 79
Bartholomew, J. 149
Bassett, Thomas 149
Baye de l'Ouest 216-219
Bayliss, E. P. *169*
Beatson, Alexander 214
Beauvais, Vincent de 174
bebedores por pajita 180, *180*
Becanus, Johannes Goropius 95
Becerra, Diego de 65
Beda el Venerable 174
Behaim, Martin 22, 128, 200
Bell, Leslie Gordon 29
belle Rivière, La 124-127
Belleforest, François de 85
Bellin, Jacques-Nicolas *51*, *125*
Benalcázar, Sebastián de 100
Benincasa, Grazioso 210
Bentusla 158-161
Bering, Vitus 120
Bermeja 8, 9, 38-41
Bertius, Petrus *183*
Best, George 47
Bianco, Andrea 160, 211
Bienaventurados, isla de los 130-133, 202-205
Binger, Louis Gustave 146
Biscoe, John 33
Black Cliff 200-201
Blaeu, Joan 150
Blaeu, Willem 67, *86-87*, *158*, *171*
Blavatsky, Madame Helena 154, *155*
blemias 179, *179*
Bolívar, Simón 190, 192
Bolunda 158-161
Booth, Felix 79
Bosch (el Bosco), Hieronymus *93*
Bougainville, Louis Antoine de 187
Bouvet de Lozier, Jean-Baptiste Charles 167
Bouvet, isla 167
Bowen, Emanuel 229, *229*
Bowen, Thomas *120*
Boynot, M. 140-141
Bradley, John R. 43
Bradley, Tierra de 42-45, 71
Brandán, san 202-205, *203*
Brasil, isla 128, 129, 130-133, 159, *159*, 160, 161
Brasiliae Australis 224-229
Braudel, Fernand 98
Brazil 130-133
Brazir 158-161
Breasal, rey 131

Bres 241, 243
Briggs, Henry 66
Broas 241, 243
Brouscon, Guillaume *135*, 138
Bruce, James 164
Bry, Theodor de *226-227*
Buache, Philippe *115*, 216, *217*, 218, 219, *219*
Buena Esperanza, cabo de 14
Buenaventura, río 124-127
Bunge, Aleksandr 208
Burgh, James 50
Burton, Richard Francis 164-165
Buss, isla 46-49, 77
Bustamente Guerra, José 30
Byers, isla de 168, 169, 214
Byron, John *Foul-Weather Jack* 182, 184, *184*, 185, 186-187

Caboto, Giovanni 13
Caboto, Sebastiano 52, 53, 84, 106
California, isla de 64-67
Callapoda, Giorgio *133*
Calvino, Juan 95-96
Cambrensis, Geraldus 58, 200
Canepa, Albino de *18*, *19*
Carlos I, rey de Inglaterra 106
Carlos II, rey de Inglaterra 48
Carlos V, rey de Francia 131
Carrington, R. C. *206*
Carta Marina 54-63, *56-57*
Carte des Nouvelles Decouvertes 217
Carteret, capitán 185
Cartier, Jacques 13, 171
Cary, John *147*, 149, 164
Casitérides 68-69, *198*, 220
Castillo, Domingo del 65
Cavendish, *sir* Thomas 184
César, Francisco 52-53
César, Julio 163
Champlain, Samuel de 173
Charlevoix, Pierre de 218
Chaves, Alonso de 8, 38
Churchward, coronel James 155
cinocéfalos 179, 179
Ciudad de los césares 50-53
Ciudad encantada de la Patagonia 50-53
Ciudad Errante 50-53
Ciudad perdida de Kalahari 142-145
Clavus, Claudius 128
Clement, A. J. 145
Clerke, Charles 182
Cnoyen, Jacobus 200
Colijn, Mijiel 66
Collin, Epidariste 141
Colón, Cristóbal 22, 98-99, 114, 175, 211, *226*
Colón, Hernando 22
Compañía, Tierra de la 121
Compañía de la bahía de Hudson (HBC) 48-49
Conchello, José Angel 41
Conrado, rey de Dinamarca 235
continentes perdidos 152-155
Cook, capitán James 120-121, 134, 135, 167, 185, 187, 207
Cook, Frederick Albert 42-45, *45*, 71
Corea como isla 150-151
Coronelli, Vincenzo Maria *242*
Corte-Real, Gaspar 13
Cortés, Hernán 65
Cosa, Juan de la 128
Cowley, Ambrose 186, 187
Crams, George *30-31*
Cranach, Lucas *94*
Crantor 25
Crawford, oficial comandante Allan 167
Cresques, Abraham *130-131*
Crocker, George 70
Crocker, John Wilson 78, 79
Crocker, Tierra de 43, 70-75, 209
Croker, montes de 76-79
Cronos 92
Crouch, Henry 192
Ctesias 179
Cumpston, J. S. *169*

Da Gama, Tierra de 118-121
Dalorto, Angelino 131
Damberg 241, 243
Dampier, William 81-82, *81*, 83, 187
Dati, Giuliano *196*
Davis, Edward 81
Davis, John 129
Davis, John King 90-91
Davis, Tierra de 80-83, *188-189*
de' Conti, Niccolò 223-228
De l'Isle, Guillaume 127, *202*
Del Carpine, Giovanni da Pian 197
Demonios, isla de los 84-87, *170*, 210-211
Denis, Louis 149
Departamento hidrográfico 132, 157, 206
Desliens, Nicolas *138-139*
Dias, Bartolomeu 14
Diderot, Denis *115*
Diodoro 69
Diógenes 163
Dion, Roger 69
Dios 9, 94, 95, 103, 105
Dorling, Danny 207
Dos Romeiros 140
Dougherty, capitán 88, 89, 91
Dougherty, isla 88-91
Drake, *sir* Francis 13, 184
Drogeo *231*, 242
Dulmo, Fernão 19
Duncan, capitán Charles 49

Durrell, Lawrence 27
Dwight, Nathaniel 214

Edén, Jardín del 92-97, *92*, *94*, *97*
Ekblaw, Walter 74, 75
El Dorado 98-101
Elcano, Juan Sebastián 183
Elelín 50-53
Ellis, Henry *82*
Engel, Samuel 127
Enrique, príncipe de Portugal 18, 22
Enrique IV, rey de Inglaterra 173
Erik el Rojo 122, 128
Eslanda 241, 243
esquiritas 180, *180*
Estaño, islas del 68-69
Estotilandia 241, 242
Estrabón 69, 179, 231-233
Eugenio III, Papa 196
Eva 93, *94*, 95, 96
ewaipanomas 101

Farini, el Gran 142, *142*
fata morgana 9
Federmann, Nicholas 100
fenicios 68, 69
Fer, Nicholas de *64*
Ferguson, profesor Orlando 102-104, *102*, 105
Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo 99-100
Fernando II, rey de Aragón 99, 132
Fernando VI, rey de España 67
Filchner, Wilhelm 168
Findlay, Alexander G. 132
Finé, Oronce 225
Fitzroy, capitán Robert 10
Flammarion, Camille *103*
Fletcher, Francis 184
Flinders, Matthew 134, 212-213, 229
Fonseca 106-109
Fonte, almirante Bartholomew de 218-219
Forlani, Paolo *13*
Formaleoni, Vicenzo 211
Formosa 10-11, 110-113, 186
Foster, Johann 243
Foxe, Luke *49*
Francisco I, rey de Francia 170
Frislandia 201, *231*, 241-242, *242*, 243
Frobisher, *sir* Martin 46-47, *48*, 129
Fuca, Juan de 14-15, 17
Fusang 114-117101

Gad-Avia 110-1132
Galaup, Jean-François de 187, 219
Galloway, capitán 214
Galvão, Antonio 23
Gama, João da 119
Gamboa, Pedro Sarmiento de 184
Gastaldi, Giacomo 14
Gaultier de la Varennes, *et* de la Véredrye, Pierre 127
Gedenschtrom, Matvei 208
Gellius, Aulus 180
Gengis Kan 197
Germanus, Nicolaus *94*, *220*
Gerritz, Hessel *100*
al-Gharbi, Ta'rikh al-Hind *238*
gigantes patagónicos 9, 182-185
Gilbert, *sir* Humphrey 13, 172, 173
Gillam, Zachariah 48
Godson, W. *187*
Goos, Abraham 66
Goos, Pieter *4-5*, 140, *140*
gorgadas 175, *175*
Gran Irlanda 122-123
Gran río del Oeste 124-127, 217
Green, Fitzhugh 74-75
Greenstreet, capitán 90
Grenville, Corval de 141
Groclant 128-129, 201
Guarinus, Thomas *95*, 96
Gunnbjörn, escollos de 11
Gutiérrez, Diego *6*, 65, *182*
Gwinnet, Richard 113

Hacke, William 186, 187
Haeckel, Ernst 154
Hakluyt, Richard 47, 106, 129, 172, 243
Hall, James 47-48
Hall, Joseph 228, *228*
Halley, Edmund 112-113, 186
Harris, Peter 81
Harrison, John 10
Hayes, Edward 172
Head, capitán 214
Head, Richard 132-133
Hearne, Samuel 17
Herisson, Eustache *148*
Hernandez, Cristóbal 53
Herodoto 69, 162-163
Hexham, Henry 48
Heylyn, Peter 10
Hibernia Major 122
Higginson, Thomas Wentworth 211, *211*
Hilton, capitán Anthony 106
hipocentauro 178, *178*
hipópodos 181, *181*
Hoces, Francisco de 134, 225
Homann, J. B. *236*
Homem, Diogo 151
Homero 104, 175
Hondius, Henricus:
  Antillia *20-21*, 23
  Corea 151, *151*
  El Dorado *99*
  Fonseca 106, *108-109*
  Paraíso 96, *96*
  Vineta *235*
Hooge, Romain de *97*
Hooke, Robert 133

Horsburgh, capitán James 213
Howgego, Raymond 168
«hoyos de dona» 38-41
Hudson, Henry 48
Huet, Pierre Daniel *97*
Hugo de Jabala, obispo 196
Hui Shen 114-115
Hunt, William Leonard 142-144, *142*, *145*
Huntingford, G.W.B. 165
Hvítramannal 122
Hy Brasil 130-133. 159, *159*, 160, 161 101

I. man orbolunda 158-161
I. Onzele 158-161
Ibn Shahriyar, Buzurg 238-239
Ibrahim Ibn Yaqub 235, 236
Icaria 241, 243
al-Idrisi, Muhammad 122-123, *123*, 163, 239, *239*
Île de Sable 206-207
Indicopleustes, Cosmas *104*, 105
Ingram, David 171-172, 173
Innes, Alexander 110
Instituto Politécnico Nacional 41
Insula Fortunatae 130-133
Írland hid mikla 122
Iscant 241, 243
Isigonus 180

Jacobo I, rey de Inglaterra 101
Jansoon, Willem 134
Jansson, Johannes *118*, 151
Jardín del Edén 92-97, *92*, 94, 97
Java la Grande 134-139, 224
Jeffrey, Thomas *85*, 132
Jesús *92*, 93
Jiménez, Fortún 65
Jiménez de Quesada, Gonzalo 100
Jode, Cornelis de *16*
Johnson, Samuel 113
Johnston, Alexander Keith 107
Johnston, *sir* Harry 165
Jowett, doctor 26
Juan II, rey de Portugal 19
Juan de Lisboa 140-145
Jumne 234-237

Kalahari, ciudad perdida de 142-145
Keates, capitán 88
Keeler, John W. 215
Keulen, Johannes van 17, 49
Kino, Eusebio 67
Kircher, Athanasius *25*, 26-27, *28*, 164, 201
Knivet, Anthonie 184
Koberger, Anton 174
Kong, montañas de 146-149, 164

La Bretonne, Restif de 228
La Fosse, Eustache de 22-23
La Pérouse, Comte de 187
La Roque, Marguerite de 84-85
La Roque de Roberval, Jean-François de 84
La Vérendrye, *véase* Gaultier
Lactancio 105
Lahontan, barón de 124-127, *124*, *126*, 217
Landa, fray Diego de 155
Langren, Henricus van *141*
Le Plongeon, Augustus 154-155
Le Sieur Janvier *119*
Leadbeater, Charles Webster 154
Lemuria 152-154, 155
Lescarbot, Marc 173
Liber Chronicarum 174-181
Lin Lin 50-53
Lindeman, J. 212, 214
Lindsay, James 167
Linschoten, Jan Huyghen van 151
L'Isle, Guillaume de 127, *202*
L'Isle, Joseph-Nicholas de 216, 217, 218, 219
L'Ouest, fleuve de 124-127
Llana, José de la 30
Lloyd, Thomas 132
Lodwick, Francis 133
Lok, Michael 15, 17, 129, 216
Lorne, *lord* 132
Lubinus, Eilhard 235
Lucas, Frederick W. 243
Luis XV, rey de Francia 127, 217-218
Luna, montes de la 27, 147, 149, 162-165, 194, 197
Lutero, Martín 95

McClure, Robert 12
MacGregor, «*sir*» Gregor 11, 190-193, *191*, *192*
Mackenzie, capitán 88
MacMillan, Donald 72-75, *73*, 209
McLughlin, Glen 66
McNally, Rand 149
Magallanes, Fernando de 134, 138, 183-184, 225, *226*, 228
Magallanica 224-229
Maggiollo, Visconte 170
Magnetum Insula 200-201
Magno, Alberto 54, 174
Magnus, Olaus 54-63, *56-57*, *233*
Maldonado, Lorenzo Ferrer 17
Malte-Brun, Conrad 140-141
Man Satanaxio, La 210-211
Manoa 98-101
Manuel I, rey de Portugal 118
Manuel I Comneno, emperador 194
Mapa de las Crónicas de Núremberg, criaturas del 174-181

Mapamundi de Hereford 9, 93, 223
Mapamundi del Salterio 92, 93-94
mapamundis *9, 92, 93-94, 223*
mar territorial 38
Marcolini, Francesco 241
María Teresa, arrecife *89*, 156-157
Marsson, Ari 122, 123
Martel, Carlos 18
Martin, George 85
Martini, Martino 150
Martins, Ferman 19
Martyr d'Anghiera, Peter 23
Maslen, Thomas J. *34*, *35*, 36-37, *36*
Mathew, doctor Gervase 165
Maty, doctor Matthew 182, 184
Mayda 158-161
Mayo, Nancy H. 66
Meeker, Gertrude Norris 29
Meent Borcherds, doctor W. 144-145
Megástenes 180, 220
Mela, Pomponio 174, *198*, 221-222, 233
Mer de l'Ouest 216-219
Mercator, Gerardus:
  estrecho de Anián 14
  Groclant 129
  isla de California 65
  isla de los Demonios 84, 85
  Lunae Montes 162
  Mayda 161
  Norumbega *173*
  Paradisus 96, *96*
  Rupes Nigra 200-201, *201*
  Zeno, geografía de 241, 243
México, golfo de 38-41
Millán, Saúl 41
Miller, Don 157
Mills, William 167
Mimant 241, 243
Miranda, Francisco de 190, 192
Modyford, *sir* Thomas 81
Moisés 105
Moll, Herman 17, 67, 83, 127, *187*, *212*
Monoculi 179, *195*
monstruos marinos 54-63
  árbol de los patos, el 58, *58*
  ballena 59, *59*, 60
  ballena isla, la 62, *62*
  caribdis 63, *63*
  cerdo marino, el 59, *59*
  gusano marino, el 55, *55*
  orca 59, *59*
  polypus, el 59
  prister, el 60, *60*
  rinoceronte marino, el 61, *61*
  rockas 54, *54*
  serpiente de mar, la 63, *63*
  unicornio marino, el 60, *60*
  vaca marina, la 61,*61*
  ziphius, el 61, *61*
Morgan, Henry 81
moros 18, 23
Morrell, Benjamin 11, 33, 166-169, *166*, 214-215
Morrell, isla 169, 214
Morrell, tierras de 167-168
Mortier, Pierre *97*
Mott, John L. 29
montes:
  de Kong 146-149, 164
  de la Luna 27, *147*, 149, 162-165, *194*, 197
  Meru 93
Mu 152-155
muisca 100
Mulhall, Marion 123
Münster, Sebastian:
  Brazil *132*
  mar del Oeste 216, *218*
  montes de la Luna 163
  reino del Preste Juan *195*
  rockas 54
  Taprobana 223, *223*
  Tule 101

National Geographic Society *156*
Nelin, Gustavo 123
Neville, Henry 132
Nilo 162-164
Nimrod 90-91, *90*
nisyti 178, *178*
Noé 175
Nolin, J. B. *80*, 83
Nordenskiöld, Nils 211
Noroeste, paso del 12, 14, 46, 76, 78, 125, 216-219
Norris, George 167
Norumbega 170-173
Nueva Groenlandia del Sur 167-168
Nuguo 115

O Brasil 130-133
Odorico de Pordenone, fray 239
Oeste, mar del 115, 216-219
Orphic Argonautica 198
Ortelius, Abraham:
  Carta Marina, criaturas de la *62*
  Groclant 129, *129*
  estrecho de Anián *15*
  isla de California 65
  isla de los Demonios 84, 85
  Japón 150, *150*
  mapa del mundo *204*, 205, *224*
  Mayda 161
  Norumbega *170*, 171
  reino del preste Juan *194*, 197
  Terra Australis *224*, *225*, 228
  Vineta *234*, 235
  Zeno, geografía de 241

Otto de Freising 196
Oyarvido, capitán Manuel de 30

Páez, Pedro 164
Paititi 99
Pak-Ando 110-113
panóteos 181, *181*
paraíso terrenal 92-97
Parime, lago *99*, *100*, 101
Park, Mungo 148, 149
Parkman, Francis 127
Parménides 104
Parry, William Edward 77-78, 79
Partido de Acción Nacional 41
Patagonia gigantes de la 9, 182-185
Paver, F. R. 144-145
Peary, Robert Edwin 43, 44, *44*, 70-75, *72*
Pepys, isla 186-189
Pepys, Samuel 186
Pérez de Quesada, Hernán 100
Perthes, Justus *89*
Philip, conde de Montgomery 106
Philips, *sir* Thomas 139
Pigafetta, Antonio 183
Piteas de Masilia 230-232
Piugaattoq 74-75
Pizzigani, Domenico y Francesco 159
Pizzigano, Zuane (Giovanni) 18, 210, *210*, 211
Platón 24-26
Plautius, Caspar *203*
Plinio:
  Antichthons 201
  Carta Marina 59
  Crónicas de Núremberg, mapa de las 9, 174, 175, 178, 179, 181
  Taprobana 222-223
  Tule 231
Plocanus, Annius 221
Polo, Marco 13, 135, 138
Pontoppidan, Erich *55*
Popple, Henry 127
Porcacchi, Tommaso 223
Porter, Philip 149
Poyais 11, 190-193
Preste Juan 98, 164, 194-197, 221
Procopio 233
Providence Company 106
Prunes, Matheus 160, *161*, 243
Psalmanazar, George 10-11, 110-113, *110*, *111*, *112*, 186
Psamético, rey 163
Ptolomeo 233
  El Dorado 98
  Mayda 160, *160*
  montes de la Luna 163
  Paraíso Terrenal 93, 94, *94*
  Taprobana *221*
Puig, José Antonio 187
Purchas, Samuel 172, 216, 243
Purdy, John 132, 212-213
Pym, John 106

Quad, Matthias 129, *231*
Quast, Matthijs Hendrickszoon 120

Raleigh, *sir* Walter 10, 96, 101, *101*
Raimundo de Antioquía, príncipe 196
Ramusio, Giovanni Battista 243
Reinecke, Johann 149
Rennell, James *146*, 147-149
Rifeas, montañas 198-199
Rivière longue 124-127
Rochon, Alexis-Marie de 141
Rodríguez de Montalvo, Garci 64
Roggeween, Jacob 83
Roselli, Pedro 210-211
Ross, John *32*, 33, 76-79, *76*, *77*, *78*
Royal Geographical Society *142*, 143-144
Rubruck, William de 197
Rupes Nigra 8, 200-201, 243
Ruscelli, Girolamo *232*
Ruysch, Johannes 11, 22, 84, 85

Saavedra, Álvaro de 225
Saint-Felix, Armand de 141
Saint-Vincent, Bory de *24*
San Bemaldo 106-107
San Borondón 202-205
San Brandán, isla de 123, 129, *170*, 202-205
San Francisco Call 71
Sandy, isla, Nueva Caledonia 9, 206-207
Sánnikov, Iakov 208
Sánnikov, tierra de 10, *89*, 208-209
Sanson, Nicolas *67*, *68*, 69
Santa Cruz, Alonso de 8, 38
Sarmiento, Pedro 10, 184
Satanazes 84, 210-211
Sato, Shuzo 67
sátiros 181, *181*
Saxemberg, isla *188-189*, 212-213
Schedel, Hartmann 178, *174*, 178, 179, 180, 181
Schenke, Hans-Werner 41
Schöner, Johannes 225
Schongauer, Martin *199*
Schott, Johann *160*
Schouten and Le Maire, expedición *185*
Schwartz, profesor E.H.L. 144-145
Sclater, Philip 152-153
Scott, Robert Falcon 90

Scott-Elliot, William *26*, *27*, *152*, *153*, 154
Seale, Richard 66
seis manos, hombre de 175, *175*
Seller, John *46*, 48
Senex, John 127
Servet, Miguel *221*
Sha'ban, Aga 107
Shackleton, Ernest 90-91, *166*
Shakespeare, William 179
Sharpe, Bartholomew 81
Shem 175
Shepard, capitán Thomas 48, 49
Siculo, Diodoro 223
Siete Ciudades, isla de las 18-23
Sinclair, Henry 243
Smith, William 166
Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística 41
Solino, Cayo Julio 174-175, 179
Sornin, capitán 141
Speed, John 48, 66
Speke, John Hanning 164-165
St. Clair Whyte, Mr. 91
Stanley, Henry Morton 165
Stannard, capitán 88-90
Steventon, John 157
Stommel, Henry 91, 166
Storm, Gustav 123
Sturt, Charles 37
Svend II, rey de Dinamarca 199
Swift, Jonathan 8, 112, 183, 199

Taber, capitán Asaph P. 156, 157
Talas 241, 243
Tanner, Henry S. *39*
Taprobana 175, 180, 220-223
Tardieu, Ambrose *40*
Tariq ibn Ziyad 18
Tasman, Abel 134, 228-229, *229*
Teive, Diogo de 18-19
Teixeira, João 151
Teixeira, Luis 150-151
Terra Australis Incognita 134, 138, 224-229
Thevet, André 84, 85
Thomas, Elizabeth 113
Thorvaldsson, Erik 122, 128
Tierra de los Hombres Blancos 122
Tierra plana, la 102-105
Tierra Prometida de los Santos 202-205
Toghril 197
Toll, barón Eduard Vasil'yevich 10, 208-209, *209*
Toscanelli dal Pozzo, Paulo 199, 205
Trans 241, 243
Trapalanda 50-53
tuhuglauks 126, 127
Tule 59, 230-233
Tyowan 110-113

Ui Breasail 130
Ulloa, Francisco de 65
Ultima Thule 230-233
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) 39-40, 41
Urrutia, Jaime 41 11

Vadianus 95
Vairasse, Denis 228
Vallard, Nicholas *136-137*, 139
Vancouver, capitán George 125
Varenius, Bernhardus 110
Varthema, Ludovico di 139
Vaughan, Robert *101*
Vaugondy, Robert de *65*, *115*
Velasco, Pedro de 18-19
Veneta 234-237
Vermeja 38-41
Verne, Julio 149, 156
Verrazano, Giovanni 170, 216
Vespucio, Américo *227*
Vineta, ciudad hundida de 234-237
Vingboon, Johannes *66*
Virgilio 231
Virgilio, obispo de Salzburgo 105
Vizcaíno, Sebastián 66
Vlaenderen 158-161
Vries, Maarten Gerritszoon 120, 121
Vuniivilevu 11

Wafer, Lionel 81-83
Wak-Wak 238-239
Waldseemüller, Martin 160, *160*, 163, *165*, *222*
Wallace, Minik 72-73, *74*
Wallis, capitán 185
Walsingham, *sir* Francis 172
Weddell, James 30, 33, 168
Wegener, Alfred 153-154
Wiars, Thomas 47
Wilkes, teniente Charles 10
Wineta 234-237
Worcester, William de 132
Wu Di 114
Wytfliet, Cornelius 225, 228

Yao Silian 115

Zacarías, Papa 105
Zaltieri, Bolognino *13*, 14
Zamora, Julio 41
Zatta, Antonio *116-117*
Zemlya Sannikova 208-209
Zeno, Nicolò y Antonio 240-243
Zeno, mapa de 240-245
Zichmni 241, 242, 243
zona económica excalusiva 38
Zuerner, Adam *14*

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi más profundo agradecimiento a todos los que aportaron su indispensable ayuda para la creación del presente libro: a Charlie Campbell, Ian Marshall, Laura Nickoll y Keith Williams; gracias a Franklin Brooke-Hitching, por responder a mis incesantes preguntas y a toda mi familia, por su apoyo; a Alex Anstey, por sus contribuciones artísticas y su ánimo; a Matt, Gemma y Charlie Throughton, Daisy Laramy-Binks, Kate Awad, Richard Jones y Marie-Eve Poget, Harry Man, Alex Popoff, Katherine Anstey, Alexi Sorrel Harrison, James Miller, Ciara Jameson, Tereza Urbaníková, Luciano Pelizza, Skye Ashton, Georgie Hallett, Thea Lees, Clare Spencer, Andy Murray, June Hogan y Hope Brimelow.

Un agradecimiento muy especial a todos aquellos que han mostrado su generosidad al proporcionarme las magníficas obras que aquí se presentan y permitirme su reproducción: Miles Baynton-Williams y Massimo De Martini de Altea Antique Maps Gallery fueron extremadamente generosos al permitirme la reproducción de muchas de sus imágenes; Barry Ruderman Antique Maps Inc., California, también aportó muchas imágenes fundamentales; más agradecimientos a Maggs Bros Rare Books; John Bonham Rare Books; Richard Fattorini y Francesca Charlton-Jones de Sotheby's; Pom Harrington, Glenn Mitchell y Joe Jameson, de Peter Harrington Rare Books; y a Derek McDonnell y Rachel Robarts, de Hordern House Rare Books, Sídney.

CRÉDITOS DE IMÁGENES Y MAPAS

Altea Antique Maps Gallery, Londres
Págs. 64, 80, 97, 118, 148, 151, 165, 187, 224, 229, 240

Barry Lawrence Ruderman Antique Maps Inc.
Cubierta, págs. 12, 15, 16, 20-21, 51, 62, 68, 120, 160, 162, 164 (viñeta), 183, 218, 222, 226-227, 230, 242

Biblioteca Pública de Boston
Pág. 172

Biblioteca Británica
Pág. 58

Hordern House Rare Books, Sídney. Coloreada porAlex Anstey.
Págs. 34 (coloreada por Alex Anstey), 35, 36 (superior e inferior), 37

John Bonham Rare Books
Págs. 76, 78

Biblioteca del Congreso
Págs. 43, 66 (División de Geografía y Mapas), 73 (Colección George Grantham Bain), 102 (División de Geografía y Mapas), 124 (División de Geografía y Mapas), 125 (División de Geografía y Mapas), 161 (División de Geografía y Mapas), 219 (División de Geografía y Mapas), 243 viñeta (División de Geografía y Mapas)

Maggs Bros. Rare Books
Págs. 32, 82

Biblioteca Nacional de Australia
Págs. 136-137

Biblioteca Pública de Nueva York
Págs. 4-5, 14 (Lionel Pincus and Princess Firyal Map Division), 173

Biblioteca Universitaria Northwestern
Pág. 140

Museo Ártico Peary-MacMillan, Bowdoin College
Pág. 44

Peter Harrington Rare Books
Pág. 166 (inferior)

Todas las demás imágenes son cortesía del autor.



Título original *The Phantom Atlas*

Dirección editorial Ian Marshall
Diseño Keith Williams, sprout.uk.com
Edición del proyecto Laura Nickoll
Traducción y documentación Alfonso Rodríguez Arias
Coordinación de la edición en lengua española
Cristina Rodríguez Fischer

Primera edición en lengua española 2017

Carrer de les Alberes, 52, 2°, Vallvidrera
08017 Barcelona
Tel. 93 205 40 00 e-mail info@blume.net

I.S.B.N.: 978-84-16965-26-7

Impreso en China

WWW.BLUME.NET

Este libro se ha impreso sobre papel manufacturado con materia prima procedente de bosques de gestión responsable. En la producción de nuestros libros procuramos, con el máximo empeño, cumplir con los requisitos medioambientales que promueven la conservación y el uso responsable de los bosques, en especial de los bosques primarios. Asimismo, en nuestra preocupación por el planeta, intentamos emplear al máximo materiales reciclados y solicitamos a nuestros proveedores que usen materiales de manufactura cuya fabricación esté libre de cloro elemental (ECF) o de metales pesados, entre otros.


M. Canaria.
Insulæ Fortunatæ:


Is: S. Brandano..
Cabo de No:



Se pensaba que en las tierras de la Patagonia abundaban los gigantes de 2,7 m de altura.

Se sabía que la isla de California estaba separada del continente norteamericano.

Se creía que las montañas de Kong cubrían gran parte del continente africano.

A partir de historias fascinantes y hermosas ilustraciones, este atlas único recopila las creencias más disparatadas que han pasado a la historia reflejadas en mapas que mostraban una realidad solo existente en la imaginación de nuestros antepasados.

ISBN 978-84-16965-26-7
9 788416 965267

BLUME